

Piedras ensangrentadas



Leon, Donna

Produced by calibre 0.6.37

OceanofPDF.com

Piedras ensangrentadas

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

OceanofPDF.com

Donna Leon
Piedras ensangrentadas
-Brunetti 14-

OceanofPDF.com

Novela Negra Actual
Director Editorial: Virgilio Ortega
Edita y realiza: Centro Editor PDA, S. L.
Edición: Isabel Jiménez
Diseño cubierta: Esteoeste
Título original: *Blood from a stone*
Traducción del inglés: Ana M^a de la Fuente
Fotografía de la cubierta © Kevin O'Hara/Age Fotostock
© Donna Leon and Diogenes Verlag AG Zürich, 2005
All rights reserved
Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo
© Editorial Seix Barral, S. A., 2005
© traducción: Ana M^a de la Fuente, 2005
© de la presente edición
Editorial Planeta DeAgostini, S. A., 2007
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.planetadeagostini.es
ISBN: 84-674-3449-1
Depósito legal: B-45874-2006
Imprime: Cayfosa-Quebecor, S. A.
Santa Perpètua de Mogola (Barcelona)
Distribuye: Logista Publicaciones
C/ Trigo, 39 – Edificio 2
Polígono Industrial Polvoranca – 28914 Leganés (Madrid)

OceanofPDF.com

-

Para Gesine Lübben

Weil ein Schwarzer hässlich ist,
Ist mir denn kein Herz gegeben?
Bin ich nicht von Fleisch und Blut?
(Porque feo sea un negro,
¿no he de tener corazón?
¿No soy yo de carne y hueso?)
Mozart, *La flauta mágica*

CAPÍTULO 1

Dos hombres salieron a *campo* Santo Stefano por el arco de madera. Las luces navideñas suspendidas sobre ellos teñían sus figuras de reflejos multicolores. Más brillante era la iluminación de los puestos del mercado, en el que productores llegados de distintas zonas de Italia con motivo de las fiestas tentaban a los visitantes con las especialidades de sus respectivas regiones: quesos de oscura piel y paquetes de obleas de pan de Cerdeña; aceitunas de formas y colores distintos, procedentes de toda la Península; aceite y queso de la Toscana; salamis de Reggio Emilia de diámetro y longitud diversa. De vez en cuando, desde detrás de su mostrador, algún vendedor entonaba un breve himno de alabanza de su mercancía: «*Signori*, caten este queso y probarán la gloria»; «Es tarde y quiero irme a cenar: sólo nueve euros el kilo. ¡Que se acaban!»; «Llévense este *pecorino*, *signori*, el mejor del mundo».

Los dos hombres pasaron por delante de los puestos, sordos al pregón de los vendedores, ciegos a las pirámides de salami que se erguían sobre los mostradores a uno y otro lado. Los compradores de última hora, poco numerosos a causa del frío, pedían cosas que, intuían, encontrarían a mejor precio y de mejor calidad en su tienda habitual. Pero ¿qué más típico de las vísperas navideñas que acudir al mercadillo, abierto incluso este domingo, y qué mejor manera de demostrar tu independencia que comprando algo innecesario?

Al otro extremo del *campo*, pasados los últimos puestos, los dos hombres se detuvieron. El más alto consultó su reloj, a pesar de que ambos habían mirado la hora que marcaba el de la iglesia. Hacía más de quince minutos que había pasado la hora del cierre, las siete y

media, pero no era probable que, con este frío, alguien se molestara en venir a comprobar que los puestos cumplieran con el horario.

—*Allora?* -preguntó el más bajo, mirando de soslayo a su compañero.

El alto se quitó los guantes, los dobló y los guardó en el bolsillo izquierdo del abrigo y luego hundió ambas manos en los bolsillos. El otro lo imitó. Los dos llevaban la cabeza cubierta, el alto, con un Borsalino gris oscuro y su compañero, con un gorro de piel con orejeras. Llevaban también pañuelos de lana al cuello y, cuando dejaron atrás las luces del último puesto, se los subieron tapándose las orejas, algo perfectamente natural, con el viento que llegaba del Gran Canal, por la esquina de la iglesia de San Vidal.

El viento les hizo bajar la cabeza y hundirla entre los hombros cuando reanudaron la marcha, siempre con las manos en los bolsillos, para mantenerlas calientes. Unos veinte metros más allá del último puesto, a cada lado de la calle, pequeños grupos de hombres negros y altos extendían en el suelo sábanas que sujetaban con un bolso de mujer en cada punta. Una vez sujetas las sábanas, empezaron a sacar bolsos de formas y tamaños distintos, de grandes bolsas cilíndricas que habían depositado a su alrededor.

Aquí, un Prada; un poco más allá, un Gucci; entre los dos, un Louis Vuitton: se codeaban con una promiscuidad que, por regla general, sólo se da en comercios lo bastante grandes como para albergar franquicias de varios diseñadores rivales. Rápidamente, arrodillados o en cuclillas, pero con la soltura de movimientos que da la práctica, los hombres distribuían su mercancía. Unos la disponían en triángulo mientras otros optaban por presentarla en hileras simétricas. Uno, más original, hizo un círculo con los bolsos, pero al retroceder unos pasos para ver el efecto y advertir que una bandolera Prada de gran tamaño rompía la simetría, se apresuró a ponerlos en fila, haciendo que el Prada presidiera el conjunto desde el ángulo posterior izquierdo.

De vez en cuando, los hombres hablaban entre ellos, diciendo las cosas que, para matar el tiempo, se dicen las personas que trabajan juntas: que habían dormido mal la noche antes; que qué frío hacía; que ojalá el chico aprobara el examen de ingreso en una escuela privada; que echaban de menos a sus mujeres... Cuando se daba por satisfecho

con su exposición, el hombre enderezaba el cuerpo y se situaba detrás de la mercancía, generalmente, hacia un lado, para poder seguir charlando con el vecino. La mayoría eran altos; y todos, delgados. La piel que la ropa dejaba al descubierto, la de la cara y las manos, tenía el lustre del ébano propio de los africanos cuya negritud no se ha diluido con el contacto con los blancos. Tanto quietos como en movimiento, aquellos hombres daban impresión no sólo de buena salud sino de buen humor, como si no pudieran imaginar algo más divertido que estar plantados en medio de la calle, de noche, con aquel frío, tratando de vender bolsos de imitación a los turistas.

Un pequeño grupo de personas se había congregado al otro lado de la calle frente a unos músicos callejeros, dos violines y un chelo, que producían un sonido barroco y desafinado a la vez. Como eran jóvenes y tocaban con entusiasmo, su público parecía complacido y no eran pocos los que se adelantaban a echar monedas en el estuche de violín abierto a los pies del trío.

Era temprano, muy temprano sin duda para hacer negocio, pero los vendedores callejeros aparecían en cuanto se cerraban las tiendas, de modo que, a las ocho menos diez, cuando se acercaron los dos hombres, todos los africanos ya estaban en la calle, de pie detrás de su mercancía, apoyando el peso del cuerpo ora en un pie ora en el otro y soplándose los dedos en un vano intento por calentarlos, mientras aguardaban a los clientes.

Los dos hombres blancos se detuvieron al extremo de la hilera de sábanas, como si estuvieran hablando, pero no se decían nada. Mantenían las cabezas bajas, resguardando la cara del viento, y de vez en cuando uno u otro levantaba la mirada como para observar la fila de los hombres negros. El alto puso la mano en el brazo del otro, señaló con la barbilla a uno de los africanos y dijo unas palabras. Mientras el hombre hablaba, un numeroso grupo de gente mayor, con zapatillas deportivas y gruesos anoraks de plumón, indumentaria que les daban un vago aspecto de párvulos con arrugas, desembocó por la esquina de la iglesia y fue hacia el embudo que formaban, por un lado, los músicos y, por el otro, los africanos. Los que venían delante se pararon a esperar a los rezagados y, cuando estuvieron reunidos, volvieron a avanzar, charlando y riendo, llamándose unos a otros y señalando los

bolsos. Sin empujarse ni apretarse, formando tres filas, se pararon delante de los africanos y sus mercancías.

El hombre alto echó a andar hacia el grupo de los turistas, seguido de cerca por su compañero. Se quedaron en el mismo lado de la iglesia, situándose detrás de dos matrimonios que preguntaban precios de bolsos. En un primer momento, el vendedor, concentrado como estaba en atender a sus posibles clientes, no reparó en los dos hombres. Pero, de pronto, dejó de hablar y se puso tenso, como el animal que olfatea una amenaza en el viento.

Su vecino, al observar la repentina abstracción de su colega, decidió probar fortuna con los turistas. Mirándoles el calzado, comprendió que debía hablarles en inglés y empezó:

–Gucci, Missoni, Armani, Trussardi. *I have them all, ladies and gentlemen. Right from factory.*

A la media luz de la calle, sus dientes tenían un brillo felino.

Otros tres turistas sortearon a los dos hombres para acercarse a sus compañeros, haciendo animados comentarios sobre los bolsos y repartiendo su atención entre la mercancía de ambas sábanas. El hombre alto movió la cabeza de arriba abajo y, en el mismo instante, los dos se adelantaron hasta quedar a medio metro de los americanos. Al verlos avanzar, el primer vendedor giró sobre el pie derecho arqueando el cuerpo para alejarse de la sábana, de los turistas y de los dos hombres. En el mismo instante, los hombres sacaron la mano derecha del bolsillo con un movimiento natural, fruto de la práctica, que no llamó la atención. Cada uno empuñaba una pistola con el cañón alargado por un silenciador tubular. El más alto fue el primero en disparar. El único sonido que hizo el arma fue un sordo trac, trac, trac, que fue seguido por dos chasquidos similares del arma de su compañero. Los músicos estaban llegando esforzadamente al final del *allegro*, y aunque sus notas, sumadas a las voces de la gente que los rodeaba, casi ahogaron los sonidos de los disparos, los africanos de cada lado se volvieron rápidamente.

El impulso que había tomado el vendedor siguió alejándolo de las personas que estaban delante de su sábana, pero, poco a poco, su movimiento fue ralentizándose. Los dos hombres, ya con las pistolas otra vez en el bolsillo, retrocedieron por entre el grupo de los turistas

que, ajenos a lo ocurrido, se apartaron cortésmente dejándoles paso. Entonces se separaron, uno fue hacia el puente de Accademia, y el otro, hacia Santo Stefano y Rialto, y se perdieron entre la gente que caminaba presurosa en una y otra dirección.

El vendedor lanzó un grito y extendió un brazo hacia adelante. Su cuerpo acabó de dar media vuelta y se desplomó junto a sus bolsos.

Como gacelas temerosas que se alarman a la mínima señal de peligro, los otros africanos quedaron inmóviles un instante y, con una explosión de energía, desplegaron una actividad vertiginosa. Cuatro de ellos huyeron hacia la calle que sale a San Marco, abandonando la mercancía; dos se pararon a recoger cuatro o cinco bolsos con cada mano y desaparecieron por el puente que conduce a *campo* San Samuele; los cuatro restantes, dejándolo todo, corrieron hacia el Gran Canal, donde alertaron a los que habían extendido sus sábanas junto al puente. Todos lo cruzaron y, al otro lado, se dispersaron y desaparecieron por las callejas de Dorsoduro.

Cuando el vendedor cayó, estaba frente a él una mujer de pelo blanco que, al verlo desplomarse, se arrodilló a su lado, al tiempo que llamaba a su marido, que se hallaba un poco apartado.

La mujer vio la sangre que salía de debajo del cuerpo, tiñendo la sábana de rojo. El marido, alarmado por el grito y la súbita desaparición de su esposa, se abrió paso entre sus amigos con brusquedad y se arrodilló junto a ella. Iba a rodearle los hombros con el brazo, en ademán protector, cuando vio al hombre tendido en la sábana. Entonces aplicó una mano a la garganta del herido, la tuvo allí durante un largo momento, la retiró y se puso en pie enderezando trabajosamente unas rodillas que la edad había hecho recalcitrantes. Luego se inclinó y ayudó a su mujer a levantarse.

Los dos miraron a su alrededor y no vieron a nadie más que a las personas de su grupo, que intercambiaban miradas de asombro, y al hombre tendido a sus pies. A cada lado de la ancha calle se extendían las hileras de sábanas, la mayoría cubiertas todavía de bolsos simétricamente dispuestos. El auditorio de los músicos se dispersó y los jóvenes dejaron de tocar.

Transcurrieron varios minutos antes de que pasara por allí el primer italiano que, al ver al hombre, la sábana y la sangre, sacó el

telefonino del bolsillo del abrigo y marcó el 113.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 2

La policía llegó con una rapidez que asombró a los circunstantes italianos tanto como escandalizó a los americanos. A los venecianos, media hora no les parecía mucho tiempo para que una unidad de técnicos y agentes llegara a *campo* Santo Stefano en una lancha, pero para entonces la mayoría de los americanos, poco a poco, habían ido separándose del grupo, diciendo a sus compañeros que ya se verían en el hotel. Nadie se molestó en vigilar el escenario del crimen y, cuando llegó la policía, la mayoría de los bolsos habían desaparecido, incluso los de la sábana sobre la que yacía el cadáver. Algunos de los que robaron los bolsos del muerto dejaron impresas en la sábana rojas huellas de pisadas. Un rastro de sangre se desvanecía en dirección a Rialto.

Alvise, el primer agente en llegar al escenario, se aproximó al pequeño grupo de personas que aún rodeaban al muerto y les ordenó retroceder. Se acercó al cadáver y se quedó mirándolo, como si, ahora que podía ver a la víctima, no supiera qué hacer. Al fin, un técnico del laboratorio le pidió que se apartara mientras ponía alrededor de la sábana unos pequeños postes de madera. De una de las cajas que traían sacó un rollo de cinta a rayas rojas y blancas que introdujo por las ranuras de la parte superior de los postes, estableciendo una clara línea divisoria entre el cadáver y el resto del mundo.

Alvise se acercó a un hombre que estaba junto a la escalera de la iglesia e inquirió:

—¿Quién es usted?

—Riccardo Lombardi -respondió el hombre. Era alto, de unos cincuenta años, bien trajeado: la clase de persona que da órdenes desde detrás de un escritorio, o así le pareció a Alvise.

—¿Qué hace aquí?

Sorprendido por el tono del policía, el hombre respondió:

—Pasaba por aquí y, al ver a esa gente, me paré.

—¿Vio al que lo hizo?

—¿Hizo qué?

Entonces Alvise cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de lo ocurrido; sólo sabía que en la *questura* se había recibido una llamada

para avisar de que en *campo* Santo Stefano había un hombre negro muerto.

—¿Me enseña un documento de identidad? —exigió Alvise.

El hombre sacó la billetera y extrajo su *carta d'identità*, que entregó a Alvise. Éste la miró un momento y se la devolvió.

—¿Ha visto algo? —preguntó en el mismo tono de voz.

—Como ya le he dicho, agente, yo pasaba por aquí y, al ver a esa gente parada, me detuve. Nada más.

—Está bien. Puede marcharse —dijo Alvise en un tono que sugería que el hombre no tenía alternativa. El agente dio media vuelta y volvió junto al equipo de los técnicos, donde los fotógrafos ya estaban recogiendo su material.

—¿Han encontrado algo? —preguntó a uno de los técnicos.

Santini, que estaba de rodillas, pasando sus enguantadas manos por las losas del pavimento en busca de casquillos, levantó la cabeza y dijo:

—Un cadáver. — Y siguió buscando.

Sin inmutarse por la respuesta, Alvise sacó un bloc del bolsillo interior de su parka de uniforme, lo abrió con una sacudida, buscó un bolígrafo y anotó: «Campo Santo Stefano.» Contempló lo escrito, miró el reloj, agregó: «20:58», puso el capuchón al bolígrafo y guardó bloc y bolígrafo en el bolsillo.

Entonces a su derecha sonó una voz familiar que decía:

—¿Qué sucede, Alvise?

Alvise alzó una mano lánguida en un esbozo de saludo y dijo:

—No estoy seguro, comisario. Nos han avisado de que aquí había un muerto y hemos venido.

Su superior, el comisario Guido Brunetti, dijo:

—Eso ya lo veo, Alvise. ¿Qué causó la muerte de ese hombre?

—No lo sé, señor. Estamos esperando a que llegue el médico.

—¿Quién viene?

—¿Quién viene adonde, señor? —preguntó Alvise, desconcertado.

—¿Qué médico viene? ¿Lo sabe?

—No, señor. Como tenía prisa por traer al equipo, dejé dicho en la *questura* que llamaran ellos al médico.

La pregunta de Brunetti quedó contestada por la llegada del *dottor* Ettore Rizzardi, *medico legale* de la ciudad de Venecia.

–Ciao, Guido -dijo Rizzardi cambiándose el maletín a la mano izquierda para extender la derecha-. ¿Qué hay?

–Un muerto -dijo Brunetti-. Me han llamado a casa, diciendo que habían matado a alguien aquí, nada más. Yo mismo acabo de llegar.

–Pues vamos a ver -dijo Rizzardi dirigiéndose hacia la zona acordonada-. ¿Ha hablado con alguien?

–No. Con nadie. – Hablar con Alvise no contaba.

Rizzardi se agachó para pasar por debajo de la cinta, apoyando una mano en el suelo y luego sostuvo en alto la cinta, para facilitar el paso a Brunetti. El médico preguntó a uno de los técnicos:

–¿Han tomado fotografías?

–Sí, *dottore* -respondió el hombre-. Desde todos los ángulos.

–Está bien -dijo Rizzardi, dejando el maletín en el suelo. Ladeando el cuerpo, sacó dos pares de guantes de plástico fino y dio un par a Brunetti. Mientras se los ponían, el médico preguntó-: ¿Querrá echarme una mano?

Se arrodillaron uno a cada lado del muerto. Lo único que estaba a la vista era el lado derecho de la cara y las manos. Sorprendió a Brunetti la negrura de la piel de aquel hombre pero enseguida se extrañó de su propia sorpresa. ¿De qué color esperaba él que fuera un africano? A diferencia de los negros de Norteamérica que había visto Brunetti, con tonos de piel que iban del canela al cobre, éste parecía de ébano pulido.

Entre los dos dieron la vuelta al cuerpo para ponerlo boca arriba. El frío había congelado la sangre, pegando la chaqueta a la sábana y al suelo y, al moverlo, como ellos tenían las rodillas apoyadas en la sábana, la tela se desprendió con un áspero crujido. Al oírlo, Rizzardi soltó el hombro del muerto y Brunetti, sin decir nada, bajó la mano con la que lo asía por el costado.

En el pecho del hombre se erguían picos de rígida tela ensangrentada, semejantes a los adornos que la fantasía de un repostero pudiera crear para un pastel de cumpleaños.

–Lo siento -dijo Rizzardi, no se sabía si a Brunetti o al muerto. Aún de rodillas, palpó con un enguantado dedo cada orificio de la parka-. Cinco. Al parecer, lo querían bien muerto.

Brunetti vio que el hombre tenía los ojos abiertos, y también la boca, inmovilizada en la expresión del pánico que debió de sentir cuando sonó el primer disparo. Era joven y bien parecido. Los dientes tenían una blancura que resplandecía en contraste con la piel. Brunetti hundió una mano en el bolsillo de la derecha de la parka del hombre y luego en el de la izquierda. Encontró unas monedas y un pañuelo usado. El bolsillo interior contenía dos llaves y varios billetes pequeños. Había un ticket de un bar con una dirección de San Marco; probablemente, uno de los bares del *campo*. Nada más.

—¿Quién había de querer matar a un *vu cumprà*? -preguntó Rizzardi poniéndose en pie-. Como si esos pobres diablos no tuvieran ya bastante que sufrir. — Miró al hombre que yacía en el suelo»-. Visto así, no sé dónde lo habrán alcanzado exactamente, pero tres de los orificios están muy juntos y cerca del corazón. Hubiera bastado uno para matarlo. — Metiéndose los guantes en el bolsillo, preguntó:- ¿Diría que es cosa de profesionales?

—Lo parece -respondió Brunetti, consciente de que ello hacía aquella muerte más misteriosa todavía. Nunca había tenido que ocuparse de los *vu cumprà* porque muy pocos de ellos habían estado implicados en delitos graves y sus casos habían sido asignados a otros comisarios. Al igual que gran parte de la policía y que la mayoría de los residentes en la ciudad, Brunetti siempre había supuesto que los senegaleses estaban bajo el control del crimen organizado, razón que explicaría la corrección de su trato con el público: si sus maneras no llamaban la atención, pocos serían los que se tomaran la molestia de preguntar cómo conseguían hacerse invisibles a los ojos de las autoridades, que los dejaban tranquilos. Con los años, Brunetti había llegado a no reparar en ellos y a olvidar cuándo habían sustituido a los primitivos *vu cumprà* argelinos y marroquíes que trataban de atraer la atención de los posibles compradores con esta expresión, mezcla de francés e italiano chapurreados.

De vez en cuando, la policía hacía una redada y les pedía los papeles, pero los *vu cumprà* nunca habían atraído la atención de las autoridades lo suficiente como para ser objeto de una de las «alertas contra el crimen» del *vicequestore* Patta, es decir, nunca se había afrontado seriamente la patente ilegalidad de su presencia y actividad.

Se les dejaba practicar su comercio sin ser molestados por las fuerzas del orden, con lo que se soslayaba la pesadilla burocrática que supondría el intento de expulsar a cientos de inmigrantes sin papeles y devolverlos a Senegal, país del que, según se creía, procedían la mayoría de ellos.

¿Por qué, entonces, este crimen, un crimen que hacía pensar en un asesinato por encargo?

—¿Cuántos años tendría? — preguntó Brunetti, por decir algo.

—No lo sé -respondió Rizzardi moviendo la cabeza dubitativamente-. Quizá unos treinta, o menos: me es difícil calcular la edad de una persona de raza negra antes de ver su interior.

—¿Cuando podrá hacerlo?

—Mañana por la tarde a primera hora. ¿De acuerdo?

Brunetti asintió.

Rizzardi se agachó a recoger el maletín. Al levantarlo dijo:

—No sé por qué siempre traigo esto. Como si tuviera que usarlo para salvar a alguien. — Pensativo, se encogió de hombros y dijo-: La costumbre, seguramente. — Extendió la mano, estrechó la de Brunetti y dio media vuelta.

Brunetti dijo al técnico que había hecho las fotos:

—Cuando lo lleven al hospital, por favor, saque varias tomas de la cara desde distintos ángulos y mándemelas tan pronto como las tenga reveladas.

—¿Cuántas copias, comisario?

—Una docena de cada.

—Está bien. Las tendrá mañana por la mañana.

Brunetti dio las gracias al hombre e hizo una seña a Alvise, que se mantenía a la expectativa a cierta distancia.

—¿Alguien ha visto lo ocurrido? — le preguntó.

—No, señor.

—¿A quién ha preguntado?

—A un hombre -respondió Alvise, señalando hacia la iglesia.

—¿Cómo se llama?

Alvise abrió mucho los ojos sin disimular la sorpresa. Finalmente, después de una pausa tan larga que a cualquier otro le hubiera resultado violenta, dijo:

–No lo recuerdo, señor. – Ante el silencio de Brunetti, arguyó-: Me ha dicho que no había visto nada, comisario, por lo que no tenía que tomarle el nombre, ¿verdad?

Brunetti se volvió hacia los dos camilleros vestidos de blanco que llegaban en aquel momento.

–Pueden llevarlo al *Ospedale*, Mauro -dijo, y agregó-: El agente Alvisé les acompañará.

Alvisé abrió la boca para protestar, pero Brunetti se le adelantó:

–Así podrá averiguar si en el hospital ha ingresado alguien con heridas de bala. – Era poco probable, en vista de la precisión con la que, al parecer, se habían hecho los cinco disparos que habían matado al africano, pero por lo menos eso le permitiría librarse de Alvisé. – Desde luego, comisario -dijo el agente, repitiendo su conato de saludo. Observó cómo los dos sanitarios levantaban el cadáver y lo ponían en la camilla, y los precedió hasta su lancha, pisando con energía, como si sólo gracias a su intervención pudieran tener la seguridad de llegar a ella.

Brunetti se volvió y llamó a un técnico que estaba fuera de la zona acordonada, sacando una fotografía de las huellas que apuntaban a Rialto.

–¿Sólo ha venido Alvisé?

–Creo que sí, señor -respondió el hombre-. Riverre había acudido a una llamada por una riña doméstica.

–¿Alguien ha intentado averiguar si hubo testigos? – preguntó Brunetti.

El técnico lo miró largamente.

–¿Alvisé? – dijo tan sólo, antes de volver a sus fotos.

Junto a la pared del jardín había un grupo de adolescentes.

Brunetti se acercó.

–¿Alguno de vosotros ha visto lo ocurrido?

–No, señor -respondió uno-. Acabamos de llegar.

Brunetti volvió a la zona acordonada, donde había tres o cuatro personas.

–¿Alguien de ustedes estaba aquí cuando ocurrió? – preguntó.

Unos volvieron la cara hacia otro lado y otros miraron al suelo.

–¿Han visto algo? – insistió él, preguntando, no suplicando.

Un hombre que estaba en la parte de atrás del grupo se apartó y se alejó por el *campo*. Brunetti no hizo nada por detenerlo. También los otros se iban, hasta que sólo quedó una persona, una anciana que se apoyaba en dos bastones. Él la había visto otras veces y la reconoció a pesar de que ahora no estaban con ella los dos perros viejos y sarnosos que solían acompañarla. Apoyando la cadera derecha en uno de los bastones, la mujer lo llamó con una seña. Al acercarse, él vio la cara arrugada, los ojos oscuros, los pelos blancos de la barbilla.

—¿Sí, *signora*? -preguntó-. ¿Ha visto algo? – Sin pensar, le habló en veneciano en lugar de italiano.

—Cuando ocurrió eso había aquí unos americanos.

—¿Cómo sabe que eran americanos, *signora*?

—Llevaban zapatos blancos y hablaban muy alto.

—¿Cuándo ocurrió? – repitió él-. ¿Estaba usted aquí? ¿Lo vio?

Ella levantó el bastón derecho para señalar a la farmacia de la esquina, situada a unos veinte metros.

—No; yo estaba ahí. Iba a entrar. Entonces los vi, a los americanos. Venían del puente y se pararon a mirar lo que tenían los *vu cumprà*.

—¿Y usted, *signara*?

Ella movió el bastón unos milímetros hacia la izquierda.

—Yo entré en el bar.

—¿Cuánto rato estuvo, *signora*?

—Bastante.

—¿Bastante para qué? – sonrió él, sin impacientarse por la vaguedad de la respuesta.

—Barbara, la dueña, después de las ocho, corta a pedacitos todos los *tramezzini* que le han quedado y los pone en el mostrador. Si compras una bebida, puedes comer todo lo que quieras.

Esto sorprendió a Brunetti, que no estaba acostumbrado a tales muestras de generosidad en los dueños de los bares, ni en los dueños de nada.

—Barbara es una buena chica -dijo la anciana-. Yo conocía a su madre.

—¿Cuánto tiempo cree que estuvo usted ahí dentro, *signora*? -preguntó él.

–Una media hora -respondió ella, y explicó-: Es mi cena, ¿comprende? Vengo todas las noches.

–Es bueno saberlo, *signora*. Lo tendré presente si alguna vez vengo por aquí.

–Ahora está aquí -dijo ella y, como él no contestara, añadió-: Los americanos han entrado en el bar. Bueno, han entrado dos -puntualizó, señalando otra vez el bar con el bastón-. Están en el fondo, tomando chocolate caliente. Podría hablar con ellos, si quisiera.

–Gracias, *signora* -dijo él, volviéndose hacia el bar.

–El *prosciutto* con *carciofi* es de lo mejor -gritó la mujer mientras él se alejaba.

CAPÍTULO 3

Hacía años que Brunetti no entraba en aquel bar. La última ocasión fue durante el breve período en el que fue convertido en una heladería americana que servía un helado tan pesado que la única vez que lo tomó le produjo una fuerte indigestión. Había sido como comer manteca de cerdo, pero no la manteca sabrosa que recordaba de su niñez, la que se echaba en las alubias o en la sopa de lentejas para darles sabor, sino una manteca de cerdo azucarada y con aroma de fresas.

Sus conciudadanos debieron de reaccionar de manera similar, porque, al cabo de un par de años, el local cambió de dueño. De todos modos, Brunetti no había vuelto. Los cucuruchos de helado habían desaparecido y el establecimiento volvía a tener aspecto de bar italiano. Había varias personas de pie junto al curvado mostrador que charlaban animadamente y, de vez en cuando, señalaban al *campo*, ahora tranquilo. Otras estaban sentadas a las mesas que se alineaban hacia el fondo del local. Detrás del mostrador había tres mujeres. Una de ellas, al ver entrar a Brunetti, le sonrió afablemente. Él fue hacia las mesas. En la última, a la izquierda, había un matrimonio mayor. A la fuerza tenían que ser americanos, era tan evidente como si estuvieran envueltos en la bandera. Los dos tenían el pelo blanco y daban la extraña impresión de haberse vestido cada uno con la ropa del otro. Ella llevaba camisa de franela a cuadros y pantalón de lana gruesa, y él, jersey color de rosa con cuello de pico, pantalón oscuro y zapatillas deportivas blancas. Parecía que a los dos les cortaba el pelo la misma mano. No se podía decir que ella lo tuviera más largo sino sólo menos corto.

–Perdonen -dijo Brunetti en inglés acercándose a la mesa-. ¿Ustedes estaban en el *campo* hace un rato?

–¿Cuando mataron a ese hombre? – preguntó la mujer.

–Sí.

El hombre apartó una silla y, con anticuada cortesía, se levantó y esperó a que Brunetti se sentara.

–Soy Guido Brunetti, de la policía -empezó él-. Me gustaría hablar con ustedes de lo que vieron.

Marido y mujer tenían cara de marinero: ojos entornados en un guiño permanente, profundos pliegues marcados por el mucho sol y una serena agudeza en la expresión que ni las grandes borrascas podrían alterar.

El hombre alargó la mano diciendo:

–Me llamo Fred Crowley, agente. Martha, mi esposa. – Cuando Brunetti soltó la mano, la mujer le tendió la suya, sorprendiéndolo con la fuerza de su apretón.

–Somos de Maine -dijo ella-. De Biddeford Pool -especificó y, por si no era bastante, agregó-: Está en la costa.

–*How do you do?* -dijo Brunetti, una frase anticuada que había olvidado que sabía-. ¿Podrían decirme qué vieron ustedes, señores Crowley? – Qué extraño: él, italiano, era el impaciente, y ellos, americanos, los que necesitaban cumplir el lento ritual de la cortesía antes de ir al grano.

–Doctores -rectificó ella.

–¿Perdón? – dijo Brunetti, desconcertado.

–Doctor Crowley y doctora Crowley -explicó la mujer-. Fred es cirujano y yo, internista. – Antes de que él pudiera manifestar sorpresa ante el hecho de que personas de su edad aún ejercieran la medicina, la mujer rectificó-: Mejor dicho, lo fuimos.

–Comprendo -dijo Brunetti, y se quedó esperando a ver si tenían intención de contestar la pregunta ya formulada.

Marido y mujer se miraron y ella empezó:

–Acabábamos de entrar en lo que ustedes llaman *campo* y entonces vi los bolsos en el suelo y a los hombres que los vendían. Me acerqué a mirar por si había algo que pudiéramos llevar a nuestra nieta. Yo estaba delante de todo, mirando los bolsos, cuando oí aquel ruido extraño, esa especie de piff, piff, piff que hacen sus cafeteras cuando se da la vuelta esa espita para hacer salir el vapor. A mi derecha, tres veces, piff, piff, piff, y luego a la izquierda, el mismo ruido, piff, piff, dos veces. – Calló un momento, como si volviera a oírlo, y prosiguió-: Miré buscando qué era lo que hacía aquel ruido, pero no vi nada más que la gente que estaba a mi lado y, detrás, a varios compañeros de viaje nuestros y a un hombre con abrigo. Cuando miré otra vez hacia adelante ese pobre muchacho estaba en el suelo, y me arrodillé a su

lado, para tratar de asistirle. Me parece que fue entonces cuando llamé a Fred, aunque también pudo ser después, al ver la sangre. Al principio pensé que se habría desmayado, por no estar habituado al frío, o algo así. Pero luego vi la sangre y quizá entonces llamé a Fred; en realidad, no lo recuerdo. Él trabajó mucho tiempo en Urgencias, ¿comprende? Pero, cuando Fred llegó, yo ya sabía que el hombre había muerto. – Reflexionó y agregó -: No sé cómo, porque no le veía más que la nuca, pero los muertos tienen algo peculiar. Cuando Fred se arrodilló y lo tocó, también lo supo.

Brunetti miró al marido, que prosiguió el relato:

–Martha tiene razón. Lo supe incluso antes de tocarlo. Aún estaba caliente, pobre muchacho, pero sin vida. No tendría más de treinta años. – Meneó la cabeza-. Por muchas veces que lo veas, siempre te parece nuevo. Y terrible. – Volvió a mover la cabeza y, como para dar énfasis a sus palabras, empujó el platillo y la taza unos centímetros hacia el centro de la mesa.

Su mujer le asió la mano y dijo, como si Brunetti no estuviera:

–No había nada que hacer, Fred. Aquellos dos hombres sabían lo que se hacían.

No hubiera podido decirlo con más naturalidad: «aquellos dos hombres».

–¿Qué dos hombres? – preguntó Brunetti, procurando mantener la voz lo más serena posible-. ¿Podría decirme algo más sobre ellos?

–Estaba el del abrigo -dijo ella-. Lo tenía a mi derecha, un poco hacia atrás. Al otro no lo he visto, pero como el ruido venía de la izquierda tenía que estar al otro lado. Ni siquiera estoy segura de que fuera un hombre. Lo supongo, porque el otro lo era.

Brunetti miró al marido.

–¿Los vio usted, doctor?

Él movió la cabeza negativamente.

–No. Yo miraba lo que había en la sábana. Ni siquiera oí el ruido. – Y, a modo de demostración, volvió la cabeza para mostrar a Brunetti el caracol *beige* del audífono que llevaba en el oído izquierdo-. Cuando he oído que Martha me llamaba, no tenía ni idea de lo que ocurría. En realidad, he creído que le pasaba algo a ella, y me he puesto a empujar a unos y otros, y cuando la he visto en el suelo, aunque estaba de

rodillas, en fin, no le diré lo que he sentido, sólo que no ha sido agradable. – Calló, afectado por el recuerdo, y esbozó una sonrisa nerviosa.

Brunetti comprendió que no sería oportuno insistir y, al cabo de unos momentos, el hombre prosiguió:

–Como ya le he dicho, nada más tocarlo he sabido que estaba muerto.

Brunetti se volvió hacia la mujer.

–¿Podría describirme a aquel hombre, doctora?

En aquel momento, la camarera se acercó a preguntar si deseaban algo más. Brunetti miró a los dos americanos, que movieron la cabeza negativamente. Aunque no le apetecía, él pidió un café.

Transcurrió todo un minuto en silencio. La mujer contemplaba su taza, la apartó, imitando el movimiento de su marido, miró a Brunetti y dijo:

–No es fácil hacer una descripción. Llevaba sombrero, uno de esos sombreros que los hombres llevan en las películas. – Ampliando la descripción, agregó:- Las películas de los años treinta y cuarenta.

Se interrumpió, como si tratara de visualizar la escena, y prosiguió:

–No; lo único que recuerdo es la sensación de que era un hombre alto y muy corpulento. Llevaba abrigo, no sé si gris o marrón oscuro, no lo recuerdo. Y ese sombrero.

La camarera llevó el café a Brunetti y se alejó. Él, sin tocarlo, sonrió y dijo:

–Continúe, doctora, por favor.

–Abrigo y un pañuelo al cuello, quizá gris o quizá negro. Como había tanta gente, sólo he podido verlo de lado.

–¿Podría darme una idea de su edad? – preguntó Brunetti.

–Pues no estoy segura, sólo me ha parecido que era un adulto, quizá como usted, poco más o menos. Creo que tenía el pelo oscuro, pero con aquella luz y el sombrero, era difícil distinguirlo. Además, no me he fijado mucho, porque en aquel momento no sabía lo que ocurría.

Brunetti pensó en la víctima y preguntó, consciente de cómo sonaría aquello:

–¿Era blanco, doctora?

–Oh, sí; era europeo -respondió ella, y agregó-: Pero me ha dado la impresión de que parecía más mediterráneo que mi marido y yo. – Sonreía, para que no se ofendiera, y Brunetti no se ofendió.

–¿Concretamente, por qué lo dice, doctora?

–Tenía una piel más oscura que la nuestra, me parece, y diría que los ojos negros. Era más alto que usted, agente, y mucho más alto que cualquiera de nosotros. – Reflexionó y concluyó-: También era más grueso. No era un tipo delgado, agente.

Brunetti dirigió su atención al marido.

–¿Recuerda haber visto a ese hombre, doctor? ¿O a alguien que pudiera ser el otro?

El hombre del pelo blanco movió la cabeza de derecha a izquierda.

–No. Como ya le he dicho, mi única preocupación era mi esposa. Cuando la he oído gritar, me he quedado con la mente en blanco y ni siquiera podría decirle qué personas de nuestro grupo estaban allí.

Brunetti preguntó entonces a la mujer:

–¿Y usted, doctora, recuerda quiénes estaban?

Ella cerró los ojos, tratando de evocar la escena una vez más. Al fin dijo:

–Estaban los Peterson; los tenía a mí izquierda y el hombre estaba detrás de mí, a la derecha. Y Lydia Watts, al otro lado de los Peterson.

– Aún tenía los ojos cerrados. Cuando los abrió dijo-; No recuerdo a nadie más. Es decir, sé que estábamos allí todos, pero ellos son los únicos a los que recuerdo haber visto.

–¿Cuántas personas componen el grupo, doctor?

El marido respondió:

–Dieciséis. Mejor dicho -rectificó-, más cónyuges. La mayoría somos médicos retirados o semirretirados. Todos, del noreste.

–¿Dónde se hospedan?

–En el Paganelli -respondió el hombre.

Brunetti se sorprendió de que un grupo tan numeroso hubiera encontrado habitaciones en aquel hotel y de que unos americanos hubieran tenido el acierto de elegirlo.

–¿Y esta noche? ¿Hay cena programada para el grupo en algún sitio en particular? – preguntó Brunetti, pensando que tal vez podría

localizarlos a todos e interrogarlos ahora, cuando los recuerdos que pudieran tener aún estarían frescos.

Los Crowley se miraron un momento y él dijo:

–En realidad, no. Es nuestra última noche en Venecia y algunos decidimos cenar por nuestra cuenta. No había nada programado. – Sonrió un poco incómodo y añadió-: Supongo que ya empezamos a estar cansados de cenar todas las noches con las mismas personas.

–Nosotros pensábamos dar un paseo y entrar en algún sitio que nos gustara -dijo la esposa, sonriendo a su marido, como si se sintiera orgullosa de su decisión-. Pero ahora ya es muy tarde.

–¿Y el grupo?

–Ellos tenían reserva en un sitio que está cerca de San Marco -dijo ella.

Y el marido explicó:

–Pero a nosotros no nos convenció el plan; demasiado color local. Brunetti reconoció que, probablemente, no le faltaba razón.

–¿Recuerdan el nombre? – preguntó.

Ellos movieron la cabeza en triste señal negativa. El hombre habló por los dos:

–Lo siento, agente, pero no lo recuerdo.

–Dicen que ésta es su última noche en la ciudad -empezó Brunetti, y ellos asintieron-. ¿A qué hora se marchan mañana?

–A las diez -dijo ella-. Vamos a Roma en tren y el jueves tomamos el avión. Queremos pasar la Navidad en casa.

Brunetti se acercó la cuenta de ellos dos, sumó su café y puso quince euros en la mesa. El hombre fue a protestar, pero Brunetti dijo:

–Paga la policía -mentira que pareció satisfacer al doctor-. Puedo recomendarles un restaurante -y añadió-: Me gustaría hablar con ustedes y con el resto del grupo mañana por la mañana en el hotel.

–El desayuno es a las siete y media -dijo ella-. Los Peterson siempre son muy puntuales. Si usted quiere, cuando volvamos llamaré a Lydia Watts, para decirle que baje a las ocho, y así podrá hablar con ella.

–¿A las diez sale el tren o a las diez se van del hotel? – preguntó Brunetti, esperando no tener necesidad de estar al otro lado de San Marco a las siete y media de la mañana.

–El tren, de manera que tendremos que salir del hotel a las nueve y cuarto. Un barco irá a recogerlos para llevarnos a la estación.

Brunetti se levantó y esperó mientras el hombre ayudaba a su mujer a ponerse el anorak y luego se ponía el suyo. Ahora los dos ancianos abultaban el doble. El comisario abrió la marcha hacia la puerta y la sostuvo abierta para que saliera la pareja. Una vez en el *campo*, señaló hacia la derecha y les dijo que fueran por la calle della Mandorla hasta el Rosa Rossa y que dijeran al dueño que los enviaba el comisario Brunetti.

Los dos repitieron el nombre y el hombre dijo:

–Perdone, comisario, no oí su rango cuando entró. Espero que no le haya molestado que le llamara agente.

–En absoluto -dijo Brunetti con una sonrisa. Se estrecharon las manos y Brunetti los siguió con la mirada hasta que doblaron la esquina de la iglesia.

Cuando el comisario volvió al lugar en el que el hombre había sido asesinado, encontró a un agente de uniforme al lado de uno de los postes. Al acercarse Brunetti, el agente saludó.

–¿Está aquí solo? -preguntó el comisario. Observó que todas las sábanas y los pocos bolsos que quedaban habían desaparecido y se preguntó si se los habría llevado la policía.

–Sí, señor. Santini me ha pedido que le diga que no ha encontrado nada. – Brunetti supuso que no se refería sólo a los cartuchos sino a las huellas de quienes pudieran haber matado al hombre.

Miró la zona acordonada y observó en ella un montoncito ovalado de serrín. Sin pensar, preguntó, señalándolo con la barbilla:

–¿Qué es eso?

–Es la, ejem, sangre, señor -respondió el hombre-. Es por el frío.

Era tan grotesca la imagen que esto sugería, que Brunetti se resistió a considerarla siquiera y se limitó a decir al agente que a las doce llamara a la *questura* para recordarles que tenían que relevarlo a la una. Preguntó al joven si quería ir a tomar un café antes de que cerraran el bar, y se quedó esperando su vuelta.

Cuando el agente regresó, Brunetti le dijo que, si veía a otros *vu cumprà*, les dijera que su compañero había muerto y que, si podían dar alguna información, llamaran a la policía. Hizo hincapié en que debía

dejar bien claro que no tendrían que dar el nombre ni presentarse en la *questura* y que lo único que la policía deseaba de ellos era información.

Brunetti llamó a la *questura* por su *telefonino*. Después de dar su nombre, repitió lo que acababa de decir al agente en el escenario del crimen, recalcando que a los comunicantes no debía preguntárseles el nombre y que todas las llamadas relacionadas con el crimen debían ser grabadas. Llamó después a los *carabinieri* y, sin estar muy seguro de si tenía autoridad para ello, solicitó su colaboración para que toda llamada que pudiera llegarles al respecto fuera tratada con la mayor discreción y, cuando el *maresciallo* accedió, le pidió que también ellos grabaran las llamadas. El *maresciallo* comentó que era poco probable que los *vu cumprà* dieran información voluntariamente; no obstante, no puso inconveniente alguno en hacer lo que se le pedía.

Poco más podía hacer Brunetti, por lo que se despidió del agente, al que deseó que no se hiciera mucho más fría la noche y, pensando que si iba a pie llegaría antes, tomó el camino de Rialto para ir a casa.

CAPÍTULO 4

Paola se había quedado con la boca abierta, temiendo que todos sus desvelos de madre hubieran sido inútiles y que hubiera criado a un monstruo y no a una niña. Mientras miraba a su hija, su hijita, su tierno y precioso ángel, se preguntaba si sería posible la posesión demoníaca.

Hasta aquel momento, la cena había sido bastante normal, o todo lo normal que puede ser una cena que ha sido retrasada a causa de un asesinato. Brunetti, que había recibido el aviso minutos antes de sentarse a la mesa, había llamado poco después de las nueve para decir que aún tardaría. Para entonces, los lamentos de los chicos de que desfallecían de hambre habían minado la resistencia de Paola, que les dio de cenar, dejando su propia cena y la de Guido al calor del horno. Se sentó con los chicos, bebiendo poco a poco una copa de *prosecco* que iba calentándose mientras ellos consumían grandes cantidades de un *pasticcio* compuesto por capas de polenta, ragú y parmesano. De segundo había sólo *radicchi* asados, ahogados en *stracchino*, aunque Paola no creía que sus hijos pudieran comer algo más.

–¿Por qué siempre ha de llegar tan tarde? – protestó Chiara alargando la mano hacia los *radicchi*.

–No siempre llega tarde -puntualizó Paola, ecuaníme.

–Pues da la impresión -dijo Chiara eligiendo dos largos ejemplares que cubrió cuidadosamente de queso fundido.

–Ha dicho que volvería lo antes posible.

–Después de todo, no es tan importante, ¿verdad? ¿Tanto ha de retrasarse?

Paola les había explicado la causa de la ausencia del padre, por lo que la sorprendió el comentario de Chiara.

–¿No os he dicho que han matado a un hombre? – preguntó con suavidad.

–Sí, pero era sólo un *vu cumprà* -dijo Chiara empuñando el cuchillo.

Fue al oír estas palabras cuando Paola se quedó con la boca abierta. Asió la copa, hizo como que tomaba un sorbo de vino, acercó la fuente de *radicchio* a Raffi, que parecía no haber oído a su hermana, y preguntó:

–¿Qué quiere decir «sólo», Chiara? – Notó con satisfacción que su tono de voz era perfectamente natural.

–Pues eso, que no era uno de nosotros -respondió su hija.

Paola trató de descubrir una nota de sarcasmo o un intento de provocación en la respuesta de su hija, pero no había asomo de una cosa ni de otra. El tono de Chiara parecía tan desapasionado como el suyo propio.

–Chiara, al decir «nosotros», ¿te refieres a los italianos o a todos los blancos? – preguntó.

–No -respondió Chiara-. A los europeos.

–Ah, naturalmente. – Paola levantó la copa, hizo girar la pata entre los dedos y volvió a dejarla en la mesa, sin beber-. ¿Y dónde están las fronteras de Europa? – preguntó al fin.

–¿Qué, *mamma*? -dijo Chiara, que estaba distraída contestando una pregunta de Raffi-. No te he oído.

–Te he preguntado dónde están las fronteras de Europa.

–Oh, *mamma*, ya lo sabes. Está en los libros. – Antes de que Paola pudiera decir algo, preguntó:- ¿Hay postre?

Cuando era una joven madre, Paola, hija única que nunca había tenido tratos con niños pequeños, había leído todos los libros y manuales que orientan a los padres modernos sobre la manera de tratar a sus hijos. Había leído también muchos libros de psicología y sabía que todos los profesionales coinciden en que no hay que someter a un niño a una crítica severa sin indagar y examinar previamente las causas de su conducta o de sus palabras, y aun entonces se recomienda tomar en consideración la posibilidad de dañar la psiquis del niño, que se encuentra en proceso de desarrollo.

–Eso es lo más repugnante y lo más cruel que he oído en esta mesa, y me avergüenzo de haber criado a alguien capaz de decir tal cosa.

Raffi, que no había sacado la antena hasta que su radar captó el tono de la madre, dejó caer el tenedor. Chiara abrió la boca a su vez, reflejando la expresión de su progenitora y por la misma causa: estupor y horror ante el hecho de que una persona que era fundamental para su felicidad fuera capaz de decir semejantes palabras. Al igual que su madre, prescindió de diplomacia e inquirió:

–¿Se puede saber qué significa eso?

–Eso significa que un *vu cumprà* no es «sólo» esto o lo otro. No puedes hacer como si su muerte no tuviera importancia.

Chiara oía las palabras de su madre y, lo que era más, percibía el furor de su tono, y se defendió:

–No he querido decir eso.

–No sé lo que has querido decir, Chiara, pero lo que has dicho es que ese hombre era «sólo un *vu cumprà*». Y tendrías que hablar mucho para convencerme de que hay alguna diferencia entre lo que esas palabras «dicen» y lo que «quieren decir».

Chiara dejó el tenedor en el plato y preguntó:

–¿Puedo irme a mi habitación?

Raffi, con el tenedor en la mano, miraba a una y otra, desconcertado por las palabras de Chiara y asombrado por la indignada reacción de su madre.

–Sí -dijo Paola.

Chiara se puso en pie sin hacer ruido, acercó la silla a la mesa y salió de la cocina. Raffi, habituado al sentido del humor de su madre, la miró esperando el agudo comentario que estaba seguro había de llegar. Pero Paola se levantó, tomó el plato de su hija, lo dejó en el fregadero y se fue a la sala.

Raffi se comió sus *radicchi* y, aceptando con resignación que aquella noche no habría postre, puso cuchillo y tenedor bien paralelos en el plato y llevó éste al fregadero. A continuación volvió a su cuarto.

Brunetti regresó a casa media hora después. Al abrir la puerta, se sintió reconfortado por los aromas que inundaban el apartamento. Venía deseoso de estar con su familia y hablar de cosas que no tuvieran que ver con la muerte violenta. Fue a la cocina, donde, en lugar de la esperada escena de una familia que tomaba el postre y aguardaba su regreso con impaciencia, encontró una mesa casi vacía y platos sucios en el fregadero.

Fue a la sala, preguntándose si en la televisión habría algo interesante que los hubiera atraído, aun a sabiendas de que era imposible. Allí encontró sólo a Paola, tumbada en el sofá, leyendo. Ella levantó la mirada y dijo:

–¿Quieres cenar, Guido?

–Sí; creo que sí. Pero antes me gustaría tomar una copa de vino mientras me explicas qué ocurre. – Volvió a la cocina y sacó una botella de Falconera y dos grandes copas. Destapó la botella y, haciendo caso omiso de la recomendación de dejar que la botella respire, la llevó a la sala. Se sentó junto a los pies de su mujer, puso las copas en la mesita y las llenó. Inclinandose, dio una a Paola y, con la misma mano, le oprimió el pie izquierdo.

–Tienes los pies fríos -dijo y, tomando del respaldo del sofá una raída manta de pelo largo, se los tapó. Bebió un trago grande, proporcionado al tamaño de la copa, y preguntó-: Bien, ¿qué sucede?

–Chiara se ha quejado de que regresaras tarde esta noche y, cuando le he dicho que habían matado a un hombre, me ha contestado que era sólo un *vu cumprà*. -Mantenía la voz neutra, imparcial.

–¿Sólo? – repitió él.

–Sólo.

Brunetti tomó otro trago, apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y paladeó el vino.

–Hummm -hizo finalmente-. Qué fuerte, ¿verdad?

No podía ver a Paola, pero sintió moverse el sofá cuando ella asintió.

–¿Crees que lo habrá pillado en la escuela? – preguntó.

–¿Y dónde si no? Aún es muy joven para haberse afiliado a la Lega.

–¿Crees que es algo que sus amigos llevan de su casa o algo que les enseñan los profesores?

–Mucho me temo que puede ser tanto una cosa como la otra -dijo ella-. O las dos.

–Es posible -convino Brunetti-. ¿Qué has hecho tú?

–Le he dicho que era repugnante y que me avergüenzo de que sea hija mía.

Él se volvió, sonrió y levantó la copa en señal de saludo.

–Tú siempre tan ecuánime.

–¿Qué más podía hacer? ¿Enviarla a alguna especie de seminario de sensibilización o hacerle un sermón acerca de la fraternidad humana? – Brunetti percibió cómo se reavivaban en ella el furor y la repulsión a medida que hablaba-. Es repugnante y me avergüenzo de ella.

Brunetti se alegraba de que ella no creyera necesario decir que su hija nunca había oído semejantes cosas en casa, ni que ellos en modo alguno eran responsables de esta perversión de criterio. Sólo Dios sabía lo que podían sugerir las conversaciones que él y Paola mantenían delante de sus hijos; imposible adivinar qué deducciones habrían podido hacer a lo largo de los años. Él se consideraba un individuo moderado, educado, como la mayoría de italianos, sin prejuicios raciales, pero era lo bastante objetivo como para reconocer que, probablemente, esta creencia era uno de tantos mitos sobre la idiosincrasia nacional. Es fácil crecer sin prejuicios raciales en una sociedad de una sola raza.

Su padre odiaba a los rusos, y Brunetti siempre había pensado que no le faltaba razón, ¿o no es buena razón que te tengan tres años prisionero de guerra? Él, personalmente, sentía una desconfianza instintiva hacia la gente del Sur, aunque este sentimiento le producía cierto malestar. Su prevención contra albaneses y eslavos, por otra parte, no le causaba tanta incomodidad.

¿Pero los negros de África? Ésta era una categoría prácticamente desconocida para él, por lo que, en su ignorancia, mal podía haber infundido en sus hijos prejuicio alguno. Lo más seguro era que Chiara lo hubiera pillado en el colegio, lo mismo que los piojos.

—¿Quieres que nos quedemos aquí sentados, flagelándonos por haber sido unos padres negligentes y luego nos castigemos sin cenar? —preguntó al fin.

—Es una opción -dijo ella, en un tono desprovisto de humor.

—Que yo rechazo. O una cosa o la otra.

—Conforme -suspiró ella-. Llevo aquí sola un buen rato, lo cual ya es suficiente castigo, así que me parece que por lo menos podríamos cenar en paz.

—Bien -dijo él, apurando la copa e inclinándose para agarrar la botella.

Por acuerdo tácito, aquella noche no volvieron a hablar de la frase de Chiara y, durante la cena, Brunetti relató a su mujer los hechos acaecidos en *campo* Santo Stefano, basándose en la información que había podido recoger: dos hombres, a los que nadie parecía haber prestado atención, habían aparecido de pronto como surgidos de la

nada y se habían desvanecido, tras disparar por lo menos cinco veces contra el subsahariano. No había sido un asesinato sino una ejecución. Y, desde luego, estaba perfectamente preparada.

–No tenía ni la menor posibilidad, el pobre -dijo Brunetti.

–¿Quién puede haber hecho eso? ¿Y a un *vu cumprà*? -preguntó Paola-. ¿Por qué?

Éstas eran las preguntas que habían acompañado a Brunetti camino de su casa.

–Ha de ser o por algo que haya hecho después de llegar aquí o por algo que hiciera antes de venir -dijo Brunetti, consciente de la obviedad.

–Eso no aclara mucho las cosas -respondió Paola, pero no era crítica sino simple observación.

–No; pero es un punto de partida para canalizar la investigación en uno y otro sentido.

Paola, siempre segura ante un ejercicio de lógica, dijo:

–Empezando por estudiar lo que se sabe de él. ¿Y es?

–Absolutamente nada -respondió Brunetti.

–Eso no es cierto.

–¿Cómo?

–Sabes que era africano, de raza negra y que trabajaba de *vu cumprà* o como ahora se les llame.

–Vendedor ambulante o extracomunitario -respondió Brunetti.

–Eso es tan ilustrativo como lo de «operador ecológico» -dijo ella.

–¿Qué?

–Basurero -tradujo Paola. Se levantó y salió de la habitación. Cuando volvió traía una botella de *grappa* y dos vasitos. Mientras servía el licor, dijo:

–De manera que, para simplificar, seguiremos llamándole *vu cumprà*, ¿de acuerdo?

Brunetti le agradeció la *grappa* con un gesto de asentimiento, tomó un sorbo y preguntó:

–¿Qué más crees que sabemos?

–Sabemos que ninguno de los otros se quedó para tratar de ayudarle o de ayudar a la policía.

–Supongo que, al verlo caer, se dieron cuenta de que estaba muerto.

–¿Tan evidente era?

–Creo que sí.

–Por lo tanto, sabéis que ha sido una ejecución -prosiguió Paola-, no el resultado de una pelea o de una disputa repentina. Alguien quería que muriese y lo hizo matar o lo mató personalmente.

–Yo diría que lo hizo matar -apuntó Brunetti.

–¿Por qué?

–Parece obra de profesionales. Surgen de pronto, lo ejecutan y se esfuman.

–¿Y qué nos dice eso?

–Que conocen la ciudad.

Ella lo miró interrogativamente y él amplió:

–Lo suficiente como para saber por dónde desaparecer. Y también dónde encontrar a su hombre.

–¿Quieres decir que son venecianos?

Brunetti movió la cabeza negativamente.

–No sé de ningún veneciano que haga de sicario.

Paola meditó la respuesta y dijo:

–Tampoco se tarda tanto en familiarizarse con la ciudad. Muchos de esos africanos están casi siempre en Santo Stefano. Bastaría con darse unas vueltas por la ciudad durante un par de días para encontrarlos. O con preguntar. – Cerró los ojos, para representarse la topografía de la zona, y dijo-: Después la huida sería fácil. No tendrían más que retroceder hacia Rialto, subir hasta San Marco o bien cruzar por Accademia.

Cuando ella calló, Brunetti continuó:

–O, si no, entrar en San Vidal y cortar hacia San Samuele.

–¿En cuántos sitios podrían tomar un *vaporetto*? -preguntó ella.

–En tres. Cuatro. Y a partir de ahí podrían ir en cualquier dirección.

–¿Qué hubieras hecho tú?

–No sé. Pero, si quería irme de la ciudad, probablemente, subiría hasta San Marco y me metería por la Fenice para salir a Rialto.

–¿Los ha visto alguien?

–Una turista americana. Vio a uno de ellos. Dice que era un hombre de mi edad y estatura, que llevaba abrigo, pañuelo al cuello y

sombrero.

–Lo mismo que media ciudad -dijo Paola-. ¿Ha dicho algo más?

–Que había otras personas de su grupo y que quizá alguna viera algo. Mañana por la mañana hablaré con ellos.

–¿Muy temprano?

–Tendré que salir de casa antes de las ocho.

Ella se inclinó y le sirvió otro vasito de *grappa*.

–Turistas americanos a las ocho de la mañana. Toma, bebe, es lo menos que te mereces.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 5

El día amaneció desapacible. El aire estaba saturado de una niebla densa que hacía presa de todo el que se aventuraba en ella. Cuando Brunetti llegó al embarcadero del Número Uno, tenía los hombros del abrigo cubiertos de una película de finas gotas y la humedad le invadía los pulmones a cada inspiración. El *vaporetto* se acercó silenciosamente. Brunetti apenas distinguía la silueta del hombre que esperaba para amarrarlo y abrir la barrera metálica. Al embarcar, levantó la mirada, vio girar la antena del radar y trató de imaginar cómo estaría la laguna.

Brunetti se sentó en la cabina y abrió el *Gazzettino* de la mañana, que le dijo bastante menos de lo que él había averiguado la noche antes. El periodista, a falta de información, cargaba la mano en el sentimentalismo y se explayaba sobre el terrible precio que tenían que pagar los *extracomunitari* por una oportunidad para subsistir y poder enviar dinero a sus familias. No se daba el nombre del muerto ni se conocía su nacionalidad, aunque se suponía que era de Senegal, país del que procedían la mayoría de los *ambulanti*.

En Sant'Angelo embarcó un anciano, al que le dio por sentarse al lado de Brunetti, a pesar de que la cabina estaba casi vacía. Miró el periódico, leyó el titular moviendo los labios en silencio y dijo:

—A la que les dejas entrar, todo son problemas. Brunetti hizo como si no le hubiera oído. Su silencio incitó al otro a continuar: —Yo haría una buena redada y los expulsaría a todos.

Brunetti lanzó un gruñido y volvió la página, pero el viejo no captó la señal.

—Mi yerno tiene una tienda en la calle dei Fabbri. Él paga alquiler, paga a sus empleados, y paga impuestos. Él aporta algo a la ciudad, da trabajo. Mientras que esa gente —dijo el hombre haciendo ademán de dar un manotazo a la ofensiva página—, ¿qué es lo que nos da esa gente?

Con otro gruñido, Brunetti dobló el periódico, se excusó y salió a cubierta, aunque sólo estaban en Santa María del Giglio y le faltaban dos paradas para desembarcar.

El Paganelli era un hotel estrecho, intercalado, como un guión arquitectónico que separara dos letras mayúsculas, entre el Danieli y el

Savoia Jolanda. Brunetti preguntó en la recepción por los doctores Crowley y le dijeron que ya estaban en el comedor del desayuno. Siguiendo la dirección que le señalaba el empleado, avanzó por un estrecho pasillo hasta una pequeña sala en la que había seis o siete mesas. En una de ellas estaban los Crowley con otra pareja mayor y una mujer cuyo aspecto denotaba una considerable labor de rehabilitación. Al ver a Brunetti, el doctor Crowley se puso en pie y agitó una mano. Su esposa levantó la mirada saludándolo con una sonrisa. El otro hombre se levantó a su vez, para recibir al comisario. Una de las mujeres sonrió en dirección a Brunetti; la otra, no.

El matrimonio que le fue presentado con el nombre de Peterson estaba formado por dos personas menuditas, que hacían pensar en dos pájaros, y hasta vestían de tonos pardos, como los gorriones. A ella le enmarcaba la cara una prieta permanente gris acero; él era completamente calvo y tenía en la cabeza unos surcos profundos, curtididos por el sol, que discurrían de delante hacia atrás. La mujer que no había sonreído, a la que le presentaron con el nombre de Lydia Watts, tenía el pelo tan rojo y brillante como los labios. Brunetti la vio apartar un rizo rebelde con una mano a la que ningún cirujano plástico del mundo sería capaz de hacer aparentar la misma edad que la cara y el pelo.

Ocupaban la mesa las tazas, teteras y trozos de panecillo untados de mantequilla que deja tras de sí un desayuno de hotel. También había dos cestas de pan vacías y una fuente que podía haber contenido fiambre o queso.

Cuando Brunetti hubo estrechado la mano a todos, el doctor Crowley acercó una silla de la mesa de al lado y la ofreció a Brunetti. El comisario tomó asiento y, una vez el doctor se sentó a su vez, miró a los reunidos.

—Les agradezco que hayan accedido a hablar conmigo esta mañana —dijo en inglés.

La *dottoressa* Crowley respondió:

—Es preciso que le digamos lo que vimos, ¿no?, por si puede servir de algo. — Los otros movieron la cabeza en señal de asentimiento.

Su marido prosiguió entonces:

—Ya hemos hablado de eso esta mañana, comisario.

–Abarcando a toda la mesa con un ademán, agregó–: Quizá sea mejor que cada uno le diga lo que vio.

El doctor Peterson carraspeó varias veces y, con la meticulosa pronunciación del que teme no ser entendido por un extranjero, dijo:

–Bien, cuando entramos en ese sitio que ustedes llaman *campo*, nosotros nos paramos más bien hacia delante, a la izquierda de Fred y Martha. Yo miraba los bolsos que vendían esos chicos. Y un hombre... no el que vio Martha, sino un tipo poco más o menos de mi estatura, avanzó hasta quedar a mi izquierda, ligeramente detrás de mí. En realidad, yo no le presté atención, porque, como le decía, estaba mirando los bolsos. Entonces oí el ruido, una especie de chip chip, que sonó como una pistola neumática o esa herramienta que usan en el taller cuando te desmontan las ruedas. Además, a nuestra espalda había música. Y entonces, bruscamente, el individuo se fue para atrás sin mirar y desapareció. En realidad, no me fijé mucho, sólo me disgustó su manera de retroceder, echándose encima de la gente.

»Luego me volví y vi que el chico que vendía los bolsos estaba en el suelo. Y vi a Martha, que se arrodillaba a su lado, y a Fred, y ellos entonces dijeron que estaba muerto. – Miró a Brunetti y a los otros.

»Nunca en mi vida había visto algo así -prosiguió el doctor Peterson. Empezaba a hablar con un punto de indignación, como si pensara que Brunetti le debía una explicación. Y continuó–: Bien, nos quedamos un rato esperando, como una media hora, diría yo, pero no pasaba nada. No venía nadie. Hacía mucho frío y no habíamos cenado, de modo que regresamos al hotel.

Pasó un camarero y el doctor Peterson dejó de mirar a Brunetti lo justo para pedir otra jarra de *coffee*. El camarero asintió y, dirigiéndose a Brunetti, preguntó, para alivio de éste y sorpresa de los americanos, si quería *caffé*. El comisario había estado en Norteamérica y sabía la diferencia que hay entre el *coffee* y el *caffé*.

Peterson miró a su esposa y dijo, dirigiéndose a Brunetti:

–Mi mujer estaba a mi otro lado, por lo que no vio nada, ¿verdad, cielo?

Ella movió la cabeza negativamente y dijo en voz muy baja:

–No, cariño.

–¿Absolutamente, nada, *signora*? -preguntó Brunetti, desentendiéndose del marido-. Cualquier cosa, por insignificante que sea. – Como ella no contestara, insistió:- ¿Fumaba, dijo algo, llevaba alguna prenda que le llamara la atención?

Ella sonrió y miró a su marido, como preguntando si realmente ella había observado alguna de esas cosas, luego movió la cabeza negativamente y bajó la mirada. La mujer del pelo rojo dijo:

–Uno de ellos tenía las manos muy peludas.

Brunetti se volvió hacia ella y sonrió:

–¿El que estaba junto a la doctora Crowley o el que estaba cerca del doctor Peterson?

–El primero -dijo ella-. El que estaba cerca de Martha. Al otro no lo vi o no me fijé en él. Y es que se me había desatado la zapatilla. – Al ver el gesto de sorpresa de Brunetti, explicó:- Y alguien debía de estar pisando la cinta, porque, al oír ese ruido, me sobresalté y traté de moverme, pero tenía el pie atrapado. Perdí el equilibrio un momento y, para recuperarlo, di media vuelta. Por eso vi a un hombre que andaba hacia atrás, y me dio la impresión de que antes había estado cerca de Martha. El hombre tenía la mano delante de la cara, para subirse el pañuelo o bajarse el sombrero, y por eso me fijé en lo peluda que era, casi como la de un mono. Pero entonces oí a Martha llamar a Fred, me volví y no le presté más atención.

Por su aspecto, Brunetti esperaba que la mujer tratara de hacerse la interesante, pero no percibió en ella ni asomo de afectación. Había descrito la escena con sencillez y claridad, y él no dudó de que aquel hombre tuviera las manos tan peludas como las de un mono.

Cuando parecía que ya nadie tenía algo que añadir, Brunetti preguntó:

–¿Alguno de ustedes recuerda algo más acerca de esos dos hombres?

Su pregunta fue recibida con silenciosas negativas.

–¿Sería más fácil para ustedes responder si les asegurase que no los retendremos aquí para hacerles más preguntas ni serán citados en el futuro a causa de lo que declaren? – Brunetti ignoraba si los extranjeros temían tanto como los italianos verse atrapados en la

maquinaria del sistema judicial, pero le pareció oportuno darles esta garantía, a pesar de no estar seguro de que fuera válida.

Nadie dijo ni palabra.

Antes de que él pudiera repetir la pregunta en otros términos, la *dottoressa* Crowley dijo:

–Es muy amable al proponérselo, comisario, pero con nosotros eso no es necesario. Si hubiéramos visto algo, se lo diríamos, aunque ello significara que teníamos que quedarnos.

El marido dijo:

–Anoche, al llegar, preguntamos a los demás, pero, al parecer, nadie se fijó en esos hombres.

–O está dispuesto a admitirlo -agregó Lydia Watts.

Llegó el camarero con el *coffee* y el *caffé*. Brunetti echó el azúcar y bebió rápidamente. Se puso en pie, sacó tarjetas de la cartera y las distribuyó entre los americanos diciendo:

–Si recuerdan ustedes algo más, comuníquennmelo, se lo ruego. Por teléfono, fax o e-mail, como lo prefieran. – Sonrió, les dio las gracias por su tiempo y su ayuda, y salió del hotel sin molestarse en pedirles las señas. De todos modos, el hotel podría dárselas si necesitaba que le confirmasen algo, aunque no imaginaba que lo que le habían dicho precisara confirmación. Un hombre corpulento, de aspecto meridional y manos peludas y otro, más bajo, al que nadie había podido describir. Y nadie había visto a uno u otro disparar un arma.

La niebla no se había disipado sino que parecía aún más densa, tanto que, mientras caminaba por la *riva* abajo, Brunetti procuraba no perder de vista las fachadas de los edificios que quedaban a su izquierda. Pasó por entre las filas de *bacharelle* sin verlas, a causa de la niebla, lo que acrecentó la inquietud que siempre le habían inspirado aquellos puestos y sus vendedores, sentimiento muy alejado de la confiada familiaridad que le acompañaba en sus paseos por el resto de la ciudad. Él no se detenía en analizar esta sensación que percibía desde una zona de su cerebro habitada por atavismos, sensible al peligro. Una vez los hubo dejado atrás, más allá de la fachada de la Pietà, desapareció aquella comezón, como desaparecía ya la niebla.

Brunetti llegó a la *questura* poco después de las nueve y preguntó al agente de la centralita si había llamado alguien para dar información

acerca del muerto. El hombre respondió que no se había recibido ninguna llamada. En el primer piso, lo sorprendió ver que el despacho de la *signorina* Elettra estaba vacío. Por el contrario, no le causó extrañeza que el inmediato superior de ambos, el *vicequestore* Giuseppe Patta, no estuviera todavía en su puesto de trabajo. Brunetti entró en la sala de los agentes, en la que no había nadie más que Pucetti, al que pidió que subiera con él.

Una vez en su despacho, Brunetti preguntó al joven dónde estaba el *ispettore* Vianello, a lo que Pucetti respondió que no tenía ni idea. Vianello había llegado poco después de las ocho, había hecho varias llamadas y se había marchado diciendo que volvería antes del almuerzo.

—¿Ni idea? — preguntó Brunetti cuando se hubieron sentado los dos. No quería violentar al joven preguntándole directamente si había escuchado las conversaciones de Vianello.

—No, señor. Yo estaba atendiendo una llamada y no he podido oír lo que decía.

Brunetti observó con agrado que Pucetti ya no se mantenía erguido en la silla con rigidez cuando hablaba con él; a veces, hasta ponía una pierna encima de la otra. El joven empezaba a llevar el uniforme con naturalidad y ya no parecía un colegial disfrazado para el carnaval.

—¿Sabe si era algo relacionado con el muerto de anoche?

Pucetti pensó un momento y dijo:

—Yo diría que no, señor. Parecían asuntos de rutina.

Desviando la conversación, Brunetti dijo:

—Al entrar me han dicho que no ha llamado nadie, o sea que no sabemos quién era ni de dónde había venido.

—De Senegal, probablemente -sugirió Pucetti.

—Sí, es probable, pero para tratar de identificarlo hemos de estar seguros. No llevaba papeles y el hecho de que no haya llamado nadie para identificarlo ni para denunciar la desaparición de un *vu cumprà* significa que no podemos esperar ayuda alguna de esa gente. — Era consciente del matiz de desdén que tenía la expresión «esa gente» aplicada a toda una clase de personas, pero no tenía tiempo para sutilezas de lenguaje-. Así pues, hemos de averiguar quién era y, para eso, necesitamos a alguien que tenga contacto con los otros.

–¿Alguien en quien ellos confíen? – preguntó Pucetti.

–O alguien a quien teman -dijo Brunetti, al que tampoco gustaba esa frase.

–¿Quién?

–Probablemente, será más fácil probar con el miedo. Podríamos empezar preguntando a los que les alquilan habitaciones. Luego, a los mayoristas que les venden los bolsos. Por último, a los agentes que los hayan arrestado -dijo Brunetti levantando un dedo al nombrar a cada grupo.

–Quizá fuera preferible empezar por nosotros. Es decir, por los que los hayan arrestado -dijo Pucetti, y agregó:- Ya que los tenemos a mano.

–De acuerdo -dijo Brunetti-. ¿El técnico ya ha revelado las fotos?

–Que yo sepa, no, señor -dijo Pucetti disponiéndose a levantarse-, pero puedo bajar al laboratorio a ver si ya están listas.

–Sí, haga el favor -dijo Brunetti-. Y de paso mire si ya ha llegado la *signorina Elettra*.

Pucetti saludó y se fue. Brunetti sacó el diario de la cartera y acabó de leer la primera sección, buscando en vano un comentario editorial sobre la muerte. Ya saldría, estaba seguro.

Cuando Brunetti empezaba a leer la segunda sección, cuya primera página incluía un reportaje más extenso, aunque no más informativo, del asesinato, volvió Pucetti con un fajo de fotografías.

Brunetti las miró rápidamente, desechando las de todo el cuerpo y apartando las tomadas desde los lados y de frente. El hombre tenía los ojos cerrados, y era tal la solemnidad de su cara que nadie que viera aquellas fotos pensaría que pudiera volver a abrirlas.

–Era guapo -dijo Pucetti mirando las fotos-. ¿Cuántos años cree que tendría?

–No más de treinta -respondió Brunetti. Pucetti asintió.

–¿Quién puede haber querido hacer eso a uno de esos chicos? No causan problemas.

–¿Ha arrestado a alguno?

–A un par. Pero eso no significa que no sean buena gente.

–¿Eso dice también Savarini? – preguntó Brunetti.

Pucetti tardó un momento en contestar:

–Es diferente -dijo al fin.

–¿Y Novello?

–¿Por qué no?

–Porque la última vez que lo enviaron a arrestarlos le rompieron un dedo.

–Aquello fue un accidente, señor -protestó Pucetti-. Él había agarrado la bolsa de deporte que contenía toda la mercancía y el hombre hizo lo que cualquier otro hubiera hecho en su lugar: tratar de arrancársela de la mano. A Novello se le enganchó el dedo en el asa y, cuando el *vu cumprà* dio el tirón, le rompió el dedo. Pero no lo hizo a propósito.

–¿Entonces el dedo no está roto? – preguntó Brunetti, curioso por oír la respuesta de Pucetti.

–No; claro que está roto. Pero fue sin querer, y Novello no le guarda rencor. Lo sé porque me lo dijo. Además -agregó un Pucetti cada vez más vehemente-, él fue uno de los que se tiraron al canal para salvar al que se había caído.

–Al resistirse al arresto, si mal no recuerdo -observó Brunetti.

Pucetti abrió la boca para contestar, pero desistió, miró largamente a Brunetti y preguntó:

–¿Quiere tirarme de la lengua, señor?

Brunetti se echó a reír.

CAPÍTULO 6

Una hora después, Pucetti y Brunetti habían enseñado las fotos a la mayoría de los agentes de la *questura*. A mitad del proceso, Brunetti empezó a notar una preocupante correlación entre la filiación política y la reacción de cada cual. La mayoría de los que simpatizaban con el Gobierno actual, mostraban poca conmiseración o, siquiera, interés por el muerto. Cuanto más a la izquierda del espectro político se ubicaban, más se compadecían del hombre de la foto. Sólo dos agentes, dos mujeres, mostraron sincero pesar por la muerte de un hombre tan joven.

Gravini, que iba con la patrulla que había hecho la última redada de *ambulantí*, creyó reconocer al hombre de la foto, pero dijo también que estaba seguro de no haberlo visto nunca entre los *vu cumprà* arrestados por él.

Brunetti miró a los reunidos en la sala de agentes.

–¿Tenemos fotografías de los arrestados? – preguntó.

–Rubini tiene todos los papeles en su despacho, señor -dijo el sargento-. Informes del arresto, copias de los pasaportes, *permessi di soggiorno*, por lo menos, de los que disponen de él, y copias de las cartas que les enviamos.

–¿Cartas? – preguntó Pucetti-. ¿Por qué nos tomamos la molestia de enviarles cartas?

–En realidad, no las enviamos -respondió Gravini-. Se las entregamos en propia mano y les decimos que tienen cuarenta y ocho horas para abandonar el país. – Resopló ante semejante absurdo y agregó-: Una semana después los arrestamos y les entregamos una copia de la misma carta.

Brunetti se quedó esperando el comentario del sargento, que presumía sería del mismo tenor que lo oído aquella mañana de boca del anciano en el *vaporetto*. Gravini se encogió de hombros y dijo:

–No sé por qué nos tomamos tantas molestias. Ellos no hacen daño a nadie, sólo tratan de ganarse la vida. Y nadie obliga a la gente a comprarles bolsos.

–Gravini -interrumpió Pucetti-, ¿no fuiste tú uno de los que saltaron al canal?

Gravini inclinó la cabeza, como cohibido por haber sido pillado en falta.

—¿Y qué iba a hacer? El que se cayó era nuevo. Probablemente, era su primera redada. Le entró pánico y echó a correr: un crío. ¿Qué podía hacer, rodeado de policías que lo perseguían? Fue cerca de la Misericordia y, al cruzar el puente, perdió pie y cayó al canal. Ese puente no tiene parapeto. Se le oía gritar desde la iglesia. Cuando llegamos, braceaba como un loco, y yo hice lo primero que se me ocurrió, echarme al agua. Hasta que estuve dentro no me di cuenta de que el canal no era muy hondo; por lo menos, en los lados. No sé por qué armaba tanto alboroto. — Gravini trataba de aparentar enojo, pero sin convicción—. La chaqueta, echada a perder, y Bocchese pasó todo un día limpiando el barro de la pistola.

Brunetti optó por no hacer comentarios.

—¿Tiene idea de dónde puede haber visto a este hombre? — preguntó golpeando con el índice la foto de la cara tomada de frente.

—No, señor. No lo recuerdo, pero sé que lo he visto antes. — Tomó las fotos y fue mirando serie tras serie. Al fin dijo—: ¿Puedo llevármelas, comisario? ¿Para enseñarlas a algunos de los hombres a los que he arrestado?

Brunetti no sabía cómo referirse a los otros *vu cumprà*. «Colegas» del muerto sonaba de un modo extraño, ya que sugería un mundo laboral convencional. Al fin se decidió:

—¿A sus amigos? — preguntó.

—Sí, señor. A uno lo he arrestado cinco veces por lo menos. Podría preguntarle.

—¿Y si sale corriendo al verle acercarse? — dijo Pucetti.

—No, no; la cosa no va así -respondió Gravini-. Unos cuantos viven en un apartamento próximo a Via Garibaldi, cerca de donde reside mi madre. Los veo cuando voy a visitarla y... -se interrumpió, buscando la forma de continuar-... y cuando ellos y yo tenemos el día libre. Muhammad me contó que en su pueblo era maestro. Puedo preguntarle.

—¿Cree que confiará en usted? — preguntó Brunetti.

Gravini se encogió de hombros.

—Eso no lo sabré hasta que hable con él.

Brunetti dijo a Gravini que se llevara las fotos y las enseñara a unos y otros, y eventualmente pidiera a Muhammad que hiciera otro tanto entre los hombres con los que trabajaba.

–Gravini -añadió-, dígales que lo único que pedimos es un nombre y una dirección. Que no habrá más preguntas, nada de problemas, nada más. – Se preguntaba si los africanos se fiarían de la palabra de la policía y suponía que no tenían razones para ello. Aunque había hombres como Gravini, que estaban dispuestos a saltar a un canal para salvarlos, Brunetti temía que la actitud habitual de la policía fuera más parecida a la del anciano del *vaporetto*, y no invitaba a la colaboración.

Brunetti dio las gracias a los agentes y se dirigió al despacho de la *signorina* Elettra. Ella ya estaba sentada ante su mesa. Desde hacía varios días, la *signorina* Elettra ahuyentaba las sombras del invierno con un derroche de colorido: había empezado el miércoles, con unos zapatos amarillos, a los que el jueves había seguido un pantalón verde esmeralda y, el viernes, una chaqueta color naranja. Hoy, para empezar la semana, lucía un pañuelo de seda que parecía estar cubierto de papagayos, pero no lo llevaba anudado al cuello -eso hubiera sido muy vulgar- sino en la cabeza, a modo de turbante.

–Son bonitos los pájaros -dijo Brunetti al entrar.

Ella levantó la mirada, sonrió y le dio las gracias.

–Quizá la semana próxima sugiera al *vicequestore* que cambie de estilo.

–¿Y que venga al despacho con zapatos amarillos o con turbante? – preguntó Brunetti, para demostrar que se había fijado.

–No; yo me refería a las corbatas. Son muy serias.

–Las corbatas quizá, pero no los alfileres. Los tiene con piedras preciosas de todos los colores.

–Sí, pero tan pequeñas que casi no se ven. Quizá debería regalarle alguna.

Brunetti no sabía si ella se refería a las corbatas o a las piedras para los alfileres, pero no importaba.

–¿Y cargarlas a gastos de oficina?

–Desde luego. Quizá en el apartado de Mantenimiento. – Y entonces, pasando al terreno laboral, preguntó: ¿En qué puedo ayudarle, comisario?

En aquel momento, a Brunetti le hubiera gustado saber cuándo había sido la última vez que ella había preguntado a alguien en qué podía ayudarle y si la pregunta estaba dirigida a él mismo o al *vicequestore*.

–Me interesa todo lo que pueda averiguar acerca de los *vu cumprà*.

–Todo está aquí -dijo ella, señalando al ordenador-. O en los archivos de la Interpol.

–No; no me refiero a esa clase de información sino a lo que la gente sabe, sabe realmente, acerca de ellos: dónde viven, cómo viven, qué clase de gente son.

–La mayoría de ellos vienen de Senegal, según creo -dijo ella.

–Sí, eso ya lo sé. Pero me gustaría averiguar si son del mismo sitio, si se conocen, si están emparentados entre sí.

–Y es de suponer que también querrá saber quién era el hombre asesinado -concluyó ella.

–Por supuesto. Pero no creo que vaya a ser fácil descubrir eso. Nadie ha llamado para dar información. Las únicas personas que nos han dicho algo son unos turistas americanos que estaban allí en aquel momento, pero no vieron más que a un hombre muy alto, con aspecto «mediterráneo», según ellos, con lo que quieren decir que era moreno. Había otro hombre, pero de él sólo han podido decir que era más bajo que su compañero. Aparte de esto, por lo que sabemos, el crimen también hubiera podido ocurrir en otra ciudad. O en otro planeta.

Ella estuvo pensativa un momento y dijo:

–Prácticamente, ahí es donde ellos viven, ¿no cree?

–¿Cómo? – preguntó él, confuso.

–No tienen contacto con nosotros, me refiero a contacto real. Aparecen como las setas, extienden las sábanas, hacen su negocio y desaparecen. Es como si salieran de cápsulas espaciales y luego se desvanecieran.

–Pero eso no es otro planeta -dijo él.

–Sí lo es, comisario. No les hablamos, ni los vemos realmente. – Al observar la expresión de escepticismo de Brunetti, insistió: – No es que critique nuestra manera de tratarlos ni que pretenda defenderlos como hacen mis amigos, que dicen que todos son víctimas de esto o de lo otro. Sencillamente, pienso que es extraño que vivan entre nosotros y, no

obstante, cuando no están en la calle, vendiendo cosas, permanezcan invisibles. – Lo miró para comprobar si él se daba cuenta de lo muy en serio que hablaba y agregó-: Por eso digo que viven en otro planeta. Porque parece que, en éste, si les prestamos atención es sólo para arrestarlos.

Él lo pensó y reconoció que ella tenía razón. Recordó una noche del año anterior en la que él y Paola habían salido a cenar y estalló una tormenta. En un momento, las calles se llenaron de tamiles con haces de paraguas plegables que ofrecían a cinco euros. Paola los había comparado -a los tamiles- a esos alimentos deshidratados a los que no tienes más que poner en remojo para que adquieran su volumen normal. Algo parecido podía decirse de los *vu cumprà*: tenían la misma facultad para materializarse, como salidos de la nada, y luego desaparecer.

Brunetti decidió aceptar su punto de vista y dijo:

–Pues por ahí podemos empezar: trate de averiguar adonde van cuando desaparecen.

–¿Quiere decir quién les alquila habitaciones y dónde?

–Sí. Dice Gravini que algunos viven en Castello, cerca de la casa de su madre. Pídale la dirección de la madre o eche un vistazo a la guía telefónica: no es un apellido muy corriente. – Recordó la alusión de Gravini a la levedad de su relación con Muhammad, a la que no se podía llamar amistad, ya que tenía su origen en el arresto del uno por el otro-. Sólo quiero la dirección. No voy a hacer nada hasta que Gravini haya podido hablar con su conocido. A ver si encuentra usted algo acerca de otros apartamentos que tengan arrendados.

–¿Cree que existirá contrato? – preguntó ella-. Debería haber copias en el ayuntamiento.

Brunetti dudaba de que los propietarios estuvieran dispuestos a brindar la protección de un contrato formal a unos africanos, si ya eran reacios a concederla a los venecianos. Una vez el inquilino tenía un contrato, la ley hacía difícil, si no prácticamente imposible, el desahucio. Además, en el contrato debía figurar el alquiler, con lo que la renta se hacía visible, y tributable: todo propietario que estuviera en su sano juicio desearía evitar tal cosa. Así pues, probablemente, los

africanos estaban pagando el alquiler -Brunetti no pudo evitar el obligado juego de palabras- en negro.

–Es preferible preguntar por ahí -respondió el comisario-. Pruebe en el *Gazzettino* y *La Nuova*. Qui zá sepan alguna cosa. Cada vez que hacemos una redada y arrestamos a algunos, escriben una historia. Tienen que saber algo.

Él se distrajo pensando cómo podía soportar Elettra aquel turbante. El despacho estaba bien caldeado, ya que se encontraba en el lado del edificio en el que los radiadores funcionaban. Debía de ser muy molesto tener todo el día la cabeza apretada por un pañuelo. Pero no dijo nada, pensando que quizá Paola podría explicárselo.

–Veré lo que se puede hacer -dijo ella-. ¿Hay huellas que mandar a Lyon?

–Todavía no me ha llegado el informe de la autopsia. Le enviaré las fotos en cuanto las tenga.

–Gracias, comisario. A ver lo que encuentro.

Camino de su despacho, Brunetti ya iba repasando la lista de los amigos que podían ayudarle en sus pesquisas. Cuando llegó a su mesa, había tenido que aceptar el hecho de que no conocía a nadie que pudiera suministrarle información válida sobre los *ambulanti*, lo que le hizo pensar que quizá tuviera razón la *signorina* Elettra y que, efectivamente, unos y otros vivieran en planetas distintos.

Llamó al despacho de Rubini, el inspector que tenía a su cargo la tarea de nunca acabar del arresto de los *ambulanti* y le pidió que subiera un momento.

–¿Es sobre lo de anoche? – preguntó Rubini por teléfono.

–Sí. ¿Sabes algo nuevo?

–No -respondió Rubini-. Ni lo esperaba. – Hizo una pausa y preguntó:- ¿Subo las carpetas?

–Sí, por favor.

–Espero que dispongas de mucho tiempo, Guido.

–¿Por qué?

–Porque forman un montón de dos metros.

–¿Entonces bajo yo?

–No; sólo te llevaré el resumen de los informes que he presentado pero, aun así, leerlo te llevará el resto de la mañana. – A Brunetti le

pareció que Rubini se reía por lo bajo, pero no estaba seguro. Colgó el teléfono.

Rubini llegó al cabo de más de diez minutos, con un montón de carpetas, y explicó que su retraso se debía a que había estado buscando la carpeta con las fotos de todos los africanos arrestados durante el último año.

–Teóricamente, tenemos que fotografiarlos cada vez que los arrestamos -dijo.

–¿Teóricamente? – preguntó Brunetti.

Rubini puso el montón de papeles encima de la mesa y se sentó. El inspector era de Murano, llevaba en el cuerpo más de dos décadas y, al igual que Vianello, había ascendido muy despacio, quizá por una resistencia a buscar el favor de los de arriba análoga a la de este último. Rubini, un tipo alto y muy delgado, casi escuálido, era un apasionado del remo y todos los años estaba entre los diez primeros en cruzar la línea de llegada de la Vogalonga.

–Así lo hacíamos al principio, pero luego nos pareció que era una pérdida de tiempo hacer la foto de un hombre al que habíamos arrestado seis o siete veces y al que saludamos cuando nos lo encontramos por la calle. – Empujó los papeles hacia Brunetti y agregó:- Ahora ya los tuteamos a todos y ellos nos llaman por el nombre.

Brunetti se acercó los papeles.

–¿Por qué os molestáis todavía?

–¿Quieres decir en arrestarlos?

Brunetti asintió.

–El *dottor* Patta quiere que haya arrestos, y nosotros salimos y los arrestamos. Da buen aspecto a las estadísticas.

Brunetti, que esperaba esta respuesta, preguntó sin embargo:

–¿Crees que sirve de algo?

–Sabe Dios -dijo Rubini moviendo la cabeza con resignación-. Hace que el *vicequestore* nos deje tranquilos durante una semana o dos, e imagino que si nos lo tomáramos en serio, si los arrestáramos a todos y les confiscáramos todos los bolsos, ellos, simplemente, se irían a otro sitio.

–¿Pero...? – preguntó Brunetti.

Rubini puso una pierna encima de la otra, sacó un cigarrillo y lo encendió sin molestarse en pedir permiso.

–Pero mis hombres siempre les dejan algunos bolsos, aunque deberían confiscárselos todos. Al fin y al cabo, esa gente tiene que comer, ya sean africanos o italianos. Si les quitáramos todos los bolsos, no tendrían nada que vender.

Brunetti acercó al inspector la tapa de un frasco de Nutella.

–¿Y los bolsos? – preguntó.

Rubini dio una larga calada y expulsó el humo por la nariz, poco a poco.

–¿Te refieres a los que les dejamos o a los que nos llevamos?

–Está ese almacén de Mestre, ¿no?

–Ahora ya son dos. – Rubini se inclinó hacia adelante y sacudió la ceniza en el improvisado cenicero-. Todo está ahí-prosiguió, señalando las carpetas con la mano que sostenía el cigarrillo-. Este año llevamos confiscados unos diez mil bolsos. Por muchos que destruyamos, siempre hay más bolsos que confiscar. Pronto nos faltará sitio para almacenarlos.

–¿Qué vais a hacer?

Rubini aplastó el cigarrillo y, sin disimular la exasperación, dijo:

–Si de mí dependiera, los devolvería a los *vu cumprà*, para que no tuvieran que comprar otros. Pero entonces, ¿qué sería de la gente que trabaja en las fábricas de Puglia, donde los confeccionan? – Se levantó bruscamente y, señalando las carpetas, dijo-: Si deseas algo más, llámame. – En la puerta, se paró, volvió la cabeza hacia Brunetti y levantó una mano en ademán de impotencia-. Todo este asunto es alucinante -dijo, y se fue.

CAPÍTULO 7

Brunetti no había leído la *Ilíada* hasta que ya estaba en tercero de carrera -las laboriosas traducciones hechas en secundaria no podían considerarse una lectura propiamente dicha-, y la experiencia fue muy curiosa. Antes de leer el texto, ya sabía lo que cada uno de sus libros le depararía: hasta tal punto aquella historia era parte intrínseca de su mundo y su cultura. No le causó sorpresa la perfidia de Paris ni la aquiescencia de Helena, sabía que el audaz Príamo estaba condenado y que ni todo el valor del noble Héctor podría salvar a Troya de la destrucción.

Una sensación similar de *déjà vu* literario le producían ahora las carpetas de Rubini. Mientras leía el resumen de la reacción de la policía a la llegada a Italia de los *vu cumprà*, se sentía familiarizado con muchos elementos de la historia. Sabía que los primeros vendedores callejeros eran marroquíes y argelinos que vendían ilegalmente los productos de artesanía que habían traído consigo a Italia. Recordaba haber visto años atrás sus mercancías: animalitos tallados en madera, collares de abalorios, navajas de adorno y relucientes cimitarras falsas. Aunque el informe no lo decía, Brunetti suponía que a esta primera oleada de vendedores callejeros procedentes de las antiguas colonias francesas se los denominó con el barbarismo bilingüe con el que ellos trataban de atraer la atención de su nueva clientela.

Cuando los árabes cedieron paso a los africanos, la delincuencia bajó. Aunque la violación de las leyes de inmigración y la venta sin licencia persistían, en las fichas policiales de los hombres que habían heredado el nombre de *vu cumprà* prácticamente no aparecían robos ni actos de violencia.

Los árabes -así le constaba al comisario- encontraron actividades más lucrativas; muchos emigraron a países del Norte que no tuvieron más remedio que aceptar los permisos de residencia que con tanta liberalidad les había concedido la acomodaticia burocracia italiana. En un principio, los senegaleses, que no solían practicar la delincuencia, eran vistos con buenos ojos por muchos residentes de la ciudad y, como se desprendía del relato de Gravan, se habían granjeado la benevolencia de por lo menos algunos de los policías de la calle, que así

lo reconocían, aunque no sin cierta rudeza. Durante los últimos años, no obstante, la creciente insistencia con que los *ambulanti* trataban de atraer la atención de los transeúntes y su proliferación, que parecía imparable, empezaban a poner a prueba la buena voluntad de los venecianos.

En los informes de los arrestos realizados durante los últimos años, Brunetti no encontraba más delitos que los de infracción de las disposiciones relativas al visado y venta sin licencia. Había una violación, perpetrada seis años atrás, pero el violador era marroquí, no senegalés. En el único arresto en el que se consignaba violencia, un senegalés perseguía a un carterista albanés por Lista di Spagna, lo derribaba con un placaje y se quedaba sentado sobre su espalda hasta que llegaba la policía, a la que otro senegalés había llamado con su *telefonino*. Una nota manuscrita en el margen explicaba que el albanés tenía dieciséis años y, aunque había sido arrestado varias veces por robo callejero, fue puesto en libertad el mismo día, después de hacerle entrega de la consabida carta por la que se le ordenaba abandonar el país antes de cuarenta y ocho horas.

La última carpeta contenía un informe que daba cifras: se calculaba que durante algunos días del verano anterior había entre trescientos y quinientos *ambulanti* en las calles; las reiteradas redadas de la policía habían provocado una disminución temporal, pero en la actualidad se estimaba que su número se acercaba otra vez a los doscientos.

Al terminar la lectura del informe, Brunetti miró el reloj y alargó la mano hacia el teléfono. Marcó de memoria el número de Marco Erizzo, que contestó a la segunda señal.

—¿Qué hay de nuevo, Guido? —preguntó riendo.

—Odio esos teléfonos -dijo Brunetti-. Ya no se puede pillar desprevenida a la gente.

—Sí, tienes razón, es muy James Bond -admitió Erizzo-, pero me permite filtrar las llamadas.

—Pues la mía no la has filtrado, a pesar de que ya te habrás figurado que te llamo para pedirte un favor -dijo Brunetti, saltándose las preguntas de cortesía acerca de la familia de Marco y sin esperar a que Marco se interesara por la suya. Como se conocían bien, Marco ya

habría notado que el tono de voz de Brunetti no era el que éste emplearía para hacer una llamada puramente social.

–Siempre me interesa saber lo que se traen entre manos las fuerzas del orden -dijo Erizzo con fingida seriedad-. Por si puedo serles de utilidad, por supuesto.

–No soy la Finanza, Marco -dijo Brunetti.

–Nada de bromas con eso, Guido, por favor -dijo Erizzo en tono apreciablemente más frío-. Procura no mencionarlos cuando hables conmigo, y menos aún si me llamas al móvil.

Brunetti optó por no hacer comentario alguno acerca de la firme convicción de Marco de que todas las llamadas telefónicas, e-mails y faxes eran registrados por la Policía de Finanzas y dijo:

–¿Es que tú hablas por algún otro teléfono?

–No contesto por ningún otro. Dime de qué se trata, Guido.

–*Los vu cumprà*.

Marco no perdió el tiempo con la pregunta obligada de si tenía algo que ver con el asesinato de la noche antes y dijo:

–Nunca había pasado algo así en la ciudad; por lo menos, desde que mataron a aquel *carabiniere* en... ¿cuándo fue, en 1978?

–Por ahí -dijo Brunetti, al que ahora aquellos años terribles parecían muy lejanos-. ¿Sabes algo de ellos?

–Que me quitan el nueve y medio por ciento de las ventas -dijo Erizzo con súbita irritación.

–¿Cómo puedes calcularlo con tanta exactitud?

–Sé lo que vendía en materia de bolsos antes de que llegaran y lo que vendo ahora, y la diferencia es un nueve y medio por ciento. – Cortó la última sílaba con los dientes.

–¿Por qué no haces algo?

Erizzo se rió con un sonido desprovisto de humor.

–¿Qué me sugieres, Guido? ¿Que envíe una queja por escrito a tus superiores para pedirles que se preocupen por el bien de sus ciudadanos? Ahora me pedirás que mande una postal al Vaticano para que se preocupen por el bien de mi alma. – Una amarga resignación se mezclaba a la cólera en la voz de Erizzo-. Vosotros, chicos -prosiguió, sin duda refiriéndose a la policía-, no podéis hacer nada más que encerrarlos un día o dos y luego soltarlos. Ya ni os molestáis en

amonestarlos. – Hizo una pausa, pero Brunetti desistió de aventurarse en aquel silencio.

»No puedo hacer nada, Guido. Sólo esperar que no se les ocurra extender la sábana delante de una de mis tiendas, como se plantan delante de Max Mará, porque lo único que ocurrirá entonces es que voy a perder aún más dinero. Los políticos no quieren oír hablar de ellos y vosotros, chicos, no podéis, o no queréis hacer nada.

Brunetti, una vez más, creyó preferible no expresar opinión alguna.

–Pero, ¿qué es lo que sabes de ellos? – insistió.

–Probablemente, no mucho más que cualquier otra persona de la ciudad -dijo Erizzo-. Que son de Senegal, que son musulmanes, que la mayoría viven en Padua y algunos aquí, que no causan muchos problemas, que los bolsos son de calidad y que los venden a buen precio.

–¿Cómo sabes que son bolsos de calidad? – preguntó Brunetti, para distraer la cólera de su amigo.

–Porque me he parado en la calle a mirarlos -dijo-. Créeme, Guido, ni el mismo Louis Vuitton, si es que tal persona existe, vería la diferencia entre los bolsos auténticos y los que venden esos tipos. La misma piel, el mismo cosido, el mismo logo por todas partes.

–¿Venden también imitaciones de tus bolsos? – preguntó Brunetti.

–Claro que sí -tronó Erizzo.

Brunetti optó por hacer caso omiso de la advertencia que encerraba el tono de su amigo y prosiguió:

–Dicen que las fábricas están en Puglia. ¿Sabes tú algo de eso?

Con la voz no menos áspera, Erizzo dijo:

–Eso me han dicho. Las fábricas son las mismas. De día trabajan para las empresas legales y de noche hacen las imitaciones.

–Si las fábricas son las mismas, no tiene mucho sentido hablar de «imitaciones» -observó Brunetti, tratando de aligerar el tono de la conversación.

Marco se resistía a animarse.

–Seguramente -fue su único comentario.

–¿Tienes idea de quién está detrás? – insistió Brunetti.

–Sólo un idiota podría dejar de adivinarlo. Es una operación en gran escala y está perfectamente organizada. – Luego, en una voz

apenas más suave, Erizzo agregó:- Sólo tienen un problema.

–¿Cuál? – preguntó Brunetti.

–La distribución -fue la respuesta de Erizzo, que sorprendió a su amigo.

–¿Cómo?

–Piensa, Guido. Cualquiera puede producir. Eso es lo fácil: sólo necesitas las materias primas, un lugar para transformarlas y gente dispuesta a trabajar a cambio de lo que pagues. El problema reside en encontrar un lugar en el que vender lo que fabricas. – Como Brunetti guardara silencio, Erizzo prosiguió:- Si lo vendes en una tienda, tienes muchos gastos: alquiler, calefacción, electricidad, un contable, dependientes. Y, lo que es peor, has de pagar impuestos. – Brunetti se preguntaba cuándo había mantenido él una conversación con Marco en la que no hubieran salido a relucir los impuestos.

»Eso es lo que hago yo, Guido -prosiguió su amigo, con una voz que volvía a destemplarse-. Yo pago impuestos, impuestos sobre las tiendas, sobre mis empleados, sobre lo que vendo y sobre lo que aún puedo obtener con la venta. Y mis empleados pagan impuestos sobre lo que ganan. Y una parte se queda aquí, en Venecia, Guido, y lo que ellos ganan lo gastan aquí. – El calor que había en la voz de Marco no era el de la amistad ni el de la confianza.

»Dime tú qué beneficio obtiene la ciudad de lo que ganan los *vu cumprà* -inquirió Marco-. ¿Crees que de ese dinero algo se queda aquí? – Aunque era una pregunta retórica, Erizzo hizo una pausa, desafiando a Brunetti a responder. Como su amigo no respondía, Erizzo dijo:- Todo va al Sur, Guido. – No era necesario concretar más acerca del destino del dinero.

–¿Cómo lo sabes?

Brunetti oyó a su amigo inspirar profundamente.

–Porque nadie se mete con ellos, por eso. Ni la Guardia di Finanza, ni los *carabinieri*, ni vosotros, chicos, y porque parece que entran en este país como les place, y nadie los detiene en las fronteras. Eso significa o que nadie quiere molestarlos o que nadie quiere que se les moleste. – La pausa después de esta última frase era tan larga que Brunetti pensó que Marco había terminado, pero su voz volvió a sonar:- Y, si pensara que tienes estómago para oír más, te diría que

también gozan de la protección de todos los que se niegan a verlos como inmigrantes ilegales que se pasan todo el día burlando la ley mientras la policía se pasea por delante de ellos.

Brunetti no sabía cómo aplacar el furor de su amigo, y dejó transcurrir un rato antes de decir, en tono sosegado:

–Es la definición más larga de «distribución» que he oído en mi vida. – Adelantándose a la reacción de Marco, agregó–: Y también la más reveladora.

Marco, a su vez, hizo una pausa no menos dilatada y a Brunetti casi le parecía oír cómo las ruedas de la amistad giraban en uno y otro sentido, buscando el carril del que se habían salido.

–En fin -concluyó Marco, y Brunetti creyó percibir en estas dos sílabas la calma del que vuelve a pisar terreno firme-, no estoy seguro de que todo esto sea cierto, pero parece lo más lógico.

Brunetti se preguntó entonces si no sería éste el triste sino del historiador: no saber nunca lo que es cierto sino sólo lo que parece lógico. O el del policía. Desechó estas cavilaciones y fue a dar las gracias a Marco, pero no había tenido tiempo de pronunciar más que el nombre de su amigo cuando éste dijo:

–Tengo otra llamada, he de dejarte. – Y se hizo el silencio.

La conversación no había reportado a Brunetti información nueva, pero le había reafirmado en la idea de que los *ambulanti* gozaban de la protección de... -durante un momento, no supo cómo articular el pensamiento, ni siquiera para sus adentros-... «fuerzas que actúan en desacuerdo con las del Estado» fue el eufemismo que al fin encontró.

Sacó una libreta y la abrió por la doble página central, donde estaba lo que buscaba. Sumando una unidad a cada cifra anotada -un poco avergonzado por lo rudimentario de la clave-, marcó un número de teléfono. A la quinta señal, contestó una voz de hombre, y Brunetti dijo únicamente:

–Buenos días, deseo hablar con el *signor* Ducatti.

El hombre dijo que debía de haberse equivocado de número, y Brunetti pidió disculpas y colgó.

Le pesaba no haber bajado al bar del puente a tomar un café antes de llamar por teléfono; ahora no podía moverse del despacho hasta que

Sandrini llamara. Para distraer la espera, sacó unos papeles de la bandeja de entrada y se puso a leer.

Transcurrió más de media hora antes de que sonara el teléfono. Contestó con su nombre, y la misma voz que le había dicho que se equivocaba preguntó:

–¿Qué hay?

–Estoy muy bien, Renato -respondió Brunetti-. Gracias por el interés.

–Diga qué quiere, Brunetti, y déjeme volver a mi despacho.

–¿Ha salido sólo a llamar por teléfono? – preguntó Brunetti.

–Diga ya qué es lo que quiere -repitió el hombre con mal reprimida irritación.

–Quiero saber si los... ¿cómo he de llamarlos?... los socios de su suegro tienen algo que ver con lo de anoche.

–¿Se refiere al negro muerto?

–Me refiero al africano que fue asesinado -le rectificó Brunetti.

–¿Nada más?

–Nada más.

–Luego le llamo -dijo el hombre, y colgó.

Si Renato Sandrini hubiera empleado mejores modales, quizá a Brunetti le hubiera remordido la conciencia por hacerle objeto de chantaje e intimidación. Pero la constante rudeza de aquel hombre y la altanería que caracterizaba su actuación en público hacían que Brunetti utilizara el poder que tenía sobre él casi con fruición. Veinte años atrás, Sandrini, abogado criminalista de Padua, se había casado con la única hija de un jefe de la Mafia local. Llegaron los hijos y también gran número de defensas muy bien remuneradas. Sus muchos éxitos ante los tribunales habían hecho de Sandrini una verdadera leyenda. A medida que aumentaba el volumen de su clientela, aumentaba también el volumen de su esposa, Julia, que, a los cuarenta años, parecía un tonel, aunque un tonel con gustos muy caros en joyería y un amor por su marido caracterizado por un alarmante afán de posesión.

Nada de esto tenía por qué redundar en perjuicio de Sandrini y beneficio de Brunetti, de no haberse producido un incendio en un hotel del Lido que había llenado de humo varias habitaciones y hecho que

cuatro personas perdieran el conocimiento y tuvieran que ser trasladadas al hospital. Allí se descubrió que el cliente de la habitación 307, que se había registrado con el nombre de Franco Rossi, llevaba la *carta d'identità* y las tarjetas de crédito de Renato Sandrini.

Afortunadamente, el hombre volvió en sí a tiempo de impedir que el hospital llamara a su esposa para avisarla del percance, pero no antes de que se pusiera en evidencia la disparidad de los nombres. Todo ello hubiera podido atribuirse a un simple error de transcripción, de no haberse dado dos circunstancias: primera, que la persona que estaba con Sandrini en la habitación del hotel era una prostituta albanesa de quince años y, segunda, que el informe de la policía que contenía estos datos fue a parar, a la mañana siguiente, a la mesa de Guido Brunetti.

El comisario tomó la precaución de no abordar a Sandrini hasta haber hablado extensamente con la prostituta y su proxeneta y obtenido de ellos declaraciones en vídeo y por escrito. Ambos se mostraron dispuestos a hablar porque estaban convencidos de que el cliente era Franco Rossi, un mayorista de alfombras residente en Padua. De haber sabido quién era Sandrini y, lo que es más, de haber sospechado siquiera la identidad del suegro, es seguro que hubieran preferido ir a la cárcel a mantener aquellas largas conversaciones con el comprensivo comisario de Venecia.

A Brunetti le bastó una entrevista para convencer a Sandrini de que, habida cuenta de la victoriana mentalidad de algunos miembros de la Mafia acerca del sacrosanto carácter de las promesas del matrimonio, podía ser conveniente para él facilitar alguna que otra información al afable comisario de Venecia. Hasta el momento, Brunetti había cumplido su promesa de no pedir a Sandrini algo que pudiera comprometer su relación con un cliente, pero sabía que la promesa era falsa y que, llegado el caso, no tendría reparos en mover cualquier resorte para arrancar a Sandrini la información que le interesara.

Brunetti puso las carpetas en la bandeja de salida y, extrañamente satisfecho de sí mismo por su perfidia, se fue a casa a almorzar.

CAPÍTULO 8

Si Brunetti pensaba que, al salir de la *questura*, dejaría atrás conflictos y tensiones, se equivocaba, porque también entre las paredes de su casa los encontró. Aquí se manifestaban en una especie de nimbo de dignidad ofendida en el que tanto Paola como Chiara se habían envuelto y que hacía pensar en los usureros del Dante, que atraviesan la eternidad con los sacos de monedas atados al cuello. Supuso *que* tanto su mujer como su hija creían tener razón. Al fin y al cabo, ¿cuál es la persona empeñada en una disputa que piensa que la razón no está de su parte?

Brunetti encontró a su familia sentada a la mesa. Dio un beso en la mejilla a Paola y revolvió el pelo a Chiara, que apartó la cabeza rápidamente, como rehuendo el contacto con la mano que había descansado en el hombro de la adversaria. Fingiendo no haberlo notado, Brunetti se sentó y preguntó a Raffi cómo iban las cosas en el colegio. Su hijo, en prueba de solidaridad masculina frente al mal humor de las mujeres, respondió animadamente diciendo que todo iba estupendamente y se embarcó en una larga explicación de los prodigios de un programa informático que estaba utilizando en la clase de Química. Brunetti, mucho más interesado en los *linguine con scampi* que en los ordenadores, sonreía y trataba de hacer preguntas atinadas.

La conversación, a ritmo pausado, acompañó unos lenguados fritos con guarnición de fondos de alcachofa y una ensalada de rúcola. Chiara revolvió en la comida y dejaba mucha en el plato, nítida señal de que la situación la afectaba vivamente.

Al oír que no había postre, ella y Raffi se esfumaron, y Brunetti, dejando la copa vacía en la mesa, dijo:

–Me parece que no me vendría mal uno de esos cascos azules que llevan las fuerzas de pacificación de la ONU cuando corren peligro de encontrarse en medio de un fuego cruzado.

Paola sirvió más vino del Loredan Gasparini que su padre les había enviado con motivo del cumpleaños de Guido, un vino digno de ser saboreado en más gratas circunstancias.

–Lo superará –dijo Paola, dejando la botella en la mesa con un golpe seco y autoritario.

–De eso no me cabe duda -respondió Brunetti sosegadamente-. Pero no quiero tener que seguir comiendo en medio de este ambiente hasta que lo supere.

–Vamos, Guido, tampoco es para tanto -dijo Paola con una voz que indicaba que, por poco que se la provocara, no tendría inconveniente en desviar su irritación hacia él-. Dentro de unos días se dará cuenta de lo que ha hecho.

–¿Y qué ha de hacer entonces? ¿Pedir perdón?

–Eso, para empezar -dijo Paola.

–¿Y después?

–Pensar en lo que dijo y en lo que eso dice de ella como persona.

–Ya ha pasado un día -dijo él-. Y no está superándolo.

Paola dejó transcurrir un rato antes de preguntar:

–¿Qué quieres decir?

Él buscaba la manera de expresarse sin incomodarla.

–Que me parece que la has ofendido -repuso al fin.

–¿A ella? – dijo Paola con falsa incredulidad-. ¿Cómo?

Él se sirvió más vino pero dejó la copa en la mesa.

–Avasallándola sin darle la oportunidad de explicarse.

Ella lo miraba sin pestañear.

–«¿Avasallándola?» -repitió-. ¿Es que puede haber alguna explicación o justificación para despachar la muerte de un hombre con un displicente «sólo»? ¿Es que tienes que callarte al oír eso? ¿Es que, sí protestas, estás avasallando?

–Claro que no -dijo él, a quien la propia Paola había enseñado a reconocer y rehuir el *argumentum ad absurdum*-. Yo no digo eso.

–¿Qué dices entonces?

–Que hubiera sido preferible tratar de descubrir de dónde había sacado esas ideas y razonar con ella.

–¿En lugar de avasallarla, como tú dices? – preguntó ella, empezando a mostrar indignación.

–Sí -respondió él tranquilamente.

–No acostumbro a razonar frente a los prejuicios raciales.

–¿Y qué quieres hacer si no? ¿Sacudirles con un bastón?

Vio cómo Paola iba a replicar, pero se contenía. Ella bebió un trago, luego otro y dejó la copa.

–Está bien -dijo al fin-. Quizá fui muy severa con ella. Pero me dolió oírle decir eso y pensé que, sin darme cuenta, quizá yo era la responsable.

–¿Estamos hablando de Chiara o de ti? – la sorprendió él.

Ella frunció los labios, miró hacia la ventana orientada al Norte, movió la cabeza de arriba abajo reconociendo lo certero de la pregunta y dijo:

–Tienes razón.

–No me interesa tener razón.

–¿Qué te interesa?

–Vivir en paz en mi propia casa.

–Imagino que eso es lo que quiere todo el mundo -dijo ella.

–Si fuera tan sencillo, ¿verdad? – Él se levantó, se inclinó a darle un beso en el pelo y volvió a la *questura* y a la investigación de la muerte del hombre que era sólo un *vu cumprà*.

La muerte del africano o, por lo menos, su causa, estaba explicitada en el informe de la autopsia que Brunetti encontró encima de la mesa de su despacho. Sorprendido por tanta celeridad, el comisario fue directamente al final del informe, para ver si Rizzardi daba alguna explicación. Su sorpresa se acentuó al encontrar en blanco el lugar donde debía figurar el nombre del patólogo que había realizado el examen, pero decidió no perder tiempo en tratar de averiguar por qué Rizzardi había omitido la anotación y empezó a leer.

La víctima tendría entre veinticinco y treinta años y, aunque presentaba señales de ser un gran fumador, todos sus órganos estaban en perfecto estado. Medía 1,82 metros y pesaba 68 kilos. Sus huellas dactilares habían sido enviadas a Lyon para su posible identificación.

En total, le habían alcanzado cinco balas, número que coincidía con el de los sonidos que habían oído los americanos. Dos de los impactos eran mortales: uno le había seccionado la columna vertebral y el otro le había perforado el ventrículo izquierdo. De las otras tres balas, una se había alojado en el hígado y las otras dos se habían incrustado en los músculos del tórax sin dañar ningún órgano. La circunstancia de que los cinco disparos le hubieran alcanzado denotaba tanto buena puntería como proximidad, porque de la descripción de los americanos se deducía que los asesinos estaban a poco más de un metro de su

víctima. Las trayectorias de las balas indicaban que uno de los hombres era más alto que el otro; el que no hubiera orificios de salida hacía pensar que las pistolas eran de pequeño calibre. Las balas habían sido extraídas y enviadas al laboratorio para su análisis, aunque, en opinión de un profano, parecían haber sido disparadas con una pistola del calibre 22, arma que, según constaba a Brunetti, no era desconocida de los asesinos a sueldo.

—Un profano -dijo Brunetti en voz alta, dejando el informe a un lado de la mesa. Rizzardi, que diez años atrás había ejercido en Nápoles, posiblemente había visto más señales de muerte violenta que cualquier otra persona de la ciudad, por lo que no era probable que, al extender el informe de la autopsia, se hubiera atribuido tal condición.

El informe había llegado por e-mail, por lo que las fotos estarían disponibles en el ordenador de la *signorina* Elettra. Pero Brunetti no deseaba verlas: las imágenes de las heridas siempre le causaban tristeza y repulsión.

A él sólo le interesaba la idea del motivo que las había causado. Reconocía no saber mucho de África, continente que le parecía una masa vaga, difusa, donde las cosas iban mal y la gente sufría y moría de hambre en medio de grandes riquezas que la Naturaleza había derramado con mano pródiga.

Algo había leído Brunetti acerca del pasado colonial del continente, pero su historia reciente le interesaba poco. De todos modos, reconocía que lo mismo podía decir de la historia reciente en general.

Brunetti miró por la ventana de su despacho a la grúa que todavía, al cabo de los años, se cernía sobre la *casa di riposo* de San Lorenzo. Un hombre que se ganaba la vida vendiendo bolsos de imitación. Un hombre que había sido ejecutado por una pareja de asesinos profesionales. Lo primero podía decirse de cualquier *vu cumprà*. Eso hacían: vender bolsos. Lo segundo, en modo alguno: en los casos que podía recordar de muertes violentas relacionadas con *extracomunitari*, ni víctimas ni asesinos eran africanos.

Brunetti trató de considerar los factores que podían haber determinado el asesinato, y sólo se le ocurrió que debía de ser algo relacionado con los orígenes o con el pasado del hombre, o algo en lo que estuviera involucrado en la actualidad. Por lo que se refería al

pasado, Brunetti reconocía no saber nada, ni siquiera el país de origen, aunque era probable que fuera Senegal. En cuanto al presente, imaginó varias posibilidades que fue desechando una tras otra: los maridos celosos no suelen enviar a asesinos a sueldo para vengar su deshonor; y, que Brunetti supiera, los mayoristas de los bolsos no necesitaban recurrir al asesinato para mantener a raya a sus empleados. Los africanos seguramente estaban demasiado agradecidos por la oportunidad de trabajar como para arriesgarse a perder el empleo estafando a sus patronos. Más allá de estas ideas, las posibilidades se multiplicaban, ignoradas e infinitas.

Brunetti se acercó un ejemplar de la relación de tareas del personal correspondientes a la semana en curso. En el reverso, empezó una lista de las cosas que necesitaban saber acerca del muerto: nombre, nacionalidad, profesión, antecedentes, cuánto tiempo llevaba en Italia, dirección, familia, amigos. Pensó en la manera de empezar a hacer luz en el misterio de la existencia de aquel hombre, recordó a una persona que podía ayudarle, levantó el teléfono y llamó a la sala de agentes.

Tal como esperaba, contestó Vianello.

–¿Está libre? – preguntó Brunetti.

–Sí.

–Dos minutos -dijo el comisario, y agregó-: Necesitaremos una lancha.

Tardó un poco más en ponerse el abrigo y encontrar unos guantes de repuesto, que estaban en los bolsillos de un chaleco de plumón olvidado en el armario. Tras lo cual bajó al vestíbulo.

Vianello lo esperaba en la puerta principal. Llevaba tantos jerseys y chalecos debajo de la parka que abultaba casi el doble de lo habitual.

–No vamos a Vladivostok, hombre -dijo Brunetti a modo de saludo.

–Nadia tiene la gripe, los chicos están resfriados y yo no quiero caer enfermo y tener que quedarme en casa.

–¿Quién está con ellos? – preguntó Brunetti.

–La madre de Nadia. Como vive tan cerca, se pasa todo el día entrando y saliendo. – Vianello hizo una seña al agente de servicio para que se apartara y empujó la puerta, dando paso a una ráfaga de aire gélido que los envolvió e irrumpió en el vestíbulo. El inspector se metió las enguantadas manos en los bolsillos de la parka y salió a la calle.

El piloto estaba en cubierta. De su cara no se veía más que un pequeño triángulo de ojos y nariz que asomaba de una capucha forrada de piel. Al saltar a bordo, Brunetti dijo:

–Vamos a San Zan Degolà -y bajó rápidamente a la cabina.

Vianello lo siguió y la doble puerta se cerró tras él con un chasquido. Hacía frío en la cabina pero por lo menos estaban resguardados del vendaval que hacía tremolar las puertas. Una vez sentado frente a Brunetti, Vianello preguntó:

–¿Qué hay allí?

–Don Alvise.

Al oír el nombre del ex sacerdote, Vianello asintió con gesto de comprensión. Alvise Perale había sido durante años cura de una parroquia de Oderzo, una ciudad pequeña y aletargada del norte de Venecia. En sus tiempos de párroco de la iglesia local, dedicó sus considerables energías no sólo al bienestar espiritual de sus feligreses sino también al bienestar material de las muchas personas a las que las corrientes de la guerra, la revolución y la pobreza habían empujado hasta las márgenes del río Livenza. Entre estas gentes había prostitutas albanesas, mecánicos bosnios, gitanos rumanos, pastores kurdos y tenderos africanos. Para don Alvise, independientemente de nacionalidad y religión, todos eran hijos del Dios al que él adoraba y, por lo tanto, merecedores de sus cuidados.

Sus feligreses veían sus actividades con sentimientos diversos: unos creían que hacía bien en compartir la riqueza de la Iglesia con los más pobres de los pobres, pero otros preferían adorar a un dios menos dadivoso y al fin, cuando don Alvise invitó a una familia de Sierra Leona a instalarse en la rectoría, fueron a quejarse al obispo. En la carta por la que le ordenaba que dijera a la familia que debía marcharse, el obispo aducía sus razones, entre las que estaba la de que «algunas de esas personas adoran las piedras».

Al recibir la carta, don Alvise fue al banco y retiró la mayor parte del dinero de la cuenta de la parroquia. A los dos días, antes de contestar la carta del obispo, utilizó el dinero para comprar, en la vecina localidad de Portogruaro, un pequeño apartamento cuyo título de propiedad cedió al cabeza de la familia de Sierra Leona. Aquella misma noche, don Alvise escribió al obispo para comunicarle que no

tenía más opción que la de renunciar a su vocación, ya que seguir viviéndola como él creía que debía vivirse generaría una pugna constante con sus superiores. Y, antes de despedirse, agregaba, en los más respetuosos términos, que él prefería la compañía de personas que adoraban las piedras a la de aquellas que las tenían en lugar de corazón.

Los muchos amigos que había hecho con los años le ofrecieron ayuda y, a las pocas semanas, tenía una plaza de asistente social en Venecia, su ciudad natal, donde se le confió la dirección de un albergue que daba comida y alojamiento a las personas que solicitaban asilo político en Italia. Aunque ya no era miembro del clero sino funcionario, las personas de su entorno seguían utilizando el tratamiento de respeto para dirigirse a él, y seguía siendo *don* Alvise en lugar de *signor* Perale. Ya podía vestir pantalón vaquero, dejarse un bigotazo que envidiaría el más macho y hasta ser visto en compañía de mujeres, que el tratamiento no se le retiraba. Don Alvise había sido y don Alvise sería siempre.

Brunetti lo había conocido hacía años, cuando investigaba la desaparición de una mujer de Kosovo, sospechosa de estar involucrada en el tráfico de drogas. La mujer no había aparecido, pero él y don Alvise habían mantenido amistoso contacto desde entonces, ya que, en el desempeño de sus respectivas funciones, no faltaban ocasiones en las que cada uno podía hacer un favor al otro.

Brunetti sabía que existía una estructura gubernamental oficial que podía proporcionarle información acerca de los *extracomunitari*; la *questura* disponía de abundante documentación sobre ellos, desde luego, pero comprendía que la información de don Alvise, aunque no podía considerarse oficial, era mucho más fiable. Quizá la diferencia residía en que, para la Administración, aquellas personas eran problemas y, para don Alvise, eran personas *con* problemas.

Mientras la lancha subía lentamente por el Gran Canal, Brunetti explicó a Vianello por qué quería hablar con el ex sacerdote.

—Confían en él -dijo-, y me consta que ha ayudado a muchos *clandestini* a encontrar casa.

—¿A los senegaleses? — preguntó Vianello—. Siempre me han parecido una comunidad cerrada. Y creo que la mayoría son musulmanes.

Así lo tenía entendido también Brunetti, pero don Alvise era la única persona que en aquel momento se le ocurría que podía darle información, y le constaba que al ex sacerdote le importaba poco cuál fuera el dios al que adorase cada cual.

–Quizá -admitió-. Pero es posible que los conozca; por lo menos, a algunos. – Como Vianello mantuviera su reserva, Brunetti preguntó:- ¿Se le ocurre alguien más?

Vianello no contestó.

La lancha viró a la izquierda por Rio di San Zan Degolà. Brunetti se puso en pie e, inclinando la cabeza para salir de la cabina, subió a cubierta.

–Ahí, antes del puente -dijo al piloto, que dirigió la lancha hacia el costado del canal, dio marcha atrás al motor y, silenciosamente, se acercó a los peldaños cubiertos de musgo. Brunetti los miraba dubitativamente, pero, antes de que pudiera tomar la decisión de arriesgarse a abandonar la inestable lancha, el piloto, pasando por detrás de él, saltó a la *riva* con la cuerda en la mano y tiró de la proa hasta arrimar la embarcación a la pared. Ató la amarra a una anilla clavada en el suelo y se inclinó para dar la mano a Brunetti y, después, a Vianello.

Brunetti dijo al agente que no tardarían más de media hora y sugirió que fuera a tomar un café. Mientras el piloto se dirigía hacia un bar situado a la derecha, Brunetti condujo a Vianello por la izquierda de la fachada de la iglesia y torció por una estrecha calle.

–«Calle dei Preti» -leyó el siempre observador Vianello-. Parece el sitio más adecuado para él.

Brunetti, doblando a la izquierda al extremo de la calle en dirección al Gran Canal, respondió:

–Casi, si no fuera porque ahora estamos en Fontego dei Turchi.

–Probablemente, también a ellos los ayuda -dijo Vianello-, por lo que tampoco está mal el nombre.

Brunetti recordaba la puerta, un pesado *portone* pintado de verde, con un par de aldabas de bronce en forma de cabeza de león. Pulsó el timbre y esperó. Cuando por el intercomunicador una voz preguntó quién era, dio su nombre y la puerta se abrió dándoles acceso a un patio largo y estrecho con puertas a uno y otro lado. Sin vacilar,

Brunetti se acercó a la segunda de la izquierda, que estaba abierta. En lo alto del primer tramo de escalera había otra puerta, también abierta, donde los esperaba una figura baja y encorvada.

–*Ciao*, Guido -dijo Perale asiendo por los codos a Brunetti y alzándose sobre las puntas de los pies para darle un beso en cada mejilla.

Brunetti abrazó al hombre con sincero afecto y le tomó la mano derecha entre las suyas. Volviéndose hacia el inspector, dijo:

–Lorenzo Vianello, un amigo.

Don Alvise, a pesar de no ser extraño a las fuerzas del orden y reconocer a un policía a primera vista, estrechó cordialmente la mano de Vianello.

–Mucho gusto, Bienvenidos. Pasen, pasen -dijo, tirando de la mano a Vianello para hacerle entrar.

Pasado el umbral, se volvió, cerró la puerta detrás de sus visitantes y les pidió los abrigos, que colgó de unos ganchos de la puerta. El hombre apenas llegaba a Brunetti a la barbilla y daba la impresión de ser aún más bajo porque tenía la espalda un poco encorvada. Su cabellera gris, que parecía estar reñida con el peine y con el barbero, se ahuecaba a cada lado de la cara y rebasaba el cuello de la camisa en la nuca. Llevaba unas gafas con montura de plástico negro y unos cristales tan gruesos que le deformaban los ojos. La nariz era como un mazacote de arcilla y la boca que asomaba bajo el mostacho era pequeña y redonda como la de un niño.

Su aspecto hubiera podido resultar un poco ridículo y hasta grotesco, de no ser por la dulzura que irradiaba cada una de sus palabras y de sus miradas. Parecía un hombre que todo lo veía con aprobación y afecto, y que iniciaba todo diálogo con una consideración plena y firme hacia su interlocutor.

Los condujo a una habitación que, a juzgar por el escritorio situado en un ángulo, hubiera podido considerarse un despacho, de no ser por la cama que había junto a una pared, bajo un largo estante en el que se apilaban varios pantalones vaqueros descoloridos, jerseys y ropa interior bien doblada.

Don Alvise tomó la silla que estaba detrás de la mesa y la puso delante, al lado de la otra única silla de la habitación. Las ofreció con

un ademán a los dos policías y él se encaramó a la mesa dando un saltito, y se quedó sentado con los pies colgando.

–¿Qué puedo hacer por usted, Guido? – preguntó cuando ellos se hubieron acomodado.

–Es acerca del hombre que fue asesinado anoche -respondió Brunetti.

Don Alvise movió la cabeza de arriba abajo.

–Me lo figuraba -dijo.

–Pensé que tal vez lo conociera o supiera algo de él. – Brunetti mantenía los ojos fijos en los del ex cura, acechando una señal que indicara que sabía de quién le hablaba, pero no la vio. No dijo más y se quedó esperando a que el hombre respondiera la pregunta implícita.

–No me ha traído una foto -dijo don Alvise.

Brunetti lo miró largamente antes de responder.

–No lo he creído necesario. Si la gente hubiera sabido que lo conocía, hubieran venido a hablarle de ello.

–También un impulso caritativo le había hecho desistir de llevar la foto.

–Es verdad -dijo don Alvise.

Brunetti hizo una pausa antes de preguntar:

–¿Y...?

Como un colegial durante un examen, Perale miró al suelo y se puso a golpear suavemente el escritorio con los talones. Uno dos, uno dos, uno dos hacían sus pies, mientras la cara permanecía oculta a la mirada de los dos hombres. Al fin miró a Brunetti y dijo:

–Antes de contestar a eso, he de pensarlo y hacer unas cuantas preguntas.

–¿Antes de contestar o antes de poder contestar?

–¿No es lo mismo? – preguntó don Alvise inocentemente.

Brunetti no sabía cómo reaccionar a la simulación del ex cura.

–Vamos, don Alvise -dijo, y agregó riendo-: Usted no era jesuita cuando nos conocimos. No empiece a hacer el jesuita ahora.

La tensión y la reticencia se disiparon y entre los tres hombres volvió a instalarse el buen entendimiento.

–De acuerdo, Guido, comprendido. De todos modos, antes de contestarle, he de hablar con ciertas personas.

–¿Y si le dicen que no me conteste?

Nuevamente, los pequeños pies golpearon rítmicamente la madera, como si la regularidad del compás pudiera ayudar a don Alvise a vencer sus dudas.

–Entonces tendría que pensarlo -dijo.

–Por si le interesa -empezó Brunetti-, Inmigración no interviene en este caso, ni intervendrá, sea lo que sea lo que usted pueda decirme.

Los golpes cesaron y el ex cura miró al comisario:

–¿No depende eso de lo que yo le diga? – preguntó.

Brunetti decidió arriesgarse.

–Si le doy mi palabra de que, sea lo que sea, no les diré nada, ¿me creerá?

–Guido, si usted me diera su palabra de que los políticos son personas honradas, lo creería. – Y, al ver el asombro de Brunetti y de Vianello, agregó-: Aunque en compañía de ellos no apartaría la mano de la cartera.

Brunetti decidió no insistir. Sabía que don Alvise le diría lo que considerara conveniente que él supiera, y no había vuelta de hoja. No podía sino confiar en el buen criterio del ex sacerdote. Así las cosas, Brunetti se puso en pie, los tres hombres intercambiaron corteses despedidas y los dos policías se fueron.

CAPÍTULO 9

–¿Siempre es tan escurridizo? – preguntó Vianello al salir.

–¿Escurridizo?

–Tan precavido. O como quiera llamarlo. – Para justificar su tono, que era casi de irritación, Vianello agregó:- Él sabe quién era ese hombre. Eso ha quedado claro, pero da la excusa de que no puede responder sin hablar con otras personas. – Lanzó un resoplido de cólera que se hizo visible en el aire gélido-. Si lo conoce, o lo conocía, debe decírselo -insistió-. Es lo que manda la ley.

Brunetti, sorprendido de oír expresarse a Vianello en términos tan legalistas, trató de contemporizar.

–Bien, debe y no debe.

–¿Cómo que no? – preguntó Vianello.

Rehuyendo la respuesta, Brunetti cruzó la calle en dirección a un bar.

–Necesito un café -dijo empujando la puerta. El aire caldeado los envolvió y, como si estuviera esperándolos, la cafetera soltó un chorro de vapor en imitación del bufido lanzado por Vianello un momento antes.

En la barra, Brunetti miró a Vianello y, a una señal afirmativa de éste, pidió dos cafés.

Mientras esperaban, el comisario dijo:

–No tiene obligación de decirme nada si cree que lo que me diga puede poner en peligro a otra persona. – Antes de que Vianello pudiera citar la ley, Brunetti agregó:- Es decir, él sabe que legalmente debe decírmelo, pero eso no significaría nada para él si pensara que la información que me diera podía perjudicar a alguien.

–Pero usted le ha prometido no decir nada a la Po licía de Inmigración -insistió Vianello-. ¿Es que no le ha creído?

–El peligro podría venir de otro sitio -dijo Brunetti.

–¿De dónde? – preguntó Vianello.

Llegaron los cafés y ellos se concentraron en la operación de rasgar las bolsitas del azúcar y echar el contenido en las minúsculas tazas. Después del primer sorbo, Brunetti dejó la taza en el platillo y dijo:

–No lo sé. Pero por el momento no puedo hacer más que esperar a ver qué me dice o qué no me dice. Y, si no me lo dice, tendré que averiguar por qué.

Vianello se limitó a agitar la taza en dirección a Brunetti, a modo de interrogación.

–Haga lo que haga -prosiguió Brunetti-, tanto si me contesta como si no, estará dándome información. Y, cuando la tenga, podré empezar a pensar en lo que hay que hacer.

Vianello se encogió de hombros y los dos hombres salieron del bar y se dirigieron hacia la lancha.

El piloto había mantenido el motor en marcha y en la cabina había una temperatura agradable. Brunetti no hubiera podido decir si era efecto del calorcillo o el estímulo del café y el azúcar, pero lo cierto era que se sentía reconfortado y capaz de disfrutar de la belleza del trayecto de vuelta a la *questura*. A uno y otro lado, desfilaban Los *palazzi* que, en delirante yuxtaposición de estilos, competían por su atención: aquí, una sobria ventana gótica; allí, una fachada de mosaico multicolor; a la izquierda, el atrio sumergido de Ca d'Oro; y, enfrente, el espacio, ahora desierto, en el que Paola había comprado pescado aquella mañana.

Esta vista le hizo pensar en su familia y en la tensión que había percibido durante el almuerzo. ¿Qué hacer con Chiara? Durante un momento, pensó en llevarla al depósito del hospital y enseñarle el cadáver del hombre negro, la prueba de lo que puede suceder cuando consideras a una persona «sólo» un *vu cumprà*, pero enseguida comprendió que esto no sería más que un recurso melodramático barato que no garantizaba que Chiara se convenciera de que una cosa llevaba a la otra. Y, ¿acaso sabía él con plena seguridad que una cosa había llevado a la otra? Esto, a su vez, le hizo volver a don Alvise.

Por la izquierda se acercaba el Palazzo Ducale, y su belleza le hizo ponerse en pie.

–Vamos -dijo a Vianello, y salió a cubierta. La bofetada del viento helado hizo que se le saltaran las lágrimas, deformándole la visión y convirtiendo el *palazzo* en una silueta fosforescente que se ondulaba suspendida en el reverbero de las olas trémulas.

Vianello subió la escalera y se quedó al lado de Brunetti. Las banderas ondeaban frenéticamente en los altos mástiles situados frente a la basílica; las góndolas y los barcos cabeceaban en sus amarres entrechocando con fuertes golpes que el rugido del viento no llegaba a ahogar. La *piazza* aparecía poblada de figuras embozadas y encogidas; los turistas mantenían la cabeza baja contra el viento, que no les permitía gozar del esplendor que los rodeaba.

¿Era distinto en otro tiempo, se preguntaba Brunetti, cuando todo esto era nuevo y La Serenísima dominaba los mares? ¿O también entonces era tan fácil perpetrar el asesinato de un moro sin nombre, con la seguridad de que su insignificancia y anonimato protegerían a sus asesinos? Cerró los ojos un momento y, cuando los abrió, el *palazzo* había cedido paso al puente de los Suspiros y a los hoteles que se alineaban en la *riva*. El frío le mordía la cara; aquí, en aguas abiertas, se sentía más, pero él permaneció en cubierta hasta que atracaron en la *questura*, donde dio las gracias al piloto y pidió a Vianello que subiera con él a su despacho.

La última parte del viaje los había dejado helados hasta los huesos, y tardaron más de cinco minutos en entrar en calor y empezar a pensar en quitarse el abrigo. Mientras colgaba el suyo en el armario, Brunetti dijo:

–Es terrible. No recuerdo haber tenido nunca tanto frío en esta época del año.

–Calentamiento global -dijo Vianello dejando la parka sobre el respaldo de una de las sillas situadas delante de la mesa de Brunetti y sentándose en la otra.

Completamente desconcertado, el comisario esperó a estar sentado a su vez antes de preguntar:

–¿Qué dice? ¿«Calentamiento global»? ¿No debería hacer más calor?

Vianello, frotándose las manos para estimular la circulación, dijo:

–Ya llegará. Pero también producirá una perturbación de las estaciones. ¿Recuerda lo mucho que llovió el otoño y la primavera últimos? – Brunetti movió la cabeza de arriba abajo y Vianello prosiguió-: Todo está ligado. Tiene que ver con las corrientes de los océanos y del aire.

Como Vianello parecía hablar con conocimiento de causa, Brunetti preguntó:

—¿De dónde lo ha sacado?

—He leído el Informe de las Naciones Unidas sobre Calentamiento Global. Es decir, una parte. Todo está ahí. La guinda del pastel es que el último lugar del mundo en que se notarán los efectos, si los científicos saben lo que se dicen, claro... ¿sabe cuál es el país, mejor dicho, el continente que notará los efectos en menor medida y más tarde?

Brunetti movió la cabeza en señal de ignorancia.

—América del Norte. O sea, Los norteamericanos. Están protegidos a uno y otro lado por enormes masas de agua y las corrientes les son favorables, de manera que, mientras los demás nos asfixiamos con sus gases y nos morimos de calor, ellos seguirán como si nada.

Brunetti estaba alarmado por el tono de Vianello, que le parecía insólitamente áspero y apasionado.

—¿No es excesivamente severo con ellos, Lorenzo?

—¿Excesivamente severo, cuando me acortan la vida y matan a mis hijos?

Cuando ya era tarde, Brunetti se dio cuenta de que había tocado la fibra sensible de Vianello: la ecología del planeta. Manteniendo la voz serena, dijo:

—Nada de eso está demostrado, Lorenzo.

—Ya lo sé. Como tampoco está demostrado que, si yo volviera a fumar y fumara tres paquetes al día, moriría de cáncer de pulmón; pero tendría muchas probabilidades.

—¿Usted cree? ¿En este caso?

Era tan patente la sinceridad de la pregunta de Brunetti que Vianello respondió en tono mucho más sosegado.

—La verdad, no lo sé. No soy especialista. Sólo sé lo que leí, y que el informe fue encargado por la ONU y que lo hicieron climatólogos de todo el mundo. De modo que para mí es bastante bueno; por lo menos, hasta que lea algo más convincente.

—¿Cree que se puede hacer algo? —preguntó Brunetti, y la forma en que Vianello frunció el entrecejo le hizo aclarar-: Para remediarlo, quiero decir.

—No parece que la cosa tenga remedio. Quizá ya sea tarde.

–¿Tarde para qué? – preguntó Brunetti, quien, de pronto, se sentía muy interesado en lo que tuviera que decir su inspector.

–Para evitar las consecuencias de lo que hemos estado haciendo durante este último medio siglo.

–Es un pronóstico muy grave -dijo Brunetti, sorprendido de oír hablar a Vianello tan seriamente acerca del tema. Desde hacía años, en la *questura* se tomaba a broma el interés de Vianello por el medio ambiente, pero Brunetti siempre lo había situado en el mismo nivel que la insistencia de sus hijos en no comprar agua mineral envasada en botellas de plástico o en recoger cuidadosamente todo el papel desechable y llevarlo a los contenedores ecológicos de Rialto. Pero ésta era una visión mucho más pesimista que cualquiera que Vianello hubiera expuesto hasta entonces.

–¿Realmente, no se puede hacer nada? – preguntó Brunetti.

Vianello se encogió de hombros. Pareció que iba a levantarse y marcharse, o eso temió Brunetti, que sentía curiosidad por oír la respuesta e insistió:

–¿Qué cree usted?

–Creo que debemos vivir la vida y tratar de hacer nuestro trabajo - dijo Vianello después de un momento. Y entonces, como si aún no se hubiera hablado del tema, preguntó:- ¿Y qué hacemos acerca de ese muchacho negro? ¿Cómo averiguamos quién era si su don Alvise decide callar?

Brunetti, aceptando que la cuestión del calentamiento global había quedado aparcada, respondió:

–Gravini dice que conoce a un africano que vive en Castello, cerca de la casa de su madre. Probará de sacarle algo. Y he pedido a la *signorina* Elettra que indague a ver si encuentra a los que les alquilan las viviendas.

–Buena idea. En algún sitio tenía que vivir. – Entonces, advirtiendo la banalidad de la frase, Vianello agregó:- Quiero decir que tenía que vivir en la ciudad, ya que no llevaba encima nada más que un par de llaves.

–¿Ha leído el informe de la autopsia? – preguntó Brunetti, sorprendido de sí mismo por haber olvidado hacer esta pregunta a Vianello antes de ir a ver a don Alvise.

–No.

–Dice que tenía entre veinticinco y treinta años y que su estado físico era bueno. Y que dos de las heridas eran mortales.

–Dios, qué mundo. – Vianello miró a Brunetti, frunció los labios con gesto de desconcierto y agregó-: Es raro que no sepamos absolutamente nada de ellos ni de África, ¿verdad?

Brunetti asintió pero no dijo nada.

–Sólo que son negros -dijo Vianello alzando las cejas con ironía.

Brunetti, pasando por alto el tono de Vianello, comentó:

–Nosotros no parecemos alemanes ni los finlandeses parecen griegos, pero todos parecemos europeos.

–¿Y qué? – preguntó Vianello, que no había quedado muy impresionado por la observación de Brunetti.

–Alguien tiene que haber que sepa de ellos algo más -dijo Brunetti.

En aquel momento, entró en el despacho la *signorina* Elettra. Traía en la mano un papel que hizo pensar a Brunetti que quizá había encontrado algún indicio que permitiera averiguar la identidad del *vu cumprà*. Aún resonaba este término en su cabeza cuando se obligó a sí mismo a sustituirlo por el de *ambulante*.

–He encontrado a dos -dijo ella, saludando a Vianello con un movimiento de la cabeza. El inspector se levantó y le ofreció su silla, acercó la otra, puso la parka en el respaldo y se sentó.

–¿Dos qué? – preguntó un impaciente Brunetti.

–Dos caseros -dijo ella, y explicó-: He llamado a un amigo que trabaja en *La Nuova*. -Captó su reacción al oír el nombre del diario y puntualizó-: Ya sé, ya sé, pero nos conocemos desde primaria, y Leonardo necesitaba el trabajo. – Una vez disculpado el amigo por su elección de empresa, agregó-: Además, le da ocasión de tratar a la gente famosa que vive en la ciudad. – Esto ya fue demasiado para Vianello, que dejó oír una carcajada cavernosa. Ella esperó un momento y se rió a su vez-. Patético, ¿verdad? Famosos por vivir aquí. Como si la fama de la ciudad fuera contagiosa.

Brunetti pensaba en esto a menudo, porque le chocaba aquella actitud de los extranjeros, aquella creencia de que las señas de su domicilio les imprimían un sello de distinción, como si residir en Dorsoduro o tener un *palazzo* en el Gran Canal elevara el tono de su

discurso o la calidad de su mente, mitigara el tedio de su vida o convirtiera la escoria de sus diversiones en oro puro.

Para él su condición de veneciano era motivo de alegría, no de orgullo. Él no había elegido la ciudad en que tenía que nacer ni el dialecto que debían hablar sus padres. ¿Por qué enorgullecerse de esas cosas? Una vez más, se entristeció al pensar en la vanidad de los deseos humanos.

—... cerca de Santa Maria Materdomini -oyó decir a la *signorina* Elettra cuando volvió a sintonizar con la conversación que ella mantenía con Vianello.

—¿Bertolli? – preguntó el inspector-. ¿No es el que estaba en el consejo municipal?

—Sí; Renato. Es abogado -dijo la *signorina* Elettra.

—¿Y el otro? – preguntó Vianello.

—Cuzzoni. Alessandro -dijo ella, e hizo una pausa, para ver si el nombre les decía algo-. Es de Mira, pero ahora vive aquí y tiene una tienda.

—¿Una tienda de qué?

—Es joyero, pero casi todo lo que vende es de fábrica -dijo ella con la displicencia de la mujer que nunca llevaría una joya hecha a máquina.

—¿Dónde está la tienda? – preguntó Brunetti, no porque le interesara sino para demostrar que estaba escuchando.

—Cerca de Ventidue Marzo. En la calle que sube hacia la Fenice viniendo del puente.

Brunetti puso a caminar su memoria hacia *campo* San Fantin, por la callejuela que va hacia el puente, pasando por delante de la tienda de antigüedades.

—¿Frente al bar? – preguntó.

—Creo que sí -respondió ella-. No he comprobado la dirección, pero es la única joyería.

—¿Y estos dos alquilan a *extracomunitari* -preguntó Brunetti.

—Eso me ha dicho Leonardo. Nada de contratos a largo plazo, ni limitación del número de personas, y pago en efectivo.

—¿Amueblados o sin amueblar? – preguntó Vianello.

—Indistintamente -respondió la *signorina* Elettra-. Si se les puede llamar amueblados. Dice Leonardo que hará unos dos años publicaron

un reportaje sobre uno de esos apartamentos. Era increíble: siete personas durmiendo en una habitación, con la casa infestada de cucarachas, y una cocina y un baño como no había visto en su vida y, cuando le pregunté cómo estaban, me dio a entender que preferiría no enterarme.

—¿Y uno de esos dos era el casero? — preguntó Brunetti.

—No lo sé, no me lo dijo. De todos modos, tiene la impresión de que alquilan a *extracomunitari*.

—¿Sabe dónde están los apartamentos? — preguntó Brunetti.

—No. Como le he dicho, mi amigo ni siquiera está seguro de que ellos les alquilen, sólo oyó sus nombres a personas que hablaban de los que están dispuestos a alquilar a *extracomunitari*.

—¿Es su despacho? — preguntó Brunetti, mirando la dirección de Renato Bertolli y tratando de situarla.

—Sí. La he comprobado en *Calli, Campielli e Canali*, y me parece que tiene que estar justo enfrente *del fabbro*, el cerrajero.

Esto bastó a Brunetti. Había estado allí varias veces, hacía unos cinco años, cuando había encargado una barandilla metálica para el último tramo de la escalera de su casa. Conocía la zona, y parecía un poco apartada para el bufete de un abogado.

—No sé cómo enfocar esto -dijo Brunetti tomando el papel y agitándolo suavemente-. Si les preguntamos por los apartamentos, temerán que los denunciemos a la Finanza. Es lo que pensaría cualquiera. — Ni por un momento, pensó que aquellos hombres declarasen el alquiler y pagasen los impuestos correspondientes-. ¿Conoce a alguien que pueda hacer que hablen con nosotros?

—Tengo varios amigos abogados -dijo la *signorina* Elettra con cautela, como si reconociera un vicio secreto-. Puedo preguntarles si los conocen.

—¿Y usted, Vianello? — preguntó Brunetti.

El inspector movió la cabeza negativamente.

—¿Y qué hay del otro, de Cuzzoni? — preguntó Brunetti.

Esta vez, tanto la *signorina* Elettra como Vianello hicieron señal de negación. Al ver la decepción de Brunetti, ella dijo:

—Puedo mirar en el Ufficio del Catasto si tienen otros apartamentos. Sabiendo dónde viven, no tendremos más que comprobar si hay

contratos de arrendamiento de sus otros apartamentos.

Brunetti tenía un tío que vivía cerca de Feltre y que era cazador. Tenía una perra, *Diana*, una setter inglesa, cuyo mayor placer, aparte el de contemplar al tío con adoración siempre que éste le acariciaba las orejas, era perseguir pájaros. En otoño, cuando el aire refrescaba y empezaba la temporada de caza, una viva impaciencia se apoderaba de *Diana*, que no tenía sosiego hasta el día en que, por fin, el tío sacaba la escopeta y abría la puerta que daba al bosque de detrás de su casa.

Ahora, la *signorina* Elettra, sentada en el borde de la silla, preparada para salir lanzada, le recordó a *Diana*: los ojos oscuros y brillantes, las fosas nasales dilatadas, y el nerviosismo mal reprimido ante la idea de la presa a cobrar.

—¿Puede encontrarlo todo con esa cosa? — preguntó él, sin necesidad de mencionar el ordenador.

Ella lo miró enderezando el cuerpo.

—Quizá todo no, señor. Pero muchas cosas.

—¿Don Alvise Perale? — preguntó Brunetti. Intuyó, más que vio, el gesto de asombro de Vianello, pero, al volverse a mirarlo, advirtió que el inspector había conseguido disimular la sorpresa. Brunetti se permitió una media sonrisa y, al cabo de un momento, Vianello no pudo sino menear la cabeza apreciando la incapacidad de Brunetti para confiar en alguien plenamente.

Brunetti recordaba que *Diana* no necesitaba que la azuzaran: el rebullir de un aleteo y salía veloz como el viento. La *signorina* Elettra no perdió el tiempo con preguntas ni aclaraciones.

—¿Se refiere al ex sacerdote, comisario?

—Sí.

Ella se levantó con un movimiento fluido y elegante.

—Veré qué puedo encontrar.

—Son casi las ocho, *signorina* -le recordó él.

—Sólo un vistazo -dijo ella, y se fue. Cuando se cerró la puerta, Vianello dijo: -No se preocupe, comisario, que no tiene aquí la cama. Al final tendrá que irse a su casa.

CAPÍTULO 10

Brunetti encontró asiento al fondo de la cabina del *vaporetto*, a la izquierda, con vistas a San Giorgio y las fachadas del lado de Dorsoduro del canal. Las contemplaba mientras subía hacia San Silvestro, pero sus pensamientos estaban lejos de Venecia y hasta de Europa. Reflexionaba acerca de los desastres de África y de la interminable polémica de si eran debidos a lo que se había hecho a los africanos o a lo que los africanos se habían hecho a sí mismos. No era un tema acerca del que él se considerase facultado para opinar, ni creía que un día pudiera llegarse a esa especie de consenso que pasa por verdad histórica.

Por su mente desfilaba una sucesión de imágenes: el barco de guerra de Joseph Conrad disparando andanadas contra la selva, en un vano intento por imponerle la paz; cadáveres arrojados por las aguas a las orillas del lago Victoria; el lustre de un bronce de Benín; los pozos de los que se extraían las riquezas de la tierra. Ninguna de estas cosas era África, por supuesto, como tampoco el puente bajo el que ahora cruzaba el barco era Europa. Cada imagen era la pieza de un rompecabezas que nadie comprendía. Recordó la inscripción en latín que había visto en un mapa del siglo XVI para señalar los límites de la exploración de África: *Hic scientia finit* Aquí termina el conocimiento. «Qué arrogantes éramos -pensó-, y qué arrogantes seguirnos siendo.» En casa encontró paz, o quizá, para decirlo con más propiedad, encontró una tregua que parecía duradera. Mientras cenaban, Chiara y Paola hablaban como de costumbre y, por la forma en que la niña consumió dos platos de pasta con *broccoli* y alcaparras y dos peras al horno, se veía que había recobrado el apetito. Considerándolo buena señal, después de la cena, Brunetti se permitió tumbarse en el sofá de la sala, con un dedal de *grappa* a su lado en la mesita y su libro apoyado en el estómago. Hacía una semana que releía la historia del Imperio Romano tardío, de Amiano Marcelino, que le gustaba principalmente por el retrato que hacía de uno de sus más grandes héroes, el emperador Juliano. Pero también ahora se encontró trasladado a África, por el relato del sitio a la ciudad de Leptis en Trípoli y de la perfidia y duplicidad de atacantes y defensores. Se mataba a los

rehenes, se cortaba la lengua a los que decían una verdad molesta, se asolaba el país con el pillaje y la muerte. Leyó hasta el final del libro XXVIII, y decidió que valdría más acostarse temprano que seguir adelante con este recordatorio de lo poco que la Humanidad había cambiado en casi dos milenios.

Por la mañana, cuando los chicos se fueron a clase, él y Paola hablaron de Chiara, aunque ninguno estaba muy seguro de lo que implicaba su aparente vuelta a la normalidad. Él insistió en su preocupación por la fuente de la opinión que la niña había manifestado.

–Mira -dijo Paola-, desde que los niños van al colegio, he observado la reacción de los padres a las malas notas de sus hijos. La culpa siempre es del profesor. Sea cual sea la asignatura, sea quien sea el alumno, la culpa es del profesor.

Mojó una punta de galleta en el *caffé latte*, la mordió y prosiguió:

–Ni una sola vez he oído a alguien decir: «Es que Gemma no es muy lista, no me sorprende que haya suspendido las Matemáticas» o: «Nanni es un poco torpe, desde luego, sobre todo, para los idiomas.» Nada de eso. Sus hijos siempre son los mejores y los más inteligentes. Según los padres, se pasan el día estudiando y no hay maestro capaz de dar más luz a su mente ni más viveza a su entendimiento. Y, no obstante, son los mismos chicos y chicas que vienen a esta casa con Chiara y con Raffi y que no hablan más que de música *pop* y de películas, que parecen no saber nada de nada que no sea la música *pop* y las películas y que, cuando piensan en algo que no sea la música *pop* y las películas, se dedican a llamarse unos a otros por el *telefonino* o a enviarse SMS's, con una ortografía y una sintaxis que prefiero no comentar.

Brunetti se comió una galleta, tomó otra, miró a su mujer y preguntó:

–Estos discursos, ¿te los preparas mientras friegas los platos o son estallidos de una retórica innata?

Ella consideró la pregunta con el mismo espíritu con el que había sido formulada y respondió:

–Yo diría que me salen espontáneamente, aunque supongo que algo debe de influir el que me vea a mí misma como una especie de policía

del lenguaje, siempre al acecho de disparates y sandeces.

–¿Mucho trabajo?

–Un montón. – Sonrió, pero la sonrisa se borró enseguida-. Lo que significa que no tengo ni idea de dónde puede haberlo sacado.

Durante toda la conversación, él no había dejado de pensar en el hombre asesinado, y cuando ella calló, preguntó:

–Si te queda tiempo después de la tarea de patrullar por el lenguaje, ¿podrías pensar en alguien de la universidad que pudiera identificar a un subsahariano por una fotografía? Me refiero a qué tribu pertenece y a la región de la que pueda haber venido.

–El muerto -dijo ella.

Brunetti asintió.

–No sabemos sino que era africano, quizá de Senegal, pero no estamos seguros. ¿Conoces a alguien que pueda ayudarnos?

Ella mojó otra galleta, la comió, tomó un sorbo de café y dijo:

–En el departamento de Arqueología hay un hombre que pasa seis meses del año en África. Puedo preguntarle.

–Gracias -dijo Brunetti-. Diré a la *signorina* Elettra que te envíe las fotos a la universidad.

–¿Por qué no me las traes tú a casa?

–Están en el archivo del ordenador -dijo Brunetti, hablando con aplomo, para dar a entender que sabía cómo era posible tal cosa.

Ella lo miró con sorpresa. Luego, leyendo en su cara, preguntó con una sonrisa:

–¿Quién es mi pequeño genio de la informática?

Dolido, él le devolvió la sonrisa y preguntó:

–¿Cómo lo has descubierto?

–Es fácil para una policía del lenguaje. Detectamos todas las formas de la falsedad.

Él apuró el café y dejó la taza.

–Si no hay novedad, vendré a almorzar -dijo levantándose. Luego se inclinó y la besó en el pelo-. De policía a policía -agregó, y salió para la *questura*.

Había papeles en la mesa de su despacho. La primera hoja era una lista con las direcciones de los apartamentos propiedad de Renato Bertolli y Alessandro Cuzzoni, con una nota que decía que Cuzzoni no

estaba casado y la esposa de Bertolli no tenía otros bienes que la copropiedad del apartamento que habitaba el matrimonio.

Bertolli, con domicilio en Santa Croce, poseía seis apartamentos, de dos de los cuales había registrados contratos de arrendamiento en el Ufficio delle Entrate. La circunstancia de que estos dos contratos dataran de treinta y dos y veintisiete años atrás respectivamente, época en la que Bertolli debía de ser un niño, indicaba que estaban suscritos con familias venecianas cuyo derecho a permanecer en ellas era prácticamente inexpugnable. Bertolli y su esposa estaban consignados como residentes en el tercer apartamento, y no había contratos de arriendo de los otros tres, lo que indicaba que estaban vacíos, indicio que la información del amigo de la *signorina* Elettra desmentía.

Adjunta había una nota de puño y letra de la *signorina* Elettra que decía: «He pedido a su amiga Stefania de la agencia inmobiliaria que se informara. Ha averiguado que Bertolli alquila los tres apartamentos a extranjeros por semanas o por meses. Me pide que le diga que aún no ha podido vender lo de Fondamenta Nuove.»

Ahora, Cuzzoni. Residía en San Polo, muy cerca del domicilio de Brunetti y era dueño del apartamento en el que vivía y de una casa en Castello, aunque en el Ufficio delle Entrate no había archivado contrato alguno que indicara que la casa estaba arrendada.

Qué delicia que las oficinas municipales no se molestaran en hacer ni la más simple comprobación. Si no había constancia de que existía un contrato de arrendamiento, era señal de que el dueño no percibía renta, ¿y cómo se podía exigir a una persona que pagara impuestos si el apartamento estaba vacío? Así podía razonar una persona de cierta mentalidad, pero Brunetti había pasado décadas observando la infinidad de maneras con las que los ciudadanos se estafaban unos a otros y, todos juntos, al Estado, por lo que supuso que allí había gato encerrado, que de aquella casa se sacaba dinero y que se evadía el impuesto. Alquilarla a inmigrantes ilegales parecía un buen sistema.

Sacó su ejemplar de *Calli, Campielli e Canali* y buscó la dirección de Cuzzoni; la encontró al otro lado de Rio dei Meloni. Sólo un edificio la separaba de su propia casa, aunque para llegar había que subir hasta *campo Sant'Aponal* y luego retroceder hacia el agua. En la misma guía, comprobó la dirección de la casa propiedad de Cuzzoni. Era un

número alto de Castello, lugar que muchos venecianos consideraban tan lejano como Milán. Podía hablar fácilmente con Cuzzoni, tanto en su domicilio particular como en la tienda, pero Brunetti decidió acercarse antes a Castello, a ver si la casa estaba habitada y por quién. Recordó la promesa que había hecho a Gravini de no actuar hasta que el agente hubiera tenido ocasión de hablar con su conocido, pero mirar no era actuar.

El tiempo no había cambiado y el frío lo asaltó en la misma puerta de la *questura*. Un extremo del pañuelo del cuello se agitó como una anguila colgada de un sedal, tratando de soltarse. Lo agarró, se lo ajustó, bajó la cabeza y cruzó el puente en dirección a Castello.

Conservaba el mapa bien dibujado en la memoria; por otra parte, conocía el edificio porque un condiscípulo suyo de secundaria vivía en la casa de al lado. Caminaba contra el viento y mantenía los ojos en el suelo, orientándose por radar más que por la vista. Pasó por delante del Arsenale, en el que los leones parecían más satisfechos de lo que hubieran tenido que sentirse a la intemperie con aquel frío.

Torció a la izquierda por Via Garibaldi y pasó por delante del monumento al héroe que, con la mirada puesta en la helada superficie de la fuente situada a sus pies, parecía más afectado por el frío que los leones. Giró hacia la derecha, luego, rápidamente, a la izquierda y, enseguida, otra vez a la derecha. El número que buscaba era el segundo edificio de la izquierda, pero pasó por delante sin detenerse y entró en un bar del pequeño *campiello* que había un poco más adelante.

En un ángulo, jugaban a las cartas tres ancianos con abrigo y sombrero y sendos vasitos de vino tinto junto a la mano derecha. Uno echó una carta, el de su derecha otra y lo mismo hizo el tercero, que recogió los tres naipes con dedos artríticos, los juntó golpeándolos suavemente en la mesa, reunió las cartas que tenía en la mano, volvió a abrirlas en abanico y echó una en la mesa. Brunetti fue a la barra y pidió un *caffé corretto*, no porque le apeteciera la *grappa* sino porque éste parecía la clase de bar en el que los hombres cabaes toman *caffé corretto* a las once de la mañana.

Fue hasta el extremo de la barra y abrió el ejemplar de *La Nuova* que estaba allí. Cuando llegó el café, se lo acercó con un «gracias» musitado entre dientes, echó dos bolsitas de azúcar, lo removió y pasó

una página del diario. Los viejos seguían jugando, sin hablar, ni siquiera cuando terminaron la partida y el ganador reunió las cartas y volvió a repartir.

En la página doce había un artículo sobre el asesinato.

–Ay, Dios, no falta sino que ahora la emprendan a tiros hasta con nosotros -dijo Brunetti, sin dirigirse a nadie en particular, hablando en veneciano.

Terminó el café y dejó la taza en el platillo. Leyó hasta el final del artículo, miró al barman y preguntó: -¿Filippo Lanzerotti vive todavía en la casa de la esquina?

–¿Filippo?

Brunetti dio la explicación que, evidentemente, se le pedía:

–Fuimos juntos al colegio, pero hace años que no lo veo. Me preguntaba si seguirá viviendo aquí.

–Sí. Su madre murió hace unos seis años, y él y su mujer se mudaron a la casa.

–Recuerdo -le interrumpió Brunetti- las ventanas que dan al jardín. Entonces no nos gustaba la vista. – Dejó el diario en el mostrador, lo apartó hacia un lado, metió la mano en el bolsillo y sacó unas monedas. Miró al hombre con un gesto de interrogación y pagó lo que se le pedía.

Señalando con la barbilla el diario que había dejado abierto por el artículo sobre el asesinato, preguntó:

–¿Hay por aquí muchos de esos *vu cumprà*? -Aún no había acabado de hablar y ya le pesaba haber preguntado. Sus palabras sonaban huecas y forzadas, teñidas de una curiosidad impertinente.

El barman tardó en responder.

–No como para hacerse notar.

–¿Entran en el bar?

–¿Por qué lo pregunta?

–Por nada en particular -dijo Brunetti-. Es sólo que conozco a gente a la que ellos no caen bien. Pero yo los encuentro agradables. – Y entonces, como recordando-: Uno hasta me prestó su *telefonino* un día en que había olvidado el mío y tenía que hacer una llamada. – Estaba hablando demasiado, y se daba cuenta, pero no podía parar.

El ejemplo no debía de tener un gran valor como prueba de solidaridad humana, porque el barman dijo tan sólo:

–No tengo queja de ellos.

–No son como los albaneses -dijo una voz sepulcral que llegaba de la mesa de las cartas. Cuando Brunetti se giró, los tres hombres volvían a estar atentos al juego, y no pudo saber cuál de ellos había hablado. A juzgar por la placidez de sus rostros, la voz podía pertenecer a cualquiera de los componentes de aquel coro.

–Si ve a Filippo, no olvide darle recuerdos de parte de Guido -dijo Brunetti.

–¿Guido?

–Sí, Guido, de la clase de mates. Ya se acordará.

–Está bien. Se los daré -dijo el barman. En aquel momento, uno de los hombres de la mesa le pidió más vino, y él se dio la vuelta para bajar del estante otro vaso.

En la calle, Brunetti volvió sobre sus pasos hasta Via Garibaldi. Allí entró en la verdulería que hay a mano izquierda, vio unas endibias que pregonaban su procedencia de Latina y pidió un kilo. Mientras la mujer escogía lo solicitado, él preguntó, sin dejar de utilizar el dialecto:

–¿Alessandro aún alquila a los *vu cumprà*? -Y movió la cabeza en dirección a la casa de Cuzzoni.

Ella lo miró, sorprendida por aquel salto de vegetales a inmuebles.

–Alessandro Cuzzoni -especificó Brunetti-. Hace años, quería venderme la casa que tiene ahí, a la vuelta de la esquina, pero yo compré una en San Polo. Ahora un sobrino mío que va a casarse está buscando casa y me he acordado de Alessandro. Pero hace tiempo me dijeron que alquilaba habitaciones a los *vu cumprà* y, antes de decir algo a mi sobrino, me gustaría saber si sigue haciéndolo. – Y a renglón seguido, antes de que la mujer pudiera recelar de su pregunta y de él, agregó:- Mi mujer me ha pedido *melanzane*, pero de las largas.

–Sólo tengo de las redondas -dijo ella, que parecía mejor dispuesta a hablar de la mercancía que de los asuntos de sus clientes.

–Está bien. Le diré que no había otra cosa. Póngame un kilo de las redondas.

La mujer sacó otra bolsa de papel y eligió tres orondas *melanzane*. Como si la reconfortara la solidez de las hortalizas, dijo:

–No creo que aún esté en venta esa casa.

–Ah, bien. Gracias -dijo Brunetti, entendiendo que con estas palabras la mujer respondía a su pregunta sin dar esa impresión. Ella le entregó la bolsa y él pagó la compra, confiando en que Paola le encontrara utilidad. Brunetti decidió irse a casa, donde Paola alabó la calidad de las endibias y dijo que las tomarían con la cena. Acerca de las berenjenas no hizo comentarios y él renunció a decirle que, en cierto sentido, formaban parte de sus técnicas de investigación.

Como los chicos no almorzaban en casa, el menú, en opinión de Brunetti por lo menos, era espartano: únicamente *risotto* con *radicchio di Treviso* y una tabla de quesos. Al advertir el gesto de mal disimulada decepción con que él miraba el surtido de quesos, Paola se le acercó y, quedándose de pie a su lado, dijo:

–Está bien, Guido. Esta noche habrá cerdo. Brunetti cortó una porción de *taleggio* y la puso en su plato. Entonces levantó la cabeza y preguntó con interés:

–¿Con aceitunas y salsa de tomate?

–Sí.

–¿Y las endibias?

Ella desvió la mirada y, dirigiéndose a la lámpara, dijo:

–¿Qué ha pasado aquí? Yo me casé con un hombre y me encuentro viviendo con un estómago insaciable.

–¿Con mantequilla y parmesano? – preguntó él, extendiendo una gruesa capa de queso en el pan.

Prescindiendo de su promesa a Gravini, Brunetti salió de casa a las tres y cuarto, subió andando hasta Sant'Aponal y retrocedió hacia Fondamenta Businello, donde tenía que estar el apartamento. Encontró el número en el que, junto al único timbre, se leía: «Cuzzoni». Llamó, esperó un momento y volvió a llamar.

–¿Sí? – preguntó al fin una voz de hombre.

–¿Signor Cuzzoni?

–Sí. ¿Qué desea?

–Hablar con usted. Policía.

–¿Hablar de qué? – preguntó la voz con calma.

–De unas fincas de su propiedad -respondió Brunetti con no menos calma.

–Suba -dijo el hombre, y la puerta se abrió con un chasquido.

Brunetti empujó la puerta y entró en un gran jardín que, aun en su sueño invernal, mostraba claras señales de ser objeto de muchos cuidados. Dos pinos de Norfolk se alzaban a los lados de un sendero de ladrillo bordeado por setos de algo más de un metro de alto que aún conservaban hojas diminutas. Otros ladrillos incrustados en el césped delimitaban dos jardines en forma de rombo, en los que Brunetti distinguió, bajo unas protecciones de plástico semitransparente, unas flores que parecían pensamientos. Al fondo había una única puerta flanqueada por ventanas enormes, protegidas por gruesas rejas.

La puerta estaba abierta, y él subió un tramo de peldaños de mármol, anchos y de poca altura, que conducían al *piano nobile*. Cuando llegó arriba, la puerta se abrió hacia adentro y se encontró frente a una cara que le era familiar desde hacía años.

Aquel hombre debía de tener varios años menos que él, pero - observó Brunetti con un punto de satisfacción- también menos pelo, cosa que ya había sospechado antes y ahora podía comprobar. Cuzzoni era tan alto como Brunetti, más delgado, tenía una nariz elegante y los ojos castaños y grandes, quizá demasiado para su cara. Parecía tan sorprendido como Brunetti al ver ante sí una cara conocida.

Reaccionando antes que su visitante, el hombre tendió la mano y dijo:

–Alessandro Cuzzoni. – Brunetti estrechó la mano, pero, antes de que pudiera decir su nombre, Cuzzoni prosiguió:- Qué curioso, hace años que lo veo pasar por la calle. Es como si ya nos conociéramos.

–Brunetti, Guido -dijo el comisario, y siguió a Cuzzoni al interior del apartamento. Lo primero que notó fue una imponente mancha de humedad en la pared del fondo del recibidor y un círculo oscuro en el techo. Siguió con la mirada el reguero hasta el suelo, donde vio esparcidas unas maltrechas piezas del parqué.

–¡Vaya! ¿Qué ha pasado aquí? – no pudo menos que preguntar.

Cuzzoni miró los destrozos del techo, la pared y el suelo y desvió la mirada rápidamente, como rehuendo un dolor. Señaló con el dedo la devastación del techo.

–Ocurrió hace cuatro días. La vecina de arriba puso una lavadora y se fue a Rialto. La manguera del desagüe se soltó y todo el programa de

lavado me chorreó por la pared. Yo ya me había ido a trabajar y ella estuvo fuera toda la mañana.

–Sí que lo siento -dijo Brunetti-. No hay nada peor que el agua.

Cuzzoni se encogió de hombros y trató de sonreír, pero era evidente que no le apetecía.

–Afortunadamente, al menos para ella, el suelo no está a nivel, y el agua se escurrió hacia la pared y bajó por ahí. En su casa apenas hubo daños.

Mientras el hombre hablaba, Brunetti miraba la pared del fondo, donde le parecía distinguir rectángulos de pintura más oscura. En las otras paredes había pinturas y también -lo que era inquietante- estampas y dibujos, uno de los cuales parecía un Marieschi.

–¿Qué había en la pared? – preguntó al fin.

Cuzzoni suspiró.

–La carátula de *Carceri*. La primera edición y con una firma que probablemente era la suya. Y un pequeño dibujo de Holbein.

Lo mismo que cuando alguien habla de una enfermedad grave en la familia, Brunetti no sabía cómo preguntar ni qué decir.

–¿Y? – fue lo único que se le ocurrió.

–Mejor no le cuento.

–Lo lamento -dijo Brunetti. Sabía que era preferible no mencionar el seguro. Aunque Cuzzoni o la vecina lo tuvieran, ciertas cosas son irreparables e insustituibles. Además, las aseguradoras nunca pagan.

–Vamos a mi estudio. Allí podremos hablar -dijo Cuzzoni, volviéndose hacia la derecha y abriendo una puerta. Hasta aquel momento, Brunetti no había notado el calor que hacía en el apartamento. Al ver que empezaba a desabrocharse el abrigo, Cuzzoni dijo-: Démelo. Tengo que mantener la calefacción a tope hasta que se haya secado todo esto. Con la pared húmeda los pintores no pueden hacer nada.

–¿Y el parqué? – preguntó Brunetti dándole el abrigo.

Cuzzoni colgó la prenda de un perchero y con un ademán indicó a Brunetti un largo sofá que estaba arrimado a una pared. Él se instaló en un viejo sillón de aspecto confortable situado enfrente y dijo:

–El parqué es casi lo que más siento. Es de cerezo, del siglo dieciocho. Imposible sustituirlo.

—¿No se puede restaurar?

Cuzzoni se encogió de hombros.

—Quizá. He hablado con un carpintero que hace años había trabajado para mí. Ya está jubilado, pero dice que vendrá a verlo. Si le parece que puede hacer algo, lo levantará y se lo llevará al taller. Ahora lo dirige su hijo, pero él aún trabaja. Quizá pueda remojarlo y ponerlo en la prensa para aplanarlo. Pero dice que perderá color y que probablemente costará mucho devolverle la pátina. — Volvió a encogerse de hombros—. No hago sino repetirme que no es más que un objeto. Todo son sólo cosas materiales. Pero han durado cientos de años y casi parece una vergüenza que ahora se pierdan.

Aunque la *signorina* Elettra le había dicho que Cuzzoni había venido de Mira, Brunetti consideró conveniente no demostrar que sabía algo de él y, abarcando la habitación con un ademán, preguntó:

—¿Es la casa de la familia?

—No, en absoluto. Hará sólo unos ocho años que vivo aquí. Pero esta casa ha llegado a ser algo precioso para mí, y me duele que le haya ocurrido esto. — Sonrió y meneó la cabeza como pidiendo disculpas por su sentimentalismo y apuntó—: Supongo que la policía no habrá venido para preguntar por la lavadora de mi vecina.

Brunetti sonrió a su vez y respondió:

—No, por supuesto. He venido para preguntar por una casa que posee al final de Via Garibaldi.

—¿Sí? — preguntó Cuzzoni con curiosidad, pero nada más.

—Deseo saber si la ha alquilado a *extracomunitari*.

Cuzzoni echó el cuerpo hacia atrás, apoyó los codos en los brazos del sillón y juntó los dedos formando un triángulo debajo de la barbilla.

—¿Puedo preguntar por qué desea saberlo?

—No es por nada relacionado con la renta ni con los impuestos -le aseguró Brunetti.

—*Signor* Brunetti, no creo que todo un comisario de policía haya venido a verme para averiguar si pago impuestos por el alquiler de mis apartamentos. Pero siento curiosidad por saber el porqué de su interés.

—Es por el hombre que fue asesinado -dijo Brunetti, decidiendo revelar a Cuzzoni por lo menos esto.

Cuzzoni inclinó la cabeza, apoyando los labios en sus dedos entrelazados. Al cabo de un tiempo, miró a Brunetti y dijo:

–Me lo figuraba. – Dejó transcurrir unos instantes más y prosiguió:- Sí, en el edificio hay *extracomunitari*. En los tres apartamentos. Pero no sé si el hombre asesinado era uno de ellos.

A Brunetti le constaba que los periódicos no habían publicado foto alguna del muerto, ni el nombre.

–¿Sabe quiénes son los que viven ahí?

–He visto sus papeles, sus pasaportes y el permiso de trabajo de uno de ellos. Pero no puedo saber si los pasaportes son auténticos, ni si lo es el permiso de trabajo.

–¿No obstante, les alquila los apartamentos?

–Dejo que vivan allí, sí.

–¿Aunque eso podría ser ilegal? – preguntó Brunetti, con curiosidad, no censura, en la voz.

–Yo no soy quién para juzgar -respondió Cuzzoni.

–¿Puedo preguntarle por qué lo hace? – inquirió Brunetti.

Cuzzoni dejó que la pregunta quedara en el aire un rato antes de responder con otra:

–¿Puedo preguntar por qué quiere saberlo?

–Por curiosidad -dijo Brunetti.

Cuzzoni sonrió y separó los dedos. Puso las manos en los brazos del sillón y dijo:

–Porque nosotros somos demasiado ricos y ellos son demasiado pobres. Y porque un amigo mío que trabaja con ellos me dijo que los que querían vivir en esos apartamentos eran hombres honrados que necesitaban ayuda. – Como Brunetti no respondiera, Cuzzoni preguntó:- ¿Le encuentra sentido a eso, *signor* Brunetti?

–Sí -dijo Brunetti sin vacilar, y preguntó:- ¿Puedo ir a ver esos apartamentos?

–¿Para averiguar si el muerto era uno de los que viven allí?

–Sí -dijo Brunetti, y añadió, porque le pareció que eso podía ayudar a convencer a Cuzzoni:- Esos hombres no sufrirán perjuicio alguno por causa mía.

Cuzzoni reflexionó y al fin preguntó:

–¿Cómo puedo estar seguro de que eso es verdad?

–Pregunte a don Alvise -respondió Brunetti.

–Ah -dijo Cuzzoni y se quedó mirando a Brunetti durante un momento que se hizo muy largo. Luego se puso en pie apoyándose en los brazos del sillón y dijo-: Le daré las llaves.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 11

Al salir de casa de Cuzzoni, Brunetti estaba indeciso: no sabía si volver inmediatamente a Castello a echar un vistazo a los apartamentos de los que ahora tenía las llaves. Cada juego estaba compuesto por dos llaves; seguramente, la del portal y la del piso. Durante todo el camino hasta Rialto estuvo dudando entre ir y no ir. Cuando llegó a lo alto del puente, una violenta ráfaga de viento, enviada directamente desde Siberia contra él con toda alevosía -estaba seguro-, casi le hizo perder el equilibrio. Eso habría podido servir de excusa para desistir de la visita, de no habersele ocurrido que aquella hora, en la que las tiendas estaban abiertas, era precisamente la mejor para encontrar en casa a los hombres y hablar con ellos.

Sacó el *telefonino* y marcó el número de la línea directa de la sala de agentes. Contestó Alvisè, que pasó el aparato a Vianello.

–¿Puede reunirse conmigo dentro de veinte minutos al final de Via Garibaldi? – preguntó.

–¿Dónde está ahora?

–En Rialto. Voy a tomar el 82.

–Conforme. Allí estaré -dijo el inspector.

Vianello hizo algo mejor: subir al barco en la parada de San Zaccaria, embozado y guateado hasta el doble de su envergadura. Brunetti le informó someramente de su conversación con Cuzzoni y añadió que prefería tener a alguien consigo cuando hablara con los africanos.

–¿Les tiene miedo?

–Yo no diría eso. Pero es posible que ellos tengan miedo de mí.

–¿Y cree que los refuerzos los tranquilizarán? – preguntó Vianello.

–No necesariamente. Pero limitarán los posibles efectos de su miedo.

–¿Quiere decir impidiéndoles escapar? – preguntó Vianello, señalando con las manoplas su considerable volumen, para dar a entender que era poco probable que él pudiera dar caza a hombres mucho más jóvenes y delgados.

Ante su gesto, Brunetti sonrió y dijo:

–No, no es eso. – No sabía cómo decir a Vianello que pensaba que su presencia tendría en los africanos un efecto tranquilizador, como lo tenía a menudo en los testigos. Ni sabía cómo decirle que también él agradecía su compañía al ir a entrevistar a un número indeterminado de jóvenes, la mayoría de ellos inmigrantes ilegales, que se dedicaban a actividades ilegales y que ahora, de algún modo, estaban implicados en la investigación de un asesinato.

Desembarcaron en Giardini y entraron en Via Garibaldi. Por el camino, Brunetti volvió a hablar de su conversación con Cuzzoni, aunque acerca del hombre no dijo sino que parecía indiferente al hecho de que la policía estuviera interesada en sus inquilinos y que hasta parecía casi orgulloso de tenerlos viviendo en sus apartamentos.

–¿Un alma caritativa? – preguntó Vianello.

Al percibir el tono del inspector, Brunetti no pudo menos que sorprenderse ante la paradoja de que el término hubiera adquirido un matiz irónico. ¿Qué había tenido que suceder para que ahora se satirizara a quien practicaba la caridad?

–Me ha parecido, sencillamente, una buena persona -dijo.

Vianello, tan dado como Brunetti a formar juicios instantáneos acerca del carácter de las personas, no dijo nada.

Brunetti siguió el mismo trayecto que había hecho por la mañana, pero ahora se detuvo delante de un edificio situado a la izquierda de la estrecha calle.

–¿Llamamos para decir que subimos o entramos por las buenas? – preguntó Vianello.

–Es su casa -dijo Brunetti-. Me parece que lo correcto es pedir permiso para entrar. – Había tres timbres. Brunetti pulsó el de más abajo.

Al cabo de un momento, una voz de hombre preguntó:

–¿Sí?

–Venimos de parte del *signor* Cuzzoni -dijo Brunetti, pensando que no faltaba a la verdad. Al fin y al cabo, traía las llaves para demostrarlo.

Hubo una pausa larga, y la voz preguntó:

–¿Qué desea?

–Hablar.

—¿Con quién?

—Con todos ustedes.

Otra pausa. El que estaba al otro lado del intercomunicador no se molestó en tapar el micro con la mano, y Brunetti y Vianello oyeron una rápida serie de preguntas y respuestas hechas en una lengua desconocida. Se alzó una voz colérica pero enseguida pareció que alguien la silenciaba. Al cabo de unos instantes, la primera voz dijo:

—Pase.

Se abrió la puerta y entraron. Frente a ellos había un único tramo de escalera. En lo alto, tres hombres negros, puestos en fila, formando barrera. Brunetti iba delante. Cuando le faltaban dos peldaños para llegar arriba, se detuvo y miró a los hombres. El del centro era más alto y más viejo que los otros y tenía una nariz muy ancha que aún lo parecía más por estar rota. El de la izquierda era bajo y fornido y llevaba un chaquetón grueso, como si acabara de llegar de la calle o fuera a salir. El tercero era delgado en extremo, hasta el punto de que el estrecho pantalón vaquero que llevaba le hacía bolsas. Aunque tenía la piel más oscura que los otros, sus facciones eran más delicadas: nariz casi europea y labios finos, que apretaba hoscamente.

—Gracias por acceder a hablar conmigo. Me llamo Guido Brunetti y soy comisario de la policía.

El hombre de la derecha, el delgado, se separó de los otros dos dando media vuelta. Al girar, su brazo derecho osciló en el aire hacia la espalda y la mano le golpeó la nalga. El del centro dio un paso atrás, dejando espacio en el rellano. Brunetti se detuvo en lo alto de la escalera, esperó a que Vianello estuviera a su lado y tendió la mano.

-Piacere -dijo primero a un hombre y luego al otro.

Sorprendidos, ellos tendieron la mano a su vez, pero en silencio. Entonces Vianello se adelantó, dio su nombre y estrechó las manos a los dos hombres. Pareció que esto no les dejaba más alternativa que la de atenerse a las normas de la cortesía. El hombre alto se acercó a la puerta y los invitó a entrar con elegante ademán.

Brunetti cruzó el umbral, no sin antes solicitar permiso en voz baja. Lo mismo hizo Vianello. Lo primero que notó Brunetti fue el olor: penetrantes efluvios a carne y especias. La carne podía ser cordero, quizá, pero no identificaba las especias. También olía a hombres,

hombres que viven juntos y que no lavan -o no pueden lavar- la ropa con la debida frecuencia.

El del brazo inerte se había situado en el fondo de la habitación. Dentro había otros cuatro hombres, expectantes. Dos de ellos sonrieron en dirección a Brunetti y los otros dos movieron la cabeza de arriba abajo; su saludo era cordial, exento de amenaza. Brunetti y Vianello hicieron una inclinación de cabeza y se quedaron esperando a ver quién sería el primero en hablar.

El hombre alto que los había seguido al interior del apartamento parecía el jefe o, por lo menos, las miradas de los otros iban continuamente de él a los hombres blancos.

Brunetti advirtió la austeridad de la habitación que parecía hacer las veces de cocina y comedor. Sobre una encimera con revestimiento de linóleo que discurría junto a la pared del fondo había una cocina de gas de dos fogones conectada por una manguera de goma a una rechoncha bombona. Brunetti recordó haber visto una cocina parecida en el apartamento en el que vivía cuando era niño y se preguntó dónde diablos podrían comprarse todavía aquellas bombonas.

Había ollas grandes en los fogones y platos en el fregadero, que tenía un solo grifo. Pero las encimeras estaban limpias, lo mismo que la mesa.

–¿Qué es lo que desean? – preguntó el hombre alto. Tenía un acento que Brunetti no conseguía identificar y hablaba con voz grave, pero sin forzar el tono.

–Deseo oír todo lo que puedan decirme acerca del hombre que fue asesinado anoche -dijo Brunetti.

Antes de que el hombre alto, al que Brunetti había dirigido la pregunta, pudiera responder, el que se había dado media vuelta en el rellano dijo:

–¿Y hemos de saber algo de él porque también somos negros? – A pesar de su delgadez, tenía una voz aún más grave que la del otro, un bajo sonoro, una voz que podía llenar una sala de conciertos o captar la atención de un auditorio.

«Qué pronto cede la gente al resentimiento», pensó Brunetti. ¿A quién querían que preguntara por la muerte de un africano, a los chinos? Tragándose la pregunta se volvió otra vez hacia el más viejo:

–He venido a hablar con ustedes porque pensé que quizá trabajaban con él o lo conocían.

Antes de responder, el hombre apartó una silla de plástico de la mesa de fórmica, otro objeto evocador de la niñez de Brunetti, y la giró hacia éste. Luego señaló otra silla y el hombre del chaquetón la sacó para Vianello.

Cuando los dos estuvieron sentados, el más viejo dijo unas palabras en una lengua que Brunetti no entendió y uno de los otros abrió un armario y bajó dos vasos. De un cajón extrajo un paño de cocina con el que enjugó los vasos, que dejó en la mesa. De otro armario sacó una botella de plástico de agua mineral, desenroscó el tapón y llenó los vasos.

Brunetti le dio las gracias, inclinó la cabeza en dirección al hombre al que ahora consideraba el jefe, y bebió la mitad del agua. Lo mismo hizo Vianello. Brunetti dejó el vaso, apoyó las manos en el borde de la mesa y miró al jefe sin decir nada.

Estuvieron por lo menos dos minutos sin hablar. Al fin, el jefe dijo:

–¿Ha dicho que es policía?

–Sí -respondió Brunetti.

–¿Y quiere saber de él?

–Sí.

–¿Qué desea saber?

–Deseo saber cómo se llamaba y de dónde había venido. Deseo saber dónde vivía y a qué se dedicaba antes de venir. Y deseo saber si alguno de ustedes tiene alguna idea de quién podía quererle mal o del motivo por el que había de ocurrirle esto.

El jefe meditó la serie de preguntas y finalmente dijo:

–Parece que quiere saberlo todo.

–No -dijo Brunetti con voz neutra-. Eso no es todo. No me interesa cómo llegó a este país ni qué papeles tenía, a no ser que usted crea que eso pueda tener algo que ver con su muerte. Y, oficialmente, no tengo interés en ninguno de ustedes, ni en cómo llegaron aquí ni en cómo se ganan la vida, siempre que ello no tenga relación con la muerte de ese hombre.

–¿Oficialmente, ningún interés? – preguntó el hombre.

–Como policía, esas cosas no me interesan.

—¿Y como hombre?

—Como hombre, no sé nada de ninguno de ustedes. No sé de dónde han venido ni por qué decidieron venir a este país, ni cuánto tiempo piensan quedarse. Pero sé que de ustedes no se dice que hayan venido a robar, a atracar ni a causar problemas, sino que están aquí para trabajar, si pueden encontrar trabajo.

—Es mucha información -dijo el hombre-, para alguien que no está interesado.

—Sí que lo es -admitió Brunetti-. Pero ya hace años que ustedes o sus compañeros están aquí, y se, o creo saber, algunas cosas. — Rápidamente, Brunetti agregó-: No sé nada de su cultura, pero, en la nuestra, la información pasa de boca en boca y cada cual quita o añade algo, y la información cambia. Por lo tanto, no se puede saber si lo que te dicen, o lo que crees saber, es verdad. — Los miró, tratando de adivinar si habían entendido aquel largo discurso-. Así pues, en realidad ignoro si lo que creo saber de ustedes o de sus amigos es o no es verdad -concluyó, y bebió toda el agua que quedaba en el vaso. Al ver que el hombre que se lo había servido iba a volver a llenárselo, le dio las gracias y dijo que ya tenía suficiente.

El jefe miró a los otros hombres y les hizo una pregunta. Mientras esperaba la respuesta, Brunetti se dedicó a observar la habitación. Lo primero que se notaba era el frío, el mucho frío, y se alegró de no haberse quitado el abrigo. Vio también que la habitación, aunque desordenada, estaba limpia. El suelo, de linóleo gris, parecía recién barrido. Y tenía la impresión de que si habían pasado el paño por el vaso era en señal de consideración y no por necesidad. Los hombres estuvieron un rato en silencio. Al fin, el del pantalón vaquero holgado dijo algo. Como nadie respondía, siguió hablando en un tono cada vez más airado. Llegó un momento en que levantó la mano izquierda y señaló a Brunetti y Vianello mientras decía algo que sonó a «policía», pero la palabra quedó inmersa en una frase muy larga que acabó bruscamente en una nota agria. Mientras, el brazo derecho le colgaba inmóvil.

El jefe le respondió en tono más sereno y le puso la mano en el hombro en un gesto que armonizaba con el acento de sus palabras.

Pero el joven no se dejaba convencer y soltó otro enojado alegato en el que, ahora sí, la palabra «policía» sonó dos veces con claridad.

El jefe, sin dar señales de impaciencia, escuchó al joven hasta el final, y miró a Brunetti:

–Dice que no podemos fiarnos de la policía. Brunetti pensó que, con todo el tiempo que había estado hablando, el joven tenía que haber dicho mucho más que eso, aunque reconocía que, probablemente, no le faltaba razón. Ellos estaban en Italia ilegalmente y se pasaban el día en la calle, vendiendo bolsos de imitación. Carecían de dinero para comprar o alquilar tiendas, restaurantes o bares, por lo que no disponían de la protección que puede adquirir el que tiene buenos ingresos: no habría un funcionario servicial que les facilitara permisos de trabajo o de residencia o que les brindara su ayuda para conseguir que la Policía Financiera pasara por alto esas molestas normas que obligaban a justificar el ingreso de fuertes sumas, ni recibirían amistosos avisos telefónicos la víspera de una redada de la policía. Sin estas hadas madrinas civiles, los africanos estaban expuestos a sufrir el acoso y la arrogancia de la policía, por lo que su desconfianza traducía una actitud inteligente.

Brunetti reflexionaba sobre todo esto, confiando en que aquellos hombres interpretaran su silencio como una señal de respeto hacia su jefe. Uno de los otros, un muchacho que no debía de ser mucho mayor que Raffi, dijo entonces unas palabras, muy cortas. El jefe se dirigió entonces al que estaba a su lado, el del chaquetón, que respondió con un monosílabo y después a los otros, que se limitaron a mover la cabeza negativamente.

Después de un largo silencio, el jefe miró a Brunetti y dijo:

–Mis amigos me dicen que prefieren no hablar de este asunto.

Brunetti esperó un momento antes de preguntar:

–¿Aun sabiendo que yo podría arrestarlos a todos?

El jefe sonrió, y la cara se le llenó de arruguitas de auténtico regocijo.

–No es muy prudente decir eso, sabiendo que podríamos desaparecer antes de que llegaran los refuerzos que pidiera para arrestarnos.

Brunetti le devolvió la sonrisa y preguntó:

—¿Y no cree que yo podría levantarme y arrestarlos a todos?

—¿Y llevarnos a todos a la cárcel? — preguntó el africano afablemente. Y añadió con picardía:- ¿Usted solo?

Mientras hablaban. Brunetti había podido deducir que aquel hombre y el joven delgado eran los únicos que sabían italiano lo suficiente como para seguir la conversación. Los otros quizá entendían palabras y frases sueltas, pero poco más.

—Donde, estoy seguro -dijo Brunetti en un tono amenazador tan falso que delataba que ni él mismo creía lo que iba a decir-, podríamos persuadirles fácilmente para que nos dijeran todo lo que queremos saber.

Al oír esto, el joven ahogó una exclamación y dio un paso hacia Brunetti con la mano izquierda levantada y la derecha colgando sin vida al costado. Una mirada del viejo lo detuvo, y se quedó inmóvil, sin bajar el brazo, con los ojos muy abiertos, respirando con fuerza. Vianello se había puesto en pie con sorprendente rapidez y dado un paso hacia él, pero, al ver que el joven no se movía, retrocedió hasta su silla, aunque no se sentó.

El viejo miró a Brunetti y dijo con sincero pesar:

—Quizá sea mejor no hablar de persuadirnos a decirle cosas, *signare*.

Moviéndose con cautela, Brunetti se levantó y se acercó al joven. Muy lentamente, levantó el brazo, tomó la mano alzada, la bajó hasta la altura de la cintura y la cubrió con su izquierda. El joven cerró los ojos y trató de retirarla, pero Brunetti la retuvo con firmeza.

Cuando al fin el joven abrió los ojos y le miró, Brunetti dijo:

—Le pido perdón por lo que he dicho. A todos ustedes y a su amigo muerto. Lo he dicho sin pensar y es una tontería.

El otro trató de liberar su mano, pero ahora el gesto fue más débil.

Brunetti prosiguió, sin soltar la mano ni desviar la mirada:

—Por lo que le ha pasado a su amigo y porque nadie debería morir así, quiero encontrar a los que lo mataron.

Soltó la mano del joven y dio un paso atrás, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, en actitud de indefensión. El joven lo miró fijamente, pero no dijo nada. Por último, Brunetti se volvió hacia el viejo.

–El *signor* Cuzzoni me ha dado las llaves de los otros apartamentos, y voy a entrar a echar una ojeada.

–¿Por qué me dice eso?

–Porque ustedes viven aquí con permiso del dueño, que me ha dado las llaves y me ha autorizado a entrar. No sería correcto no decirles lo que voy a hacer.

–¿Nos pide permiso? – dijo el hombre.

–No. – Brunetti desestimó la idea con un movimiento de la cabeza-. Les informo.

Brunetti miró a Vianello y se dirigió hacia la puerta. Una vez allí, se volvió y dijo a todos:

–Me llamo Brunetti. Si desean hablar conmigo, pueden llamarme o ir a verme a la *questura*.

Los hombres lo miraban en silencio, como estatuas de obsidiana, y él y Vianello salieron del apartamento.

CAPÍTULO 12

–Vaya actuación brillante la mía -dijo Brunetti cuando salieron a la escalera.

–Yo no me he percatado de lo que había dicho, o más bien de la amenaza que ellos verían en sus palabras hasta que he visto a ese hombre levantar la mano -dijo Vianello a modo de consuelo-. La frase parecía estar a tono con la conversación que mantenía con el capo.

–Pero, si hubiera pensado en lo que sería para ellos sentirse amenazados... -empezó Brunetti.

–Si mi abuelo tuviera ruedas, sería una bicicleta -terminó Vianello-. ¿Subimos? – preguntó, pasando a lo práctico.

Mientras subía la escalera, Brunetti se alegró de que Vianello le hubiera interrumpido. Sabía lo que la policía de ciertos países hacía a los detenidos, aparte de lo que le había contado un amigo que trabajaba para Amnistía Internacional. Sencillamente, había hablado sin pensar. Lamentarse del efecto que ello habría tenido en la predisposición de los hombres a confiar en él era perder el tiempo. Sí le pesaba, sin embargo, haberlos ofendido con su falta de sensibilidad. Pero, al llegar al piso de arriba, dejó atrás esos pensamientos.

Brunetti llevaba también las llaves bailadas en el bolsillo del muerto. Una instintiva cautela le había hecho prescindir de la formalidad de rellenar el formulario de solicitud de pruebas y, sencillamente, se había limitado a ir al almacén y sacarlas de la bolsa. Las probó en la puerta del apartamento del segundo piso y otro tanto hizo con uno de los juegos que Cuzzoni le había dado, pero ninguna abría. Al fin, una llave del segundo juego de Cuzzoni giró en la cerradura. Brunetti empujó la puerta y le salió al encuentro el mismo olor a hombre que impregnaba el otro apartamento, pero aquí no había fogones encendidos y no era tan penetrante. En el fregadero no había más que tazas y vasos, de lo que se deducía que comían todos abajo. Arrimadas a una de las paredes de la sala había dos camas plegables y, alineadas en el dormitorio, otras cinco individuales. El pequeño armario estaba repleto de chaquetas y téjanos y en la parte baja se amontonaban infinidad de zapatillas deportivas. Era tan fuerte el tufo

que salió de allí al abrir la puerta que Brunetti la cerró rápidamente y pasó al cuarto de baño.

Aquello, sencillamente, era un asco. La pequeña bañera estaba mugrienta y, en un lado, debajo de un grifo que goteaba, tenía un reguero verdiazulado. Había toallas amontonadas en el borde de la bañera, y colgadas de clavos detrás de la puerta: ninguna de ellas, limpia. El asiento del inodoro estaba en el suelo, apoyado en la pared. El lavabo daba grima, lleno de pelos, espuma de afeitar seca y otras sustancias que Brunetti no quiso imaginar. El espejo estaba moteado de salpicaduras blancas y empañado por infinidad de huellas dactilares. Una taza de hojalata contenía un ramillete de cepillos de dientes.

—¿Quiere volver al dormitorio y buscar en el armario? —preguntó Brunetti a Vianello, que había estado mirando debajo de las camas.

—Si no le importa, preferiría dejarlo. Después de todo, no sabemos lo que buscamos.

Brunetti tuvo que mostrarse de acuerdo.

—Está bien -dijo-. Vamos a ver lo que hay en el otro piso.

Salieron a la escalera, cerraron la puerta con llave y subieron al tercero. Los peldaños eran de madera y muy estrechos, mientras que los de más abajo eran de piedra y bastante más anchos. Desde la calle, Brunetti no había visto el tercer piso, y pensó que, al igual que su propio apartamento, habría sido construido con posterioridad y sin permisos.

Arriba no había rellano: la escalera terminaba frente a una puerta. Brunetti sacó las llaves que había tomado del almacén de pruebas e introdujo una de ellas en la cerradura, que cedió con suavidad. Cuando abrió la puerta, la luz entró desde detrás de él. Se inclinó hacia el interior y, tanteando en la pared de la izquierda, su mano tropezó con un interruptor y lo accionó.

Una bombilla de 40 vatios colgaba del techo de lo que debió de ser un trastero. No había ventanas y, en lo alto, se veían las tejas de cerámica, sobre un entramado de vigas. La habitación carecía de aislamiento, y Brunetti y Vianello vieron cómo, al entrar, su aliento se convertía en vapor.

Junto a la pared del fondo había una cama estrecha con varias mantas de lana raídas. Sólo quedaba espacio para una mesa pequeña

sobre la que descansaba un hornillo eléctrico con el cordón conectado al interruptor de la entrada con mucha cinta aislante y muy poca habilidad. Al lado del hornillo había una taza metálica y una caja de bolsitas de té y, debajo de la mesa, un cubo de metal cubierto con una toalla. Brunetti no tuvo que dar más que un paso para llegar a la mesa. Levantó la toalla y vio que el agua que contenía tenía una delgada capa de hielo.

Le bastó inclinarse hacia la puerta para poder cerrarla. Detrás de ella, colgados de sendos clavos, había un pantalón tejano y un jersey rojo. Casi automáticamente, Brunetti metió la mano en los bolsillos del pantalón, palpó algo duro en el de la derecha y lo sacó. El objeto, del tamaño de un huevo, estaba envuelto en un paño blanco y limpio. Lo puso en la mesa y lo desenvolvió.

Apareció una talla en madera de una cabeza humana, un objeto que Brunetti hubiera podido abarcar fácilmente con la mano, de no ser por las astillas que sobresalían de su parte inferior y que indicaban que la cabeza había sido arrancada de una estatua.

—¿Qué es eso? — preguntó Vianello acercándose.

—No sé. Una mujer, parece. — Brunetti la levantó para verla mejor. La nariz era un fino triángulo; y los ojos, unas ranuras de óvalo perfecto. Especialmente delicado era el trabajo del pelo, que representaba prietas trenzas dispuestas con artística simetría. En el centro de la frente estaba grabada una extraña figura geométrica: cuatro triángulos que apuntaban a un rombo central, dibujados con trazo continuo.

—Es bonita, ¿verdad? — dijo Vianello.

—Sí, una maravilla -convino Brunetti. Le dio la vuelta, para examinar las astillas de la parte inferior-. Parece que la han arrancado por el cuello. — La envolvió de nuevo y la guardó en su propio bolsillo.

Vianello se arrodilló y apartó las mantas de la cama. De debajo sacó una caja de cartón, se levantó y la puso encima de la cama.

En la habitación no había nada más: ni inodoro, ni grifo de agua ni armario alguno. Brunetti señaló la taza y volviéndose hacia Vianello dijo:

—Ahí debía de calentar el agua.

Vianello no creyó necesario hacer comentario alguno. Revolvía en la caja con el índice.

—Aquí no hay nada. — Volvió a arrodillarse y alargó las manos hacia la caja.

—¿Qué hay en la caja, Vianello?

—Sólo comestibles.

—Espere un momento -dijo Brunetti, y Vianello se sentó sobre los talones.

Brunetti se inclinó sobre la caja y vio un paquete de galletas, una bolsa de cacahuets pelados, una caja abierta de sal de cocina, cuatro bolsitas de té, un trozo de queso que parecía Asiago, dos naranjas y una bolsa transparente llena de las bolsitas de azúcar que dan en los bares con el café.

—¿Por qué sal? — preguntó.

—¿Cómo dice?

Brunetti señaló la habitación con la mano.

—¿Por qué había de tener un paquete de sal? No hay sartenes. Aquí no se guisa. ¿Para qué la sal?

—Quizá la usaba para lavarse los dientes -dijo Vianello haciendo ademán de frotarse los incisivos.

Brunetti se inclinó y levantó la caja de sal.

—No; fíjese, es *sale grosso*, sal granulada: no puedes limpiarte los dientes con esto. — La parte superior de la caja estaba abierta por tres lados y la tapa, doblada hacia atrás, para facilitar el vertido. Brunetti vio los granulos del tamaño de lentejas. Se humedeció la punta del dedo, la introdujo en la sal, la probó y el sabor salobre le llenó la boca.

Brunetti puso la caja en la cama, sacó el pañuelo y lo extendió sobre la manta. Luego, lentamente, fue vertiendo la sal en el pañuelo. Hacia la mitad de la caja, los gránulos empezaron a cambiar de tamaño y de color: perdían la opacidad de la sal y, como por efecto de una benéfica transformación, se aclaraban y aumentaban de tamaño. Algunos eran casi como guisantes.

—*Dio mio* -dijo Vianello involuntariamente.

Brunetti miraba el pañuelo, sopesando posibilidades en silencio. A la pálida luz de la bombilla, las piedras aparecían inertes y mates. Quizá la luz del sol les infundiera vida, pero no estaba seguro. Ni

siquiera sabía a ciencia cierta lo que eran: al no estar talladas ni pulidas, no tenían la forma ni el brillo de las piedras preciosas. También podían ser desechos de una vidriería de Murano, pequeños fragmentos de cristal que convertir, por ejemplo, en las orejas de un oso o el hocico de un conejito transparente.

Pero, si no fueran más que eso, no estarían escondidos en la habitación de un hombre asesinado.

Vianello se puso en pie.

—¿Qué hacemos con eso? — preguntó.

Brunetti pensó en algunos colegas de la *questura* y en que, si alguno de ellos le hubiera hecho esta pregunta, él la habría interpretado como una consulta acerca de la mejor manera de quedarse con las piedras. Pero, viniendo de Vianello, la pregunta no era más que el eco de su propia preocupación por evitar que cayeran en esas otras manos. ¿Cuántas fincas de recreo habían salido de los almacenes de pruebas? ¿Cuántas vacaciones se habían pagado con droga y dinero confiscados?

—Déme sus manoplas -dijo Brunetti.

—¿Qué? — preguntó Vianello con extrañeza.

—Sus manoplas. Lo meteremos en ellas para sacarlo de aquí.

—¿Vamos a llevárnoslo?

—¿Usted lo dejaría? — preguntó Brunetti-. ¿Sabiendo los hombres del piso de abajo que estamos interesados en él? ¿Y sabiéndolo también Cuzzoni?

—Ha dicho que se fiaba de él.

Brunetti señaló la achatada pirámide de encima de la cama.

—Mientras no sepa si son auténticos no me fío de nadie.

—¿Y cuando lo sepa? ¿De quién se fiará entonces? — preguntó Vianello sacando las manoplas de los bolsillos de la parka.

Haciendo como si no hubiera oído la pregunta, Brunetti levantó el pañuelo sosteniendo dos puntas con cada mano, para verter su contenido con facilidad. La sal y las piedras formaban un pesado bulto en el blanco y no muy limpio pañuelo. Vianello sostuvo la manopla que Brunetti llenó hasta pocos centímetros del borde y la sacudió haciendo que el pulgar se extendiera. La dejó en la cama y se quitó el reloj, para tratar de sujetarla con la pulsera extensible, pero no pudo y volvió a ponerse el reloj, contentándose con dar varias sacudidas más a la

manopla antes de introducirla en el bolsillo de la derecha, que cerró con la cremallera.

Repitieron la operación con la segunda manopla, que fue al bolsillo de la izquierda. En el pañuelo de Brunetti quedó entonces una cantidad que abultaba lo que una naranja. Él ató las puntas, lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta y abrochó el botón.

Como la caja tenía ahora sus huellas, rasgó la solapa inferior con una de las llaves, la aplastó y se la puso en el bolsillo de la americana. Hecho esto, sacó el *telefonino* y llamó a los técnicos de la *questura*. Les dijo dónde estaba el apartamento y que podía ser el del hombre asesinado y les pidió que enviaran a alguien a sacar huellas, pero que no fuera de uniforme y que llamara al timbre de más arriba. Sí; él y Vianello lo esperarían. Cuando cortó, Vianello dijo:

—No ha contestado a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿En quién confiará, cuando sepa sí son auténticos?

Por primera vez desde que habían entrado en el edificio, Brunetti sonrió:

—En nadie.

El técnico tardó casi una hora, durante la cual Brunetti y Vianello permanecieron sentados en la cama en la habitación helada, discutiendo sobre posibilidades. Cuando el frío se hizo insoportable, bajaron al apartamento del segundo piso, un poco más templado, donde, con la puerta entornada, uno de ellos podía vigilar si alguien subía al tercero.

Brunetti fue a la cocina y volvió con dos bolsas de plástico. A petición suya, Vianello sacó las manoplas de los bolsillos y las puso en una bolsa que Brunetti ató e introdujo en la otra bolsa. Mientras trabajaban, hablaban de su hallazgo, para el que ninguno de los dos encontraba explicación. De todos modos, Brunetti ya sabía a quién podía consultar sobre las piedras. Mientras Vianello vigilaba en la puerta, llamó a Claudio Stein para preguntarle si podría ir a hablar con él a la mañana siguiente.

Claudio, al igual que la mayoría de las personas que Brunetti conocía, creía que el teléfono era un sistema de comunicación abierto a

las distintas oficinas del Gobierno, por lo que no hizo preguntas y se limitó a decir que estaría en su despacho a partir de las nueve y que, por supuesto, tendría mucho gusto en ver a Brunetti. Cuando el comisario terminó la llamada, Vianello preguntó:

–¿Quién es?

–Un amigo de mi padre. Estuvieron juntos en la guerra.

–¿Pues cuántos años tiene?

–Más de ochenta -respondió Brunetti, y agregó-: En realidad, no lo sé. – Ignoraba si Claudio era más viejo o más joven que su padre, sólo sabía que era uno de los pocos hombres en los que su padre confiaba y uno de los aún más escasos que habían seguido siendo amigos suyos durante el largo crepúsculo de sus últimos años de vida.

El sonido del timbre anunció la llegada del hombre del equipo técnico. Cuando éste se presentó en el segundo piso, Brunetti le dijo que deseaba que tomara las huellas del piso de encima. Extrajo del bolsillo la caja de la sal y, sosteniéndola por una punta, esperó a que el técnico sacara una bolsa de pruebas de la maleta.

–Aquí tiene que haber huellas que coincidan con las del hombre asesinado. Las otras han de ser las mías -dijo Brunetti-. También deseo saber si hay las de alguien más. – Dijo al hombre que la puerta del piso de arriba estaba abierta y añadió que deseaba que Bocchese se ocupara del caso lo antes posible. Cuando el hombre ya iba hacia la escalera, Brunetti dijo, como si acabara de ocurrírsele:

–Cuando termine, borre todas las señales de su paso, ¿de acuerdo? Y después revise este otro piso.

El hombre agitó la mano por encima de su cabeza en señal de conformidad y empezó a subir la escalera. Como su presencia no era necesaria, ellos dos se fueron. Al bajar, Brunetti se detuvo y llamó a la puerta del apartamento del primer piso, pero nadie contestó.

–¿Se habrán marchado? – preguntó Vianello.

Brunetti miró el reloj y se llevó una sorpresa al ver que eran más de las siete, lo que significaba que hacía más de dos horas que estaban en el edificio.

–Quizá han ido a trabajar. – Los dos sabían que, para rehuir la competencia directa con las tiendas, los *vu cumprà* salían a la hora del

almuerzo y por la noche, cuando cerraban los comercios-. No es probable que vuelvan antes de las doce -dijo Brunetti.

–¿Entonces?

–Entonces nos vamos a cenar y mañana iré a ver a Claudio.

–¿Quiere que vaya con usted? – preguntó Vianello.

–¿Para protegerme otra vez? – bromeó Brunetti señalando a la puerta de los hombres negros.

–Si se dedica al negocio que creo que se dedica, quizá sea el *signor* Claudio quien necesite protección -dijo Vianello, pero sonreía al decirlo.

–En 1946, Claudio y mi padre vinieron andando desde Berlín. No creo que a un hombre que hizo eso le preocupe el peligro -dijo Brunetti, que, no obstante, dio las gracias a Vianello por su ofrecimiento y se fue a su casa, pensando en el cerdo con aceitunas y salsa de tomate.

CAPÍTULO 13

Claudio Stein regentaba su negocio desde un pequeño apartamento próximo a *piazzale* Roma, situado al extremo de una calle sin salida, cerca de la cárcel. Cuando era adolescente, Brunetti había estado allí muchas veces con su padre, y escuchaba a los dos hombres hablar de su juventud en Venecia, antes de la guerra, y de cuando eran soldados en Grecia y en Rusia. En el transcurso de los años que abarcó la amistad entre los dos hombres, Brunetti fue conociendo todas sus historias: el cura de Castello que les dijo que era pecado no afiliarse al partido fascista, la mujer de Tesalónica que les dio una botella de *ouzo*, el arrojado capitán de artillería que trató de raptarlos a su unidad, y al que ahuyentaron con sólo enseñar una pistola. En todos sus relatos, los dos hombres quedaban victoriosos; pero, a fin de cuentas, el solo hecho de haber sobrevivido a la guerra era ya suficiente prueba de victoria.

Al cabo de años de escuchar sus historias, Brunetti se dio cuenta de que el héroe de todas las aventuras de antes de la guerra era su padre: expansivo, generoso, inteligente, el líder indiscutible de la muchachada del barrio.

Después de la guerra, empero, la jefatura pasó al menos vehemente Claudio: cauto, honrado, fiable, amigo leal y seguro protector. Claudio había aprendido a orillar en sus relatos los temas que podían suscitar las fieras indignaciones del Brunetti padre, rehuyendo referirse a los políticos, los jefes militares y la calidad de los pertrechos y centrándose en sus muchos éxitos en la búsqueda de comida y diversión. ¿Cuántas de aquellas historias eran ciertas? Brunetti no lo sabía, ni le importaba. Le gustaban por las imágenes que le mostraban del hombre que su padre había sido antes de que la guerra lo marcara, y disfrutaba escuchándolas, aunque estuvieran deshilvanadas, o deformadas por la lente del narrador.

Claudio abrió la puerta a poco de sonar el timbre, y lo primero que Brunetti pensó era que el anciano había olvidado ponerse los zapatos. Se abrazaron, y él aprovechó para mirar al suelo por encima del hombro de Claudio, y pudo ver unos tacones. Al retroceder, comprobó que la impresión era debida, simplemente, a la inevitable agresión de la

edad que, desde la última vez que se habían visto, había robado a Claudio cinco centímetros de estatura por lo menos.

–Qué alegría verte, Guido -dijo el anciano con aquella voz profunda que siempre había transmitido a Brunetti una calma reconfortante. Condujo a su visitante al interior del apartamento diciendo-: Trae el abrigo.

Brunetti dejó la cartera en el suelo, se quitó el abrigo y se quedó esperando mientras Claudio colgaba la prenda. Recordó que el día en que cumplía dieciséis años, Claudio le había dado mil liras, lo que entonces era una fortuna, que él había gastado en el bar en una sola noche invitando a los amigos. Eran tiempos en los que el dinero solía gastarse en Coca-Cola y *limonata*. ¿Por qué celebrar con vino, si ya lo había en casa?

Claudio lo llevó por el pasillo hasta lo que él llamaba su oficina y que no era más que una simple habitación amueblada con un gran escritorio, tres sillas y una caja fuerte tan alta como un hombre. Brunetti nunca había visto nada encima del escritorio, excepto una vez, hacía seis años, en que había venido a interrogar a Claudio en su calidad de policía, y entonces sólo permanecía el estuche que una pareja de timadores había cambiado por el que contenía las piedras que aparentaban querer comprar y que el propio Claudio había puesto en él. El golpe era un clásico, un timo que probablemente habrían tardado más de un año en preparar. Los ladrones habían observado las costumbres de Claudio y se habían hecho amigos de miembros de su familia a fin de obtener la información acerca de su vida privada y su actividad comercial suficiente como para convencerle de que habían sido clientes de su padre antes de que éste le cediera el negocio.

El día de la venta, los dos hombres se presentaron en esta misma oficina, y Claudio les mostró lo mejor de sus colecciones, gemas por un valor tan alto que el hombre no pudo menos que echarse a llorar cuando se lo contaba a Brunetti. Ellos eligieron cuidadosamente las piedras que Claudio fue colocando, una a una, en el estuche de ante. Por último, el que resultó ser el jefe, eligió un anillo con un solitario enorme, lo puso en el centro del estuche y observó cómo Claudio lo cerraba y aseguraba con unas tiras elásticas negras.

–Así sabrá cuál es nuestro estuche -dijo el hombre señalando el pequeño bulto que formaba el anillo.

Y ocurrió entonces, en una fracción de segundo, entre el momento en el que Claudio acabó de cerrar el estuche y aquel en el que lo introdujo en el cajón de arriba de la caja fuerte. ¿Uno de los hombres lo distrajo con una pregunta, o quizá sacó la pitillera? Después, cuando descubrió el cambiazó, Claudio no podía recordar el momento crucial de la sustitución de un estuche por otro. No descubrió el robo hasta dos días después, cuando los dos hombres no se presentaron a hacer el pago y recoger las piedras. Después Claudio dijo que, al abrir la caja y sacar el estuche, ya lo sabía, lo sabía y no acababa de creer que pudieran haber cambiado los estuches delante de él, que estaba atento a todos sus movimientos. Pero los habían cambiado.

Después de confesar a Brunetti lo que valían las piedras, Claudio le hizo prometer que no lo diría a nadie: no podría soportar la vergüenza si su esposa se enteraba de su descuido, ni quería que ella, a su vez, tuviera que avergonzarse de haber hablado tan orgullosamente de su marido en el tren a los dos hombres que después habían venido a robarle.

Los ladrones fueron arrestados y encarcelados, pero a Claudio de nada le sirvió, porque ya hacía tiempo que habían perdido el dinero en los casinos de Europa, y la aseguradora no le indemnizó porque, en el momento de suscribir la póliza, él no les había presentado la lista detallada de las piedras que tenía en su poder, con indicación de origen, precio, peso y talla. Que Claudio fuera mayorista y, por lo tanto, tuviera miles de gemas y hubiera debido invertir meses en hacer el inventario no influyó en su decisión de desestimar la reclamación.

Estos recuerdos se agolpaban en la mente de Brunetti mientras Claudio lo llevaba por el pasillo hacia la oficina.

–¿Quieres beber algo, Guido? – preguntó el anciano al entrar.

–No, Claudio, gracias. Acabo de tomar café. Quizá después. – Por una larga experiencia, Brunetti sabía que Claudio no ocuparía su puesto detrás del escritorio hasta que su visitante hubiera tomado asiento, por lo que se acercó una silla y se sentó, dejando la cartera entre los pies.

Claudio dio la vuelta a la mesa y se sentó a su vez. Entrelazó los dedos e inclinó el cuerpo hacia adelante, con un gesto familiar.

—¿Y Paola y los niños?

—Estupendamente -dijo Brunetti, siguiendo el ritual-. Y todos van bien en la escuela. Hasta Paola -agregó riendo. Ahora le tocaba a él preguntar-: ¿Y Elsa?

Claudio ladeó la cabeza e hizo una mueca.

—Está peor de la artritis. Últimamente la tiene en las manos. Pero no se queja. Nos hablaron de un médico de Padua, y hace un mes que la trata. Le ha recetado un medicamento americano y parece que le va bien.

—Que así sea -dijo Brunetti-. ¿Y Riccardo?

—Contento, trabajando. En junio me hará abuelo por tercera vez.

—¿Él o Evvie?

—Los dos, imagino -dijo Claudio.

Cumplidos los formulismos, Claudio preguntó:

—¿Por qué querías verme? – Por la fuerza de la costumbre, no perdía el tiempo, a pesar de que, desde hacía varios años, la edad le había hecho aminorar su ritmo de vida y ahora le sobraba tanto tiempo que no le hubiera venido mal perder un poco.

—He encontrado unas piedras y me gustaría que me dijeras de ellas todo lo que puedas.

—¿Qué clase de piedras? – preguntó Claudio.

—Te las enseño -dijo Brunetti abriendo la cartera. Sacó la bolsa de plástico con las manoplas de Vianello y la dejó en la mesa. Al lado de la bolsa puso su pañuelo. Miró a Claudio y vio en su cara extrañeza e interés.

Empezó por el pañuelo. Aflojó con las uñas el primer nudo y, una vez desatado éste, el segundo, dejó caer las puntas del pañuelo sobre la mesa y lo acercó a Claudio. Después abrió la bolsa de plástico, sacó las manoplas y agregó su contenido al del pañuelo. Rodaron por la mesa varias piedras, que Brunetti recogió y puso con el resto diciendo:

—Me gustaría saber tu opinión.

Claudio, que probablemente había visto en toda su vida más piedras preciosas que cualquier otra persona de la ciudad, las miraba impasible, sin acercar la mano. Al cabo de más de un minuto, se

humedeció con saliva la yema del índice, rozó con ella una piedra pequeña y la lamió.

–¿Por qué están mezcladas con sal? – preguntó.

–Estaban escondidas en una caja de sal -explicó Brunetti.

Claudio asintió con aire de aprobación.

–¿Las necesitas? – preguntó a Brunetti.

–¿Necesitarlas, cómo? ¿Como pruebas?

–No; si las necesitas ahora, si has de llevártelas.

–No. – Brunetti, que no lo había pensado, respondió-: Creo que no.

¿Por qué? ¿Qué quieres hacer con ellas?

–Primeramente, tenerlas en agua caliente media hora, para eliminar la sal -dijo Claudio-. Eso nos permitirá saber cuántas hay y cuánto pesan.

–¿Cuánto pesan? – preguntó Brunetti-. ¿En gramos o kilos?

Volviendo a fijar la atención en las piedras, Claudio dijo:

–El peso no se calcula en kilos. Por lo menos eso deberías saber, Guido. – No había reproche en su voz, ni siquiera decepción.

–Cuando las hayas limpiado, ¿podrás decirme su valor? – preguntó Brunetti-. ¿O de dónde proceden?

Claudio sacó su propio pañuelo del bolsillo del pecho de la chaqueta y se limpió el índice con él. Luego, con el mismo dedo, revolvió en el montón aplastándolo y removiendo las piedras hasta crear una superficie plana. Encendió una lámpara de sobremesa articulada y orientó el foco de manera que la luz incidiera frente a él. Abrió el cajón central de la mesa y sacó unas pinzas de joyero. Separó con ellas tres de las piedras más grandes, de un tamaño ligeramente inferior al de un guisante y las puso ante sí. En tono neutro, sin mirar a Brunetti, dijo:

–Lo primero que puedo decirte es que estas piedras han sido seleccionadas con mucho cuidado.

A Brunetti seguían pareciéndole simples chinas, pero no dijo nada.

Del mismo cajón, Claudio sacó una lupa, unas balanzas y una cajita que contenía una serie de diminutas pesas de latón. Claudio miró sus utensilios, meneó la cabeza y sonrió a Brunetti diciendo:

–Estas balanzas... es la fuerza de la costumbre. – Abrió un cajón lateral del que extrajo una pequeña balanza electrónica y pulsó una tecla. Se encendió una pequeña pantalla en la que apareció un cero.

–Esto es más rápido y más exacto -dijo.

Levantó con las pinzas una de las piedras que había separado. La depositó en la balanza, haciendo girar ésta para poder leer el peso, agregó la segunda piedra y luego la tercera. Volvió a meter la mano en el cajón y sacó un almohadón de terciopelo negro de un tamaño de la mitad de una revista y lo dejó al lado de la balanza. Utilizando las pinzas, puso las tres piedras en el almohadón. Tomó la lupa y examinó las tres piedras, una a una, mientras Brunetti observaba cómo su cabeza se movía de derecha a izquierda. Luego Claudio puso la lupa en la mesa y miró a Brunetti.

–¿Son africanas? – preguntó.

–Creo que sí.

El anciano asintió con evidente satisfacción. Tomó las pinzas y estuvo removiendo las piedras con suavidad, hasta que, en el centro de los pequeños círculos que había abierto, hubo otras tres piedras, más grandes que las tres primeras. Claudio las tomó con las pinzas, las puso en el almohadón, al lado de las otras, y examinó detenidamente con la lupa cada una de ellas.

Cuando hubo terminado, dejó la lupa al lado del pañuelo y puso las largas pinzas paralelas al borde de éste.

–No lo sabré con seguridad hasta mañana, cuando las haya contado y pesado, pero diría que, de algún modo, has conseguido adquirir una fortuna, Guido.

Haciendo caso omiso del verbo y de la pregunta que estaba implícita en él, Brunetti preguntó:

–¿Una gran fortuna?

–Eso depende de la cantidad de sal y de si las más pequeñas son tan puras como parecen éstas -dijo el joyero, señalando las seis piedras que había examinado.

–¿Cómo puedes saber lo que valen sin estar talladas? – preguntó Brunetti-. No tienen, ¿cómo decís vosotros?, facetas.

–Las facetas vienen después, Guido. No puedes facetear una piedra que no sea perfecta. Mejor dicho, puedes, pero sólo obtendrás un buen brillo si la piedra es perfecta. – Señaló el montón de piedras agitando una mano-. Sólo he mirado seis. Ya lo has visto. Pero me da la impresión de que son perfectas o, por lo menos, de excelente calidad.

Desde luego, no puedo estar seguro de que sean perfectas ahora ni de que lo sean cuando estén talladas y pulidas, pero creo que pueden serlo. – Miró un momento a la pared que Brunetti tenía a su espalda y después lo miró a él y señaló a las piedras-. Eso depende de si el tallista es capaz de extraer de ellas todo su potencial.

Como si de pronto hubiera sentido el deseo de volver a examinarlas, Claudio se caló otra vez la lupa, se inclinó y de nuevo escudriñó las seis piedras, moviéndose de izquierda a derecha. De pronto, tomó las pinzas, dio la vuelta a una de las piedras y examinó ese otro aspecto. Cuando terminó, se quitó la lupa y volvió a dejarla en el mismo sitio. Movié la cabeza de arriba abajo, como asintiendo a una pregunta de Brunetti.

–No recuerdo haber visto cosa igual. – Tocó con las pinzas varias de las piedras del montón que, a los ojos de Brunetti, no parecían tener nada especial.

–¿Podrías darme una idea, por vaga que sea, de lo que pueden valer? – preguntó Brunetti.

–No hay más que miraras -dijo Claudio con un brillo en los ojos que Brunetti identificó como de pasión. Entonces, percibiendo la urgencia del tono de su amigo, el anciano se obligó a sí mismo a volver al mundo en el que los diamantes tenían valor, no sólo belleza-. Las grandes, una vez talladas y pulidas, podrían valer treinta o cuarenta mil euros, aunque el precio dependerá de lo que se pierda con la talla. – Claudio tomó una de las piedras y la acercó a Brunetti-. Si de aquí pueden sacarse piedras perfectas, valdrán una fortuna.

Entonces, se preguntaba Brunetti, ¿por qué estaban aquellas piedras en una buhardilla helada, sin agua ni aislamiento? ¿Y por qué las tenía un hombre que se ganaba la vida vendiendo bolsos y billeteras de imitación en la calle?

–¿Cómo se puede saber si son africanas? – preguntó Brunetti.

Claudio reflexionó. Seguramente, no era la primera vez que le hacían esta pregunta.

–Es el color, es la luz que tienen o que despiden. Y la ausencia de las manchas y las impurezas que encuentras en los diamantes de otras procedencias. – Claudio miró a Brunetti y luego a las piedras-. En realidad -agregó al fin-, no puedo explicártelo, o no del todo. Cuando

has visto miles de piedras, cientos de miles de piedras... sencillamente, sabes de dónde son o, por lo menos, crees saberlo.

—¿Tantas has visto, Claudio?

El anciano se irguió, aunque no por eso parecía ahora más alto. Juntó las manos con su gesto de maestro y dijo:

—La verdad, Guido, nunca lo he calculado. Es sólo una frase, aunque me parece que sí. He visto piedras minúsculas de un dieciseisavo de quilate llenas de imperfecciones y piedras fabulosas de treinta y cuarenta quilates, tan perfectas que te parecía que estabas mirando un nuevo sol. — Calló, como escuchando lo que acababa de decir. Luego sonrió y añadió—: Supongo que ocurre lo que con las mujeres: en realidad, no importa cuál sea su aspecto; siempre hay en ellas algo hermoso.

Brunetti, que estaba de acuerdo, sonrió ante el símil.

—¿Existe alguna forma de saber de dónde proceden, con absoluta certeza? — preguntó.

Claudio meditó la respuesta.

—Lo más que puedo hacer es enseñar algunas a amigos míos, a ver qué dicen. Si todos coincidimos... bien, o son de África o todos estaremos equivocados.

—¿Podrías decir de dónde? Me refiero al país.

—Los diamantes no tienen patria, Guido. Salen de las matrices.

—¿Matrices?

—Son como pequeños cráteres, una especie de pozos muy estrechos. Los diamantes se formaron allá abajo, a kilómetros de profundidad, hace millones de años y, con el paso del tiempo, poco a poco van aflorando a la superficie. — Claudio había asumido el relajado aire de autoridad del experto y Brunetti le escuchaba con interés—. Las matrices pueden presentarse en grupos o individualmente. Y los grupos pueden quedar a uno y otro lado de una frontera, en territorio de dos países.

—¿Y qué sucede entonces? — preguntó Brunetti.

—Que el más fuerte trata de quitárselas al más débil.

Por sus lecturas de historia, Brunetti sabía que éste era el método habitual para resolver la mayoría de disputas internacionales.

—¿Y eso ocurre en África?

–Por desgracia, sí -dijo Claudio-. Y da a esas pobres gentes otro motivo para recurrir a la violencia.

–Que maldita la falta... -dijo Brunetti.

Este sombrío tópico puso freno a la locuacidad de Claudio, que dijo:

–Puedes venir mañana a recogerlas. – Y jovialmente añadió:- Si crees que puedes fiarte de mí.

Brunetti se inclinó y puso la mano en el antebrazo de Claudio:

–Me gustaría que me las guardaras.

–¿Cuánto tiempo?

Brunetti se encogió de hombros.

–Ni idea. Hasta que decida qué hago con ellas.

–¿Son pruebas policiales? – preguntó Claudio, aunque parecía que le interesaba la claridad más que la seguridad.

–En cierto modo -dijo Brunetti evasivamente.

–¿Sabe alguien más que las tienes? – preguntó Claudio.

–Sí.

–Gracias a Dios -dijo el anciano.

–¿Supone eso alguna diferencia? – preguntó Brunetti.

–Así no será tan fuerte la tentación de quedarme con ellas -dijo Claudio poniéndose en pie.

CAPÍTULO 14

Mientras volvía a la *questura*, Brunetti iba pensando en la información que le había dado Claudio. Como era nuevo para él, lo que el anciano le había dicho sobre los diamantes le había parecido importante, pero, a fin de cuentas, lo que se refería, o podía referirse, a la víctima era muy poco: que las piedras podían valer una fortuna y proceder de África. Desde luego, era interesante saber estas cosas, pero Brunetti no veía cómo este conocimiento podía ayudarle a establecer una relación entre las piedras y el muerto o entre las piedras y el asesinato. La codicia era uno de los más sólidos motivos para matar, pero si los asesinos conocían la existencia de las piedras, ¿por qué no habían ido a buscarlas después del crimen? Y, si lo que querían eran las piedras, ¿por qué matar al hombre? No era probable que la policía creyera a un *vu cumprà* que se presentara en la *questura* a denunciar el robo de una fortuna en diamantes.

Brunetti decidió que la mejor estrategia sería la de hablar inmediatamente con su superior, el *vicequestore* Giuseppe Patta y pedirle permiso para proseguir la investigación, aunque, para ello, tendría que convencerle de que no lo deseaba. Al llegar, fue directamente en busca de Patta, al que encontró en su antedespacho, conversando con la *signorina* Elettra.

Como si alguien hubiera susurrado la palabra «diamantes» al oído del personal de la *questura* mientras se vestía aquella mañana, Patta lucía un alfiler de corbata nuevo e insólitamente llamativo: un pequeño oso panda de oro con ojos de brillantes. La *signorina* Elettra, como advertida por el soplo de una musa de la elegancia, llevaba unos exquisitos pendientes de brillantes en forma de chip que aminoraban el efecto del panda de Patta, aunque sin llegar a eclipsarlo.

Con aire de estudiada naturalidad, Brunetti saludó a ambos y preguntó a la *signorina* Elettra si había podido localizar el artículo del *Gazzettino* acerca del antiguo director del Casino. Aunque ésta era una pregunta que Brunetti acababa de improvisar, para justificar su presencia en el despacho, la *signorina* Elettra respondió afirmativamente y alargando la mano por encima de la mesa, le entregó una carpeta.

–¿En qué está trabajando ahora, Brunetti? – preguntó Patta.

Levantando la carpeta, Brunetti respondió:

–En la investigación del Casino, señor -en el tono que habría usado Hércules si le hubieran preguntado por qué pasaba tanto tiempo en los Establos.

Patta fue hacia su despacho.

–Venga conmigo -dijo. La orden podía estar dirigida a cualquiera de los dos, pero la omisión de un «por favor» indicaba que era para Brunetti.

Un amigo iraní había dicho a Brunetti que, en su país, se respondía a la orden de un superior con una palabra que sonaba como *chasham*, una voz farsi que significa «lo pondré sobre mis ojos» y da a entender que el subordinado pone la orden de su superior ante sus ojos y no hará, mejor dicho, no verá nada hasta que haya sido ejecutada. Más de una vez, Brunetti había lamentado que no existiera en italiano una expresión tan servil.

Ya dentro del despacho, Patta se situó de pie frente a la ventana, con lo que impedía a Brunetti tomar asiento. El comisario se quedó junto a la puerta, esperando a que Patta hablara. El *vicequestore* estuvo mirando por la ventana durante mucho rato, tanto que Brunetti empezó a preguntarse si se habría olvidado de él. Carraspeó, pero el sonido no suscitó respuesta alguna de Patta.

En el momento en que Brunetti iba a decir algo, Patta se volvió y preguntó:

–La otra noche lo llamaron a usted, ¿verdad?

–¿Se refiere al caso del africano, señor?

–Sí.

Brunetti movió la Cabeza afirmativamente.

–¿A su casa?

–Sí, señor.

–¿Por qué?

–¿Perdón, señor?

–¿Por qué lo llamaron a usted?

–No sé si he comprendido bien. Supongo que porque soy el que vive más cerca o porque alguien así lo sugirió. En realidad, no lo sé.

–No me llamaron a mí -dijo Patta no sin cierta petulancia.

Después de considerar cuál podía ser la respuesta menos arriesgada, Brunetti dijo:

–El mío debió de ser el primer nombre que se les ocurrió. O creo que hay una lista y nos llaman a casa por turnos cuando es necesario que alguien vaya al escenario de un crimen. – Patta se volvió otra vez de cara a la ventana y Brunetti prosiguió-: O quizá no quisieron cargar a un jefe con el farrago de las etapas iniciales de una investigación. – No dijo que muchas veces precisamente esas etapas resultaban ser cruciales para resolver un caso. Como Patta siguiera sin responder, agregó-: Al fin y al cabo, la función del jefe es la de decidir cuál es la persona más apta para investigar cada caso. – Brunetti comprendió que pisaba terreno resbaladizo y decidió no decir más.

Tras otra larga pausa, Patta preguntó:

–¿Y usted se considera el más apto para este caso?

Brunetti contó hasta cinco muy despacio antes de responder:

–No particularmente, señor.

Al instante, Patta saltó:

–¿Significa eso que no lo quiere?

Esta vez, Brunetti llegó hasta siete.

–Ni lo quiero ni no lo quiero -mintió-. Estoy viendo que resultará un caso de rivalidad entre bandas de africanos y que vamos a tener que interrogar a docenas de ellos, que dirán que no saben quién era ese hombre. Y al final no averiguaremos nada, cerraremos el caso y lo enviaremos al archivo. – Trataba de aparentar desagrado y tedio al mismo tiempo. En vista de que Patta seguía callado, preguntó-: ¿Quería hablarme de eso, señor?

Patta se volvió a mirarlo y dijo:

–Creo que será mejor que se siente, Brunetti.

Reprimiendo toda señal de sorpresa, Brunetti obedeció. Su superior optó por no apartarse de la ventana. El cielo se nublaba y la luz disminuía rápidamente. La cara de Patta había ido haciéndose menos visible desde que habían entrado en el despacho, y a Brunetti le hubiera gustado levantarse a encender las luces, para distinguir la expresión de su superior.

Al fin, Patta dijo:

–Me parece insólita esa falta de interés, Brunetti.

El comisario abrió la boca para responder, decidió mostrar reticencia y esperó unos segundos antes de decir:

–Probablemente lo sea, señor. Pero en este momento estoy ocupado y tengo la impresión de que la investigación de este caso será inútil. – Lanzó una mirada a Patta, vio lo atento que estaba a sus palabras y continuó: Por lo poco que he oído decir de los *vu cumprà*, tengo la impresión de que viven en un mundo cerrado al que nosotros no tenemos acceso. – Buscó una comparación-. Son como los chinos -fue lo único que se le ocurrió.

–¿Cómo? – pregunto Patta ásperamente-. ¿Qué dice?

Sorprendido por el tono de su jefe, Brunetti respondió:

–Que son como los chinos que están aquí, señor, un mundo cerrado, un universo particular, y que nosotros no tenemos idea de las interrelaciones y las reglas que rigen en él.

–Pero, ¿por qué ha mencionado a los chinos? – preguntó Patta con voz más sosegada.

Brunetti se encogió de hombros.

–Porque son el único gran grupo que hay en la ciudad. Grupo étnico, quiero decir.

–¿Y los filipinos? ¿Y los de Europa del Este? – preguntó Patta-. ¿No son grupos étnicos?

Brunetti reflexionó antes de contestar:

–Sin duda. – Y prosiguió: Pero, a decir verdad, si los he asociado, es porque tanto los africanos como los chinos son tan diferentes de nosotros. Quizá eso los hace parecer más extraños. – En vista de que Patta no respondía, preguntó: ¿Por qué lo pregunta, señor?

Entonces Patta se alejó de la ventana, aunque no se sentó detrás de su escritorio sino que eligió la silla situada frente a Brunetti, decisión que suscitó en su subordinado cierto desasosiego.

–Usted y yo no nos fiamos el uno del otro, ¿verdad Brunetti? – preguntó Patta al fin.

Normalmente, Brunetti mentiría a este respecto, haría hincapié en que los dos eran policías y que, obviamente, tenían que confiar el uno en el otro si habían de colaborar en interés de la sociedad, pero algo le advirtió de que Patta no estaba para monsergas, y dijo:

–No, señor.

Patta consideró la respuesta, miró al suelo y después a Brunetti. Finalmente, dijo:

–Voy a decirle algo que no explicaré, pero debe confiar en mí, porque es verdad.

Al instante, Brunetti recordó un acertijo que les planteaba su profesor de Lógica: si una persona que siempre miente te dice que te miente, ¿te está diciendo la verdad o te está mintiendo? Habían pasado muchos años y ya no recordaba la respuesta, pero la frase de Patta tenía una similitud sospechosa. Guardó silencio.

–Hemos de dejar esto -dijo Patta finalmente.

Cuando se hizo evidente que no iba a decir más, Brunetti preguntó:

–¿«Esto» es el asesinato del subsahariano?

Patta asintió.

–¿Cómo, dejarlo? ¿No investigar o hacer como que investigamos y no encontramos nada?

–Podemos dar la impresión. Es decir, interrogar a la gente y redactar informes. Pero sin descubrir cosa alguna.

–¿Cosa alguna como qué? – preguntó Brunetti.

Patta movió la cabeza negativamente.

–Eso es todo lo que tengo que decir sobre este asunto, Brunetti.

–¿Quiere decir con eso que no hay que encontrar a los que lo mataron? – preguntó Brunetti con voz áspera.

–Quiero decir lo que he dicho, Brunetti, que hemos de dejarlo.

Brunetti sintió el impulso de gritar a Patta, pero lo reprimió y, con una voz que consiguió mantener serena, preguntó:

–¿Por qué me dice eso?

Patta, no menos tranquilo, respondió:

–Para evitarle disgustos, dentro de lo posible. – Y, como inducido por el silencio de Brunetti a decir la verdad, agregó:- Para evitarnos disgustos a todos.

Brunetti se levantó.

–Le agradezco el aviso, señor -dijo, y fue hacia la puerta. Allí se detuvo un momento, por si Patta le preguntaba si había comprendido y si pensaba obedecer, pero el *vicequestore* no dijo nada y Brunetti salió, procurando cerrar la puerta sin hacer ruido.

La *signorina* Elettra levantó la cabeza con interés y fue a decir algo, pero Brunetti sólo dejó la carpeta vacía encima de la mesa mientras se llevaba el índice a los labios y le indicaba con una seña que subía a su despacho.

Para impedirse a sí mismo ceder a la petición de Patta, Brunetti llamó a Paola, le describió la cabeza de madera y le pidió que la agregara a la información que debía dar a su amigo de la universidad, instándola a hacer la llamada cuanto antes. Después, se puso a examinar posibilidades. El que el *vicequestore* le advirtiera de que debía abandonar una investigación significaba que también él había sido advertido, lo cual abría el interrogante de quién había hecho la primera advertencia. ¿Y de quién podía partir una advertencia que tuviera fuerza suficiente como para persuadir al *vicequestore* en menos de un día? Patta respetaba el dinero y el poder, aunque Brunetti no estaba seguro de cuál de las dos cosas significaba más para él. Patta siempre se inclinaba ante el dinero, pero era el poder el que le hacía doblegarse.

Patta había insinuado que su advertencia obedecía a su preocupación por la seguridad de Brunetti, posibilidad que el comisario descartó de entrada. La causa más probable era el temor de Patta a que Brunetti no se dejara convencer para abandonar una investigación iniciada, aunque se lo ordenaran. Aquella aparente preocupación de Patta denotaba la astucia de la serpiente, fingir que su mayor prioridad era la seguridad de Brunetti y no la suya propia.

¿Un poder tan grande como para hacerse obedecer por un *vicequestore* de la policía? Brunetti cerró los ojos y empezó a pasar las cuentas del rosario de posibilidades. Los candidatos de rigor se hallaban distribuidos entre el Gobierno, la Iglesia y la Justicia. La gran tragedia del país -pensó Brunetti- radicaba en que los tres estamentos eran probables instigadores en igual medida.

CAPÍTULO 15

La llegada de la *signorina* Elettra interrumpió estas reflexiones. Llamó a la puerta, entró sin esperar su permiso, se acercó al escritorio y preguntó, en tono casi perentorio:

–¿Qué quería Patta? – Luego, como si advirtiera su brusquedad, dio un paso atrás y añadió-: Estaba tan impaciente por hablar con usted...

Un impulso, que Brunetti reconoció como de protección, le hizo responder con calma, como si la pregunta hubiera sido normal:

–Quería que le informara del asesinato del africano.

–Estaba muy raro -dijo ella, tanteando el terreno en busca de una respuesta más satisfactoria.

Brunetti se encogió de hombros.

–Siempre se pone nervioso cuando hay problemas. Afectan a la imagen de la ciudad.

–Y a su propia imagen -terminó ella.

–Aunque la víctima no sea uno de nosotros -dijo Brunetti y, mientras hablaba, advirtió que sus palabras sonaban como las de Chiara. Antes de que se despertaran los afanes universalistas de la *signorina* Elettra, explicó-: Un veneciano, quiero decir.

Ella pareció aceptar la aclaración y preguntó:

–Pero, ¿por qué matar a uno de esos pobres diablos? ¡Si no causan problemas! Lo único que pretenden es vender sus bolsos y buscar una oportunidad que les permita vivir decentemente. – Reprimiendo su vehemencia, preguntó-: ¿Le ha asignado el caso?

–No; no específicamente. Pero no ha dicho que quiera que se encargue otro, por lo que supongo que puedo seguir adelante. – Mientras decía estas vaguedades, él seguía buscando mentalmente la causa de la advertencia de Patta: si había sido amenazado para que disuadiera a Brunetti de seguir adelante, quienquiera que interviniera en la investigación estaría en peligro.

¿Cómo se había expresado Patta? ¿Hemos de dejar estar esto? Qué propio de él hablar como si sus palabras fueran resultado de larga reflexión y del consenso general. Y «hemos de» como si fuera una verdad universalmente reconocida que el caso debía ser abandonado y

el asesinato, olvidado, o consignado discretamente al concurrido limbo de los casos pendientes.

Un Patta que nunca había existido habría podido decir: «Me han amenazado para que le obligue a paralizar la investigación, y la idea de perder el cargo o sufrir un percance me asusta de tal modo que estoy decidido a hacer cuanto esté en mí mano para corromper el sistema judicial e impedir que haga usted su trabajo, sin otro fin que el de preservar mi seguridad.» Era tan real la voz de este Patta fantasma que casi ahogaba la auténtica voz de la *signorina* Elettra. Brunetti parpadeó varias veces y prestó atención a tiempo de oírla preguntar:

—¿... seguir pasándole la información a usted?

—Sí, por supuesto -respondió él como si hubiera oído la primera parte de la pregunta-. Seguiré como si aún estuviera al frente de la investigación hasta nueva orden.

—¿Y entonces?

—Entonces, según a quien encargue del caso, le ayudaré o seguiré trabajando por mi cuenta. — No era necesario nombrar a la persona cuya intervención le haría decidirse por esta última posibilidad: incluso en una organización que no solía distinguirse por su hambre y sed de justicia, era notorio el desdén del teniente Scarpa hacia ella. Algunos de los otros comisarios podían fracasar en un caso difícil o complicado, pero, bajo la dirección de un magistrado competente, intentarían por lo menos aprehender a los culpables, y sólo estarían limitados por la inexperiencia y la falta de imaginación. Pero Scarpa no conocía más motivación que la del propio interés, y bastaba una insinuación de su superior -o de fuerzas que Brunetti prefería no nombrar- para que hiciera encallar una investigación.

Afortunadamente, el caso no podía ser encomendado a Scarpa, que aún no era más que teniente, a pesar de los esfuerzos de Patta por conseguirle el ascenso. El encargado de la investigación debía ser un comisario, aunque nada impedía que Patta asignara también a Scarpa el caso, si lo creía conveniente.

—Si por lo menos no tuviéramos que preocuparnos por él -dijo Brunetti, sabiendo que no era necesario pronunciar el nombre de Scarpa y sintiéndose un poco desconcertado al oírse a sí mismo hablar

como un monarca inglés que tratara de resolver un problema de personal.

A ella la sonrisa le empezó en los ojos y se le extendió por la cara. Entonces dijo:

–No me tiente, comisario.

–Sólo desplazarlo temporalmente, *signorina* -dijo él con énfasis, ya que no estaba muy seguro de hasta dónde podían llevarla sus sugerencias.

Ella se volvió hacia la ventana y contempló la fachada de la iglesia de San Lorenzo.

–¡Ah! – suspiró largamente, y guardó silencio. Ladeó la cabeza como para ajustar la vista a la contemplación de un objeto que sólo ella podía ver, y entonces, por fin, sonrió-. El cursillo de la Interpol de Tecnología Aplicada a la Vigilancia.

Brunetti preguntó con asombro:

–¿En Lyon?

–Sí, señor.

–Pero, ¿no era sólo para los oficiales seleccionados por ellos, antes de que sean transferidos a la Interpol?

–Sí -respondió ella-. Hace años que él viene solicitando el traslado.

–Pero siempre inútilmente, según tengo entendido.

Con su más tenue sonrisa, la *signorina* Elettra explicó:

–Mientras Georges dirija la Oficina de Personal, la solicitud del teniente Scarpa no prosperará.

–¿Georges? – preguntó Brunetti, como si acabara de descubrir que ambos tenían el mismo gestor.

–Yo era muy joven -dijo ella a modo de explicación.

Brunetti, aparentando comprender lo que quería decir esto, repuso tan sólo:

–Claro -y apuntó, tratando de hacerla volver de su abstracción-: ¿Scarpa?

Ella regresó al presente y explicó el futuro:

–Podría ser invitado a ir a Lyon y seguir el cursillo y, cuando éste hubiera terminado, alguien podría descubrir que la invitación estaba destinada a otro teniente Scarpa.

–¿Qué otro teniente Scarpa? – preguntó Brunetti.

–Ni idea -dijo ella con impaciencia-. En la policía habrá una docena por lo menos.

–¿Y si no los hay?

–Pues en el ejército, o en los *carabinieri*, o en Finanza o en la Polizia di Frontiera.

–Sin olvidar a la Policía de Ferrocarriles -recordó Brunetti.

–Gracias.

–¿Cuánto dura el cursillo?

–Tres semanas, me parece.

–¿Y lo paga la Interpol?

–Por supuesto.

–¿Cree que Georges estará de acuerdo?

No hubiera mostrado mayor sorpresa un teólogo al ser interrogado sobre la importancia de la fe. La *signorina* Elettra no se dignó responder. Como Brunetti no decía más, ella fue hacia la puerta. Allí se detuvo y dijo:

–*J'appellerai* Georges -y se fue.

El pensamiento de quién podía estar detrás de la advertencia hecha a Patta acompañó a Brunetti a un almuerzo con otros oficiales de policía del Véneto y se mantuvo presente mientras él conversaba amigablemente con sus colegas y escuchaba los habituales discursos acerca de la necesidad de proteger el orden social frente a las fuerzas que lo amenazaban por todos lados. Distraídamente, Brunetti dio la vuelta al menú y sacó el bolígrafo del bolsillo. Mientras iban transcurriendo los minutos -y los cuartos de hora- fue anotando los conceptos y las posibles líneas de actuación que se invocaban con más frecuencia. Al cabo de una hora, tenía en el papel tres nombres: «hogar», «familia» y «seguridad», pero ningún proyecto o plan específico aparte de «acción decidida» y «rápida intervención». «¿Por qué no podemos concretar? – se preguntaba-. ¿Por qué hemos de estar siempre usando unos términos generales tan altisonantes como vacíos de significado?»

De vuelta en su despacho, Brunetti recordó que éste era uno de los días en los que Paola no tenía que volver a la universidad después del almuerzo y podía pasar la tarde en casa, leyendo o corrigiendo los ejercicios de sus alumnos o quién sabe si tumbada en el sofá viendo

culebrones. Qué delicia tener un trabajo como aquél, pensaba. Cinco horas de clase a la semana, siete meses al año y el resto del tiempo, libre para dedicarlo a la lectura. Teóricamente, Paola debía asistir a varias reuniones de la Facultad y, además, formaba parte de dos comités, pero aún no había conseguido aclararle cuál era la finalidad de aquellos comités ni parecía hacer acto de presencia en las reuniones.

Años atrás, él le había preguntado por qué se empeñaba en conservar aquel trabajo y ella le había explicado que, cuando menos, su participación activa en la docencia permitía a los estudiantes establecer contacto con una profesora que hacía algo más que plantarse delante de ellos y leerles un libro de texto escrito por ella hacía años. Al oír esta fiel descripción de sus propios años de universidad, Brunetti descubrió lo vana que era su esperanza de que, por lo menos en Humanidades, las cosas hubieran cambiado.

Contempló los papeles que tenía encima de la mesa con la casi dolorosa sensación de que, si se quedaba en el despacho, no haría sino incrementar su volumen. Ansiaba estar lejos de allí, en las montañas, en los trópicos, en una isla, paseando por la playa, dejándose acariciar los pies por las tibias aguas del mar. Alargó la mano para acercarse papeles, ahuyentando con una mano invisible la tentación de levantarse y marcharse. Pero, al cabo de un rato, como no conseguía encontrar sentido a las palabras que tenía ante los ojos, cedió a su deseo de libertad. Sin advertir a nadie, salió de la *questura* y tomó el primer *vaporetto* hacia San Silvestro y el hogar.

Biancat estaba abierto. Brunetti entró y pidió una docena de lirios. Mientras el vendedor los elegía, él decidió llevar flores también a Chiara y pidió una docena de tulipanes amarillos. Al llegar a casa, entró en la cocina y dejó los tulipanes en la encimera. Luego fue al estudio de Paola con los lirios.

Ella sonrió al verle entrar y, reprimiendo la pregunta de por qué llegaba tan temprano, exclamó:

–Guido, qué detalle.

Reconfortado por la sonrisa y buscando otra, él dijo:

–También he traído unos tulipanes para Chiara.

La sonrisa de Paola se borró.

–Error -dijo poniéndose en pie. Le dio un beso y tomó las flores.

–¿Cómo? – preguntó él siguiéndola hacia la cocina.

Ella empezó a quitar el papel del ramo y dijo:

–Leyó un artículo acerca del transporte de flores a escala mundial.

–¿Y qué? – preguntó él, desconcertado.

–Pues que el artículo hablaba del combustible que se consume sólo en el transporte de las flores, al que hay que sumar el necesario para calentar los invernaderos, y luego está la cuestión del fertilizante que se usa para alimentarlas, que se filtra en la tierra. – Dicho esto, Paola concentró la atención en los tulipanes de Chiara, quitó el papel y se agachó para sacar un jarrón marrón oscuro, que llenó de agua.

–¿Más *ecocriminales*? -preguntó él con ironía-. Da la impresión de estar convencida de que nos rodean.

Paola iba poniendo los tulipanes en el jarrón, uno a uno, deteniéndose de vez en cuando para observar el efecto. Dio un paso atrás para verlos mejor, luego se acercó a la encimera y acabó de arreglarlos.

–Yo diría que es una actitud válida -respondió calmadamente.

–¿Lo cree en serio? – preguntó Brunetti-. ¿Ahora ha declarado la guerra a las flores?

Paola se volvió y le puso la mano en el antebrazo, con gesto apaciguador.

–No te alteres, Guido. Y trata de recordar que ella tiene razón. – Señaló a los tulipanes-. Probablemente, esas flores han sido cultivadas en Holanda y se han traído en camión. Durarán cuatro o cinco días, después irán a la basura en una bolsa de plástico, y habrá que gastar más petróleo para quemarlas.

–Es una manera horrible de ver las flores -opinó él.

–¿Sería menos horrible si el producto fuera feo? ¿Góndolas de plástico fabricadas en Hong Kong y traídas por transporte aéreo? ¿O esas espantosas máscaras?

–Son flores, por Dios -insistió él, señalando el jarrón, como para apoyar su juicio en la belleza de las flores o animarlas a erigirse en defensoras de sí mismas.

–Y a nosotros nos gustan las flores, y son bonitas, pero lo que yo digo, Guido, es que no son más necesarias que las góndolas de plástico o las máscaras. Podríamos prescindir de ellas perfectamente, pero

preferimos conservarlas y por eso estamos obligados a cargar con el coste ecológico de traerlas de donde sea. – Él creyó que había terminado, pero ella aún añadió-: De todos modos, eso no nos importa, o nos importa menos, porque son bonitas, y tratamos de convencernos de que es diferente. Pero no lo es. – Hizo otra pausa y concluyó-: O eso cree Chiara.

Brunetti se sentía a la deriva, como si al meterse en las aguas someras del Alberoni lo hubiera arrastrado de pronto una corriente invisible.

–¿La preocupan las flores y resta importancia a la muerte de un *vu cumprà*? -inquirió, consciente de la incongruencia pero sin poder contenerse.

Paola sonrió, dando a entender que también ella se había hecho aquella pregunta.

–Creo que aún es muy joven como para que podamos esperar que sea consecuente en sus ideas o en sus ideales -respondió.

–¿Qué quieres decir?

–Lo que he dicho, sencillamente: en muchos aspectos, no es más que una niña que empieza a descubrir las causas nobles y aún ve cada una como un algo independiente; no ha percibido las relaciones ni las contradicciones que hay entre unas y otras. Todavía no.

Paola miró a su marido, pero él no decía nada, sólo parecía escéptico, y ella prosiguió:

–Me acuerdo de cuando yo tenía su edad, Guido, y de las causas que entonces me parecían justas. Ahora algunas me producen incomodidad, y una o dos, franca vergüenza.

–¿Por ejemplo? – dijo él sin disimular el escepticismo.

–Por ejemplo, las Brigadas Rojas -respondió ella rápidamente, más seria que antes-. Me avergüenza recordar que los consideraba unos idealistas que pretendían promover una revolución en pro de la justicia social y política. – Cerró los ojos al recuerdo de la persona que había sido.

No sin cierta desazón, Brunetti recordó su propio entusiasmo por las consignas y los ideales que entonces estaban de moda.

–¿Y ahora? – preguntó.

Ella ladeó la cabeza, se encogió de hombros y dijo:

–Ahora creo que no eran más que un hatajo de niños bien que querían llamar la atención del mundo sin preocuparse por los daños ni los muertos que causarían en el intento. Enfermos de protagonismo, infectados por el germen de pretender erigirse en centro de la atención mundial. Y nosotros les dedicamos toda la atención que deseaban, y a algunos hasta les dimos nuestro aplauso y aprobación. – Tomó el jarrón con los tulipanes y lo llevó a la sala-. De modo que, si hay inconsecuencia en los entusiasmos y las creencias de Chiara y si repite los eslóganes y las ideas que oye a otras personas, creo que hemos de tener paciencia y confiar en que madure.

–¿Como hemos madurado nosotros? – preguntó él siguiéndola por el pasillo.

–Eso creo.

–¿Has hablado con ella? – preguntó Brunetti.

–¿Acerca de lo que dijo?

–Sí.

–No -respondió Paola, deteniéndose junto a una mesa estrecha en la que había un jarrón de mayólica y un pequeño busto de Hermes de mármol-. No es necesario. – Dejó las flores a la izquierda de la figura, adelantó el jarrón unos centímetros y dio un paso atrás para admirarlo.

–¿Cómo que no es necesario? – preguntó él, sin disimular la desaprobación.

Paola lo miró.

–Ella sabe que lo que dijo está mal, y desde entonces ha estado pensando en ello. Mejor dicho, desde que yo salté sobre ella por decirlo. Pero aún no ha acabado de pensarlo. Cuando acabe dirá algo.

Brunetti cruzó los brazos y preguntó:

–¿Así que no sólo eres la madre tierra? ¿También lees el pensamiento en tus ratos libres?

Paola sonrió y con un ademán lo invitó a apartarse del paso. Camino de la cocina, dijo por encima del hombro:

–Poco más o menos.

Él la siguió, reacio a reconocer que, en el fondo, estaba de acuerdo con ella. Buscando una fórmula de compromiso, preguntó:

–¿Y qué hay de las flores? – y señalaba con la barbilla los lirios que ella había empezado a poner en el alto jarrón azul que siempre utilizaba para ellos.

–Cuando las haya arreglado, las llevaré a mi estudio, donde alegrarán la vista a todo el que las mire.

–¿Y si ella dice algo?

–Le responderé que estoy plenamente de acuerdo con sus principios, pero que me las has traído tú, de modo que a ti debe dirigir sus críticas y comentarios.

Él se rió, abrió el armario de debajo del fregadero y metió los papeles en el cubo de la basura.

–Eres una serpiente, Paola -dijo no sin admiración.

–Sí, ya lo sé -convino ella-. Es una forma de conducta adoptiva que me ha sido impuesta por la naturaleza de mi trabajo.

–A mí me ocurre otro tanto -dijo él y preguntó-: ¿Salimos a tomar café?

Ella deslizó el jarrón con los lirios hacia un lado de la encimera y retrocedió para admirarlos.

–Sí; podríamos ir a Tonolo y tomar un *cigno*. Y, ya que iremos allí, pasar por San Barnaba, a ver si tienen de ese pan tan bueno.

Les llevaría, calculó él, más de una hora. Primero, un cisne relleno de nata y un café en Tonolo y, después, un paseo hasta *campo* San Barnaba y la tienda que vendía el excelente queso y el pan de Puglia. Él había huido de su despacho en busca de paz y quietud, de la prueba de que aún quedaba algo de cordura en un mundo de crimen y violencia, y su mujer proponía que pasaran una hora comiendo pasteles y comprando una hogaza de pan. No se lo hizo repetir.

Mientras iban por las calles, deteniéndose de vez en cuando a saludar a un conocido o a mirar un escaparate, él le habló de la advertencia de Patta y de lo que podía significar. Ella estuvo escuchando sin decir nada hasta que hubieron terminado los cisnes de nata y los cafés y ya iban camino de *campo* San Barnaba.

–¿Te parece que teme por su cargo o por su vida? – preguntó, y agregó-: ¿O por su familia?

Brunetti se detuvo junto a la primera de dos barcas llenas de frutas y verduras que estaban amarradas a la *riva* y después fue hacia la

segunda. Olvidándose de Patta durante un momento, hablaron de la cena y compraron una docena de alcachofas y un kilo de manzanas Fuji. Cuando siguieron andando, Brunetti dijo en respuesta a la pregunta de Paola:

–No estoy seguro; sólo sé que tiene miedo.

–Entonces podría ser por cualquiera de esas cosas -dijo ella entrando en la tienda. Al cabo de diez minutos, salían con todo un pan de Puglia, una cuña de *pecorino* y un tarro de *pesto* que el tendero les juró que era el mejor de la ciudad.

–¿Tú qué opinas? – preguntó ella con voz neutra, y él no supo si se refería al *pesto* o a la causa del miedo de Patta. Optó por esperar, sabiendo que su silencio la induciría a explicarse-. Lo conoces mejor que yo -dijo ella al fin-, deberías saber qué es lo que le preocupa, si el cargo o la vida.

Brunetti reflexionó durante un rato y finalmente reconoció:

–No lo sé. Sólo sé que está muy asustado.

–Si persistes, lo averiguarás -sugirió ella.

–¿Si persisto en la investigación, quieres decir?

Ella se detuvo y lo miró con sorpresa.

–Yo daba por descontado que seguirías con la investigación, a pesar de lo que él dijera. Quiero decir, si persistes en dejar claro que no piensas abandonar.

–Al contrario: procuraré que no se entere -dijo Brunetti.

–¿Para no herir sus sentimientos?

–Para no perder el empleo -rió Brunetti.

–Él no puede cesarte, ¿verdad? – preguntó ella, y a Brunetti ya le parecía verla organizar a todas las fuerzas de su familia y su red de contactos.

Brunetti reflexionó y dijo:

–No; creo que él solo no podría. Pero sí podría sugerir un traslado. Es el método habitual para deshacerse de las personas.

–¿Qué personas? – preguntó ella.

Las calles eran estrechas y, de vez en cuando, él tenía que quedarse un paso atrás, para dejar pasar a la gente.

–Las personas molestas -respondió finalmente.

–¿Molestas por qué causa?

–Porque hacen preguntas y porque tratan de impedir que el sistema acabe de corromperse del todo -dijo él, sorprendiéndose a sí mismo con su seriedad.

Ella le tomó el brazo y se lo oprimió bajo el suyo. Él no sabía si el gesto era una demanda o un ofrecimiento de ayuda. Pero no le importaba si era lo uno o lo otro.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 16

A la mañana siguiente, Brunetti despertó con un sol brillante. Durante toda la semana, la niebla había estado tratando de convertirse en lluvia, sin llegar a hacer algo más que extender sobre las calles una resbaladiza capa de humedad. Al fin, durante la noche, había llegado la lluvia -Brunetti creía recordar haberla oído repicar en las ventanas en sueños-, pero antes del amanecer ya se había cansado y había abandonado el día al sol.

Alegraba la vista aquella franja de luz que cruzaba la parte inferior de la colcha. Brunetti se puso boca arriba, extendió las piernas y, sí, allá abajo, donde ya hacía rato que daba el sol, sus pies encontraron las sábanas tibias.

Media hora después se despertó otra vez, ahora con sobresalto, al recordar que sólo faltaban cuatro días para Navidad y que, una vez más, no se había preocupado de comprar los regalos para la familia. El primer impulso fue el de echar la culpa a Paola por no habérselo recordado, pero al momento se avergonzó de su reacción. Al cabo de unos minutos, ella entró en la habitación con una taza de *caffè latte*. Llevaba un vestido de lana de color verde que él no recordaba haber visto. Dejó la taza y el plato en la mesilla, se sentó en el borde de la cama y dijo:

-Antes de irme quería asegurarme de que estabas levantado.

-¿Adonde vas?

-A buscar a mi madre para llevarla de compras.

Él tomó la taza y se la acercó a los labios antes de preguntar:

-¿Compras de Navidad?

-Sí. No sé qué regalar a mi padre.

Él tomó tres pequeños sorbos, tragando vida con cada uno.

-Yo no sé qué regalar a nadie.

-Nunca lo sabes -dijo ella en voz baja, cariñosamente-. Podríamos encontrarnos en San Bortolo a las cuatro e ir juntos a comprar algo.

-¿No almuerzas en casa? – preguntó él, procurando no parecer molesto.

-Te lo dije anoche, Guido. Mi madre y yo estamos invitadas a almorzar en casa de tía Federica.

Eso explicaba el vestido. Tomó un poco más de café y reprimió el impulso de preguntarle cómo podía soportar la idea de pasar dos horas en compañía de su tía. Pero, si estaba dispuesta a ir de compras con él, cosa que también ella aborrecía, renunciaría a hacer comentarios acerca de su familia.

—Ya sabes que vamos todos los años -dijo ella. Reconociendo en la cara de su marido la expresión que solía adoptar al oír hablar de determinados miembros de su familia, añadió-: Recuerda que es la que puso un pleito por fraude a la diócesis de Messina y lo ganó.

Él se cubrió los ojos con la mano izquierda y preguntó:

—¿Siempre tienes que estar presumiendo de las hazañas de tu familia? — Como Paola no respondía, la miró por entre los dedos. Ella no sonreía.

Él dejó la taza en el plato, eligió la vía más noble y dijo, como si aprobara sus planes:

—Perdona, olvidé que me lo habías dicho. Quedamos a las cuatro. Trataré de pensar en lo que me gustaría comprar para cada cual.

Ella se inclinó hacia adelante y le dio un beso en la mejilla.

—Me encanta cuando me mientes. — Se apartó de él e iba a levantarse cuando él se irguió y la aprisionó con los dos brazos.

La atrajo hacia sí, observando su asombro con regocijo. Él la abrazaba. Ella se reía. Él cerraba el abrazo. Ella ahogaba la risa. De pronto, la soltó y ella se levantó de un salto.

—¿Eso le harás a Patta la próxima vez que te acuse de mentirle? — preguntó.

Él la miró de arriba abajo.

—Sólo si lleva un vestido tan corto como ése. — Apartó las mantas y se levantó de la cama.

Era curioso, no parecía que el sol hubiera afectado la temperatura: al salir de casa, Brunetti tuvo la sensación de que hacía incluso más frío que la víspera. Cuando llegó a Rialto, tenía las orejas y la nariz heladas, y maldecía el optimismo que le había hecho dejar en casa los guantes y el pañuelo del cuello. Como si la niebla de la semana anterior se hubiera disipado también de sus ojos, ahora advirtió por primera vez que la ciudad se había engalanado para las fiestas: en casi todos los escaparates había adornos y motivos navideños.

Alzó la mirada y vio las guirnaldas de luces que se entrecruzaban sobre su cabeza. ¿Cómo había podido andar por la calle de noche, camino de su casa, sin fijarse en ellas? Se puso a pensar en Federica, la tía de Paola. Brunetti sabía que, años atrás, había advertido a Paola en un aparte que el matrimonio con un hombre «de su clase» sería su ruina, no sólo personal sino también social, lo que era mucho peor. Paola no reveló a Brunetti la observación de su tía hasta después del nacimiento de su segundo hijo, y él, encandilado como estaba contemplando los piecitos de Chiara, se limitó a decir:

—¿Social? — y se echó a reír: una Falier podía casarse con el basurero sin merma de su estatus.

Brunetti se alegró de entrar en la *questura*, aunque sólo fuera por el calor que se notaba en algunas zonas del edificio. Dejó el abrigo en su despacho y se fue en busca de la *signorina* Elettra. Pero tuvo la mala fortuna de tropezarse con Patta en la escalera.

—Buenos días, comisario -dijo éste-. Deseo hablar con usted.

—Sí, señor -respondió Brunetti, acomodando el paso al de su superior con el aire del que lleva horas en la oficina y está metido de lleno en el quehacer de la jornada. Venció la tentación de preguntar a Patta de qué quería hablar y, sin exteriorizar sorpresa por verlo en la *questura* tan temprano, lo siguió hasta el pequeño antedespacho donde pontificaba la *signorina* Elettra.

Ella sonrió a ambos pero sólo dio los buenos días a su jefe y volvió a fijar la atención en la pantalla de su ordenador. Patta entró en su despacho. Brunetti miró atrás desde el umbral, pero la *signorina* Elettra sólo tuvo tiempo de encogerse de hombros antes de que él cerrara la puerta. Patta se quitó el abrigo y lo dejó sobre el respaldo de una de las sillas destinadas a las visitas, procurando doblarlo de manera que Brunetti pudiera ver la etiqueta de Ermenegildo Zegna. El comisario, que había seguido a su superior hasta la mesa, procuró mostrarse debidamente impresionado y esperó para tomar asiento a que Patta se hubiera instalado detrás de la mesa.

—Quería hablar de ese asunto de los *vu cumprà* -anunció Patta.

Brunetti asintió, pero sin interés, dando a entender que había oído hablar de los *vu cumprà* tiempo atrás, pero no tendría inconveniente en que su jefe le refrescara la memoria.

–No haga como si no supiera de qué le hablo, Brunetti -dijo Patta, irritado.

Brunetti infundió una pequeña dosis de inteligencia en su expresión y preguntó:

–¿Sí, señor?

–Como recordará, le dije que éste me parecía un caso muy complejo como para que lo lleváramos nosotros -empezó Patta. Brunetti reprimió el impulso de decirle que no, que él no había dicho tal cosa, sino que le había ordenado, sin darle explicaciones, que se apartara del caso, y se contentó con mover la cabeza de arriba abajo, esperando la maniobra que su jefe había ideado-. Y no me faltaba razón -añadió Patta con gesto de modestia ante lo que a sus ojos debía de ser una embarazosa obviedad-. Tiene ramificaciones que llegan muy lejos de Venecia, por lo que ha sido asignado a investigadores especiales del Ministerio del Interior. – Miró a Brunetti, espiando su reacción. Como su subordinado callaba, prosiguió-: Ya han llegado y han iniciado sus pesquisas. He dado instrucciones para que les entreguen el *dossier*. - Volvió a detenerse pero, ante el persistente silencio de Brunetti, se vio obligado a continuar-: Creen que este asesinato tiene relación con otro caso en el que están trabajando.

–¿Y qué caso es ése, si me permite la pregunta, señor? – inquirió un respetuoso Brunetti.

–Eso no han podido revelármelo -respondió Patta.

–Comprendo -dijo Brunetti mientras su mente generaba posibilidades a la velocidad con que se divide una célula.

–Creo que es un caso de lo que los americanos llaman *need-to-know* -dijo Patta, muy ufano de haber tenido la idea de utilizar el término y de haber conseguido pronunciarlo. Entonces, como si temiera que Brunetti pudiera no haberlo entendido, aclaró-: Es decir, que sólo las personas que intervienen en el caso directamente tienen acceso a la información que se obtenga.

Brunetti asintió en silencio.

Patta calló, y el silencio fue dilatándose hasta que el propio *vicequestore* empezó a dar señales de incomodidad. Echó el sillón hacia atrás y puso una pierna encima de la otra, tratando de romper el

mutismo de Brunetti por cansancio. Intenso silencio. Al fin, sin poder resistir más, preguntó:

—¿Comprende usted?

Con una voz totalmente neutra, Brunetti dijo:

—Creo que sí, señor. — Y preguntó-: ¿Desea usted algo más?

—Nada más.

Brunetti se puso en pie y salió del despacho. Al cerrar la puerta, miró a la *signorina* Elettra pero se fue sin decirle nada.

Entró en la sala de agentes y se acercó a la mesa de Vianello.

—¿Tiene copia del expediente?

—¿El del africano?

—Sí.

Vianello se levantó y fue al deteriorado archivador que estaba entre las ventanas de la pared posterior. Tiró del cajón de arriba, fue pasando carpetas hasta llegar al fondo y repitió la operación, de delante atrás. Cerró el cajón y volvió a su mesa. Abrió las dos carpetas que estaban a la derecha del teléfono y buscó en los cajones, uno a uno. Miró a Brunetti y movió la cabeza negativamente.

Sin hablar, los dos hombres subieron al despacho de Brunetti, donde la búsqueda también fue infructuosa.

—¿Scarpa? — preguntó Brunetti.

—Probablemente -respondió Vianello-. Pero sería absurdo. Ella lo tiene todo en el ordenador, puede hacer más copias.

Ambos reflexionaron, y de pronto a Brunetti le asaltó la duda, pero no quería aparecer cerca de la *signorina* Elettra tan pronto después de haber salido del despacho de Patta, ni utilizar el teléfono interior para preguntar.

—Le agradecería que bajara a preguntarle si aún tiene copias -dijo a Vianello.

El inspector salió del despacho. Mientras Vianello estaba ausente, Brunetti consideró la situación. Sabía lo fácil que era retirar una carpeta, cualquier carpeta, varias carpetas, de los distintos archivadores y despachos de la *questura*, pero ignoraba si se podía borrar información del ordenador de la *signorina* Elettra. El instinto y la experiencia señalaban al teniente Scarpa como sospechoso de la sustracción, pero la alusión de Patta al Ministerio del Interior indicaba

que ahora había que contar con elementos de otro nivel. Transferirles el caso a ellos suponía dar por terminada la actuación de Venecia y dejar a salvo a Patta. Scarpa, si era él quien se había llevado las carpetas, se habría ganado la gratitud de su superior. Pero, aparte de ellos dos, ¿quién ganaba -y qué se ganaba- paralizando la investigación del asesinato?

Hacía una semana, Brunetti había utilizado un documento de identidad falso para comprar un segundo *telefonino* a nombre de Roberto Rossi, cuyo número no había dado a nadie, ni siquiera a Paola. Ahora lo sacó y marcó el número del despacho de Rizzardi. Cuando el médico contestó dando su apellido, Brunetti dijo tan sólo:

–Soy yo, Bruno. Carlo. – Hizo una pausa, para dar al doctor tiempo de percatarse de la señal de precaución implícita en aquel nombre-. Me preguntaba si por casualidad vería usted aquel informe que me envió su oficina.

–Ah, sí, Carlo -respondió Rizzardi tras una brevísima pausa-. Encantado de oírle. No lo he visto hasta esta mañana y le he llamado, pero usted no estaba. Tengo varias fotos de esa... ah, nueva colección de jerseys. No sé si le gustarán, pero quizá desee echarles un vistazo. Tenemos varios modelos que estoy seguro de que le interesarán. – Rizzardi hizo una pausa y añadió-: Quizá sea preferible que pase usted a recogerlos.

–Ah, gracias -respondió Brunetti-. No creo que me sea posible ir hoy personalmente. Ya sabe lo atareados que andamos al principio de la temporada, pero le enviaré a un representante a recogerlos. ¿Le va bien dentro de media hora?

–Perfecto -dijo Rizzardi-. Se las prepararé y las meteré en un sobre. Diga a su representante que las tengo yo, que venga a recogerlas a mi despacho.

–Así lo haré, y gracias. Estoy deseando verlas.

–Sí; me lo imagino. Son muy interesantes. ¿Quiere que incluya la lista de precios?

–Sí. Muchas gracias, Bruno.

Le pareció oír una risa ahogada, o quizá no fue más que un resoplido de impaciencia de Rizzardi, por tener que recurrir a tan

rocambolescas precauciones, pero fue un sonido fugaz que quedó cortado cuando Rizzardi colgó.

Sabiendo que Vianello lo esperaría si al volver de hablar con Elettra encontraba el despacho vacío, Brunetti bajó a la sala de los agentes y dijo a Pucetti que fuera al Ospedale Civile a recoger un sobre que el *dottor* Rizzardi tenía para él.

–Pero antes pase por su casa y vístase de paisano.

–Tengo ropa en la taquilla, señor -dijo Pucetti levantándose-. Puedo cambiarme e ir ahora mismo.

Brunetti volvió a su despacho, disgustado por lo que se veía obligado a hacer. Llamadas telefónicas secretas, mensajes en clave y pedir a los policías que se quitaran el uniforme para hacer su trabajo.

«Todos locos, todos locos», decía entre dientes sin darse cuenta mientras subía la escalera. No faltaba sino ponerse un disfraz para venir a trabajar y abrir cuentas bancarias en las Islas del Canal. Descubrió que la *reductio ad absurdum* lo hacía todo más llevadero, ya que considerar su conducta objetivamente sería exponerse a caer en la desesperación.

Vianello dijo al entrar:

–Dice que alguien ha conseguido meterse en su ordenador y destruir varias cosas. – Antes de que Brunetti pudiera preguntar, explicó:- No me refiero al aparato en sí, sino a los archivos. Dice que la persona que lo ha hecho ha utilizado un método muy sofisticado.

–¿Qué han destruido? – preguntó Brunetti.

–El informe de la autopsia adjunto al e-mail. Y el informe original del asesinato.

–¿Y las otras cosas? ¿Las direcciones de Bertolli y Cuzzoni? – preguntó Brunetti, alarmado ante la idea de que quienquiera que hubiese destruido los otros archivos habría encontrado éstos y sabría hacia dónde se dirigía la investigación. Que era bastante más de lo que sabía él, concluyó Brunetti en un repentino acceso de cinismo.

Vianello movió la cabeza de derecha a izquierda en lo que Brunetti interpretó como señal de alivio.

–Dice que lo había escondido todo, no sólo las direcciones sino también las copias del informe original y del informe del forense... Dios sabe dónde, quizá en un archivo de recetas de cocina. Y que el informe

de la autopsia y el informe original del asesinato eran lo único que se podía encontrar.

Brunetti no tenía más opción que la de creerlo así y confiar en que ella no estuviera equivocada.

—¿Puede descubrir quién ha sido?

—Creo que está intentando averiguarlo.

Brunetti dio la vuelta a la mesa y se sentó.

—Me parece que lo único que podemos hacer ahora es simular que lo hemos dejado -dijo.

—Patta no se lo creerá -objetó Vianello.

—Si no hay indicios de que estemos haciendo algo, tendrá que creerlo.

La mirada de Vianello reflejaba su escepticismo, pero él guardó silencio.

—He llamado a Rizzardi -dijo Brunetti-. Dice que encontró algo.

—¿Qué?

—No lo ha dicho. Sólo que es interesante y que yo debo verlo. Le he enviado a Pucetti. — Brunetti descifró la infantil clave de su conversación con el forense.

—¿Le ha llamado desde aquí? — preguntó Vianello, sin poder disimular el asombro.

Brunetti le habló del *telefonino* del *signor* Rossi y le dio el número.

—¿A esto hemos de vernos reducidos? — preguntó Vianello, en el momento en que entraba Pucetti, con unas botas Doc Marten y un largo abrigo de napa.

Ni el comisario ni el inspector hicieron comentario alguno acerca de esta indumentaria. El joven agente puso un sobre en la mesa de Brunetti y se quedó de pie, titubeando. Brunetti le señaló una silla.

Del sobre Brunetti extrajo varias fotos envueltas en una hoja de papel doblada por la mitad, más otra hoja que, abierta, resultó ser uno de los formularios utilizados por la policía para tomar las huellas dactilares. En el papel que contenía las fotos, Brunetti reconoció la letra de Rizzardi: «Cuando llegué a la sala de operaciones, me dijeron que la autopsia ya estaba hecha, pero que el informe no estaba disponible. Así pues, tomé varias fotos del cadáver. Al dorso de cada una encontrará mis comentarios. Las huellas del impreso que se

adjunta son las de la víctima, tomadas por mí. Le sugiero que las compare usted con las que se tomaron durante la autopsia, para comprobar si son las mismas.» Debajo de la línea se leía: «La autopsia fue hecha por el *dottor* Venturi.»

Brunetti puso las fotos en fila encima de la mesa. En la primera reconoció la cara del hombre: ojos cerrados y facciones relajadas en una actitud que a quien nunca hubiera visto a un muerto parecería de reposo.

Tardaron algún tiempo en interpretar la foto siguiente, que en un principio parecía ser de dos esculturas moteadas, cubiertas con extraños tocados simétricos. Luego, los ojos de Brunetti percibieron en las esculturas la forma de las plantas de unos pies y, en los tocados, los dedos. Se inclinó para examinar las motas, que eran circulares y del tamaño de la yema del dedo, todas ellas rosadas, en contraste con la piel pálida de la planta del pie. Dio la vuelta a la foto y leyó en el reverso: «Son quemaduras de cigarrillos. Están cicatrizadas, pero no creo que tengan más de un año o dos.» Brunetti volvió a mirar la foto. Ahora estaba claro, ahora todos lo veían.

La siguiente foto era del interior del muslo derecho, donde una hilera de círculos similares a los de las plantas de los pies discurría desde la rodilla hasta la ingle. Había unos veinte.

—*Oddio* -susurró Pucetti, horrorizado por la escalofriante vulnerabilidad que revelaba la foto.

La siguiente, reflejo de la anterior, mostraba el interior del muslo izquierdo. Los tres hombres, en silenciosa fila, miraban las fotos, resistiéndose a hablar.

La última mostraba lo que parecía otra cicatriz que, a juzgar por su situación respecto al ombligo, debía de hallarse en el centro del estómago. Brunetti reconoció la forma: los cuatro triángulos formando la cruz de Malta que estaban grabados en la frente de la cabeza de madera hallada en el bolsillo del pantalón del hombre. Las finas nervaduras eran más oscuras que la piel de alrededor; pero esta cicatriz estaba exenta de amenaza, hablaba de ritual, no de dolor. Brunetti dio la vuelta a la foto y leyó: «Esta cicatriz es mucho más antigua. Una especie de escarificación tribal.»

Brunetti se inclinó y reunió las fotos en un montón. Tomó el papel con las huellas y lo dio a Pucetti diciendo:

–Bájelo al laboratorio y entréguelo a Bocchese... si está solo. Pídale que las compare con las del informe de la autopsia. – Recordó la desaparición de las carpetas y añadió-: Si aún lo tiene.

–¿Nos consta que le dieran las huellas? – preguntó Vianello.

Brunetti, que hubiera debido comprobarlo, omitió hacerlo. Ahora movió la cabeza de arriba abajo aceptando la observación de Vianello y dijo a Pucetti:

–Pregúnteselo. Si no las recibió, que le diga si puede establecer una identificación. – Cuando el joven se iba, Brunetti añadió-: Discretamente.

Después de que saliera Pucetti, Vianello miró las fotos que Brunetti aún tenía en la mano y preguntó:

–¿Tortura?

–Sí.

–¿Por qué? ¿Por los diamantes?

–Sí -respondió Brunetti, y añadió-: O por lo que fuera a comprar con ellos.

CAPÍTULO 17

Brunetti y Vianello comprendían que, para poder hacerse una idea de qué iría a hacer aquel hombre con el dinero que obtuviera por los diamantes, tenían que descubrir quién era o, por lo menos, de dónde había venido. Instintivamente, rehuían referirse a las señales de tortura que tenía su cuerpo.

Al cabo de casi veinte minutos, Brunetti llamó al laboratorio y preguntó por Pucetti.

–¿Y bien? – inquirió cuando el agente se puso al teléfono.

–No hay con qué comparar la muestra, comisario -empezó Pucetti-. Dice Bocchese que no le enviaron nada.

Un leve «Ah» fue todo el comentario que Brunetti se permitió y luego dijo:

–Si ya ha hablado con Bocchese, puede volver a su trabajo.

–Sí, señor -respondió Pucetti, y colgó.

Cuando Brunetti trasladó a Vianello las palabras de Pucetti, la leve exclamación de sorpresa del inspector fue un eco de la proferida por su jefe.

–Hay que ir otra vez a hablar con ellos -dijo Brunetti sin preámbulos, poniéndose en pie. Ambos coincidieron en que era preferible prescindir de la lancha, por un lado, para que su llegada no llamara la atención y, por otro lado, para no dejar en la *questura* indicios de su destino. Caminaban con rapidez en dirección a Castello, eligiendo calles y atajos automáticamente, sin consultarse.

Brunetti abrió la puerta de la calle con la llave que le había dado Cuzzoni. Se pararon en la entrada, tendiendo el oído a los sonidos de los apartamentos. Aún no era mediodía, y los hombres tenían que estar en casa, esperando la hora de cierre de las tiendas para instalar sus puestos de trabajo ambulantes. Subieron la escalera y se detuvieron, uno a cada lado de la puerta del primer piso, a escuchar.

Silencio, el mismo que ambos habían percibido en la puerta de muchos apartamentos vacíos pero también de habitaciones en las que palpitaba el miedo o la amenaza. Se comunicaban sin palabras y casi sin señas. Brunetti se situó frente a la puerta y deslizó una llave en la cerradura, mientras Vianello sacaba una pistola que Brunetti ignoraba

que llevara. El comisario trató de dar vuelta a la llave con la mayor suavidad posible, pero no pudo. Probó entonces con la más pequeña del segundo juego y notó que ésta engranaba. Al tiempo que la hacía girar, miró a Vianello moviendo la cabeza de arriba abajo. Brunetti accionó el picaporte y Vianello, apartando hacia un lado al comisario, empujó la puerta con el pie, se agachó y entró rápidamente en la habitación.

El caos que apareció ante sus ojos hablaba de huida y búsqueda, no de violencia. Los hombres del apartamento habían levantado el campamento, al parecer, súbita y definitivamente. El mobiliario de la sala estaba en pie; en la cocina quedaban ollas y cubiertos y, en la mesa, tres platos que contenían una especie de estofado rojizo. Los paquetes de comida se habían sacado de los armarios y vaciado en la mesa. El arroz y la harina mezclados formaban pequeñas dunas entre los platos y en el suelo una caja de bolsitas de té vacía descansaba encima de lo que había sido su contenido.

Cuando los policías se adentraron en el apartamento, vieron que todos los efectos personales habían desaparecido. No quedaba ni un calcetín que pudiera indicar quién había vivido allí; sólo las camas de camping revelaban el número de ocupantes que había tenido la vivienda. Una de las camas estaba volcada y las otras habían sido arrastradas fuera de su sitio, como si alguien hubiera buscado algo debajo. En el lavabo del cuarto de baño había un frasco de aspirinas humedecidas que se descomponían lentamente.

Sin molestarse ya en preservar el silencio, subieron al segundo piso, que se hallaba poco más o menos en el mismo estado que el primero: no había efectos personales y lo que quedaba había sido registrado sin miramientos.

Tras pasear una rápida mirada por el segundo apartamento, como por acuerdo tácito, subieron al último piso. La puerta estaba abierta y allí observaron mayores destrozos, pruebas de una búsqueda que no debió de ser muy larga, dada la escasez de objetos que contenía la habitación. A un extremo de la cama estaba la caja de los comestibles y éstos se hallaban esparcidos alrededor. Los cacahuetes y las galletas formaban un pequeño montón sobre la manta y sus bolsas de plástico habían sido arrojadas al suelo. Al lado de la caja se veía el trozo de queso Asiago, cubierto ya por una fina película de moho blanco.

–¿Ha traído alguna bolsa para pruebas? – preguntó Brunetti.

–No. ¿Le sirve el pañuelo? – dijo Vianello sacándolo del bolsillo de la parka. Lo extendió en la cama y se agachó a recoger las bolsas de plástico, levantándolas con cuidado por una punta con las yemas de los dedos. Cuando las hubo envuelto en el pañuelo, Vianello sacó del otro bolsillo una bolsa de la compra de plástico. Era amarilla y pregonaba el nombre de una cadena de supermercados en unas letras rojas visibles desde un bloque de distancia. En ella introdujo Vianello el pañuelo.

–¿A Bocchese? – preguntó.

Brunetti asintió.

–Los resultados a mí. Personalmente.

–¿Vale la pena que nos llevemos algo de los pisos de abajo? – preguntó Vianello.

–Quizá los envoltorios del arroz y la harina -sugirió Brunetti.

Cuando los tuvieron en su poder, abandonaron la casa, después de cerrar cuidadosamente todas las puertas. Al salir a la calle, automáticamente, se pusieron a hablar de los resultados de fútbol de aquel fin de semana. Un transeúnte los miró, pero, al oír a Vianello mencionar al Inter, dejó de prestarles atención y se metió en el bar de la esquina.

Cuando llegaron a la *questura* ya habían decidido cómo proceder. Vianello se fue por el corredor hacia el laboratorio en busca de Bocchese y Brunetti subió a su despacho a llamar por teléfono a un colega de la comisaría de San Marco, donde se guardaban los informes de los arrestos de los *vu cumprà*, al que preguntó si podía ir a hablar con él.

Moretti, un hombre de baja estatura y frente despejada, lo esperaba en su despacho. En todos los años que llevaba tratándolo, Brunetti nunca lo había visto sin el uniforme ni tampoco fuera de este edificio. La mesa seguía tal como Brunetti la recordaba: un teléfono, una única carpeta abierta ante el sargento y, a la izquierda de éste, un artístico marco con una fotografía de la esposa de Moretti, muerta hacía tres años.

Los dos hombres se estrecharon la mano y hablaron de cosas sin importancia durante unos momentos. Brunetti declinó el ofrecimiento

de café, convino en que, realmente, hacía mucho frío, y entonces dijo a Moretti que necesitaba información acerca de los *vu cumprà*.

Con voz átona, sin revelar su opinión al respecto, Moretti dijo:

–Tenemos instrucciones de llamarles *ambulanti*.

Con similar impasibilidad, Brunetti dijo:

–Pues acerca de los *ambulanti*.

–¿Qué desea saber?

Brunetti sacó una foto del bolsillo interior de la chaqueta y se inclinó para ponerla frente a Moretti.

–Es el hombre al que mataron la otra noche. ¿Lo reconoce o recuerda haberlo arrestado?

Moretti se acercó la foto, la miró, la levantó y la orientó de manera que incidiera más luz en las facciones del hombre.

–Lo he visto, sí -dijo arrastrando las sílabas-. Pero desconozco que lo hayamos arrestado.

–¿Puede haberlo visto en la calle? – preguntó Brunetti.

–No. – La rapidez de la respuesta sorprendió al comisario. Al advertirlo, Moretti explicó-: Procuro no ir a los sitios en los que están ellos. Me disgusta verlos y no poder hacer nada.

–¿Qué quiere decir? – preguntó Brunetti, francamente desconcertado.

–No puedo arrestarlos solo, sin vestir de uniforme y sin llevar una orden. Y me desagrada verlos quebrantar la ley, de modo que procuro evitarlos.

Brunetti advirtió la irritación que había en la voz del hombre pero decidió hacer caso omiso. Quería ver si Moretti podía recordar dónde había visto al hombre. Observó cómo el sargento contemplaba la foto y cómo desviaba la mirada hacia el vacío para después volver a fijarla en la foto.

Moretti se levantó.

–Aguarde unos minutos, iré a preguntar si alguien lo reconoce. – Desde la puerta se volvió para preguntar-: ¿Seguro que no quiere un café, comisario?

–Gracias, Moretti, pero no. – El sargento desapareció. Para distraer la espera, Brunetti se puso en pie, se acercó al tablón situado al lado de la puerta y empezó a leer los varios anuncios del ministerio clavados en

él. Una plaza vacante en Messina. Como si alguien que estuviera en su sano juicio pudiera desear optar a ella. Descripción de la manera correcta de llevar los nuevos chalecos antibalas. Brunetti se preguntó si podía haber más de una manera de llevarlos. Turnos de guardia para las fiestas de Navidad, lo que le recordó su cita con Paola a las cuatro.

Volvió a la silla, preguntándose por qué Moretti tardaría tanto. Abajo, al entrar, no había visto más que tres agentes. ¿Cuánto podían tardar en mirar una foto? Sacó el bloc y buscó una página en blanco. Escribió: «Regalos de Navidad», subrayó cuidadosamente las tres palabras y debajo, a la izquierda, con letra más pequeña, en pulcra columna, anotó: «Paola», «Raffi» y «Chiara». Entonces se detuvo porque no se le ocurría qué más podía escribir.

Aún estaba mirando los nombres cuando Moretti volvió a entrar en el despacho y se sentó a su mesa. Tendió la foto a Brunetti moviendo la cabeza negativamente.

—Nadie lo ha reconocido.

Brunetti rechazó la foto con un ademán y dijo:

—Quédese. Tengo más en mi despacho. Le agradecería que preguntara a todos los que hayan estado en contacto con los *ambulanti* si lo reconocen. — Moretti afirmó con la cabeza, y Brunetti, recordando los años en que ambos habían colaborado amigablemente, dijo: Y también le ruego que de esto hable sólo conmigo y con nadie más. — Le bastó una mirada para descubrir que Moretti, a pesar de la curiosidad que esta petición suscitara en él, comprendía su significado.

—Por si le puede interesar -empezó el sargento-, no se nos ha alentado a investigar este asesinato.

—Ni se les alentará -dijo Brunetti secamente.

—Ah -fue el único comentario que Moretti se permitió antes de añadir: Me jubilo dentro de dos años y cada vez me fastidia más que me digan cuáles son los delitos que puedo y cuáles los que no puedo investigar. — Levantó la foto y volvió a mirarla-. Esta cara la he visto antes, lo sé... Es sólo un recuerdo vago y tengo la impresión de que no tenía nada que ver con esto -dijo agitando la foto en semicírculo para indicar el despacho.

—¿Qué quiere decir? — preguntó Brunetti.

Moretti volvió la foto de cara al comisario.

–Al verlo así, con los ojos cerrados, sabiendo que ha sido asesinado, me inspira compasión. Era joven, es una víctima. Y la otra vez que lo vi también era una víctima, por lo menos, así creo recordarlo. Pero fue por asunto del servicio. – Dejó la foto en la mesa boca abajo, miró a Brunetti y dijo-: Si consigo recordarlo o si alguien lo reconoce, lo llamaré.

–Bien. Gracias -dijo Brunetti poniéndose de pie. Los dos hombres se estrecharon la mano y Brunetti bajó la escalera y salió a la *piazza*.

De no ser por la leve esperanza que había suscitado la conversación mantenida con Moretti, aquel día, durante el almuerzo, Brunetti se hubiera sentido abandonado por su mujer, un abandono aún más cruel cuando se sufre en época de Navidad. Pero Moretti había reconocido al hombre, o creído reconocerlo, y Brunetti no podía entregarse de lleno al papel de marido mártir. Por otra parte, decidió obsequiarse a sí mismo con un buen almuerzo. La tía Federica era célebre tanto por su mal genio como por las buenas manos de su cocinera, y Paola llegaría a la cita repleta no sólo de los últimos cotilleos familiares sino también de las exquisiteces resultantes de unas recetas que los Falier saboreaban desde hacía cuatro siglos.

Brunetti tomó la góndola pública al lado del Gritti y llegó a la otra orilla helado hasta los huesos y muy necesitado de sustento. Éste lo encontró en Cantinone Storico en forma de un *risotto* con quisquillas que, según el camarero, eran frescas y una *orata* a la parrilla acompañada de patatas hervidas. Cuando se le preguntó si tomaría postre, Brunetti, pensando en las copiosas comidas que le aguardaban aquellas semanas, dijo que sólo deseaba una *grappa* y café, y se sintió muy orgulloso de sí mismo.

Terminó poco después de las tres y decidió ir andando hasta *campo San Bortolo*. Al llegar a lo alto del puente de Accademia, miró al *campo* que se abría al otro lado y le sorprendió no ver ni rastro de los *vu cumprà*. Aquella mañana, el *Gazzettino* le había recordado que quedaba ya muy poco tiempo para las compras navideñas, lo que hacía tanto más extraña la ausencia de los africanos de sus lugares habituales. La mayoría de la población italiana -entre la que se contaba él mismo- siempre esperaba a estos últimos días para adquirir los regalos y los compradores se arrojaban sobre las mercancías como manadas de

tiburones hambrientos. Si ésta era la época de mayores ventas para las tiendas, tenía que serlo también para los *ambulanti*, y hoy no se les veía.

Al llegar a la iglesia y torcer a la derecha por *campo* Santo Stefano, Brunetti vio, sí, sábanas en el suelo. Al principio pensó que debían de ser las que quedaron olvidadas en el escenario del crimen, pero enseguida reparó en los juguetes mecánicos y los trenes de madera en forma de letras que dibujaban nombres sobre la sábana. Los hombres que estaban de pie detrás de las sábanas no eran africanos sino orientales y tamiles.

Más allá, a la izquierda, vio también un grupo de indios envueltos en ponchos que hacían sonar sus extraños instrumentos musicales. Pero los africanos, cuanto más miraba Brunetti, más brillaban por su ausencia.

Pasó por delante de los vendedores, pero se resistió a la idea de abordarlos. La inocente curiosidad de un transeúnte acerca de los africanos sería improductiva y las insistentes preguntas del policía podían provocar la desbandada. Mientras observaba a los hombres y sus respectivas mercancías, advirtió que todos los artículos estaban fabricados en serie, lo que le hizo preguntarse quién decidía qué grupo vendía cada cosa. ¿Y quién las suministraba? ¿O fijaba los precios? ¿Y quién les daba alojamiento? ¿Y quién les conseguía los permisos de residencia y de trabajo, si los tenían? Si los subsaharianos se habían ido de Castello, a algún otro sitio debían de haber ido pero ¿adonde? ¿Y por decisión de quién y con ayuda de quién?

Dando vueltas a estas cuestiones y sin dejar de asombrarse de que este mundo subterráneo pudiera coexistir en la ciudad en la que vivía él, Brunetti bajó por la calle della Mandorla, cruzó *campo* San Luca y salió a San Bortolo.

Paola, según lo acordado, lo esperaba en el mismo sitio en el que solía esperarlo desde hacía décadas: al pie de la estatua del garboso Goldoni. Él le dio un beso y le rodeó los hombros con el brazo.

—Dime que has comido mal y te compraré el regalo que quieras.

—Hemos comido fabulosamente y no quiero ningún regalo - respondió Paola. Como él no decía nada, prosiguió -: *Fettucine* con trufas.

—¿Blancas o negras? — preguntó él.

–¿Las trufas o las *fettucine*? -preguntó ella, para provocar.

Como si no hubiera oído la pregunta, él inquirió:

–¿Y después?

–*Stinco di maiale* con patatas asadas y gratinado de calabacín.

–Si yo no hubiera comido en Cantinone, probablemente, tendría que divorciarme de ti.

–¿Y quién te ayudaría con las compras de Navidad? – dijo ella. Y, como él callaba, añadió, a modo de consuelo-: No he tomado postre.

–Bien; yo tampoco. Podemos entrar en algún sitio camino de casa.

Ella asió el brazo de su marido, lo oprimió y dijo:

–¿Por quién empezamos?

–Por Chiara, ¿no? No tengo ni la menor idea. En absoluto.

–Podríamos comprarle un *telefonino* -sugirió ella.

–¿Y en un momento reducir a nada dos años de resistencia? – preguntó él.

–Todas sus amigas lo tienen -dijo Paola, hablando como Chiara.

–Hablas como Chiara -desestimó Brunetti, tajante-. ¿Algo de ropa?

–No; tiene demasiada. Brunetti se detuvo, la miró y dijo: -Me parece que ésta es la primera vez en mi vida, y quizá en los anales de la historia, en que una mujer admite que pueda existir el concepto de demasiada ropa. – Debe de ser la reacción a las trufas.

–Quizá.

–Lo superaré.

–No me cabe duda.

Descartados el *telefonino* y la ropa, Paola sugirió libros, y bajaron hacia San Luca, en cuyos alrededores había tres librerías. En la primera no encontraron nada que a Paola le pareciera que podía gustar a Chiara, pero en la segunda compró la colección completa de las novelas de Jane Austen, en inglés.

–Pero si tú ya las tienes -dijo Brunetti.

–Todo el mundo debería tenerlas -dijo Paola-. Si creyera que ibas a leerlas, también a ti te compraría la colección.

Él iba a replicar que ya las había leído cuando Paola desvió de él la atención para fijarla en la pared del fondo. Él se volvió, siguiendo la dirección de su mirada, pero no vio nada más que un póster enorme de un joven que le resultó vagamente familiar. Quizá, pensó, ésta fuera la

impresión que la foto del hombre negro había causado en Moretti. Paola estaba tan absorta que al fin Brunetti agitó la mano delante de su cara diciendo:

–Tierra a Paola, Tierra a Paola, ¿me oyes? Regresa, por favor.

Ella lo miró un instante y, volviendo a clavar los ojos en el póster, dijo:

–Eso. Es perfecto.

–¿Qué es perfecto? – preguntó él.

–El póster. Le encantará.

–¿El póster? – repitió él.

–Sí. – Antes de que él pudiera preguntar quién era aquel muchacho, Paola dijo, muy seria-: Guido, hace tiempo que quiero decirte una cosa.

Él imaginó lo peor: que Chiara se marchaba de casa para seguir a un conjunto de *rock* o que se unía a una secta.

–¿Qué?

–Chiara está enamorada del futuro heredero del trono británico - dijo ella, señalando al póster.

–¿De un inglés? – preguntó Brunetti, horrorizado, recordando todo lo que había oído contar de ellos: Battenberg, Windsor, Hanover o comoquiera que se llamaran-. ¿De alguien de esa familia?

–¿Preferirías que se enamorara de un descendiente de nuestros queridos Saboya? – preguntó ella con dulzura.

Brunetti se había quedado mudo de asombro. Cuando iba a responder, recordó todo lo que había oído contar de esta otra familia y frunció los labios. Con soltura y brío, sorprendiendo a no pocos circunstantes, Brunetti se puso a silbar *Rule Britannia*.

CAPÍTULO 18

El dependiente de la librería les sugirió que comprasen un cilindro de cartón grueso para el póster, lo que resultó ser una buena idea, por el gentío que había en la calle. Tres o cuatro personas chocaron con Brunetti tan violentamente que, sin esta protección, el príncipe hubiera quedado aplastado. Al tercer encontronazo, él empezó a plantearse la idea de blandir el cilindro a modo de ariete para abrirse paso entre la muchedumbre, pero desistió al comprender que semejante conducta sería contraria al espíritu navideño e impropia de un servidor de la Ley.

Después de tres horas, dos cafés y un pastel, tanto la cabeza como el bolsillo de Brunetti estaban vacíos. Luego recordaría haber entrado en una tienda de discos, oído con admiración cómo Paola recitaba una retahíla de nombres raros y observado, hipnotizado por los colores y diseños de las carátulas, cómo el dependiente envolvía dos montones de CD's por separado. Para Raffi, Brunetti había elegido un jersey del mismo color que uno suyo que su hijo solía tomar prestado, haciendo oídos sordos a las protestas de Paola, que decía que comprar cachemir a Raffi era tirar el dinero. Pero Brunetti tenía un plan a largo plazo, que preveía un ocasional intercambio de jerseys, transcurridos un par de meses. En una tienda de informática, Paola compró dos juegos con idéntico alucinante envoltorio y, sin duda, contenido.

Después de esta adquisición, Paola reconoció que ya no podía más, y se encaminaron a casa. Cuando volvían hacia San Bortolo y el puente, Brunetti se detuvo delante de una joyería, a mirar los anillos y collares del escaparate. Paola, a su lado, callaba.

Cuando él fue a hablar, ella dijo:

–Ni se te ocurra, Guido.

–Me gustaría regalarte algo bonito.

–Todas esas cosas son caras. Y ello no las hace bonitas.

–¿No te gustan las joyas?

–Ya sabes que sí, pero no como ésas, con esos pedruscos, que parece que para montarlos les han dado tormento. – Señalando una combinación de minerales particularmente desafortunada, dijo-: Es lo que Hobbes regalaría a una de sus esposas. – La primera vez que Paola

se había referido al actual jefe del Gobierno utilizando este nombre, al ver el gesto de perplejidad de Brunetti, le explicó que lo llamaba así porque se ajustaba a la definición que Hobbes, el filósofo inglés, hacía de la vida humana: *Nasty, brutish and short**. A Brunetti le pareció tan apropiado el nombre que se lo daba automáticamente al leer no sólo los titulares de los periódicos sino también los documentos oficiales.

Comprendiendo que Paola no iba a ayudarlo a elegir su propio regalo, abandonó el intento y se fue con ella a casa, a buscar un escondite en el que los paquetes estuvieran a salvo de las miradas indiscretas de los chicos, tan amigos de husmear. No se le ocurrió otro lugar que la parte baja de su armario, aunque no sin antes colgarles tarjetas con los nombres de Paola, de su madre y de su padre, escritos con cuidada caligrafía. Confiaba en que esta estratagema serviría para burlar la curiosidad de sus chicos. Esta idea de esconder cosas le trajo a la memoria la caja de sal y su extraño contenido.

Aún era pronto para preguntar a Claudio, pero sí llamó a Vianello a su casa, utilizando el *telefonino* registrado a nombre de Roberto Rossi. Diciéndose que era todo un comisario de policía, renunció a disimular la voz y a hablar en clave, limitándose a preguntar al inspector:

—¿Alguna novedad?

—Ninguna -fue la lacónica respuesta de Vianello.

Brunetti cortó.

La cena fue tranquila. Raffi hizo ingenuas tentativas para sonsacar a sus padres qué querían para Navidad y Chiara preguntó si también los musulmanes celebraban la Navidad. Paola le explicó que los musulmanes consideraban a Jesús un gran profeta, por lo que era probable que respetaran la fiesta aunque oficialmente no la celebraban.

Cuando Brunetti le preguntó por qué quería saberlo, Chiara contestó:

—Tengo una amiga nueva en el colegio. Se llama Azir. Es musulmana.

—¿De dónde es?

—De Irán. Su padre es médico, pero no ejerce.

—¿Por qué?

Mientras se servía más pasta, Chiara respondió:

–Es por algo de los papeles. Que aún no han llegado o no sé qué. Ahora trabaja en el laboratorio del hospital, me parece.

–Yo estuve en Teherán una vez -dijo Brunetti-. Fue poco después de la Revolución.

Sus hijos lo miraron con gesto de sorpresa.

–¿Para qué fuiste? – preguntó Chiara con su habitual instantánea curiosidad.

–Cosas de trabajo -respondió Brunetti-. Drogas.

–¿Y qué pasó? – intervino Raffi.

–Estuvieron muy corteses y serviciales y me dieron la información que necesitaba. – Las caras que recibieron esta explicación recordaron a Brunetti una frase que solía citar Paola, acerca de unos corderos que levantan la cabeza pero no reciben alimento, y explicó:- Fue cuando estaba destinado en Nápoles. Alguien traía droga de Irán, y ellos accedieron a ayudarme a hacer el arresto. – No dijo que esto no fue hasta que descubrieron que buena parte de la mercancía de aquel individuo también llegaba a las calles de Teherán.

–¿Cómo eran los iraníes? – preguntó Chiara, lo bastante interesada en el tema como para dejar de comer.

–Ya te lo he dicho, corteses y serviciales. La ciudad era un caos, superpoblada y contaminada, pero si entras en las casas, uno de los policías me invitó, encuentras jardines y árboles.

–¿Cómo es la gente? – preguntó Chiara.

–Muy culta y sofisticada. Por lo menos, la que yo traté.

–Han tenido tres mil años para hacerse una cultura -interrumpió Paola.

–¿Qué quieres decir? – preguntó Chiara.

–Que cuando nosotros aún vivíamos en cabañas y nos cubríamos con pieles de animales, ellos ya construían Persépolis y se vestían de seda.

Cerrando los ojos a la evidente exageración de la explicación, Chiara preguntó tan sólo:

–¿Qué es Persépolis?

–Era la ciudad imperial donde vivían los reyes. Hasta que un europeo la incendió. Si quieres, después de cenar te enseñaré un libro -dijo Paola. Y, dirigiéndose a todos:- ¿Postre?

Ante un pastel de manzana, el interés por miles de años de historia fue barrido, lo mismo que Persépolis.

Estaba sonando el teléfono cuando Brunetti entró en su despacho a la mañana siguiente. Contestó con su nombre sosteniendo el auricular entre el oído y el hombro mientras peleaba con el abrigo tratando de liberar los brazos de las mangas.

–Soy yo -dijo un hombre, y Brunetti tardó un segundo en reconocer la voz de Claudio-. Tengo que verte. -Brunetti oía el rugido de lo que parecía el motor de una embarcación, por lo que Claudio debía de estar fuera de casa, cerca del agua.

Brunetti volvió a ajustarse el abrigo, tomó el teléfono con la mano libre y, respondiendo a la urgencia que percibía en la voz del anciano, dijo:

–Si quieres, puedo ir a tu despacho ahora mismo. – Mentalmente, ya se trazaba el itinerario hasta la casa de Claudio, y decidió tomar una lancha.

–No; es preferible que nos encontremos en... aquel sitio al que solíamos ir tu padre y yo a tomar una copa.

Doblemente alarmado ahora por tan veladas indicaciones, Brunetti dijo:

–Estaré allí dentro de cinco minutos.

–De acuerdo. Te espero -dijo Claudio cortando la comunicación.

Brunetti recordaba el bar: hacía esquina, frente a la verja del Arsenal. Claudio debía de estar en la Riva degli Schiavoni, si podía llegar allí en cinco minutos. Cuántas veces había estado en aquel bar, en la adolescencia, escuchando a los amigos de su padre hablar de la guerra, mientras disputaban interminables partidas de *scopa* en las que no se jugaban nada y consumían vasitos de un vino tinto tan cargado de tanino que les dejaba los dientes azulados. Su padre nunca decía mucho ni le interesaba el juego, pero estaba allí en su condición de veterano y de amigo de Claudio, lo que para los otros era suficiente.

Acababa de colgar cuando volvió a sonar el teléfono. Pensando que podía ser otra vez Claudio, Brunetti descolgó y se acercó el auricular al oído.

–Brunetti -aulló Patta-, quiero hablar con usted ahora mismo. – El tono estaba en consonancia con las palabras, las cuales, a su vez, debían

de casar con el estado de ánimo del *vicequestore*. Silenciosamente, Brunetti colgó, dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Aún no había salido del despacho cuando ya volvía a sonar el teléfono.

Al llegar frente al Arsenale, Brunetti, casi sin reparar en los leones, entró directamente en el bar, buscando la cara de su amigo. Al no ver a Claudio, miró el reloj y comprobó que sólo hacía seis minutos que había salido de la *questura*. Pidió un café y se volvió de cara a la puerta. Al cabo de otros cinco minutos, vio al anciano bajar por el puente que conducía al Arsenale, apoyándose en un bastón.

Claudio se detuvo delante de los leones de piedra y estuvo contemplándolos largamente, primero uno y después el otro, como si quisiera grabarse su figura en la memoria. Después retrocedió hasta el pie del puente, miró a la izquierda, hacia las verjas del Arsenale y luego a la laguna, y echó a andar por el borde del canal en dirección al *bacino*. Para un observador casual, el anciano del bastón podía ser un visitante interesado en conocer a fondo la zona del Arsenale; para un policía era alguien que comprobaba si lo seguían.

Claudio dio media vuelta y fue hacia el bar. Cuando entró, Brunetti no se movió, dejando que él diera el primer paso. El anciano fue hacia la barra y se quedó al lado de Brunetti, pero no le saludó. Cuando se acercó el barman, pidió té con limón, luego alargó el brazo y atrajo hacia sí el *Gazzettino* del día. Brunetti dijo al barman que le trajera otro café. Claudio no levantó la vista del periódico hasta que llegó su té, entonces lo apartó, miró por la ventana al *campo* desierto, luego a Brunetti y dijo:

—Ayer por la tarde me siguieron.

Brunetti echó azúcar a su café e inclinó la cabeza en dirección a Claudio.

—Era un hombre solo y no me costó trabajo despistarlo. Bueno, eso creo.

—¿Hasta dónde te siguió?

—Hasta la estación del tren. Me puse a esperar el 82, que llegó tan lleno como siempre. Me quedé en el embarcadero hasta que el marinero empezó a correr la puerta y entonces me abrí paso a empujones gritando que, con tanto turista, no queda sitio para los venecianos. —

Miró a Brunetti con una sonrisa maliciosa-. Entonces el hombre recorrió la puerta y me dejó subir. A mí solo.

–*Complimenti* -dijo Brunetti tomando nota de la táctica por si un día le era necesaria.

Claudio echó un endulzante en el té, removiéndolo con la cucharilla y dijo:

–Ayer hablé con varias personas y envié unas cuantas piedras a alguien que conozco en Amberes. – Bebió un sorbo de té, dejó la taza y añadió:- Y otras las enseñé a un colega de aquí. Fue al salir de su casa cuando me fijé en el hombre.

–¿Qué explicación diste a esas personas? – preguntó Brunetti, curioso por saber cuál de ellos podía haberle hecho seguir.

–Déjame terminar -dijo Claudio tomando otro sorbo de té-. Pregunté a un amigo de Vicenza si últimamente le habían ofrecido diamantes africanos. No tiene tienda, trabaja en su casa, como yo, pero es el mayorista más importante de todo el Norte.

Cuando ya parecía que el anciano había terminado, Brunetti, sin atreverse a preguntar directamente por la fiabilidad de aquellas personas, inquirió:

–¿Es un comerciante de renombre?

–Sí; en el Norte lo conoce casi todo el mundo. Quien quisiera vender un gran lote de piedras tendría que acudir a él, es decir, si algo sabía acerca del mercado.

–¿Y bien?

–Nada -dijo Claudio-. Nadie le ha ofrecido diamantes como esos. Brunetti comprendió que no convenía cuestionar esto.

–¿Dónde están las piedras? – preguntó finalmente.

–¿Las que me entregaste?

–Sí.

–En lugar seguro.

–Vamos, Claudio, no te hagas el listo conmigo. ¿Dónde están?

–En el banco.

–¿El banco?

–Sí. Desde... desde aquella vez guardo mis mejores piedras en una caja de seguridad del banco. Allí he puesto también las tuyas.

–No son más -le rectificó Brunetti.

–Son más tuyas que mías.

Brunetti, comprendiendo que no tenía objeto discutir, preguntó:

–Si piensas que nadie ha hablado, ¿por qué habían de seguirte?

–He estado casi toda la noche dándole vueltas -respondió Claudio-.

O bien el lugar donde las encontraste estaba vigilado y te siguieron hasta mi casa, aunque supongo que tú te habrías dado cuenta, de modo que esto podemos descartarlo, o bien el hecho de que yo sea el comerciante más conocido de la ciudad hace de mí una persona a la que conviene vigilar, por si acaso. O bien el teléfono de mi amigo está pinchado. – Cerró los ojos, los abrió enseguida y añadió-: O yo soy un viejo idiota que no ha podido aprender a desconfiar de los amigos. Elige.

Al igual que Claudio, Brunetti descartó la primera posibilidad. Su afecto hacia el anciano le inducía a desestimar también la última y elegir una de las otras dos, pero tuvo que reconocer que cabía cualquier probabilidad.

–¿Has podido averiguar algo sobre las piedras?

–Enseñé cinco a mi amigo, dos de las tuyas y tres que sé que proceden del Canadá. Al principio sólo dijo que le gustaría comprarlas. – El anciano hizo una pausa y prosiguió-: En realidad, eso es lo que yo esperaba que dijera. – Miró a Brunetti, luego a la ventana y otra vez a Brunetti-. Pero cuando le respondí que no estaban en venta y que sólo deseaba saber de dónde creía él que procedían, dijo que tres eran canadienses y dos africanas. Precisamente esas dos.

–¿Está seguro? – preguntó Brunetti.

Claudio lo miró largamente, como buscando la mejor manera de explicárselo.

–Más seguro de lo que pueda estarlo yo -dijo Claudio-. Porque él sabe más. – Al ver que Brunetti no parecía muy convencido por esta afirmación, el anciano prosiguió-: Él no me explicó la razón por la que atribuía esa procedencia a las dos piedras. Mentiría si te dijera eso, Guido, pero él entiende de estas cosas. Otros necesitan máquinas para detectarlo, pero a él le basta con mirarlas. Ya sé que tú deseas información y hechos concretos, por eso te diré que las máquinas miden los otros minerales que están atrapados en los cristales de carbón, los cuales varían de un «pipe» a otro. Si sabes qué minerales se

dan en cada sitio, las máquinas te permiten identificar las piedras por el color. – Claudio hizo una pausa-. Pero en realidad es cuestión de vista. Si has mirado millones de piedras, lo sabes. – Sonrió y terminó:- Es lo que le pasa a este hombre, sencillamente, él sabe.

–¿Tú le crees?

–Le creería aunque me dijera que son de Marte. Es el mejor.

–¿Mejor que tú?

–Mejor que cualquiera, Guido; tiene el don.

–¿Sólo África? ¿No podía concretar un poco?

–No se lo pedí. Sólo le dije que las tasara, para estar seguro de que el precio que yo les había puesto era el correcto. Me dijo sólo de pasada que eran africanas, para demostrarme lo mucho más que él sabe de piedras.

–¿Y en cuánto las valoró? – preguntó Brunetti.

–Dijo que, bien talladas, valdrían como mínimo treinta y cinco mil euros. – Al advertir la sorpresa de Brunetti, explicó:- Cada una, Guido, y las que le enseñé no eran las mejores.

Ahora Brunetti recordó algo que aún no había preguntado.

–¿Cuántas había, una vez limpias de sal?

–Ciento sesenta y cuatro, todas calidad gema y casi del mismo tamaño. – Y, antes de que Brunetti pudiera hacer el cálculo, dijo:- Con ese promedio, son casi seis millones de euros en total.

El valor de las piedras asombró a Brunetti, pero más fuerte que el asombro era la preocupación por la posibilidad de que alguien hubiera seguido a Claudio.

–Dime qué aspecto tenía el hombre.

–Era tan alto como tú y llevaba abrigo y sombrero. Uno de tantos. Y, antes de que me preguntes, no, no lo reconocería si volviera a verlo. No quise que supiera que lo había visto, de manera que, cuando noté que me seguía, procuré disimular. – Claudio tomó la taza y bebió un sorbo de té.

Brunetti preguntó entonces, introduciendo en su voz una nota de alivio:

–Es decir, que quizá no estuviera siguiéndote.

Claudio dejó la taza y miró a Brunetti con firmeza.

–Me seguía, Guido. Y lo hacía muy bien.

Brunetti decidió no preguntar cómo había aprendido Claudio a distinguir en esta materia y sólo dijo:

–Esos hombres con los que hablaste, ¿confías en ellos?

Claudio se encogió de hombros.

–En este negocio, o te fías de la gente o no te fías.

–¿No hablarán de las piedras?

Claudio volvió a encogerse de hombros con indiferencia.

–No creo que hablen, a no ser que les pregunten.

–¿Y si les preguntan?

–Quién sabe.

–¿Son amigos? – preguntó Brunetti.

–Las personas que comercian con diamantes no tienen amigos - respondió Claudio.

–¿Y el hombre de Amberes?

–Es el marido de mi sobrina.

–¿Eso significa que es amigo?

Claudio se permitió una pequeña sonrisa.

–No. Pero significa que puedo confiar en él.

–¿Y?

–Y le pedí que, si podía, me dijera de dónde procedían las piedras.

–¿Cuándo esperas su respuesta?

–Hoy.

Brunetti no pudo disimular la sorpresa.

–¿Cómo se las enviaste?

–Oh -dijo Claudio con estudiada naturalidad-. Tengo un sobrino que me hace trabajos eventuales.

–¿Trabajos eventuales como llevar diamantes a Amberes?

–No es la primera vez.

–¿Cómo hizo el viaje?

–En avión. ¿Cómo hay que ir a Amberes? Bueno -rectificó-, en avión a Bruselas y luego en tren.

–No debiste hacer eso, Claudio.

–Creí que era urgente -dijo el anciano, casi ofendido.

–Lo es, pero no debes hacer eso por mí. Deja que te pague los gastos.

Claudio agitó una mano casi con enojo.

–Viajar es bueno para él. Así ha visto cómo se trabaja allí. – Miró a Brunetti con afecto-. Además, tú eres un amigo.

–¿No dices que las personas que comercian con diamantes no tienen amigos? – dijo Brunetti, pero con una sonrisa.

Claudio alargó la mano, quitó un hilo suelto de la costura del abrigo de Brunetti y lo dejó caer al suelo.

–No te hagas el tonto conmigo, Guido -dijo, sacando la billetera para pagar.

OceanofPDF.com

CAPITULO 19

Cuando iban a salir del bar, Brunetti tuvo que reprimir el impulso de ofrecerse a acompañar a Claudio a su casa, porque comprendía que él era la última persona con la que a su amigo le convenía ser visto. Así pues, dejó que el anciano se fuera solo y se quedó cinco minutos hojeando el *Gazzettino* antes de salir a su vez. Decidió volver a la *questura*, no porque le apeteciera sino porque Claudio se había ido en dirección opuesta.

El agente de la puerta saludó y dijo a Brunetti:

–El *vicequestore* Patta desea verle, señor.

Brunetti le dio las gracias agitando una mano y fue hacia la escalera. Subió a su despacho, se quitó el abrigo y marcó el número de la extensión de la *signorina* Elettra. Cuando ella contestó, Brunetti preguntó:

–¿Qué quiere?

–Oh, Riccardo -dijo ella al reconocer su voz-. Gracias por contestar a mi llamada. ¿Podría venir a cenar el jueves en lugar del martes? Olvidé que tenía entradas para un concierto y me gustaría cambiar el día, si no os importa. – En un aparte, la oyó decir:- Voy ahora mismo, *vicequestore*. -Y volviendo al teléfono:- ¿El jueves a las ocho, Riccardo? Magnífico. – Y colgó.

Aunque era tentadora la idea, Brunetti no podía creer que la *signorina* Elettra hubiera tratado de indicarle que se fuera y no volviera a la *questura* hasta el jueves por la noche, por lo que bajó la escalera para acudir a la llamada de su superior. En el antedespacho, vio que la puerta de Patta estaba entreabierta y dijo al entrar:

–Buenos días, *signorina*. Me gustaría hablar con el *vicequestore*, si está libre.

Ella se levantó, fue hacia la puerta, la abrió del todo y entró en el despacho. Brunetti la oyó decir:

–El comisario Brunetti desea verle, señor. – Al cabo de un momento salió y dijo:- Está libre, comisario.

–Gracias, *signorina* -dijo él entrando por la puerta que había quedado abierta.

–Cierre -dijo Patta a modo de saludo.

Brunetti así lo hizo y se sentó en una de las sillas situadas delante de la mesa de Patta, sin esperar la invitación.

—¿Se puede saber por qué me ha colgado el teléfono? — preguntó Patta airadamente.

Brunetti juntó las cejas con gesto pensativo.

—¿Cuándo, señor?

Con acento de cansancio, Patta dijo:

—Por mucho que a usted le divierta, esta mañana no tengo tiempo para juegos, comisario. — El instinto advirtió a Brunetti que debía callar, y Patta prosiguió: Es sobre ese negro. Quiero saber qué ha hecho usted.

—Menos de lo que me gustaría hacer, señor -dijo Brunetti, respuesta que era verdad y mentira a la vez.

—¿No podría concretar un poco? — preguntó Patta.

—Hablé con algunos de los hombres que trabajaban con él -empezó Brunetti, optando por omitir los detalles de la entrevista y los métodos utilizados para conseguirla-. Ellos se negaron a dar información sobre él. No he podido volver a ponerme en contacto con ellos. — Juzgó oportuno hacer como si creyera que Patta se interesaba por lo que ocurría en la ciudad, y dijo: Habrá observado que ya no están en la calle.

—¿Quiénes, los *vu cumprà*? -preguntó Patta, prescindiendo de la cortesía del lenguaje.

—Sí, señor. Han desaparecido de *campo* Santo Stefano -dijo Brunetti, sin hacer referencia a la ausencia de por lo menos varios de ellos de sus alojamientos. Aunque no podía estar seguro de que fuera verdad, dijo: Da la impresión de que han desaparecido de la ciudad.

—¿Adonde han ido? — preguntó Patta.

—No tengo ni idea, señor -reconoció Brunetti.

—¿Qué más ha hecho?

Modulando la voz con esmero, Brunetti mintió:

—Eso es todo lo que me ha sido posible hacer. No había indicios útiles en el informe de la autopsia. — Esto era cierto: las indicaciones de Rizzardi sobre las señales de tortura habían llegado después del informe original que para entonces ya se había hecho desaparecer-.

Todo indica que era un senegalés que andaba metido en líos con gente peligrosa y no tuvo la prudencia de marcharse de la ciudad.

–Supongo que habrá trasladado esta información a los investigadores del Ministerio del Interior -dijo Patta.

Cansado de mentir, pero también consciente de que mantener por más tiempo una actitud pasiva no haría sino acrecentar las suspicacias de Patta, Brunetti dijo:

–No me ha parecido necesario, señor. Los supongo perfectamente capaces de obtenerla sin mi ayuda.

–Al fin y al cabo, es su trabajo.

Esto ya era demasiado, y Brunetti replicó:

–Y también es el mío.

Patta enrojeció y apuntó a Brunetti con un dedo colérico.

–Su trabajo es hacer lo que se le ordena sin cuestionar las decisiones de sus superiores. Dio una palmada en la mesa, para más énfasis.

El sonido reverberó en el despacho y Patta esperó a que se hiciera el silencio para seguir hablando, aunque percibió algo en la actitud de Brunetti que le hizo vacilar un segundo antes de decir:

–¿No se le ha ocurrido pensar que yo podría saber algo más que usted acerca de lo que pasa?

Dada la evidente falta de familiaridad de Patta con la mayor parte del personal de la *questura* y sus actividades, el primer impulso de Brunetti fue el de echarse a reír, pero luego pensó que Patta podía referirse a unas fuerzas que obraban desde detrás de la *questura*, incluso desde detrás del Ministerio del Interior, y que quizá tuviera razón.

–Sí, señor, se me ha ocurrido -dijo Brunetti-, pero no veo la diferencia.

–La diferencia es que yo sé cuándo ciertos casos entran en el terreno de otras agencias -dijo Patta en tono razonable, como si él y Brunetti fueran antiguos condiscípulos que conversan amigablemente sobre el estado del mundo.

–Eso no significa que tengamos que cedérselos.

–¿Usted se cree el más capacitado para decidir cuándo hemos o no hemos de llevar un caso? – preguntó Patta, y en su voz volvía a percibirse aquel desdén característico.

Brunetti estuvo a punto de responder que nadie podía decidir cuándo había que echar tierra al caso del asesinato de un hombre, pero se contuvo porque con ello daría a entender a Patta que no tenía intención de abandonar la investigación. Se escudó en la mentira y respondió con un malhumorado:

—No. — Y con voz dolorida y resignada añadió—: No puedo decidir eso. — Y que Patta lo interpretara como quisiera.

—¿Puedo deducir de eso que en este caso está dispuesto a actuar de modo razonable, Brunetti? — preguntó Patta sin que se advirtiera satisfacción ni triunfo en su voz.

—Sí -dijo Brunetti-. Ya que el ministerio va a encargarse de este caso, ¿debo continuar con lo de la universidad? — preguntó, refiriéndose a la investigación iniciada recientemente en la Facoltà di Scienze Giuridiche, en la que se sospechaba que algunos profesores y auxiliares de Historia del Derecho vendían a los estudiantes papeletas de los exámenes finales.

—Sí -dijo Patta, y Brunetti se quedó esperando el corolario, tan inevitable como la parte final de un *aria da capo*-. Deseo que eso se lleve con la mayor discreción -agregó el *vicequestore*, para satisfacción de su subordinado-. Esos idiotas de la Universidad de Roma están metidos en un buen escándalo, y el rector desea que, si es posible, se evite que aquí ocurra algo parecido. Perjudicaría la reputación de la universidad.

—Sí, señor -dijo Brunetti y, con evidente sorpresa de Patta, se levantó y salió del despacho. Hacía casi dos décadas que su esposa daba clases en la universidad, por lo que Brunetti tenía una idea bastante aproximada de la reputación que aún le quedaba por salvar al centro. La *signorina* Elettra no estaba en su sitio, pero la encontró en el pasillo que conducía a la escalera.

—Le ha llamado don Alvise -le dijo.

—¿Usted lo conoce? — preguntó Brunetti, sorprendido.

—Sí; ya hace años. A veces me pide información.

Incapaz de contenerse, Brunetti preguntó:

—¿Qué clase de información?

—Nada relacionado con la policía ni con el trabajo que hago aquí, puedo asegurárselo. — Y no dijo más.

—¿Ha hablado con usted?

–Sí, señor.

–¿Qué le ha dicho?

–Que había hablado con varias personas y que unas le habían dicho que el hombre por el que usted se interesaba era bueno y otras que era malo.

Brunetti tuvo un brusco acceso de impaciencia: hasta la sibila de Cumas hablaría más claro, por Dios. Esperó un momento a que se le pasara el mal humor y preguntó:

–¿Él no ha dado su opinión?

–No, señor.

–¿Lo conocía él? – preguntó Brunetti, casi imperiosamente.

–Eso tendrá que preguntárselo usted, señor.

Brunetti desvió la mirada hacia la foto de un antiguo *questore*.

–¿Algo más? – preguntó finalmente.

–He estado siguiendo la pista de la persona o personas que entraron en mi ordenador -dijo ella-. La pista conduce a Roma.

–¿Adónde de Roma? – preguntó él, irritado, y con instantánea contricción, añadió:- ¡Bravo! – y sonrió. Sabía que a ella le complacería poder comunicarle que era el Ministerio del Interior, por lo que sólo preguntó:- ¿Quién fue?

–El Ministero degli Esteri.

–¿Asuntos Exteriores? – preguntó él, sin poder ocultar la sorpresa.

–Sí, señor. – Y, antes de que él preguntara, añadió:- Estoy segura.

La imaginación de Brunetti, que ya iba por la mitad de la escalera del Ministerio del Interior, tuvo que saltar a otro edificio de la ciudad, descartar la lista de posibilidades que había preparado y empezar otra nueva. Desde hacía más de una década, ambos ministerios rivalizaban en demostrar cuál podía desentenderse mejor del problema de la inmigración ilegal, y cuando un desastre marítimo o un incidente fronterizo hacían temporalmente imposible la negación del problema, recurrían a las mutuas recriminaciones y, por último, al engaño. Se podía retocar los números y alterar las nacionalidades y también se podía contar con la prensa, que no dejaría de sacar en primera plana la foto de una mujer desastrada con un niño en brazos, y la opinión pública se entregaría al sentimentalismo el tiempo suficiente para que los refugiados desembarcaran en el país, y después dejaría de

interesarse y permitiría a los ministerios volver a su política habitual de ignorancia voluntaria.

Pero esto no explicaba la intervención del Ministerio de Asuntos Exteriores -si la *signorina* Elettra decía que eran ellos, tenían que serlo- en un caso que parecía tan insignificante. Brunetti no se explicaba por qué había de interesarles el asesinato de un vendedor callejero, aunque sin duda habría muchas razones por las que tenía que interesarles el asesinato de un hombre que tenía en su poder seis millones de euros en diamantes.

-Ya he empezado a hacer preguntas -dijo la *signorina* Elettra. Durante los últimos años, Brunetti había ido comprendiendo mejor los métodos que ella utilizaba, y ya no la imaginaba sentada a su escritorio hablando por teléfono o yendo de unos a otros en busca de ayuda, como la cerillera del cuento. No obstante, su comprensión no abarcaba el arcano de sus contactos ni la habilidad con que saqueaba los archivos teóricamente secretos de centros oficiales y privados. Por consiguiente, no eran los ministerios los únicos capaces de sumirse en la ignorancia voluntaria-. Y Bocchese quería verle -terminó ella.

Puesto que al parecer esto era lo único que pensaba decirle, el le dio las gracias y bajó al despacho de Bocchese. En la escalera encontró a Gravini, que levantó una mano para saludarle y pararle al mismo tiempo.

-Comisario, los *ambulanti* se han marchado -dijo, con gesto de disculpa, como si temiera que Brunetti le hiciera responsable de la desaparición de los hombres-. He hablado con mi amigo Muhammad, y dice que hace días que no ve a nadie de aquel grupo y que su casa está vacía.

-¿Tiene idea de lo que pueda haberles ocurrido?

-No, señor. Se lo pregunté, pero lo único que sabe es que se han ido,
- Gravini volvió a levantar la mano para expresar su decepción-. Lo lamento, señor.

-No se preocupe, Gravini -respondió Brunetti. Y, sabiendo que todo lo que se decía en la *questura* corría de boca en boca, añadió-: Hemos sido apartados del caso, de manera que ya no importa. - Dio a Gravini una palmada en el hombro en señal de aprecio y siguió bajando la escalera.

Brunetti encontró al técnico en el laboratorio, inclinado sobre un microscopio, asustando con una mano un botón de la lente.

Bocchese, con un ojo pegado al instrumento, emitió un sonido que tanto podía ser un saludo como un gruñido de satisfacción ante lo que veía. Brunetti se inclinó para mirar la placa del microscopio, esperando ver un portaobjetos de cristal, pero vio un rectángulo marrón oscuro, del tamaño de medio paquete de cigarrillos, que parecía metálico.

—¿Qué es? — preguntó sin pensar.

Bocchese no contestó. Ajustando el botón, examinó el objeto unos instantes más, se apartó del ocular y, volviéndose hacia Brunetti, dijo: —Mire.

El técnico se bajó del taburete y Brunetti ocupó su lugar. Él había examinado portaobjetos con anterioridad, generalmente, cuando Bocchese y Rizzardi habían querido mostrarle algún detalle de la fisiología humana o de los procesos de su destrucción. Ahora aplicó el ojo derecho a la lente y cerró el izquierdo. Sólo vio lo que parecía un ojo enorme, negro y metálico con un orificio redondo en el centro, formando el iris. Apoyó la palma de las manos en la mesa, parpadeó y volvió a mirar. La figura seguía pareciendo un ojo, con unas líneas finísimas a modo de pestañas. Brunetti irguió el cuerpo.

—¿Qué es?

Bocchese se acercó y retiró la pieza metálica del microscopio.

—Aquí tiene, mire -dijo entregándola a Brunetti.

El rectángulo tenía peso de metal, desde luego. Se veía la imagen de un caballero que blandía una espada, montado en un caballo engualdrapado, no mayor que un sello de correos. La armadura del hombre estaba grabada con todo detalle, lo mismo que la del caballo. El jinete tenía la cabeza cubierta por un yelmo, pero el caballo sólo llevaba protección en las orejas, además de una tira de tela adamascada en la cara. Brunetti advirtió entonces que lo que había visto por el microscopio era el ojo del caballo. Sin el aumento, tuvo que poner la placa a contraluz para distinguir el diminuto orificio del iris.

—¿Qué es? — volvió a preguntar Brunetti.

—Yo diría que es del estudio de Moderno, que es lo que mi amigo quería que averiguara.

Desconcertado, Brunetti preguntó:

–¿Qué amigo y por qué quería que lo averiguara?

–Él colecciona estás cosas. Yo también. Cada vez que le ofrecen una pieza realmente buena, me pide que compruebe si es lo que dice el vendedor.

–¿Pero aquí? – preguntó Brunetti señalando el laboratorio.

–Es por el microscopio -dijo Bocchese dando al instrumento la palmada que podría dedicar a un perro afectuoso-. Es mucho mejor que el que tengo en casa y puedo ver hasta el último detalle. Me permite estar seguro.

–¿Colecciona usted estas cosas? – preguntó Brunetti acercándose el rectángulo a la cara, para verlo mejor. El caballo se encabritaba con los ollares dilatados de miedo o de furor. La mano izquierda del caballero, cubierta por un grueso guante de malla, tiraba de las riendas y el brazo derecho estaba levantado y extendido hacía atrás. En menos de un segundo, caballo y caballero saltarían y que Dios se apiadara de lo que hubiera delante.

La respuesta de Bocchese era un modelo de cautela:

–Tengo varias.

–Es muy bonita -dijo Brunetti devolviéndosela con cuidado-. Las he visto en museos, pero allí no puedes acercarte para ver el detalle.

–Desde luego -convino Bocchese-. Y no se aprecia la pátina ni el tacto. – Haciendo una demostración, extendió la mano con la pieza de bronce en la palma y la sopesó varias veces-. Me alegro de que le parezca bonita. – La expresión del técnico era tan afable como su voz.

Brunetti quedó en suspenso, al percibir la intimidad del momento. Durante los años en que habían trabajado juntos, nunca dudó de la lealtad de Bocchese, pero ésta era la primera vez que lo veía manifestar un sentimiento más fuerte que la distante ironía con la que habitualmente visualizaba la actividad humana.

–Gracias por enseñármelo -fue todo lo que se le ocurrió decir.

–Niente, niente -respondió Bocchese sacando del bolsillo una caja metálica. Cuando la abrió, Brunetti vio que estaba forrada de un material blando. Bocchese metió la placa, cerró la caja y la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

–¿Ella le ha dicho que yo quería hablar con usted? – preguntó.

–Sí.

–Venga a ver esto. – Condujo a Brunetti hasta una mesa de examen sobre la que había varias fotos de huellas dactilares. Bocchese tomó una, revolvió con el índice en las restantes y sacó otra. Les dio la vuelta, leyó las anotaciones hechas al dorso y las puso una al lado de la otra.

Brunetti vio las ampliaciones de dos huellas que, como solía ocurrir, le parecieron idénticas, pero se guardó de decir tal cosa a Bocchese.

–¿Lo ve? – preguntó el técnico.

–¿Qué he de ver?

–Que son idénticas -dijo Bocchese ásperamente, sin el menor vestigio de la anterior afabilidad.

–Sí -dijo Brunetti, convencido.

–Las dos son de la casa de Castello.

–Siga -dijo Brunetti.

Bocchese dio la vuelta a las fotos, como para asegurarse de cuál era cuál y volvió a ponerlas donde estaban antes.

–Ninguna de ellas estaba en el apartamento cuando usted llamó la primera vez y enviamos a Galli, pero sí estaban la segunda vez -dijo golpeando con el dedo la primera foto. Entonces señaló a la otra-: Y ésta es del paquete de galletas que Vianello me trajo cuando ustedes volvieron a la casa.

–¿Son idénticas? – preguntó Brunetti.

–La misma impronta, la misma mano.

–El mismo hombre -dijo Brunetti.

–A no ser que acostumbre a prestarla -dijo Bocchese.

–¿Dónde estaba ésta? – preguntó Brunetti golpeando la primera huella con el dedo.

Bocchese volvió a darle la vuelta, miró el número y las abreviaturas escritas en el dorso y dijo:

–En la habitación del último piso.

–¿Dónde exactamente?

–En el picaporte, en la parte inferior. Es una huella parcial, pero me basta para cotejarla. Supongo que limpiaría el picaporte pero no todo alrededor, y quedó esa huella -dijo volviendo a golpear la foto. Luego señaló la otra-: Como le he dicho, ésta es de la bolsa de galletas. Son las únicas huellas claras que encontré en todo lo que me trajo Vianello. La bolsa estaba muy grasienta. Había restos de otras sustancias y huellas

parciales, pero nada de lo que pudiera estar seguro. Sólo eso. – Hizo una pausa y añadió:- Repasé el informe de Galli. Él lo limpió todo después del examen, por lo que la huella fue impresa en la bolsa después de que ustedes se fueran.

–¿Las ha enviado a la Interpol?

–¡Ah, la Interpol! – exclamó Bocchese con la desesperación peculiar de quienes están obligados a tratar con las burocracias internacionales-. Por si le interesa, hasta aquí abajo nos han llegado esos rumores acerca del Ministerio del Interior, de manera que, para asegurarme, las envié a un amigo que trabaja en el laboratorio del ministerio y le pedí que me hiciera el favor de procesarlas particularmente. – Calló un momento y dijo:- También le envié esas otras, las de la víctima.

–¿Qué significa «particularmente»? – preguntó Brunetti.

–Verá. – Bocchese se apoyó en el mostrador cruzándose de brazos-. Con una petición oficial se tardarían una o dos semanas. Así puedo recibir la respuesta mañana mismo o pasado mañana. Y sin tener que enviar copias a nadie del ministerio.

Brunetti se había preguntado más de una vez por qué se molestaba en utilizar los conductos oficiales, si para hacer su trabajo tenía que servirse casi exclusivamente de relaciones y amistades personales. Le habría gustado saber si en todos los países o en todas las ciudades ocurría esto.

–¿Existirá un país en el que se deje a la policía hacer su trabajo en paz?

El técnico pareció considerarlo una pregunta genuina y le dedicó la reflexión que a su juicio merecía. Al fin dijo:

–Quizá, pero sólo allí donde el Gobierno desee que la policía funcione realmente, con independencia de quiénes sean los sospechosos o de la relevancia que tengan. – Al ver la expresión de Brunetti, añadió con una sonrisa:- Pero yo sigo votando a Rifondazione Comunista, por lo que supongo que debo verlo así.

Brunetti le dio las gracias por sus comentarios y por la información y volvió a su despacho, admirándose de haber descubierto más cosas acerca de Bocchese en aquella corta visita que en más de una década.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 20

Alrededor de una hora después de que Brunetti volviera a su despacho, sonó el teléfono. Él contestó con su nombre.

–Pregunté a esa persona -dijo Sandrini sin preámbulos-. Mejor dicho, le sonsaqué y comenté que el trabajo había sido encargado a gente de Roma a la que se envió aquí para ejecutarlo.

–¿Y las pistolas? ¿No se ha enterado de que ahora hay detectores de metales en todos los aeropuertos? – preguntó Brunetti. Lo irritaba que Sandrini tratara de hablar en clave, y lo decía sólo para chingar: introducir una pistola en Venecia no supondría dificultad alguna para gente con buenos contactos.

–¿No ha oído hablar del tren? – preguntó Sandrini ásperamente-. Corre sobre raíles, va y viene de Roma. Hace chuchuchú.

Pasando por alto la observación, Brunetti preguntó:

–¿Es eso todo lo que le ha dicho, que eran de Roma?

–¿Qué quería que hiciera, que le preguntara los nombres y direcciones y que les pidiera que me firmaran una confesión, para ponérselo más fácil? – gritó Sandrini, prescindiendo de claves y de toda discreción-. Naturalmente que eso es todo lo que me dijo. No voy a preguntarle directamente, y menos después de haber mencionado el tema una vez. Se lo olería a un kilómetro.

Brunetti tuvo que reconocer que no le faltaba razón: Sandrini no podía preguntar a su suegro por los asesinos sin despertar recelos. Quizá con el tiempo pudiera hacerse perdonar el episodio de la prostituta: al fin y al cabo, algunos mañosos habían sobrevivido a la sospecha de adulterio; pero nadie, por lo menos, que supiera Brunetti, había sobrevivido a la sospecha de deslealtad.

–Gracias -dijo Brunetti.

–¿Cómo? – exclamó Sandrini-. Yo arriesgo la vida y usted me dice «gracias». – Siguió una serie de observaciones que ponían en tela de juicio la honestidad de la madre del comisario y también la de la *Madonna* , por lo que Brunetti creyó oportuno colgar.

«Roma, Roma, Roma», susurraba Brunetti entre dientes. En el pasado, habría sido de esperar que los asesinos hubieran venido de más al Sur, pero en este mundo multicultural de ahora los sicarios podían

venir de cualquier sitio. Repasó las palabras de Sandrini: habían sido enviados desde Roma para hacer el trabajo. El hecho de que el suegro estuviera enterado indicaba que los asesinos eran ejecutores de la Mafia, pero no necesariamente que el asesinato lo hubiera ordenado la Mafia. Se preguntó si existiría entre los asesinos a sueldo una amigable francmasonería y si los no involucrados estarían al corriente de lo que hacían sus congéneres y especularían en sus tertulias acerca de cuánto habrían cobrado sus colegas por tal o cual encargo. Lo grotesco de la idea no excluía su posibilidad.

Volvió a sonar el teléfono y, cuando contestó, se sorprendió al encontrarse hablando con su mujer.

—Nunca me llamas al despacho -dijo él.

—Casi nunca.

—Conforme, casi nunca. ¿De qué se trata?

—De la universidad.

—¿De los exámenes? — preguntó él, pensando que ella habría encontrado información sobre sus colegas del departamento de Historia del Derecho y que no podía esperar hasta la noche para comunicársela.

—¿Qué exámenes? — preguntó ella con audible confusión.

—Los del departamento de Historia del Derecho -dijo él.

—No; yo no sé nada de eso. Es sobre tu subsahariano.

Aunque sintió la tentación de especificar que no era *su* subsahariano, Brunetti se limitó a preguntar:

—¿Qué hay?

—Hice lo que me pediste, pregunté a mi amigo y él mencionó a una persona con la que solía colaborar, una especialista en esa clase de cosas.

—¿Qué clase de cosas? — preguntó Brunetti.

—Fetiches. Me ha dicho que en Europa es una autoridad en fetiches africanos. — El que Paola no hiciera comentario alguno acerca de lo exótico de la disciplina indicó a Brunetti que debía de considerarla una especialidad perfectamente normal, lo que, a su vez, demostraba que pasaba demasiado tiempo entre académicos.

—¿Y bien?

—Tengo su número de Ginebra -dijo Paola-. Podrías llamarla.

—¿Ginebra?

–¿Te da miedo hablar en francés?

–De algo tan complicado como todo esto, sí -respondió él.

–No te apures -dijo Paola-. Es suiza.

–¿Y qué tiene que ver?

–Los suizos lo hablan todo -respondió ella, le dio el número y colgó.

Tenía razón Paola, por lo menos, por lo que se refería a la profesora Winter, que hablaba algo de italiano, inglés y alemán a la perfección y las lenguas de las cinco regiones de África en las que realizaba sus investigaciones. Para sorpresa de Brunetti, la mujer no mostró curiosidad acerca de por qué la policía solicitaba su ayuda para identificar a un muerto y se limitó a pedirle que le describiera el objeto sobre el que deseaba información.

–Es una señal compuesta por triángulos -dijo él, en inglés-. Está grabada en una cabeza de madera tallada, de unos cinco centímetros de alto, arrancada, probablemente, de una estatua. La misma señal está marcada en el cuerpo de un hombre.

–¿En qué parte del cuerpo?

–En el estómago.

–¿La cabeza es de hombre o de mujer?

–De mujer, creo.

–¿Dice que tiene usted ese objeto?

–Sí. Y fotos. También fotos del cadáver.

Esperaba que ella hablara, pero, como no decía nada, le preguntó:

–Profesora, ¿usted podría facilitarme alguna información, por vaga que fuera, a partir de estos datos?

Después de vacilar un momento, ella dijo:

–No hasta que haya visto las fotos. Lo que dijera ahora sería pura especulación.

Brunetti se admiró de cómo se parecía la actitud de aquella mujer a la de los peores colegas de Paola, los que consideraban que la información era algo que debía darse con cuentagotas y sólo a quienes hicieran méritos para obtenerla.

–Disculpe -dijo la profesora Winter, y su voz se alejó del teléfono mientras hablaba a otra persona. Al cabo de un momento retornó para decir:- ¿Podría enviarme las fotos?

–Sí.

–Bien -dijo ella y deletreó su e-mail-. ¿Me las enviará pronto?

–Preferiría mandarle las fotos en papel -dijo Brunetti, sin más explicación-. Si me da la dirección de la universidad, se las enviaré hoy mismo. – Tenía la foto del cuerpo del hombre hecha por Rizzardi y él mismo había sacado una de la cabeza con una Polaroid.

–Ah -exclamó la profesora Winter. Le dio la dirección de la universidad y añadió-: Quizá en Suiza hacemos las cosas de otra manera.

–¿Está familiarizada con el trabajo de la policía, profesora?

–No de modo especial, no -dijo ella con voz neutra-. A veces me han pedido que identificara objetos o personas asesinadas, por mis conocimientos acerca de África.

–Comprendo -dijo Brunetti y preguntó-: ¿Muy a menudo?

–No; en Suiza no. La Interpol.

–¿Entonces es corriente que se mate a africanos en Europa? – preguntó él, tan curioso como sorprendido.

–No tanto como en África -respondió ella con frialdad.

–¿Y por qué motivos se les mata?

–Eso es cosa de la policía -dijo ella-. Mi función consiste únicamente en ayudarles a identificar a las víctimas.

–¿Hombres? – preguntó él.

–Tanto hombres como mujeres, lamentablemente.

Era evidente para Brunetti que la profesora Winter empezaba a cansarse de sus preguntas, y le dijo:

–Le mandaré las fotos lo antes posible, profesora, y le quedaría muy agradecido si pudiera decirnos de dónde cree que procede la marca.

–Encantada si en algo puedo ayudar -dijo ella cortésmente y colgó.

Brunetti oprimió el pulsador, marcó el número de la sala de agentes y preguntó por Pucetti. El agente que contestó dijo que Pucetti salía en aquel momento para atender a una llamada y dejó el auricular en la mesa ruidosamente. Cuando, al cabo de unos momentos, Pucetti se puso al aparato, Brunetti le pidió que subiera a su despacho. Mientras esperaba, hizo el sobre para la profesora Winter y metió en él fotos de la cabeza de madera y de la marca del estómago del muerto. Antes de cerrarlo, decidió incluir una de las fotos de la cara del hombre.

Pucetti llamó a la puerta y entró. Cuando Brunetti le dio el encargo, dijo que iba a Santa Croce por un robo en una farmacia y añadió que no era urgente y que por el camino la lancha podía parar en Correos.

–¿Fabio y Carlo? – preguntó Brunetti.

–¿Quién más roba farmacias? – La pregunta de Pucetti era puramente retórica, pero su irritación era real. Fabio Villatico y Carlo Renda eran dos drogadictos a los que no se podía meter en la cárcel porque estaban en fase terminal del sida. Durante el día, pedían limosna a los turistas y, por la noche, si no habían recaudado lo suficiente, entraban en las farmacias a robar drogas y se mezclaban cócteles intravenosos que muchas veces contenían más remedios para el resfriado y la gripe que otra cosa. Sus experimentos los habían llevado infinidad de veces a Urgencias y hasta ahora habían resistido a pesar de que hacía tiempo que los médicos del hospital habían declarado que su sistema inmunitario estaba tan debilitado que el primer resfriado podía acabar con ellos.

Ante la evidente hostilidad de Pucetti hacia los dos hombres, Brunetti prefirió no aludir a la extraña conmiseración que a él le inspiraban. Ninguno de ellos había trabajado nunca y ninguno había tenido un intervalo de lucidez desde hacía una década, pero ninguno había recurrido a la violencia, ni siquiera verbal, frente a los malos tratos que a veces recibían.

–¿Correo exprés? – preguntó Pucetti haciendo salir a Brunetti de su abstracción.

–Sí. Gracias, Pucetti.

El agente saludó y se fue, dejando al comisario un poco preocupado por la diferencia de su respectiva actitud hacia aquellos dos drogadictos. Pucetti pertenecía a la generación de los que predicán la buena voluntad y la solidaridad con los que sufren y reclaman compasión para los oprimidos y, no obstante, con frecuencia, Brunetti advertía en ellos indicios de una intolerancia inquietante que le hacía mirar al futuro con temor. Se preguntaba si el sentimentalismo barato del cine y la televisión les habría provocado un shock insulínico que los incapacitaba para sentir empatía hacia víctimas de los desastres que creaba la vida real, que no eran tan enternecedoras como las de la ficción.

Carlo, cubierto de tatuajes chapuceros, andaba por la ciudad con la nerviosa vivacidad de un cangrejo, y Fabio apestaba a orina y estaba idiotizado. Brunetti los conocía desde hacía años, nunca les había dado dinero y deseaba dejar de verlos en la calle, pero cuando se cruzaba con ellos sentía un vago malestar, como si, en cierta medida, él fuera responsable de su desgracia.

Para distraer el pensamiento de aquellos dos desahuciados, sacó la lista telefónica interna de la policía y marcó el número de Moretti.

—Ah, comisario -dijo el sargento cuando Brunetti se dio a conocer-. Todo el día he querido llamarle, pero hemos sufrido una invasión.

—¿Turistas? — bromeó Brunetti.

—Gitanos. Debe de haber una tribu en la ciudad: esta mañana hemos tenido nueve denuncias, todas ellas con la misma vieja historia de los niños de los periódicos. — Creí que eso lo hacían sólo en Roma - dijo Brunetti, recordando la escena en la que una caterva de críos agitaban periódicos y chillaban para distraer a la víctima mientras otro de la banda le daba un tirón al bolso o la billetera y salía corriendo.

—Ahora también lo hacen aquí.

—¿Han atrapado a alguno? — preguntó Brunetti. — Hasta ahora, a tres, pero todos son menores, o lo parecen, por lo que lo único que podemos hacer es ficharlos. Luego ellos hacen una llamada y al poco rato viene alguien que tiene el mismo apellido y se los lleva. — Moretti lanzó un suspiro de impaciencia y añadió:- Ya ni me molesto en decirles que han de mandar a los chicos al colegio, como tampoco les digo a los adultos a los que arrestamos que han de salir del país antes de cuarenta y ocho horas. La última vez que lo dije, el individuo se rió en mis narices. — Otra pausa-. Menos mal que no le aticé.

—No hubiera servido de nada, ¿verdad? — preguntó Brunetti con voz neutra.

—Por supuesto que no. Pero hay momentos en los que disfrutarías haciéndolo.

—No merece la pena.

—No, desde luego. Pero eso no te quita las ganas.

Brunetti creyó oportuno cambiar de tema.

—¿Quería hablarme del africano? ¿Ha recordado dónde lo vio?

–Yo no, lo ha recordado Cattaneo. Hará unos dos meses habíamos salido para atender una llamada. Muy tarde, quizá a eso de las dos, un individuo salió de un bar y vino corriendo detrás de nosotros. Dijo que fuéramos con él, porque iba a haber una pelea. Era cerca de *campo* Santa Margherita. Pero cuando llegamos ya había pasado lo peor.

–¿Él estaba allí?

–Sí, y fue una suerte que la cosa no se complicara.

–¿Por qué?

–Por los otros dos. Unos tipos que abultaban el doble que él. Si aquello no acabó mal fue, creo yo, porque en el bar había otras personas. Luego entramos nosotros y eso contribuyó a calmar los ánimos.

–¿Dice que eran las dos de la madrugada? – preguntó Brunetti sin disimular la extrañeza.

–Los tiempos cambian, comisario -dijo Moretti, y enseguida matizó-: o quizá sea sólo la zona de *campo* Santa Margherita la que ha cambiado, con todos esos bares, pizzerías y locales musicales. Aquello ya no está tranquilo de noche. Algunos establecimientos están abiertos hasta las dos o las tres de la madrugada.

–¿Y el africano? – preguntó Brunetti.

–En el bar había un par de hombres que se habían interpuesto entre él y los dos con los que habría estado discutiendo, como para separarlos. – Moretti reflexionó un momento y añadió-: En realidad, no creo que fuera algo grave. Como le decía, la cosa se había calmado antes de que llegáramos nosotros: ni sillas tumbadas, ni nada roto. Sólo tensión en el ambiente y aquellos otros tres hombres, o quizá cuatro, que hacían barrera, separándolos.

–¿Sabe cuál fue la causa de la disputa?

–No. Uno de los otros, digamos, los que pusieron paz, dijo que aquellos hombres estaban sentados a una mesa hablando y que empezaron a discutir, que el africano se levantó y fue hacia la puerta y los que estaban con él trataron de hacerle volver a la mesa. Fue entonces cuando aquel hombre nos vio pasar y salió a buscarnos.

–¿Cuánto tardaron en entrar? – preguntó Brunetti.

–Un par de minutos, diría yo.

–¿Dice que Cattaneo se acordaba de él?

–Sí; lo reconoció en cuanto le enseñé la foto. Y también yo, cuando él me lo recordó. Era el mismo hombre.

–¿Qué hicieron ustedes?

–Les pedimos los papeles.

–¿Y bien?

–Él tenía *permesso di soggiorno*.

–¿Qué decía? – preguntó Brunetti.

–Indicaba nombre y lugar de nacimiento –dijo Moretti, y añadió: Supongo.

–¿Por qué sólo lo supone?

–Porque no recuerdo los detalles. – Antes de que Brunetti pudiera objetar a esto, Moretti explicó: Veo por lo menos un centenar de esos documentos a la semana, comisario. Miro si el sello es auténtico, si la foto corresponde a la persona y si hay señales de que ha sido manipulada, pero los nombres son muy extraños y generalmente no me fijo en el país de procedencia. – Y añadió: Cattaneo tampoco lo recuerda. – Al advertir la decepción de Brunetti, el sargento dijo: Lo único que recuerdo es el acento.

–¿Qué acento?

–Aquel hombre hablaba italiano bastante bien, pero con acento.

–Es natural, ¿no? – dijo Brunetti-. Era africano.

–Sí, desde luego, pero su acento era diferente. Me refiero a que los senegaleses hablan todos por el estilo: un poco en francés y un poco en su propia lengua. Ahora todos, me refiero a quienes los arrestamos, reconocemos el acento. Pero el de aquel hombre era diferente.

–¿Cómo, diferente?

–Pues no sé. Sonaba raro. – Moretti dudaba, como tratando de evocar el sonido, pero el recuerdo lo rehuía y sólo dijo: No; no puedo describirlo con más exactitud.

–¿Y Cattaneo?

–Se lo he preguntado. Dice que ni siquiera lo notó. Brunetti abandonó el tema y preguntó:

–¿Y esos otros hombres? ¿También eran negros?

–No. Eran italianos. Los dos tenían *carte d'identità* –respondió Moretti.

–¿Recuerda algo de ellos?

–No; sólo que no eran venecianos.

–¿De dónde eran?

–De Roma.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 21

Brunetti, al igual que la mayoría de italianos, tenía sentimientos encontrados respecto a Roma. Como ciudad le enamoraba, él se había rendido de buen grado a su exuberante belleza y no tenía reparos en reconocer que en majestuosidad podía competir con su propia ciudad. Ahora bien, por todo lo que Roma representaba, la miraba con hosco recelo, por considerarla fuente de toda la podredumbre y la corrupción del país. Era la sede del poder, un poder enloquecido como el hurón que ha probado la sangre. No obstante, Brunetti era consciente de que su aversión era exagerada e injusta: durante sus años de servicio, no le habían faltado ocasiones de comprobar que allí trabajaban infinidad de funcionarios íntegros, y también debía de haber políticos que estaban motivados por algo que no fuera la codicia ni la vanidad personal. Tenía que haberlos.

Miró el reloj, resistiéndose a sumirse una vez más en estas viejas reflexiones. Era más de mediodía y llamó a Paola para decirle que ahora salía y que tomaría el *vaporetto*, pero que empezaran a almorzar sin él. Ella repuso que lo esperarían, por supuesto, y colgó.

Cuando Brunetti salió de la *questura* había empezado a diluviar: las cortinas de agua, empujadas por el viento, se deslizaban casi en sentido horizontal sobre la superficie del canal que discurría frente al edificio. Observó que uno de los nuevos pilotos saltaba a la cubierta de su lancha y le gritó, resguardándose todavía en la entrada:

–Foa, ¿hacia dónde va?

El hombre se volvió. Aun a aquella distancia, se adivinaba en su cara una expresión de culpabilidad, lo que indujo a Brunetti a añadir:

–No me importa si se va a almorzar. Dígame sólo en qué dirección.

Foa, con semblante más relajado, gritó a su vez:

–A Rialto, señor. Puedo llevarlo a su casa.

Protegiéndose la cabeza con el abrigo, Brunetti corrió hacia la embarcación. Foa había extendido la toldilla de lona y el comisario decidió quedarse en cubierta con él: si iban a abusar del cargo utilizando una lancha de la policía para transporte privado, mejor hacerlo juntos.

Foa lo dejó al extremo de la calle Tiepolo. Aunque los altos edificios de cada lado algo le protegían de la lluvia, Brunetti llegó a la puerta de su casa con el abrigo empapado. En la entrada se lo quitó y lo sacudió rociando el suelo. Mientras subía la escalera, sentía filtrarse la humedad a través de la chaqueta de lana y el chasquido que acompañaba cada uno de sus pasos le indicaba que los zapatos chorreaban.

Al entrar en casa, le faltó tiempo para descalzarse y colgar el abrigo y la chaqueta, y sólo entonces percibió el calor y el aroma del ambiente y se permitió relajarse. Debían de haberle oído llegar porque Paola le gritó un saludo mientras él iba por el pasillo.

Cuando Brunetti entró en la cocina, descalzo, vio en el sitio de Raffi a una desconocida, una jovencita que se levantó al verlo. Chiara dijo:

–Es mi amiga, Azir Mahani.

–Hola -dijo Brunetti extendiendo la mano.

La niña miró a Brunetti, miró la mano y miró a Chiara, que dijo:

–Dale la mano, tonta. Es mi padre.

La niña se inclinó no sin rigidez y alargó la mano como si temiera que Brunetti no se la devolviera. Él se la estrechó y la retuvo un momento con delicadeza, como si fuera un gatito frágil. Le inspiraba curiosidad tanta timidez, pero no dijo más que hola y que se alegraba de que almorzara con ellos.

Él se quedó de pie, esperando a que la niña se sentara, pero ella parecía esperar a que se sentara él, hasta que Chiara le tiró del jersey.

–Vamos, Azir, siéntate ya. Él va a comer su comida, no a ti.

La niña se puso colorada, se sentó y fijó la mirada en el plato que tenía delante.

Al ver la turbación de su amiga, Chiara se levantó y se acercó a Brunetti.

–Azir, mira -dijo. Cuando hubo atraído la atención de la otra niña, se inclinó para mirar a su padre a los ojos diciendo:

–Con el poder de mi mirada te hipnotizaré y caerás en un sueño profundo.

Al momento, Brunetti cerró los ojos.

–¿Duermes? – preguntó Chiara.

–Sí -respondió Brunetti con voz soñolienta, dejando caer la cabeza sobre el pecho. Paola, que aún no había tenido ocasión de saludar a su marido, se volvió de cara a los fogones y siguió sirviendo cuatro platos de pasta.

Antes de volver a hablar, Chiara agitó la mano con ademán teatral delante de los ojos de Brunetti, para demostrar a Azir que él dormía realmente. Luego, inclinándose hacia el oído izquierdo de su padre, dijo arrastrando la última sílaba de cada palabra:

–¿Quién es la hija más maravillosa del mundo?

Brunetti, sin abrir los ojos, murmuró algo entre dientes.

Chiara lo miró con enojo, se inclinó un poco más y preguntó:

–¿Quién es la hija más maravillosa del mundo?

Brunetti parpadeó para indicar que por fin había captado la pregunta y dijo con voz indistinta y una entonación tan lenta como la de Chiara:

–La hija más maravillosa del mundo es...

Chiara, con la victoria al alcance de la mano, dio un paso atrás disponiéndose a oír el nombre mágico.

Brunetti levantó la cabeza, abrió los ojos y dijo:

–Es Azir -pero, a modo de premio de consolación, abrazó a Chiara y le dio un beso en la oreja. En este momento, Paola se volvió para decir:

–Chiara, ¿me ayudas a llevar los platos a la mesa como una hija maravillosa?

Cuando Chiara puso un plato de *pappardelle* con *porcini* frente a Brunetti, él lanzó una mirada furtiva a Azir y sintió alivio al comprobar que la niña había sobrevivido a la dura prueba de oír pronunciar su nombre.

Chiara se sentó y empuñó el tenedor. De pronto, mirando su plato con suspicacia, preguntó:

–Esto no tendrá jamón, ¿verdad, *mamma*?

Sorprendida, Paola respondió:

–Claro que no. Nada de jamón con *porcini*. ¿Por qué?

–Porque Azir no puede comerlo. – Al oír esto, Brunetti mantuvo la mirada fija en su propia hija apartándola deliberadamente de la más maravillosa del mundo.

–Ya lo sé, Chiara -dijo Paola. Y a Azir-: Espero que te guste el cordero, Azir. Después hay chuletas de cordero a la parrilla.

–Sí, *signora* -dijo Azir, las primeras palabras que pronunciaba desde que había empezado lo que Brunetti consideraba ya su dura prueba. Tenía acento extranjero, pero muy leve.

–Quería hacer *fessenjoon* -dijo Paola-, pero luego he pensado que tu madre debe de hacerlo mucho mejor y me he decidido por las chuletas.

–¿Conoce el *fessenjoon* -preguntó Azir animándose visiblemente.

Paola sonrió en torno a un bocado de *pappardelle*.

–Lo he hecho un par de veces, pero aquí es difícil encontrar las especias adecuadas, sobre todo, el zumo de granada.

–Oh, mi madre tiene varios frascos que le trajo mi tía. Estoy segura de que estará encantada en darle uno -dijo Azir y, ahora que su expresión había adquirido vivacidad, Brunetti vio que era muy bonita, con una nariz fina, ojos almendrados y dos cascadas del pelo más negro que él había visto en su vida que le caían a uno y otro lado de la cara y enmarcaban el mentón.

–Magnífico -dijo Paola-. Y quizá tú puedas ayudarme a prepararlo.

–Me gustaría mucho -dijo Azir-. Diré a mi madre que le escriba la receta.

–Lo siento, no sé farsi -dijo Paola en un tono que sonaba a disculpa.

–¿Y si la escribe en inglés? – preguntó Azir.

–Perfecto -dijo Paola, y mirando alrededor-: ¿Alguien quiere más pasta?

En vista de que nadie respondía, se dispuso a retirar los platos, pero Azir se le adelantó, se quedó a su lado junto al fogón y, moviéndose con soltura, fue llevando a la mesa la fuente del cordero, un gran bol de arroz y una bandeja de *radicchi* asados.

–¿Cómo es que tu madre sabe inglés?

–Daba clases en la Universidad de Isfahán -dijo Azir-. Hasta que nos fuimos.

La frase quedó flotando en el aire, pero nadie preguntó a Azir por qué su familia había decidido marcharse ni si la decisión había sido suya.

La niña había comido muy poca pasta, pero atacó el cordero con un brío que la misma Chiara podía igualar a duras penas. Brunetti

observaba cómo se amontonaban en el borde de sus platos los finos huesecillos arqueados de las chuletas y se admiraba de la velocidad a la que el arroz parecía evaporarse ante la acometida de los tenedores.

Al poco rato, Paola se levantó, se llevó la fuente y el bol a la encimera y volvió a llenarlos, impresionando a Brunetti por la previsión con que se había preparado para aquella plaga de langostas adolescentes. Azir, después de decir que nunca había comido *radicchio* ni tenía idea de lo que eran, dejó que Paola le pusiera unos cuantos en el plato, que desaparecieron mientras los demás estaban distraídos.

Cuando el ofrecimiento de más comida fue recibido con protestas sinceras, Paola y Azir recogieron la mesa y Paola dio a Azir platillos y cuencos para el postre. Luego abrió el frigorífico y sacó una ensaladera de fruta picada.

Paola preguntó quién quería macedonia, y Azir dijo:

—¿Por qué se llama así, *dottoressa*?

—Yo diría que por el país, Macedonia, que está compuesto por una mezcla de pequeños pueblos diferentes, pero no estoy segura. — Miró a Chiara y, como era habitual en estas situaciones, dijo—: Trae el Zanichelli, Chiara.

La niña fue a su cuarto, donde ahora se guardaba el diccionario, y volvió con el grueso tomo. Lo abrió y empezó a hojearlo murmurando para sí:

—Macao, macarrón, macarrónico... Macedonia. — Leyó toda la entrada, que daba la razón a Paola. Después, su voz se redujo al susurro del que lee para sí. Apartó a un lado el cuenco del postre, puso el libro en su lugar y se sumió en la lectura de las otras entradas.

Azir terminó la fruta, rehusó repetir y se levantó de la mesa diciendo:

—¿Puedo ayudarla a lavar los platos, *signora*?

Brunetti se puso en pie y fue a la sala pensando que quizá se había equivocado respecto a Chiara durante años, y que en realidad la hija más maravillosa del mundo era Azir.

Cuando, una media hora después, Paola se reunió con él, Brunetti preguntó:

—¿Lo dices tú o lo digo yo?

–¿El qué? ¿Que pueda decir «sólo un *vu cumprà*» y, al mismo tiempo, se preocupe por si se sirve cerdo a su amiga musulmana? – dijo Paola sentándose a su lado. Puso un libro y las gafas en la mesa de centro.

Quizá Brunetti no lo hubiera expresado en estos términos, pero respondió:

–Sí, eso mismo.

–Es una adolescente, Guido.

–¿Y eso quiere decir...?

Abstraída, Paola tomó un almohadón que tenía a su espalda, lo lanzó a la mesita, se quitó los zapatos y puso los pies encima.

–Quiere decir que la única constante de su vida es la inconstancia. Si un número suficiente de personas sostiene una idea o una opinión, es probable que ella la considere razonable; y si un número suficiente la rechaza quizá ella rectifique. Además, a su edad, tiene un enjambre de ideas parásitas de adolescente mariposeándole por la cabeza y le resulta difícil ser consecuente sin preocuparse por lo que piensen sus amigos de lo que ella diga o haga. – Hizo una pausa y añadió: O por la ropa que lleve, por lo que coma o beba, por lo que escuche o por lo que mire.

–Pero ¿no se da cuenta de la incongruencia? – porfió él.

–¿Entre preocuparse por las necesidades de un inmigrante y quitar importancia a la muerte de otro? – inquirió Paola con crudeza.

–Sí.

Buscando una postura más cómoda, Paola apoyó el hombro en el pecho de su marido.

–Chiara conoce a Azir y la aprecia; para ella es una persona real. El africano era un desconocido sin rostro -dijo Paola, y añadió: Y probablemente aún es muy joven para apreciar su belleza.

–¿El qué?

–Su belleza.

–¿Te refieres a los *vu cumprà*? – preguntó Brunetti con franca sorpresa.

–Son guapos -dijo ella. Lo miró a la cara y preguntó: ¿Tú los has mirado, Guido? ¿Los has mirado realmente? Son guapos: altos, erguidos, con buena figura y muchos tienen la clase de cara que ves en las tallas de madera. – Al darse cuenta de que él no parecía convencido,

preguntó:- ¿Tú prefieres mirar a los turistas gordos y con pantalón corto? – Viendo que su marido no respondía, volvió al tema primitivo:- También es cuestión de clase, me parece, aunque me duela decirlo.

–¿De clase? – preguntó él, que aún no había digerido la idea de la belleza de los africanos.

–Los padres de Azir son universitarios. El africano era un vendedor callejero.

–Si es ésa la razón, ¿te parece mejor o peor que dijera aquello? – preguntó un Brunetti desconcertado.

Paola lo pensó despacio y al fin respondió:

–Yo diría que es mejor, en un sentido perverso.

–¿Por qué?

–Porque es más fácil de corregir.

–Me he perdido -confesó Brunetti, reconociendo lo que solía suceder cuando Paola se ponía a hacer planteamientos abstractos.

–Piénsalo, Guido: un prejuicio racial, la idea de que una raza es superior a otra, se aloja en un lugar profundo de la mente, un espacio habitado por atavismos, al que difícilmente podrá llegar la razón. Pero la opinión de que unas personas son mejores que otras porque tienen más dinero o una carrera, antes o después tendrá que rectificarla, porque indefectiblemente encontrará ejemplos que le demostrarán que es absurda.

–¿No deberíamos hacérselo ver nosotros? – preguntó él, temiendo oír la respuesta.

–No. – La negativa de Paola fue instantánea-. Ella es inteligente y lo comprenderá por sí misma. – Como Brunetti callaba, añadió:- Si tenemos suerte, y si la tiene también ella, se dará cuenta de que tan aberrante es una idea como la otra.

–¿Como te la diste tú? – Brunetti nunca se había sentido satisfecho con las explicaciones que ella le había dado de cómo, perteneciendo a una familia inmensamente rica como la suya, había podido derivar hacia unas ideas tan diferentes de las que profesaban los de su clase y la mayoría de sus parientes.

–Para mí fue más fácil, supongo -dijo Paola-. Porque en realidad nunca creí tal cosa. Cuando era niña, nada me hacía pensar que nosotros fuéramos mejores que las demás personas. Diferentes, sí;

hubiera sido difícil no darse cuenta, con tanto dinero. – Lo miró y ladeó la cabeza como solía hacer cuando la asaltaba una idea nueva-. La verdad, Guido, aunque te cueste creerlo, nunca se me ocurrió pensar, por lo menos, cuando era pequeña, que nosotros fuéramos ricos. Al fin y al cabo, mi padre se iba a trabajar todos los días, como el de los demás, no teníamos coche, ni vacaciones caras. Pero había algo más, me parece -añadió, y él se volvió a mirarla para espiar en su cara el reflejo de sus pensamientos-. Unas cosas se valoraban y otras no, pero sin palabras. Quiero decir en casa. Allí aprendí cuáles eran las cualidades importantes en una persona.

–¿Por ejemplo? – inquirió él.

–Lo peor, creo, quiero decir lo más reprochable, era no trabajar. A mis padres no les preocupaba el trabajo que hiciera cada cual, si dirigía un banco o un taller, lo esencial era que trabajara y que creyera que su trabajo era importante.

Paola se irguió volviéndose de cara a él.

–Creo que ésa es la razón por la que mi padre te ha apreciado siempre, Guido, porque tu trabajo es importante para ti.

La mención de lo que gustaba o dejaba de gustar al padre de Paola siempre suscitaba en Brunetti cierta desazón, por lo que volvió a lo que más importaba.

–¿Y Chiara?

–Chiara no me preocupa -dijo Paola con una firmeza que Brunetti adivinó un tanto forzada. Hizo una pausa larga y añadió-: Al principio, pensé que yo había reaccionado con excesiva dureza a lo que ella dijo de ese hombre, pero ahora creo que hice bien.

–Mejor que pegarle, en todo caso -dijo Brunetti.

–Y, probablemente, más eficaz. – Paola volvió a recostarse en él y añadió-: Habrá que esperar a ver.

–¿A ver qué?

–Qué camino sigue -dijo Paola, inclinándose y extendiendo la mano hacia las gafas y el libro.

CAPÍTULO 22

Cuando, poco después, salió de casa, Brunetti se alegraba de que la discusión acerca de los extravíos del alma femenina adolescente no hubiera ido más allá. Los años habían suavizado el recuerdo de su propia adolescencia borrando de él aquel miedo visceral a no encajar en el grupo, a no ser aceptado por los compañeros. Sabía que esta misma incertidumbre inquietaba ahora a su hija, pero él ya no percibía su fuerza; por eso le producía cierto malestar la facilidad con que la había perdonado.

De sus estudios de lógica, Brunetti recordaba lo suficiente como para no aventurarse por una pendiente resbaladiza y sacar conclusiones precipitadas ni con el pensamiento; de todos modos, parecía lógico suponer que la falta de compasión de Chiara podía conducir a una negativa a prestar ayuda. Tenía prisa por llegar a su despacho, por lo que ahogó la voccecita que preguntaba si, por ejemplo, su habitual desconfianza de las gentes del Sur podía afectar de modo análogo su manera de tratarlas.

Encima de su mesa encontró un mensaje que decía que llamara al *signor* Claudio a su casa. Él así lo hizo inmediatamente por el *telefonino* del *signor* Rossi y oyó con alivio que era el propio anciano el que contestaba dando su nombre.

–Soy yo, Claudio -dijo Brunetti-. He recibido tu mensaje.

–Bien. Te he llamado porque supongo que querrás saber lo que me ha dicho mi amigo.

–¿El de Amberes?

–Sí.

–Pues tú dirás.

–He hablado con él dos veces -puntualizó el anciano-. La primera me dijo que eran de África, pero al decirle yo que eso ya lo sabía quedó en volver a llamarme. La segunda vez dijo que los había enseñado a otra persona.

Sin poder contenerse, Brunetti preguntó:

–¿Una persona discreta, supongo?

La voz de Claudio era fría al decir:

–Guido, no hay en el mundo alguien más discreto que un comerciante en diamantes de Amberes. Los banqueros suizos, a su lado, son unos cotillas.

–Está bien -dijo Brunetti, aliviado-. Perdona la interrupción. ¿Qué te dijo?

–Que son de Kansai. Mi amigo está de acuerdo.

–¿Dónde está eso? – preguntó Brunetti, que nunca había oído el nombre.

–Es una región de África occidental. Está en el Congo, pero una parte de las venas quedan al otro lado de la frontera de Angola, y los dos países se disputan la propiedad de los diamantes. Aquello es prácticamente zona de guerra y nadie respeta ya la frontera.

–¿Está seguro? – preguntó Brunetti. No sabía si esto importaba o no, pero estaba cansado de vaguedades y suposiciones y deseaba oír información concreta, independientemente de la importancia que pudiera tener. Después de una pausa, Claudio dijo:

–No absolutamente -y con paciencia añadió-: El otro los tuvo en su poder el tiempo necesario para comprobar la procedencia por el espectro de color -como si esto tuviera que bastar para convencer a cualquiera, y prosiguió-: Si conocieras la técnica, lo entenderías; pero puedes creerlo: hay un noventa por ciento de probabilidades de que vengan de allí. – Ante el silencio con que respondía Brunetti, añadió-: Una seguridad mayor no te la daría nadie, Guido.

–Está bien -dijo Brunetti-. Dale las gracias de mi parte, por favor. – Esperó un momento y preguntó-: ¿Algo más?

–Un amigo mío me dijo que hace una semana fue a verlo un africano.

–¿Un amigo? ¿Dónde?

–Aquí. Un joyero.

–¿Fue a verlo con diamantes?

–Sí.

–¿Podrían ser los mismos? – preguntó Brunetti.

–No puedo estar seguro de eso, Guido. Lo único que sé es que era negro y que tenía diamantes para vender.

–¿Y qué más?

–Mi amigo los examinó y declinó la oferta.

–¿Por qué? ¿Eran demasiado caros?

–No. Todo lo contrario.

–¿Qué?

–Eran baratos. El hombre pedía la mitad de su valor. Mi amigo no me dijo cuántas piedras había exactamente, pero el que quería venderlas habló de más de un centenar. – Antes de que Brunetti pudiera preguntar, Claudio explicó-: Era una situación en la que yo no podía hacer preguntas. Tuve que conformarme con lo que él me decía.

–¿Le dijo al hombre que no podía comprárselos?

–Sí.

–¿Y?

–El otro pareció sorprenderse, de lo que mi amigo dedujo que sabía lo ventajoso que era el precio que pedía.

–¿Por qué rechazó tu amigo la oferta? – preguntó Brunetti.

La respuesta de Claudio tardó en llegar.

–Algunos de nosotros no queremos comerciar con diamantes conflictivos ni con piedras que lo parezcan: hay en ellas mucha sangre. La explicación no puede ser más simple. Y a mi amigo aquellas piedras le parecieron sospechosas.

–¿Y no quiso comprarlas ni a ese precio?

–No -dijo Claudio, y añadió a modo de explicación-: Algunos de nosotros pensamos que ya ganamos lo suficiente con nuestro negocio. No queremos cargar con eso en la conciencia.

–¿Cuántos sois los que pensáis así? – preguntó Brunetti.

–Ah -suspiró Claudio-. No muchos.

–Entonces, ¿de qué sirve abstenerse?

–Ya te lo he dicho, hay demasiada sangre en esas piedras -dijo Claudio-. Conozco a gente que las compra. Dicen que no es asunto suyo de dónde vengan ni lo que se haga con el dinero que pagan por ellas, ni la gente a la que se mate con las armas que generalmente se compran con él. Ellos compran las piedras y punto.

–¿Y tú no lo ves así?

–Ya te he dicho que no te hagas el tonto conmigo, Guido -dijo Claudio con insólita aspereza. Brunetti le oyó inspirar profundamente y luego decir-: No me provoques. Soy viejo y quiero vivir en paz.

–Creo que te lo mereces, Claudio -dijo Brunetti, contrito-. ¿Tu amigo te dijo qué aspecto tenía el hombre que quería vender los diamantes?

–No. Sólo que era negro. – Antes de que Brunetti pudiera responder, añadió-: Ya sé, ya sé, todos parecen iguales.

–¿Te dijo en qué idioma hablaron? – preguntó Brunetti, recordando que Angola había sido colonia portuguesa.

–En italiano, y dijo que aquel hombre lo hablaba bastante bien - respondió Claudio sin vacilar.

–¿Te dijo si tenía acento?

–No; pero debía de tenerlo siendo africano, ¿no?

–Desde luego -dijo Brunetti que, en vez de insistir en esto, optó por preguntar-: ¿Tienes idea de a quién pudo dirigirse cuando tu amigo rehusó? – Y a continuación, sin dar a Claudio tiempo de hablar, preguntó-: ¿Cuándo fue eso?

–La semana pasada. Deja que piense -dijo Claudio y calló. Brunetti esperaba mientras el anciano indagaba en su memoria. Al fin éste dijo-: El viernes. – Otra pausa-. Es decir, dos días antes de que lo mataran, ¿verdad?

–Sí. De manera que quizá no tuvo tiempo de hablar con otro posible comprador. Pero, si habló, ¿a quién crees que pudo haberse dirigido?

Entonces hubo una pausa larga, tanto que empezó a hacerse incómoda. Al fin, Claudio dijo:

–El único que se me ocurre es Guelfi. Tiene una tienda en San Lio, pero de nada te servirá hablar con él. Si los compró, no te lo dirá; y si no, tampoco.

–¿Por alguna razón en particular? – preguntó Brunetti repasando distraídamente el mapa de su memoria por si podía localizar una joyería en los alrededores de San Lio.

–No -respondió Claudio-. Para él es una especie de principio. Nunca da nada a nadie, ni siquiera información. Hazme caso y no pierdas el tiempo hablando con él.

–Eso haré -dijo Brunetti, y añadió rápidamente-: Quiero decir que no lo haré. ¿Alguien más?

–No, nadie. Por lo menos, aquí. Mis amigos y yo somos los únicos de la ciudad que podríamos comprar una partida semejante y el hombre

del que te he hablado es el único al que le fue ofrecida. De eso estoy seguro.

—¿Seguro o sólo semiseguro?

—Seguro seguro -respondió Claudio-. Confía en mí -insistió, y colgó.

Angola. ¿Era éste el país en el que el Gobierno anterior fue conducido a la playa y asesinado por los cabecillas del golpe de Estado? ¿O aquel en el que el Gobierno anterior, sencillamente, había desaparecido? Brunetti había leído una vez el término «fatiga de compasión» y pensado que la siempre tan ocurrente prensa se había equivocado de palabra y hubiera debido decir «fatiga de horror». Tenía una amiga en Roma, ex cámara de la RAI, que a lo largo de su carrera había estado en la mayoría de zonas de conflicto del mundo. Hacía años, al regresar de Ruanda, había presentado la dimisión con una carta de una sola frase: «No puedo filmar más montones de cadáveres.»

Brunetti leía mucho, al igual que Paola, pero ninguno de los dos conseguía mantenerse al día de la sucesión de desgracias que afligían a aquel martirizado continente. Poseía unas riquezas minerales que hacían babear de ansia a Occidente y, a cada paso, aparecían unos canallas dispuestos a vendérselas. Quizá tenía razón mister Kurtz y todo era horror y nada más que horror.

Sí aquel hombre hubiera conseguido vender los diamantes, ¿qué habría hecho con el dinero? Si se trataba de un simple robo, con toda seguridad se lo habría gastado en sí mismo, pero aquí nada apuntaba a un simple robo, con los ministerios del Interior y de Asuntos Exteriores rondando entre bastidores. Era deber del Ministerio del Interior controlar la entrada de extranjeros en el país, por lo que su interés por la víctima podía estar perfectamente justificado. Pero ¿por qué había de hacerse cargo de la investigación del asesinato de este extranjero en concreto sin dar explicaciones?

Por lo que se refería al Ministerio de Asuntos Exteriores, su implicación podía responder a múltiples razones: vigilar a un reconocido o presunto criminal o, puesto que eso hacía más fácil justificar el arresto, vigilar a alguien que ellos definían -o habían decidido definir- como terrorista. También cabía la posibilidad, y Brunetti así tenía que reconocerlo, de que lo vigilaran porque se lo

habían pedido los que lo habían torturado y porque hacer un favor a esa gente beneficiaba sus intereses políticos.

En sus primeros tiempos de policía, a Brunetti no se le hubieran ocurrido semejantes ideas, a pesar de todas las diatribas de la izquierda y de las convicciones políticas de su novia. Ahora, después de décadas de trabajar con las fuerzas del orden, Brunetti tenía que admitir que no podía excluir posibilidad alguna, por ruin y por increíble que fuera.

Sentado a su mesa, contemplando la pared de enfrente, Brunetti seguía imaginando razones por las que los órganos del Estado podían desear impedir la investigación del asesinato de un extranjero. Ni por asomo se le ocurrió que alguno de los dos ministerios pretendiera, simplemente, detener a los asesinos. En tal caso, hubiera bastado con dejar actuar a la policía.

¿Por qué no habían encontrado los diamantes? ¿Y por qué habían demorado en ir a buscarlos? Lo más probable era que no supieran dónde vivía la víctima y hubieran tardado días en averiguarlo. Los otros africanos o se habían ido antes de que los apartamentos fueran registrados o habían huido, asustados, al descubrir que alguien había estado registrándolos.

Brunetti sacó la guía telefónica del cajón de abajo y extrajo de ella las fotos del cadáver. Contempló el rostro, que ahora tenía la serenidad de la muerte, escudriñando sus armoniosas facciones: «¿Eras un buen sujeto o un mal sujeto?», le preguntó. Volvió a meter las fotos en la guía y arrojó ésta al cajón. Levantó el auricular del teléfono y llamó a su suegro.

El conde Orazio Falier, cuando su secretario le pasó la comunicación, dijo a Brunetti que estaba a punto de salir hacia el aeropuerto. Al manifestar Brunetti que le interesaba hablar con él lo antes posible, el conde le propuso ir a recogerlo con su barco al muelle del Danieli.

Podrían hablar camino del aeropuerto y después Massimo lo traería de regreso. Brunetti dijo que allí estaría dentro de diez minutos y colgó.

Miró por la ventana y, al ver que seguía lloviendo, sacó un paraguas del fondo del armario, se puso el abrigo y bajó la escalera. Encontró abiertas las puertas vidrieras de la *questura* y no vio a agente alguno. Se asomó al pequeño cuarto de guardia y tampoco allí vio a alguien.

Encima de la mesa había una gorra y, colgado del respaldo de la silla, un cinturón con la pistolera que, sin duda, contenía la correspondiente pistola de reglamento. Brunetti sintió la tentación de arrojarla al canal pero desistió al pensar en el papeleo que ello generaría y que inundaría su propio despacho. Se contentó, pues, con cerrar la puerta del cuarto de guardia y hacer otro tanto con la de la calle al salir.

Cuando Brunetti, agazapado detrás del paraguas, salió a la Riva degli Schiavoni, el viento que venía del *bacino* le volvió el paraguas del revés y arrancó la tela de las varillas dejándolo literalmente hecho unos zorros. Brunetti lo recogió como pudo formando con él un pequeño fardo con aristas y púas y cruzó la *riva* bajo el aguacero en dirección al muelle al que ya había llegado el barco del conde. En la cubierta estaba Massimo, con un impermeable amarillo, esperando. El piloto agarró de la mano a Brunetti y tiró de él para ayudarlo a vencer la fuerza del viento. Brunetti resbaló en el escalón superior y rebotó en los otros, yendo a parar junto a Massimo, que lo sujetó con las dos manos.

–*Buona sera, commissario* -dijo el piloto desembarazándolo del paraguas.

Brunetti le dio las gracias y, sin entretenerse, empujó la doble puerta y bajó, ahora con más precaución, los dos peldaños que conducían a la cabina. El conde estaba sentado al fondo, hablando por su *telefonino*, pero al entrar Brunetti dijo:

–Luego le llamo -y guardó el móvil en el bolsillo de la chaqueta.

Sonrió a Brunetti y, en el momento en el que se suavizó su expresión, éste percibió pequeñas señales de la edad que habitualmente disimulaba el bronceado. Pero fue una visión fugaz que se borró enseguida, y sólo permanecieron visibles los límpidos ojos azules, la mata de pelo blanco y el gesto de serena afabilidad.

Sintiendo en la cara y las manos la caricia del calor de la cabina, Brunetti se inclinó hacia adelante, estrechó la mano que le tendía el conde y se sentó en uno de los largos bancos que recorrían ambos costados de la embarcación.

–¡Qué frío hace ahí fuera! – dijo Brunetti frotándose las manos para calentarlas y secarlas al mismo tiempo.

–¿Le digo a Massimo que suba la temperatura? – preguntó el conde levantándose a medias.

–No, no -dijo Brunetti, poniendo una mano en el hombro de su suegro y empujando suavemente para que volviera a sentarse-. Ya noto el calor. – Se desabrochó el abrigo, se lo quitó sin levantarse y lo dejó a su lado en el banco. Se miró los zapatos: otro par empapado-. Hace falta que llueva.

–Lo mismo podría decirse respecto a la vida moderna -dijo el conde, dejando a Brunetti completamente desconcertado.

El zumbido del motor se acrecentó y, al mirar por la ventana que tenía enfrente, Brunetti vio que se apartaban del muelle haciendo marcha atrás para salir al *bacino*.

–Me alegro de que hayas encontrado tiempo para mí -dijo Brunetti-. Por cierto, ¿adonde vas?

–A Londres -respondió el conde, sin más explicaciones.

–¿Estarás de vuelta para Navidad? – preguntó Brunetti, temiendo que sus hijos se quedaran sin el que para ellos seguía siendo uno de los puntos culminantes del año.

–Estaré de vuelta esta noche -respondió el conde.

El Brunetti más joven y menos mundano hubiera preguntado si realmente era posible ir y volver de Londres en un día en vuelo regular, pero el Brunetti que había entrado en la familia Falier hacía más de veinte años no haría semejante pregunta.

–Si te parece, iré al grano, para ahorrar tiempo -dijo Brunetti sin más preámbulos.

–Encantado -dijo el conde, y añadió-: Será un cambio muy agradable, respecto a la forma de actuar de la gente con la que trato habitualmente.

–El domingo mataron a un africano en *campo Santo Stefano* - empezó Brunetti. El conde asintió pero no dijo nada-. Después, al registrar el sitio en el que vivía, encontré escondidos diamantes sin tallar por un valor que se calcula en seis millones de euros, diamantes que, según se cree, proceden de África, de una región próxima a la frontera entre el Congo y Angola. Con posterioridad, el lugar fue registrado otra vez; seguramente, por sus asesinos o por alguien que estaba enterado de la existencia de los diamantes y quería quedarse con ellos. Dos días antes del asesinato, un africano trató de vender un gran

número de diamantes a un comerciante de aquí, el cual se negó a comprarlos.

Brunetti calló, observando con curiosidad la reacción del conde. Éste permanecía impasible. En vista de que el silencio de Brunetti se prolongaba, dijo:

–Guido, supongo que quieres pedirme información. Con lo poco que me has dicho, no puedo dártela. Imagino que la historia se complica.

–Así es -dijo Brunetti-. Desde que se abrió la investigación, tanto el Ministerio del Interior como el de Asuntos Exteriores han mostrado interés por el caso.

–¿Conjuntamente? – preguntó el conde con evidente sorpresa.

–Creo que no. Al parecer, actúan por separado. El Ministerio del Interior se ha hecho cargo del caso oficialmente, después de exigir a Patta su traspaso. El Ministerio de Asuntos Exteriores accedió al ordenador en el que se guardaban los archivos y los borró.

–No te preguntaré cómo lo has averiguado -dijo el conde.

–Será mejor -dijo Brunetti.

El conde puso una pierna encima de la otra, apoyó las palmas de las manos en el asiento enderezando el cuerpo y se volvió para mirar por la ventana. Brunetti, siguiendo la dirección de su mirada, vio a través del vidrio cuajado de gotas de agua los altos bastidores metálicos de las luces del estadio y la colección de estaciones de *vaporetti* retiradas del servicio que la Sociedad de Transportes de Venecia almacenaba al extremo de Sant'Elena.

El calor, la humedad de sus ropas y el ronroneo sostenido del motor contribuían a producir cierto embotamiento en Brunetti. El conde seguía callado. La embarcación se ladeó bruscamente al salir a las aguas abiertas de la laguna.

–Seis millones de euros son una suma relativa -dijo el conde. Brunetti volvió su atención hacia él-. Es decir, para la mayoría es una fortuna, una riqueza inconcebible. Para otros puede ser una cantidad relativamente insignificante. – Brunetti se preguntó en qué punto del espectro se hallaría situado el conde-. Para un africano, para la mayoría de la gente de África, es más fabulosa todavía, algo tan monumental, tan portentoso que llega a perder todo significado y pasa a ser una abstracción. – Hizo otra pausa, y a Brunetti casi le parecía oír

zumbar el cerebro del conde mientras analizaba el problema-. Pensemos: qué querría hacer un africano con el dinero que obtuviera con la venta de unos diamantes. Si deseaba utilizarlos en beneficio propio, probablemente, trataría de venderlos uno a uno, quizá a talleres de joyería, quizá incluso a tiendas, aunque supongo que no habrá muchas joyerías que compren piedras sin tallar. Si conseguía venderlos por separado, se aseguraba una fuente de ingresos continua hasta que se acabaran los diamantes, pero mientras tanto tenía que encontrar un lugar seguro para guardarlos. – El conde lanzó una mirada a Brunetti, para ver si le seguía-. ¿Pero tú dices que ese hombre quería vender muchos de una sola vez?

Brunetti asintió.

El conde apoyó la cabeza en los almohadones que tenía detrás y cerró los ojos.

–Si quería venderlos todos es que necesitaba mucho dinero para comprar algo. – Abrió los ojos, volvió la cabeza y miró fijamente a Brunetti-. ¿Hasta aquí has llegado ya? – preguntó.

–Hasta las armas, sí -dijo Brunetti-. Quería preguntarte quién podría ser el vendedor, para tener una idea de lo que ha podido ocurrir.

El conde volvió a cerrar los ojos.

–Ah, Guido, tú nunca me decepcionas. – Sonrió y meneó la cabeza con jocosa aflicción-. Pero te agradeceré que en lo sucesivo no seas tan complaciente dejándome alardear de mi perspicacia cuando ya has sacado tus conclusiones.

–Descuida -dijo Brunetti.

Los dos hombres miraban por las ventanas el desfile de las balizas de madera del canal.

–Una vez él, o ellos, hicieran la compra de las armas -dijo el conde-, que a mi entender sería la parte fácil, tendrían que organizar el transporte. Y ahí es donde las cosas se complican.

Brunetti ignoraba la clase y la cantidad de las armas que podían comprarse con seis millones de euros, suponiendo que ésta fuera la cantidad mínima que se obtuviera con la venta de los diamantes. Con los años, las películas de la televisión habían hecho que el público se familiarizara con términos tales como Uzi y Kaláshnikov. Brunetti

trató de calcular el volumen de las metralletas, desmontadas, que podían adquirirse por esa cantidad, pero tuvo que desistir.

El conde prosiguió:

–Tendrían que llevarlas hasta un puerto, cosa que sería fácil en camión. Luego habría que falsificar el conocimiento de embarque, sobornar a los inspectores de aduanas y convencer a la compañía naviera. Después vendría la descarga en el puerto de destino, donde la mercancía tendría que cargarse en camiones. – Se detuvo para dar tiempo a Brunetti de hacerse una idea de las complicaciones que allí podían presentarse-. De manera que quienquiera que organizara esta operación necesitaría disponer de más dinero para estos, digamos, gastos suplementarios y, además, tener en el punto de destino a una persona que recogiera y distribuyera las armas que hubiera podido adquirir. – Puso una mano en el antebrazo de Brunetti-. Se precisaría de un equipo bien organizado, por lo menos, allí. Aquí, para vender los diamantes y comprar las armas, bastaría con una persona. Éste debía de ser tu hombre muerto. – El conde levantó una mano y la pasó por la ventana empañada, sacó un pañuelo y se secó la mano. No se veía mucho más con el cristal limpio-. Lo que no entiendo es por qué habían de intentar vender los diamantes particularmente. Por regla general, esas operaciones se preparan de antemano.

–¿Cómo dices?

–Lo normal es que la transacción sea concertada antes de traer los diamantes a Europa y, con frecuencia, a nivel gubernamental. Muchas veces es una simple operación de trueque, diamantes por armas, con lo que se evitan las complicaciones de mover grandes sumas de dinero - dijo el conde, e hizo aumentar la inquietud de Brunetti al añadir-: Y el transporte se cubre cargando un tanto por ciento.

Brunetti estaba intrigado por el significado de «nivel gubernamental», pero, antes de que pudiera preguntar, notó que el motor aminoraba la marcha al acercarse la embarcación al estrecho canal que conducía al muelle del aeropuerto. Miró el reloj.

–¿A qué hora sale tu avión? – preguntó.

–No te preocupes -dijo el conde-. Me esperará. El barco se acercó a un muelle y Massimo miró al interior de la cabina, pero, al ver que el conde no se levantaba, retrocedió hacia el canal y puso el motor al

ralentí. Brunetti miró a la solitaria terminal del aeropuerto y vio que había dejado de llover.

–La pregunta que no has hecho, Guido, es por qué tenían que matarlo.

–¿Para robar los diamantes?

–Es posible -dijo el conde-. Pero me parece que ni tú ni yo creemos eso.

–Entonces para impedir su venta -repuso Brunetti.

–Su venta o la compra que debía hacerse con ese dinero.

–Sí, creo que es eso.

–¿Y es ésa la razón por la que quieres saber quién podía ser el vendedor de las armas? ¿Piensas que eso te llevará a descubrir al asesino de tu hombre negro? – preguntó el conde llevando la conversación al punto de partida.

–Es la única vía de investigación que se me ocurre.

–Si me permites un comentario, Guido -dijo el conde con deferencia-, tengo la impresión de que el traficante de armas sería el último interesado en su muerte. Eso impediría la venta, y generalmente la gente que vende armas no se dedica al negocio de matar. Brunetti renunció a hacer objeciones a esto.

–Lo que me sorprende es la implicación de esas dos instancias de nuestro Gobierno -dijo el conde. Bajó la mirada, sacudió una mota de polvo del pantalón y volvió a mirar a Brunetti-. Es frecuente que la venta de armas sea, digamos, tolerada por el Gobierno. Al fin y al cabo, favorece a una de nuestras industrias más prósperas. Pero eso ocurre cuando el comprador es conocido.

–¿Quieres decir cuando la compra otro Gobierno? – preguntó Brunetti.

–Sí. O un grupo que quiere derrocar un Gobierno. – El conde esbozó una sonrisa feroz-. Los norteamericanos no son los únicos que ven con buenos ojos la deposición de políticos incómodos y su sustitución por otros mejor dispuestos hacia su política comercial. – Otra vez la sonrisa-. Aún más conveniente, por lo menos desde el punto de vista económico, es procurar que las hostilidades continúen indefinidamente, para que el proceso de sustitución se prolongue

mientras haya recursos naturales que puedan venderse para ir comprando más armas. Y lo ideal es que te las compren ambos bandos.

El conde miró largamente a Brunetti, levantó una mano como para darle una palmada en el hombro, pero volvió a bajarla y apoyó la palma en el asiento.

–Pero la intervención de cualquiera de esos dos ministerios me hace pensar, e incluso temer, que la situación sea muy peligrosa.

Antes de que Brunetti pudiera responder, el conde prosiguió:

–No, no me digas que ya se ha visto que es peligrosa porque un hombre ha muerto. Quiero decir peligrosa para ti, Guido, para ti y para todo el que ellos crean que se interpone en su camino.

Pasó por su lado un taxi a más velocidad de la debida y puso la marcha atrás bruscamente a pocos metros del muelle. La estela les dio de costado y Brunetti salió lanzado hacia adelante y tuvo que asirse al borde del banco de enfrente.

–Vámonos, no podemos quedarnos aquí -dijo el conde. Andando encorvado, fue hacia adelante y dio unos golpes en el cristal de la puerta. Massimo hizo avanzar la embarcación hasta situarla de costado al muelle, agarró una amarra, saltó a tierra y sujetó el barco mientras el conde desembarcaba.

–No, Guido, no te molestes -dijo el conde volviéndose hacia Brunetti-. Massimo te llevará de vuelta. – Y añadió, mientras Brunetti esperaba-: Haré unas llamadas y te diré todo lo que pueda.

Una ola golpeó el costado de la embarcación y Brunetti bajó la mirada para ver dónde tenía los pies. Cuando volvió a mirar al conde, vio que a su lado había un hombre con uniforme de chófer y, junto al bordillo, un Lancia gris oscuro con la puerta trasera abierta y el motor en marcha.

Massimo saltó al barco y lo hizo retroceder rápidamente.

–¿Lo llevo a la *questura* o a su casa, *dottore*?

–Lléveme a casa, Massimo, por favor. – Brunetti miró a tierra y vio que el coche se alejaba lentamente para hacer el trayecto de tres minutos hasta la terminal.

Mientras Massimo lo llevaba a la ciudad, Brunetti recordó las palabras exactas del conde. No le había dicho que haría varias llamadas y le diría todo lo que averiguara, sino todo lo que pudiera. De

pronto, sintió inquietud y se preguntó si, al igual que Claudio, no confiaría demasiado en sus amigos.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 23

A la mañana siguiente, Brunetti estaba de pie en la sala, tomando su segundo café, cuando el fulgor de un día radiante le hizo salir a la terraza. La temperatura, aunque no precisamente primaveral, le permitió permanecer allí unos minutos contemplando el reflejo de la luz en el agua que aún se escurría de los tejados de alrededor. No se veía ni rastro de nubes y la luz hería los ojos, incluso a esta hora. Él había recibido la lluvia con agrado, pero ahora pensó que ojalá este cielo despejado se mantuviera y todos pudieran dejar atrás las sombras de los días anteriores.

Cuando sintió que el frío empezaba a penetrar a través de la chaqueta, entró, dejó la taza y el plato en la mesa de la sala, recapacitó, los llevó a la cocina y los puso en el fregadero. Estuvo dudando entre llevar los guantes y el pañuelo o dejarlos y al fin decidió dar al día un voto de confianza, y salió de casa sólo con el abrigo.

En la calle, la gente parecía acusar el buen tiempo y hasta el quiosquero, que siempre tenía una cara tan hosca como los titulares de sus periódicos, hoy le devolvió el cambio con un bronco «*grazie*». Brunetti decidió ir andando: si esto era el calentamiento global con el que Vianello estaba siempre machacando, cosas peores podía haber.

Torció a la derecha por el Canale di San Lorenzo y se detuvo a inspeccionar las obras de la residencia de ancianos, en busca de señales de avance. Al parecer, ya estaban puestas las ventanas del tercer piso; por lo menos, Brunetti no recordaba haberlas visto hasta ahora. Un obrero bajó del andamio y cruzó el *campo*. Brunetti lo siguió con una mirada distraída. Cuando el obrero entró en un barracón, Brunetti observó que había dos hombres sentados en uno de los bancos del *campo*, dos hombres negros. El banco estaba paralelo al canal, de cara a la fachada de la *questura*.

Aunque estaban lejos, creyó reconocer al que le había parecido el jefe del grupo y al joven que le había levantado la mano. Brunetti siguió andando hacia el puente. Allí se detuvo, mirándolos desde el otro lado del canal. Estaba seguro de que ellos lo habían reconocido. Se volvieron el uno hacia el otro y él vio que hablaban, que gesticulaban y que, primero uno y luego el otro, señalaban hacia el otro lado del canal,

a él o a la *questura*. El joven señalaba con la mano izquierda; tenía la derecha, inservible, en el regazo. No llegaba sonido de voces desde el otro lado del canal, era como ver la televisión muda. El más viejo se volvió, levantó una mano en dirección a Brunetti y agitó los dedos rápidamente de arriba abajo, invitándole a acercarse. Luego miró a su compañero, le puso la mano en la rodilla y le habló. El joven asintió en señal de conformidad, o de resignación.

Un ruido que sonó a su derecha hizo volver la cabeza a Brunetti. Más allá del otro puente, entraba en el canal una lancha de la policía con la luz azul parpadeando. La lancha se acercaba rápidamente levantando olas a uno y otro lado, cruzó bajo el primer puente y se detuvo frente a la *questura* con mucho ruido.

El piloto, el mismo que había llevado a casa a Brunetti a la hora del almuerzo, saltó al muelle y ató la cuerda a un noray. Luego dio un paso atrás y saludó. Los primeros en subir al muelle fueron dos guardias con chaleco antibalas y metralleta al pecho. Los siguieron, en rápida sucesión, el *questore* y el *vicequestore*. Al cabo de un momento, un hombre cuya cara era vagamente familiar a Brunetti apareció por la puerta de la cabina y subió detrás de los otros. Los guardias no parecían prestar atención a los que desembarcaban sino que registraban con ojos atentos la calle en uno y otro sentido y el *campo* del otro lado del canal. Brunetti, siguiendo la dirección de su mirada, observó, sin sorpresa, que los dos hombres negros habían desaparecido.

No reconoció a los guardias de las metralletas y permaneció donde estaba, desistiendo de acercarse a la *questura*. Los dos guardias fueron hacia el edificio y uno de ellos abrió la puerta y la sostuvo. Cuando los tres civiles estuvieron dentro, los guardias los siguieron. La puerta se cerró.

Brunetti se acercó al piloto, que estaba amarrando la popa de la lancha. Al ver aproximarse al comisario, saludó.

—¿Qué es todo eso, Foa? — preguntó Brunetti con las manos en los bolsillos señalando a la *questura* con un movimiento de la cabeza.

—No lo sé, señor. Me han ordenado recoger al *vicequestore* en su casa a las ocho y treinta, y luego hemos ido a buscar al *questore* a su casa.

—¿Y los chicos de las metralletas? — preguntó Brunetti.

–Estaban con el que me dio la orden, señor, el paisano. Se ha presentado aquí a las ocho y me ha entregado una carta.

–¿La tiene usted? – preguntó Brunetti.

–No, señor; se quedó con ella cuando la hube leído.

–¿De quién era?

–No he reconocido la firma, ni siquiera el cargo, un subsecretario del secretario de un comité. Pero el membrete era del Ministerio del Interior.

–Ah -suspiró Brunetti, suavemente, más para sí que para Foa-.

¿Qué decía la carta?

–Que obedeciera las instrucciones del portador, y él me dijo a quién tenía que recoger y por qué orden.

–Comprendo -dijo Brunetti, procurando aparentar que lo que decía Foa no le interesaba especialmente. Dio las gracias al joven, entró en la *questura* y subió al despacho de la *signorina* Elettra.

–¿No ha sido invitado a la fiesta? – preguntó ella al verlo entrar.

–Qué va. Es sólo para mayores. – Y, después de una pausa:-

¿Alguna idea?

–Ninguna. El *vicequestore* me ha llamado desde la lancha para decirme que estaría reunido con el *questore* durante buena parte de la mañana y que lo dijera así a todo el que le llamara.

–¿Ha mencionado a alguien más? – preguntó Brunetti, convencido de que Patta no habría perdido la oportunidad de dejar caer el nombre o, por lo menos, el cargo de cualquier autoridad importante con la que fuera a reunirse.

–No, señor.

Brunetti reflexionó y dijo:

–¿Hará el favor de llamarme cuando termine?

–¿Desea verlo?

–No; pero quiero saber cuánto dura la reunión.

–Le llamaré -dijo ella, y Brunetti subió a su despacho.

Pasó la hora siguiente leyendo el periódico que tenía desplegado sobre la mesa sin disimulo y mirando desde la ventana a *campo* San Lorenzo. Los africanos no reaparecieron. Para calmar la inquietud, fue abriendo los cajones de la mesa y sacando todos los objetos y papeles que justificadamente pudiera tirar. Al cabo de media hora, la papelera

estaba llena, y el periódico, cubierto de objetos heterogéneos que no había podido identificar o no se atrevía a desechar.

Sonó el teléfono. Pensando que sería la *signorina* Elettra, contestó diciendo:

–¿Ya han salido?

–Aquí Bocchese, comisario -dijo el técnico-. Creo que debería bajar -añadió, y colgó el teléfono.

Brunetti asió el periódico por las puntas y arrojó los objetos en el cajón de abajo, que cerró con el pie, y bajó al laboratorio.

Encontró a Bocchese sentado a su escritorio, donde muy pocas veces lo había visto. El técnico estaba siempre tan atareado limpiando, midiendo y pesando cosas que a Brunetti nunca se le había ocurrido pensar que también podía sentarse a no hacer nada.

–¿De qué se trata? – preguntó el comisario-. ¿De esas huellas?

–Sí, señor. En los archivos de la Interpol no hay ninguna que coincida con las del muerto. Ni en los de personal ni en los de personas con antecedentes. – Espero a que Brunetti asimilara esto y añadió:- Ahora bien... -Cuando vio que el comisario lo miraba fijamente, prosiguió:- Al introducir las huellas en el ordenador para cotejarlas, apareció un aviso que decía que todas las peticiones de información debían ser trasladadas inmediatamente al Ministerio del Interior.

–¿Y eso se hizo? – preguntó Brunetti, preocupado por las consecuencias.

Bocchese, con una tos de falsa modestia, dijo:

–Mi amigo creyó preferible no molestarlos con su petición.

–Ya entiendo -dijo Brunetti. Y así era.

–Me dijo, sí, que podía mirar en otro sitio, pero que quizá le llevara tiempo. – Antes de que Brunetti pudiera hablar, el técnico dijo:- No; no se lo pedí. – Bocchese agitó una mano en lo que podía interpretarse como un comentario acerca de la fiabilidad de los amigos y dijo:- También me dio una respuesta muy extraña acerca de la huella encontrada en esa casa.

–¿Qué dijo su amigo? – preguntó Brunetti acercándose a la mesa, pero sin sentarse.

–Corresponde a la de Michele Paci, que hasta hace tres años era agente del DIGOS.*
[—](#)

–¿Era?

–Sí; murió.

Bocchese dejó que esta información calara y añadió:

–Le pregunté si no podía haber un error y me dijo que lo mismo había pensado él y por eso hizo otra comprobación. La coincidencia es perfecta, probablemente, porque el DIGOS es muy meticuloso en lo de tomar las huellas para las fichas de sus empleados.

–¿Cómo murió?

–El expediente no lo dice. La anotación reza... -Bocchese miró unos papeles que tenía en la mesa-. «Muerto en acto de servicio.»

–En tal caso, ¿cómo es posible que sus huellas estén en la puerta y en esa bolsa?

Bocchese no pudo sino encogerse de hombros.

–Volví a cotejarlas cuando llego la respuesta. La coincidencia es inequívoca. Si las huellas del archivo del ministerio son suyas, también lo son esas otras dos.

–¿Lo cual quiere decir que no está muerto?

Con una sonrisa apenas perceptible, Bocchese dijo:

–A no ser que prestara la mano a otro.

–¿Había visto algo así? – preguntó Brunetti.

–No.

–¿Podría alguien haberlas dejado allí a propósito? Quiero decir, alguien que no fuera él -indagó Brunetti, pero parecía un disparate.

Bocchese rechazó la idea.

–¿Entonces está vivo?

–Eso diría yo.

–¿Y la Interpol? ¿Algún resultado?

–No han encontrado coincidencias.

–¿No tienen las huellas de miembros de otras fuerzas de policía en sus archivos?

–Yo así lo creía -dijo Bocchese-. Pero quizá del DIGOS no porque no es exactamente una fuerza de policía.

Después de un largo silencio, Brunetti dijo:

–¿Tiene confianza en su amigo?

–¿En que no lo diga a nadie?

–Sí.

–Tanta como en cualquier otra persona -respondió Bocchese, y añadió-: Que no es mucha. – Al ver el gesto de contrariedad de Brunetti, dijo-: No hablará. Además, lo que él hizo es ilegal.

Brunetti regresó a su despacho andando despacio, mientras trataba de encontrar una explicación a lo que le había dicho Bocchese. Si realmente aquellas huellas las había dejado un agente del servicio secreto italiano, era imposible adivinar adonde podía llevar a Brunetti aquella investigación. Después de reflexionar un momento, comprendió que lo más probable era que no le llevara a ningún sitio. En la historia reciente abundaban los ejemplos de *insabbiatura*, la práctica de echar tierra sobre los casos comprometedores. En algunos había trabajado él, y siempre había tenido que claudicar por cobardía. O por desesperación.

Una pregunta le aguijoneaba: si el hombre no estaba muerto, ¿quién había fingido su muerte, sus jefes o él mismo? ¿O todos juntos? En cualquier caso, ¿en qué especie de retiro vivía? Había estado en el apartamento de la víctima, quizá antes y después de su muerte. Brunetti renunció a seguir haciendo especulaciones acerca de qué otras cosas podía haber hecho aquel hombre.

Impulsivamente y sin tomar en consideración que había pedido a la *signorina* Elettra que le llamara, Brunetti salió de la *questura* y bajó hacia Castello. Quizá los africanos se habían escondido en su apartamento. Trataba de concentrarse en lo que veía por el camino y deliberadamente siguió un itinerario más largo, con la esperanza de que ello le ayudara a no pensar en el muerto ni en el vivo.

Como ya imaginaba, las persianas estaban cerradas y había un candado en la puerta. Pensando que no tenía nada que perder, entró en el bar de la esquina y pidió un café. El juego de las cartas continuaba, con la única diferencia de que los jugadores se habían trasladado a otra mesa situada más al fondo.

–Usted estuvo aquí el otro día -dijo el barman-. El amigo de Filippo. – Lo decía con sorna. Brunetti le dio las gracias por el café. – Es verdad que soy su amigo -dijo-. También soy policía.

–Ya me parecía a mí -dijo el barman con evidente autocomplacencia-. Y a todos.

Brunetti sonrió ampliamente y se encogió de hombros, bebió el café y puso un billete de cinco euros en el mostrador.

Mientras buscaba el cambio, el hombre dijo:

–Quería información acerca de los africanos, ¿verdad?

–Sí; estoy tratando de descubrir quién mató a aquel hombre la semana pasada.

–¿Aquel pobre diablo, en Santo Stefano? – preguntó el barman, como si Venecia fuera una ciudad violenta en la que había que especificar dónde se cometía cada asesinato.

–Sí.

–Parece que hay mucha gente que se interesa por ellos -dijo el barman, hablando como un personaje de película que espera que el detective haga un gesto de sorpresa.

A Brunetti le hubiera gustado complacerle, pero se limitó a decir:

–¿Por ejemplo?

–Un par de días antes de que lo mataran, vino un hombre preguntando por él.

–Eso no me lo dijo el otro día.

–No me lo preguntó. Ni me dijo que fuera policía.

Brunetti asintió reconociendo que el hombre tenía razón.

–¿Quiere hablarme de él? – preguntó suavizando el tono.

–No era de aquí -empezó el barman-. Voy a preguntar. Luca -dijo dirigiéndose a los jugadores-, aquel tipo que preguntaba por el *vu cumprà*, ¿de dónde te parece que sería? – Y, antes de que el otro contestara, puntualizó, moviendo la cabeza en dirección a Brunetti:- No; éste no, el otro.

–Romano -dijo el llamado Luca arrojando una carta a la mesa.

Brunetti había olvidado preguntar a Bocchese si el informe decía de dónde era Paci.

–¿Qué quería saber?

–Si algunos vivían por aquí.

–¿Y usted qué respondió?

–Cuando me di cuenta de que era forastero, le dije que por aquí no vivía ninguno de ellos, ni lo intentarían, si sabían lo que les convenía. – En respuesta a la muda pregunta de Brunetti, añadió:- Supuse que eso le convencería de que aquí no los queremos. Pero los que entraban eran

gente pacífica y educada, pagaban su café y te daban las gracias. No tenía por qué decir dónde vivían a un desconocido.

–Pues a mí me lo ha dicho.

–No es un desconocido.

–¿Porque soy veneciano?

–No; porque pregunté a Filippo y me dijo que era buena persona.

–¿Podría describir a ese hombre?

–Corpulento. Un poco más alto que usted, pero más grueso, quizá diez kilos más. Cabeza grande. – Se detuvo.

–¿No recuerda nada más? – preguntó Brunetti, pensando si la *signorina* Elettra podría introducirse en el expediente personal de un difunto funcionario del DIGOS.

–No; sólo que era muy grande.

Desde la mesa de las cartas llegó una voz.

–Giorgio, dile lo de las manos de aquel hombre.

–Sí. Se me olvidaba. Es extraño. Tenía unas manos muy peludas, como de mono.

CAPITULO 24

Y llegó Navidad. Como todos los años, casi todo el mundo hizo fiesta el día de Nochebuena y también el día después de santo Stefano para enlazar con el fin de semana en un largo puente de cinco días, durante los cuales se trabajó poco no sólo en la *questura* sino también en la mayor parte del país. Toda la actividad parecía concentrarse en las tiendas que permanecían abiertas hasta más tarde de lo habitual, tentando a los clientes a ceder a la fiebre compradora de fin de año, de la que se sirven los estadísticos para dar a la economía mejor cariz del que tiene en realidad.

Brunetti siguió el ritual: compras de última hora, visitas, brindis, cenas interminables, reparto y recibo de regalos y más cenas. Una de ellas la hizo con la familia de Paola y, cuando consiguió intercambiar unas palabras a solas con su suegro, el conde le dijo que había pedido a varios amigos que, si se enteraban de algo que tuviera que ver con la muerte del africano de Venecia o descubrían la relación que pudiera existir entre su muerte y la tentativa de comprar armas, se lo comunicaran. Al cabo de los cinco días de fiesta, Brunetti tenía un jersey nuevo de color verde, regalo de Paola; una suscripción vitalicia a una sociedad protectora de tejones, de Chiara; una edición bilingüe de las cartas de Plinio, de Raffi; y la impresión de que se sentiría mucho más cómodo si le pedía al zapatero que le hiciera otro agujero en el cinturón.

Cuando volvió a la *questura*, encontró un ambiente deprimido, como si todo el mundo sufriera los efectos, físicos y morales, de una prolongada sobrealimentación. Además, alguien había olvidado bajar el termostato de la calefacción mientras las oficinas estaban cerradas, y el calor había penetrado en las paredes, que estaban calientes al tacto. El primer día laborable era soleado y excepcionalmente cálido para la estación, por lo que de poco servía abrir las ventanas: con el calor que irradiaban las paredes, la gente tenía que trabajar en mangas de camisa.

Llegaban las habituales denuncias de robos en pisos, de los ciudadanos que regresaban de vacaciones, y los agentes estuvieron entrando y saliendo durante todo el día. Al parecer, las bandas que

habían actuado eran dos: ladrones profesionales que sólo buscaban objetos de gran valor y lo que debían de ser drogadictos que sólo se llevaban los objetos que podían vender rápidamente, Los ricos eran los más perjudicados por la primera banda y los no tan ricos, por la segunda. Dos curiosos informes tuvieron por lo menos la virtud de amenizar un poco la mañana de Brunetti: los profesionales habían ofendido a una veterana estrella de cine que vivía en la Giudecca al no robarle sus joyas falsas y, después de registrar toda la casa, no haberse llevado nada, mientras que los drogadictos, al salir de un apartamento, cargados con un ordenador portátil que tenía cinco años y una minicadena, habían pasado por delante de un De Chirico y un Klimt sin tocarlos.

Como se acercaba el Año Nuevo, época de firmes propósitos, después del almuerzo, Brunetti se dirigió al piso de abajo y, viendo que la *signorina* Elettra no estaba en su mesa, llamó a la puerta del despacho de Patta sin hacerse anunciar.

–*Avanti* -gritó Patta, y Brunetti entró-. Ah, Brunetti, espero que haya tenido una buena Navidad y le deseo un nuevo año lleno de éxitos.

–Muchas gracias, señor -respondió Brunetti, asombrado-. Lo mismo digo.

–Sí; que así sea -dijo Patta. Señaló una silla a Brunetti y se arrellanó en su sillón. Al ir a sentarse, Brunetti miró un momento a su superior y lo sorprendió que este año hubiera vuelto sin su bronceado de vacaciones habitual. Y sin la obligada dilatación abdominal. Es más, daba la impresión de que el cuello de la camisa le estaba un poco grande, o quizá el nudo de la corbata le había quedado flojo.

–¿Han tenido buen tiempo? – preguntó Brunetti, para hacer hablar a Patta y poder detectar su humor.

–Este año no hemos salido de viaje -dijo Patta, y se apresuró a explicar, como si esta abstinencia necesitara justificación-: los chicos estaban en casa y decidimos quedarnos para celebrar las fiestas todos juntos.

–Comprendo -dijo Brunetti, que conocía a los dos hijos de Patta y dudaba del placer que pudiera proporcionar su compañía. No obstante, añadió-: Su esposa se habrá sentido muy contenta.

**–Sí, sí, desde luego -dijo Patta, ajustándose un gemelo del puño-.
¿Qué desea, Brunetti?**

–Me gustaría saber si no tendríamos que ir pensando en despachar algunos casos de este año que termina -empezó. La excusa era de una transparencia patética, pero a Brunetti, que tenía el cerebro embotado por la calefacción, no se le ocurrió otra mejor.

Patta lo miró largo rato antes de decir:

–No es propia de usted, Brunetti, esa mentalidad de contable. Hay casos que pasan de año en año.

Brunetti estuvo a punto de decir que la mayoría de los casos criminales duraban mucho más y se limitó a responder:

–De todos modos, me gustaría ver si es posible dar un empujón a algunos casos pendientes.

–Eso no va a ser fácil -dijo Patta-. Y menos ahora, que andamos cortos de personal.

–¿Cortos de personal? – preguntó Brunetti. Esto era una novedad para él.

–El teniente Scarpa -explicó Patta-. Estará fuera hasta últimos de enero, y no hay nadie que pueda desempeñar sus funciones en su ausencia.

–Comprendo -dijo Brunetti, pensando que valdría más no profundizar-. De todos modos, creo que deberíamos tratar de fijar criterios -insistió.

–¿Por ejemplo? – preguntó Patta, inclinándose apenas hacia adelante.

No tenía objeto andarse con rodeos.

–El asesinato de *campo* Santo Stefano. Es el único caso de asesinato que tenemos pendiente.

–No lo es -dijo Patta al instante.

–¿Qué? – preguntó Brunetti secamente, y creyó conveniente rectificar-: ¿Cómo dice, señor?

–El caso no es nuestro, Brunetti, como ya le expuse claramente. El caso ha sido traspasado al Ministerio del Interior para su investigación.

–¿Sin explicaciones?

–Yo no acostumbro a cuestionar las decisiones de mis superiores -dijo Patta.

Brunetti tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir una exclamación de asombro o un sarcasmo y responder con calma:

–No pretendo cuestionar sus decisiones, señor. Pero me gustaría saber si el caso ha sido resuelto. Si es así, nosotros podremos cerrarlo.

–Eso ya está hecho, comisario -dijo Patta tranquilamente.

–¿Está cerrado?

–Cerrado. Todos los documentos han sido enviados al Ministerio del Interior.

–¿Y los archivos del ordenador? – Antes de acabar de hablar ya le pesaba haber preguntado.

–También les han sido transferidos.

–*Vicequestore* -dijo Brunetti esforzándose por mantener la voz afable y serena-, yo no entiendo mucho de ordenadores, pero sé que trabajar con ellos es distinto a trabajar con papel. Cuando se envía un e-mail, por ejemplo, el original permanece en el ordenador.

Patta sonrió con el gesto de aprobación del que aplaude a un discípulo brillante.

–Eso coincide con mi propia visión del proceso, comisario.

–¿Y es así?

–¿Cómo dice?

–¿Los originales de los documentos siguen en el ordenador?

–Ah, yo no creo poder responder a eso, comisario.

–¿Quién entonces?

–Los informáticos del ministerio que han estado aquí durante las fiestas. Traían una orden del ministro.

La calefacción. La calefacción: debió figurárselo.

Brunetti no sabía qué más podía decir. Se puso en pie, preguntó si debía empezar a interrogar a los que habían denunciado robos en sus domicilios y, cuando Patta respondió que eso le parecía lo mejor que podía hacer con su tiempo, se excusó y salió del despacho.

La *signorina* Elettra, que ahora estaba sentada a su mesa, fue a decirle algo al verlo salir pero, al observar su expresión, se quedó cortada.

En voz baja y tono de conspiración, Brunetti dijo:

–El *vicequestore* acaba de comunicarme de que durante las fiestas han estado aquí informáticos del Ministerio del Interior. Ha dicho que

han transferido -puso énfasis en esta palabra- los archivos del asesinato del hombre de *campo* Santo Stefano a su oficina, que ahora se ha hecho cargo del caso. – Al decir la última frase, notó que estaba a punto de perder el control incluso de la voz baja que estaba utilizando y trató de relajarse-. ¿Podría comprobarlo?

Ella apretó los labios como solía hacer cuando estaba tensa o enfadada.

–Ya lo he comprobado, comisario. Precisamente eso es lo que iba a decirle. Lo han borrado todo.

Él tuvo que inclinarse para oírla.

–¿Todo? ¿No está lo que se llama el *backup* y... esas cosas?

–También borrado. Lo han dejado limpio.

–¿Es posible hacer eso? Creí que usted era... -No conocía las palabras para expresar lo que él creía que ella era.

–Y lo soy. Normalmente. Pero, por lo que usted dice, esa gente ha tenido casi una semana. Han podido encontrar cualquier cosa.

–¿Y lo han encontrado?

Ella movió la cabeza negativamente.

–No, señor. Por fortuna, lo único que guardo aquí son los casos actuales, y ése era el único.

–¿El único? – preguntó él, desconcertado-. Pero el... como se llame, el disco duro -dijo agitando la mano hacia el ordenador-. ¿No habrá allí restos de otras cosas?

–Debería haberlas. Normalmente. Pero este ordenador es nuevo. Tuve que comprarlo antes de Navidad, de manera que la única... la única información delicada que había era la referente al hombre de *campo* Santo Stefano, y aun no toda.

Él pensaba en todas las cosas para las que ella había utilizado el ordenador en el pasado a fin de ayudarle, las claves que había forzado, para no hablar de las leyes que había quebrantado y cerró los ojos con un alivio cuyo alcance no podía medir.

–¿Tuvo que comprarlo?

–En mi calidad de asistente administrativa del *vicequestore* - respondió ella con afectada humildad.

–¿Y el viejo?

–Lo tiene Vianello.

–¿En su despacho? – preguntó Brunetti con voz rayana en el pánico.

–No, señor. En su casa.

–¿Así, sin más?

–¿Esto era abuso de confianza o simple hurto?

–No, señor; tuvo que pagar una cantidad a la *questura*. Existe un procedimiento para el traspaso de material de oficina a particulares que no sean funcionarios de una agencia gubernamental.

–¿Y la policía no es una agencia del Gobierno?

–Por supuesto. Pero la suegra no pertenece a la policía.

Brunetti quería saber más.

–¿Cuánto pagó él... ella por el ordenador?

–Diez euros.

–¿Obsolescencia programada?

–Nada de eso, comisario. Ese ordenador tenía una avería en el disco duro, y el técnico que vino a repararlo me dijo que no tenía arreglo y que había que venderlo para chatarra.

–Supongo que lo pondría por escrito.

–Por supuesto.

–¿Y después?

–La suegra de Vianello se ofreció a comprarlo, para ahorrarnos tener que pagar a alguien para que se lo llevara.

Brunetti esperaba que siguiera hablando, pero ella calló. Entonces, como el que se encarniza con una muela que se mueve, él insistió:

–¿Y qué más?

–Pues que una tarde en que yo estaba allí por casualidad, Nadia me pidió que echara un vistazo al ordenador para ver si se me ocurría algo, y entonces vi cuál era la causa de la anomalía y la subsané. – Sonrió satisfecha al recordar aquel éxito.

–Imagino que todos quedarían muy sorprendidos.

–Estupefactos, comisario.

CAPITULO 25

Brunetti se asustaba al pensar en lo que había estado a punto de ocurrir, a pesar de que no sabía todo lo que el Ministerio del Interior habría podido encontrar en los archivos que la *signorina* Elettra guardaba en el viejo ordenador. Estaba claro que, en cualquier momento, una oficina del Gobierno podía acceder a la información que ella almacenaba y robársela. No quería pensar en los riesgos que habían corrido durante los últimos años ni en que en el disco duro que ahora estaba en poder de Vianello había constancia de todas sus propias incursiones. Su carrera no duraría ni un día, ni la de Vianello, ni la de la *signorina* Elettra, si ciertas personas de la *questura* se enteraban de la clase de información que ellos tres habían acumulado en el transcurso de los años y de los medios que habían utilizado para conseguirla.

Recordó la rica vestidura que Medea había enviado a la novia de Jasón: por más que hacían ella y su padre, no conseguían apagar las llamas que brotaban de la túnica en cuanto se la ponía. Así también, una vez se almacenaba información en un ordenador, nada que no fuera la completa destrucción de la máquina podía extinguirla por completo.

Brunetti se dijo que no había que exagerar el peligro y que, en realidad, él no entendía de ordenadores lo suficiente como para estar seguro de eso. Además, la única información que había sido detectada correspondía a un crimen que él estaba plenamente autorizado a investigar. La información facilitada posteriormente por Rizzardi, con aquellas horribles fotos, estaba a buen recaudo, dentro de la guía telefónica. Cuando llegó a su despacho, colgó el abrigo como hacía siempre, miró si había mensajes o correo en la mesa y, con la sensación de que unos ojos invisibles lo espiaban, abrió el cajón de abajo y sacó la guía. En la *F* estaban las fotos. Las sacó, las dobló en tres y las introdujo en el bolsillo interior de la chaqueta. Entonces lo invadió una sensación de alivio tan intensa que notó cómo se le humedecía la camisa en las axilas.

Las fotos le hicieron recordar que la profesora Winter aún no le había llamado. El *telefonino* a nombre del *signor* Rossi había pasado las

fiestas durmiendo encima del tocador, despreciado y olvidado, pero aquella mañana, cuando se vestía para volver a la *questura*, Brunetti se lo había puesto en el bolsillo.

Ahora, al sacarlo, vio que estaba bajo de batería, pero el número de la profesora aún seguía en la memoria. Empezó a teclearlo, pero cambió de idea y lo anotó en un papel. Guardó el teléfono en el bolsillo y salió de la *questura*, en dirección a los teléfonos públicos de la Riva degli Schiavoni.

–Ah, comisario -dijo la profesora cuando él se dio a conocer-. ¿Ha tenido una buena Navidad?

–Muy buena, gracias. ¿Y usted?

–También. He estado en Mali. ¿Recibió mi mensaje?

–¿Mensaje? – repitió él estúpidamente.

–Le llamé para decirle que estaría fuera, y su ayudante dijo que le daría el recado.

Brunetti aflojó la presión de la mano en el auricular, vio que el dinero de la tarjeta desaparecía rápidamente y dijo, esforzándose por hacer que su voz sonara con naturalidad:

–Debió de olvidársele, o me dejaría una nota que se habrá traspapelado con todo el correo que ha entrado. ¿Podría decirme lo que le dijo a él? – Probó de soltar una risita que le pareció bastante convincente y preguntó:- ¿Le dijo por qué llamaba?

–No; sólo que me iba de viaje.

–Y ahora ya ha vuelto -dijo él, tratando de hacerse el simpático y temiendo parecer idiota-. ¿Recibió las fotos?

–Sí, pero por desgracia a velocidad italiana -respondió ella con una risita de leve superioridad-. De manera que no he podido verlas hasta mi regreso. En realidad, al no recibir noticias tuyas, imaginé que ya lo habría averiguado por su cuenta. Podía encontrarlo en cualquier libro sobre arte africano, desde luego.

–No, profesora; no ha sido así -dijo Brunetti imprimiendo un tono de falsa jovialidad en su voz para ahogar la impaciencia-. Simple retraso burocrático -añadió tratando, sin conseguirlo, de lanzar la risa campechana que consideraba apropiada-. ¿Podría informarme acerca de esa marca?

–Claro que sí. Un momento, ha de estar aquí. Dije a uno de mis ayudantes que la introdujera en el ordenador.

Mientras esperaba, Brunetti observaba cómo iban desapareciendo los *centesimi*: le quedaba poco más de un euro.

–Ah, y aquí está -dijo ella-. Sí, es lo que me parecía recordar. La foto que me envió corresponde al extremo superior de lo que se llama el bastón de poder de un adivino o un sanador. – Hizo una pausa y preguntó-: ¿Dijo usted que la cabeza mide unos cinco centímetros de alto?

–Sí.

–Entonces el bastón debía de medir un metro. Pero no se me ocurre por qué habrían de arrancar la cabeza.

Si esto era una pregunta, Brunetti no tenía la respuesta, por lo que comentó:

–Tampoco yo lo sé.

–No creo que eso tenga importancia -dijo ella, y Brunetti vio que en la tarjeta telefónica le quedaban setenta *centesimi*.

–La marca de la frente se llama *calige* -prosiguió ella-, la señal de la vida. En el bastón habría grabados también animales y otras figuras representativas de los atributos del mago. – Calló, como si esperase que Brunetti dijera algo. En vista de que él guardaba silencio, añadió-: Es la misma señal marcada por la cicatriz. ¿Es lo que quería saber?

–En efecto, profesora, todo eso es muy interesante, pero ¿podría decirme la procedencia de esa marca?

–¿No se lo he dicho? Es chokwe, no cabe duda. Son los tallistas de madera más hábiles de...

–¿Y la procedencia geográfica, profesora? – la interrumpió Brunetti.

Si la sorprendió su brusquedad, no lo demostró.

–Las márgenes del río Zambeze.

Brunetti inspiró profundamente mientras susurraba la oración favorita de su madre para pedir paciencia en la adversidad y luego dijo:

–¿Y dónde nos sitúa eso políticamente, si se puede decir así?

–Oh, perdón, no había entendido la pregunta. Angola. O zonas de la parte oeste del Congo. Tal vez incluso Zambia, pero no es probable que

las subtribus de allí produjeran un objeto como ése ni esa clase de cicatrices. No; yo diría Angola.

–Comprendo -dijo Brunetti viendo cómo su remanente se reducía a diez *centesimi*-. Muchas gracias por su ayuda, profesora. Ha sido usted muy generosa con sus conocimientos.

–Para eso han de servir, comisario. ¿Le será útil esta información?

Se agotaron las unidades. Al ver el doble cero en el contador, Brunetti comprendió que no tenía más que unos segundos para responder.

–Eso espero, profesora Winter -pero entonces se oyó un clic y se cortó la comunicación. Hablando al sordo zumbido del vacío, Brunetti añadió-: Aunque lo dudo.

Retiró del teléfono la tarjeta usada y se dirigió a la *questura*. ¿No era en Angola donde bandas de niños drogados mataban a mansalva? Se detuvo, miró la cúpula de San Giorgio, que se elevaba al otro lado del *bacino*, y luego la serie de cúpulas que se sucedían a lo largo de la *riva* de la *Giudecca*. Allí, niños enloquecidos acuchillan, despedazan y mutilan, y aquí, el transbordador navega en dirección al Lido a su hora en punto.

Brunetti se apoyó con una mano en la pared, esperando a que pasara aquella extraña conmoción. Había leído que si una persona siente que va a desmayarse debe agachar la cabeza por debajo de las rodillas, pero él no podía adoptar semejante postura en plena calle. De todos modos, cerró los ojos e inclinó la cabeza.

–¿Se encuentra bien, *signore*? -oyó que una voz de hombre decía en veneciano a su lado.

Brunetti abrió los ojos y vio a un hombre bajito y regordete, con abrigo oscuro y una gorra a cuadros verdosos en una cabeza que parecía calva.

–Sí, bien, muchas gracias. Mucha Navidad, seguramente -dijo Brunetti tratando de sonreír-. O quizá estos cambios de temperatura.

El hombre sonrió, aliviado.

–Eso debe de ser, mucha Navidad -y añadió jovialmente-: Ya es hora de que todos volvamos al trabajo, ¿no cree?

–Sí -dijo Brunetti-. Creo que sí.

Mientras seguía camino de la *questura*, Brunetti pensaba en cómo podía él volver al trabajo. Se habían llevado los archivos, lo habían apartado del caso, no sólo a él sino a toda la policía de Venecia, no tenía ni idea de quién era la víctima, por qué estaba en Venecia y por qué era tan importante como para que el Ministerio del Interior y el de Asuntos Exteriores quisieran investigar su muerte o detener la investigación de su muerte. Brunetti reconocía que no tenía pistas ni pruebas. No; tampoco era eso: aún tenía los diamantes, o los tenía el banco de Claudio, y tenía el cadáver... o eso creía.

Esta idea le hizo girar en redondo hacia el muelle, para volver al teléfono público. No tenía más que un par de euros sueltos, echó uno al teléfono y marcó el número de Rizzardi de memoria.

Cuando el médico contestó, Brunetti dijo sin preliminares:

—¿Sigue ahí esa persona de la que hablamos antes de Navidad?

Hubo una pausa larga, mientras Rizzardi reconocía su voz y descifraba la pregunta. Finalmente, el forense dijo:

—¿Se refiere al hombre de la feria de Navidad?

—Sí.

—No; no está aquí. Creí que ya lo sabía.

—No. No sé nada. Dígame.

Rizzardi forzó la voz, como si eso de hablar en clave le pareciera un juego más propio de adolescentes que de hombres maduros. Pero prosiguió:

—Ciertas personas, y creí que usted estaría al corriente, porque trabajan para su misma empresa, se lo llevaron con intención de hacerle una gran despedida. — Rizzardi se detuvo, quizá para asegurarse de que Brunetti le seguía. Como éste no decía nada, prosiguió—: Como a su amigo Héctor.

Aquí el médico ya empezaba a rizar el rizo de la clave. Brunetti se había perdido.

—Ah, Héctor. ¿A cuál de ellos se refiere?

—Al de ese libro que suele usted leer, el de la guerra.

No podía ser más que la *Ilíada*, que acaba con la muerte de Héctor. Y su pira funeraria.

—Ya. Bien, gracias, Lorenzo. Siento no haber podido encontrarle.

—Me lo imagino -dijo Rizzardi, y colgó.

Brunetti sintió que algo muy parecido al pánico le atenazaba la garganta. Si en aquel momento alguien le hubiera hecho una pregunta, no habría podido responder. Cuando Rizzardi colgó, el teléfono se tragó su moneda. Sacó otra y vio que tenía dificultad para meterla en la ranura. Brunetti nunca había tenido mucha fe en la divinidad; de lo contrario, probablemente ahora hubiera tratado de hacer un pacto: la seguridad de Claudio a cambio de lo que fuera: los diamantes, el caso de la muerte del africano, su propio cargo.

Marcó el número de Claudio. La señal sonó cuatro, cinco, seis veces y entonces contestó una mujer.

–*Ciao*, Elsa. Guido. ¿Cómo estáis?

–Ah, Guido, me alegro de oírte. Quería llamar a Paola estas fiestas, pero hemos estado tan ocupados con hijos y nietos que no encontraba el momento. ¿Estáis bien? ¿Habéis pasado una buena Navidad?

–Sí. Los niños también. ¿Y vosotros?

–No podemos quejarnos. Seguimos adelante. – Cambió de tono al preguntar-: Quieres hablar con Claudio, ¿no?

–Sí. ¿Está en casa?

–Sí; está ayudando al pequeño de Riccardo a hacer un rompecabezas. Hoy tenemos a los pequeños.

–Pues no le molestes, Elsa. En realidad, sólo quería saber cómo estáis. Dile que he llamado y que le mando un abrazo. Y a todos vosotros.

–Se lo diré, Guido. Y besos a Paola y a los niños de parte de todos nosotros.

Él dio las gracias y colgó, luego cruzó los brazos encima del teléfono y apoyó en ellos la cabeza.

Al cabo de unos minutos, alguien llamó violentamente a la puerta de la cabina. Era uno de los vendedores de los puestos de *souvenirs* que bordean la *riva*, un tipo tatuado y melenudo al que Brunetti había conocido en el desempeño de sus tareas policiales.

Al parecer, el hombre no lo reconoció.

–¿Se encuentra bien, *signore*? -preguntó.

Brunetti se irguió y dejó caer los brazos a los costados del cuerpo.

–Sí -dijo empujando la puerta de la cabina-. Es que acaban de darme una buena noticia.

El hombre lo miró con asombro.

–Extraña manera de reaccionar -dijo.

–Sí, sí, es cierto -dijo Brunetti. Dio las gracias al hombre por su interés con unas palabras que el otro desestimó encogiéndose de hombros mientras volvía a su tenderete. Brunetti emprendió el regreso a la *questura*.

Por el camino decidió no decir nada a nadie. Habían limpiado el ordenador de la *signorina* Elettra: así debía seguir. El de Vianello había salido de la *questura*: que se quedara donde estaba. El cadáver había desaparecido, pero Claudio estaba a salvo. Si los poderes que los regían a todos querían investigar el asesinato por su cuenta, que investigaran. Él se desentendía, se lavaba las manos. Maldecía y abominaba del que él llamaba su antiguo yo, su yo no reformado, que se había arriesgado a poner en peligro a su amigo y, sin duda, el empleo y quién sabe si la seguridad de dos personas de la *questura* que le eran muy queridas.

Una parte de su mente había seguido adelante mientras la otra parte procesaba lo que acababa de captar. Él aminoró el paso. Se metió las manos en los bolsillos y se miró los zapatos, casi sorprendido de que éstos no estuvieran mojados. «Dos personas de la *questura* me son muy queridas.»

–¡María Santísima! – dijo, utilizando la exclamación con la que su madre solía celebrar las sorpresas agradables.

CAPÍTULO 26

En días sucesivos, Brunetti se encontraba en un estado de abulia, sin voluntad ni energía para trabajar ni para preocuparse por estar sin hacer nada. Entrevistó a varios profesores y estudiantes de la universidad y le pareció que todos mentían, pero no le importaba. Al contrario, le producía una alegría malsana el que la corrupción y el fraude se manifestaran precisamente en el departamento de Historia del Derecho.

Los chicos notaban algo raro en él: a veces, Raffi le pedía que le ayudara en sus estudios y Chiara se empeñaba en hacerle leer sus redacciones para la clase de Lengua y luego le preguntaba su opinión. Paola había dejado de quejarse de las clases; lo que es más, había dejado de quejarse de todo, de tal manera que Brunetti empezaba a sospechar que unos extraterrestres habían abducido a su esposa y dejado en su lugar una replicante.

Una noche, a las dos, los drogadictos que habían cometido la serie de robos en pisos fueron sorprendidos en la vivienda de un notario por el hijo de éste, a su regreso de una fiesta en casa de un amigo. El chico, que había bebido demasiado, hizo mucho ruido al entrar en el apartamento y, al ver a los dos hombres en la sala de estar, arremetió contra uno de ellos. El ruido despertó al padre, que se presentó en la sala con una pistola. Uno de los ladrones, al verlo, levantó las manos. El notario le disparó a la cara y lo mató. El otro trató de huir, asustado, pero cuando se desasíó del hijo, el notario le disparó al pecho matándolo instantáneamente. Luego, dejó la pistola y llamó a la policía.

Brunetti, al leer el informe a la mañana siguiente, se sintió consternado ante semejante atrocidad y estupidez. Quizá ellos se hubieran llevado una radio, un televisor, como mucho, quizá unas joyas. Pero el notario debía de ser de los que tienen un buen seguro y no hubiera perdido nada. Y ahora aquellos dos pobres diablos estaban muertos. El tío de uno de ellos trabajaba de sastre en la tienda en que Brunetti se compraba los trajes, y fue a la *questura* a preguntarle si harían algo al notario. Brunetti tuvo que decirle que lo más probable era que se declarase que había actuado en *legittima difesa* y fuera exculpado.

–¿Y eso es justo? – preguntó el hombre-. ¿Le pega un tiro en la cara a Mirko como a un perro y no le pasa nada?

–No hizo nada de lo que legalmente podamos acusarle, *signor* Buffetti. Tiene permiso de armas. El hijo dice que su sobrino trató de atacarle.

–Es natural que diga eso -gritó el hombre-. Es su hijo.

–Me hago cargo de sus sentimientos -dijo Brunetti-. Pero no se le puede imputar ningún delito.

El sastre tuvo que hacer un esfuerzo para dominar la cólera y, aceptando la validez de los argumentos de Brunetti, se levantó y fue hacia la puerta. Antes de salir, se volvió para decir:

–No puedo discutir de términos legales con usted *dottore*. Pero pienso que la policía no debería quedarse con los brazos cruzados cuando se mata a un hombre. – Se fue cerrando la puerta con suavidad.

Brunetti no era dado a creer en señales y augurios; para él la realidad era ya bastante misteriosa. Pero reconocía una verdad cuando se la ponían delante.

La *signorina* Elettra, quizá escarmentada por la facilidad con que su ordenador había sido violado, no había vuelto a preguntar por el caso ni se había ofrecido para seguir indagando. Vianello se había llevado a su familia a la montaña dos semanas. Cuando Buffetti se marchó, Brunetti llamó a Vianello con el *telefonino* del *signor* Rossi.

–Lorenzo -dijo cuando el inspector contestó-, creo que tan pronto como regrese tendremos que ocuparnos de un asunto pendiente.

–A ciertas personas no les gustará eso -respondió Vianello, lacónico.

–Es probable.

–Aún tengo la información.

–Magnífico.

–Me alegro de que me haya llamado -dijo Vianello, y cortó.

Dos noches después, poco antes de las once, sonó el teléfono. Paola contestó con la curiosidad fría e impersonal que mostraba a todo el que llamaba después de las diez. Al momento, cambió de tono y habló de tú al comunicante. Brunetti se preguntaba cuál de sus amigos sería cuando ella se volvió para decirle:

–Es para ti. Mi padre.

–Buenas noches, Guido -dijo el conde cuando Brunetti se puso al teléfono.

–Buenas noches -contestó Brunetti, procurando que su voz sonara con normalidad.

El conde lo sorprendió con la pregunta:

–¿Vosotros recibís la CNN?

–¿Qué?

–La televisión, la CNN.

–Sí, los niños la ponen para practicar inglés.

–Ponla esta noche a las doce.

Brunetti miró el reloj y vio que pasaban sólo un par de minutos de las once.

–¿Antes no?

–Lo que quiero que veas no lo darán hasta entonces. Acaba de llamarme un amigo.

–¿Por qué la CNN? – preguntó Brunetti. Le parecía que la RAI tenía un informativo a las doce, pero no estaba seguro.

–Cuando lo veas sabrás por qué. Mañana saldrá en los periódicos, pero creo conveniente que veas cómo van a presentarlo.

–No sé a qué te refieres.

–Ya lo verás -repuso el conde, y colgó.

Brunetti refirió la conversación a Paola, pero tampoco ella pudo hacer deducciones. Juntos se fueron a la sala y encendieron el televisor. Paola fue cambiando canales con el mando a distancia. Desfilaron por la pantalla personas que vendían colchones, mujeres que leían el tarot, una película vieja, otra película vieja, dos personas de género indefinido entregadas a una actividad que tal vez pretendía ser sexual, otra echadora de cartas y, finalmente, apareció la cara ligeramente extraterrestre del presentador de la CNN.

–No hay ninguno que tenga los dos ojos iguales -comentó Paola sentándose en el sofá-. Y me parece que todos usan peluquín.

–¿Es que tú ves esto? – preguntó un asombrado Brunetti.

–A veces, con los niños -respondió ella, a la defensiva.

–Ha dicho a las doce -recordó Brunetti. Le tomó el mando de la mano y pulsó el botón para quitar el sonido.

–Entonces hay tiempo para beber algo -dijo Paola poniéndose en pie. Brunetti la vio dirigirse a la cocina preguntándose si volvería con una bebida propiamente dicha o con una tisana.

Sus ojos fueron a la pantalla donde se desarrollaba lo que debía de ser un programa sobre el mercado de valores: un hombre y una mujer, de aspecto no menos extraterrenal, charlaban amigablemente y, de vez en cuando, se provocaban mutuamente mudas explosiones de una hilaridad no muy convincente, mientras por la parte inferior de la imagen corría una cinta con unas cotizaciones que a cualquier persona sensata tenían que provocarle el llanto.

Al cabo de unos diez minutos, Paola volvió a la sala con dos tazas diciendo:

–Lo mejor de ambos mundos: agua caliente, limón, miel y whisky.

Le dio una de las tazas y se sentó a su lado en el sofá, a mirar las dos cabezas no parlantes. No tardó en observar a su vez la incongruencia entre el aire festivo de los presentadores y la desolación de los números que seguían fluyendo por debajo de ellos.

–Es como ver a Nerón tocar la lira mientras arde Roma -comentó.

–Ese episodio no es cierto -declaró el historiador que había en Brunetti.

A las doce menos cinco, dio el sonido pero enseguida lo redujo a un mínimo casi inaudible. Con una sonrisa de despedida, los dos presentadores desaparecieron y fueron sustituidos por una rápida sucesión de vistas de un estado del Golfo deseoso de capital extranjero o de turismo.

Un globo, una música ampulosa y la cara de otro presentador. Brunetti subió el volumen y oyeron la noticia del último ataque suicida en Oriente Próximo y el de un F16 que había causado el mismo número de víctimas. Siguió una crónica desde Delhi sobre el fracaso de otro plan de paz para Cachemira.

Entonces, la cara del presentador asumió una expresión de impostada gravedad. Brunetti volvió a subir el volumen.

«Y ahora noticias en directo desde Italia. Conectamos con nuestro corresponsal Amoldo Vitale, que se encuentra en el lugar de una operación antiterrorista realizada por la policía italiana. Amoldo, ¿me escuchas?»

«Sí, Jim», dijo una voz en inglés con un leve acento. Hubo una pequeña pausa y un crujido al cambiar la imagen y la línea de voz. En el ángulo superior izquierdo de la pantalla apareció una cabeza parlante y, detrás, la cúpula de la basílica de San Pedro.

El resto de la pantalla mostraba la fachada de estuco gris de un edificio de apartamentos. Frente a él estaban aparcados los jeeps y los coches negros de los *carabinieri*, así como cuatro sedans de color azul sin distintivos. Hombres con casco y chaleco antibalas con la inscripción *carabinieri* en la espalda, armados con metralletas, iban de un lado al otro sin propósito aparente. A su izquierda se veía un grupo de cuatro o cinco hombres con uniforme de combate y pasamontañas.

«Esta noche, la policía italiana ha entrado en un apartamento de Vigonza, tranquilo suburbio de la ciudad de Padua, situada en el norte de Italia, no lejos de Venecia. Había recibido un aviso de que miembros de una secta fundamentalista islámica utilizaban uno de los apartamentos del edificio para reuniones y sesiones de entrenamiento. Expertos en seguridad italianos vinculan este grupo a la organización terrorista Al Qaeda.

»Los primeros informes indican que la policía conminó a los ocupantes del apartamento a rendirse. La violenta respuesta de los sospechosos obligó a la policía a asaltar la vivienda. En el tiroteo fue herido uno de los policías y los dos terroristas han muerto.»

«Amoldo -dijo la voz que hablaba sin acento-, ¿está confirmada la relación de ese grupo con el terrorismo internacional?»

«Sí, Jim. La policía dice que hace tiempo que seguía sus movimientos. Como ya sabes, durante este último año se han llevado a cabo en toda Italia arrestos de sospechosos de terrorismo. Un portavoz del Gobierno ha declarado que éste ha sido el enfrentamiento más violento que se ha producido hasta ahora y confía en que no marque la pauta para el futuro.»

«Amoldo, ¿se percibe algún indicio de amenaza para los norteamericanos que viajen por Italia?»

«Ni el más mínimo, Jim. El mismo portavoz ha dicho que cualquier relación con intereses estadounidenses se limitaría a la base de Vicenza, que está a unos treinta kilómetros de aquí. Las autoridades examinan esa posibilidad, pero no creen que haya peligro para la población civil.»

Mientras los dos hombres hablaban, los *carabinieri* seguían paseándose por delante del edificio. Al fin, la puerta de la calle se abrió hacia el interior dando paso a un hombre que sostenía el extremo de una camilla. Salió después su compañero. En la camilla había una figura larga, cubierta por una sábana. Sacaron después otra camilla, pero los *carabinieri* ni las miraron, pues estaban de cara a la gente que se agolpaba detrás de una barrera improvisada.

«Repito, Jim: célula terrorista destruida por la policía italiana. No hay amenaza para los norteamericanos que se hallan de vacaciones en el país. – Y el corresponsal concluyó, ahuecando la voz con campanuda grandilocuencia-: Pero da la impresión de que ahora Italia alberga algo más que la *dolce vita*.»

Reapareció la imagen del conductor del programa, que, con grave sonrisa, dijo:

«Era nuestro corresponsal, Arnoldo Vitale, desde Roma. La policía italiana informa de la desarticulación de una red terrorista con base en Padua, Italia. No existe peligro para los norteamericanos que se encuentren en la zona.»

La cámara enfocó a la mujer que estaba a su lado y que, mirando a Jim, dijo:

«Tenemos otra noticia de Italia, Jim, pero de índole diferente. – Hizo una pausa, sin duda para dar tiempo a que se alejara el recuerdo de la muerte de dos hombres, y prosiguió-: Uno de los más célebres diseñadores de Italia ha asombrado a la industria de la moda al declarar que en su colección de primavera no utiliza cuero ni ningún otro producto animal.»

Brunetti cambió a la RAI, que seguía emitiendo la película vieja. Probó todos los canales, pero ninguno informaba del incidente, ni siquiera las cadenas locales. Apagó el televisor.

–¿Ha dicho tu padre desde dónde llamaba?

Sorprendida por la pregunta, Paola respondió:

–No; no lo ha dicho.

Brunetti miró el reloj.

–Si llamo ahora y él no está en casa, despertaré a tu madre, ¿verdad?

–Sí.

–Pues habrá que esperar a mañana -dijo, acercándose la taza a los labios. Pero la bebida se había enfriado y él volvió a dejarla en la mesa, sin probarla.

Brunetti durmió poco y a las seis y media ya estaba en la calle, andando hacia la *edicola* de Sant'Aponal sin apenas notar la lluvia que iba cayendo. Vio los llamativos titulares y compró cuatro diarios. Al devolverle el cambio, el quiosquero, que había recuperado su tono habitual, le dijo:

–Qué asco de lluvia. No para.

Brunetti no le contestó y regresó a casa, sin detenerse a comprar los brioches. En la cocina, se preparó café y puso leche a calentar. Mezcló las dos cosas en un tazón y se sentó frente a los periódicos, que había dejado formando rimero, con las gafas dobladas encima.

Al cabo de media hora, entró Paola y lo encontró leyendo, con los periódicos abiertos por toda la mesa. A pesar de haber leído atentamente todas las informaciones, Brunetti seguía sin explicarse por qué su suegro le había dicho que mirara las noticias.

Paola echó el resto del café en una taza, le puso azúcar y se situó detrás de él. Poniéndole una mano en el hombro, preguntó:

–¿Y bien?

–Es prácticamente lo mismo que dijeron anoche: dos hombres en un apartamento de las afueras de Padua. Los *carabinieri* recibieron el aviso de que eran un comando terrorista que preparaba atentados contra intereses norteamericanos.

–¿Qué intereses? – preguntó Paola.

–No se especifican. Por lo menos, en los periódicos -dijo apartando a un lado el que estaba leyendo.

–¿Y los *carabinieri* qué hicieron? – preguntó ella, que se había olvidado del café y mantenía la mano en el hombro de él.

–Ellos fueron. Ya viste anoche cómo estaba aquello: coches, jeeps, furgonetas y sabe Dios cuántos hombres. – Brunetti atrajo hacia sí uno de los diarios y volvió a la primera plana, en la que ambos pudieron ver el mismo edificio de apartamentos, los mismos camilleros y los mismos *carabinieri* ociosos.

–Aquí dice que los *carabinieri* querían pillarlos desprevenidos.

Paola se inclinó y golpeó la foto con el índice.

–¿Con media división acorazada en la puerta? – preguntó.

–Los ocupantes del apartamento -empezó Brunetti y bajó la cabeza buscando el relato- «... respondieron con violencia, por lo que las fuerzas del orden no tuvieron otra alternativa que la de defenderse. En el intercambio de disparos que siguió, un policía fue herido en un brazo y los dos terroristas recibieron heridas mortales». – Leyó un párrafo en silencio y luego siguió en voz alta-: «Entre los documentos hallados en el apartamento había planos hechos a mano de la Embajada de Estados Unidos en Roma y lo que se cree es la red de agua potable de la base norteamericana en Vicenza.»

Brunetti se quitó las gafas y las arrojó sobre los periódicos.

–Hay una declaración de un llamado «miembro de la unidad especial antiterrorista» que dice que la policía respondió con valentía y serenidad y que la investigación de los hechos revelará la vinculación de este grupo con el terrorismo internacional.

Paola fue al fregadero y vertió en él el café frío de su taza. Abrió y limpió la cafetera y empezó a llenarla de agua.

–¿Más café? – preguntó.

–No; ya he tomado demasiado.

Cuando la cafetera estuvo en el fogón, Paola se sentó frente a él y señalando los periódicos preguntó:

–¿Por qué te llamó mi padre? ¿Qué significa todo eso?

Brunetti se encogió de hombros.

–Todo eso puede significar cualquier cosa, imagino. Puede significar que sea exactamente lo que dicen ellos, una célula terrorista. Pero puede significar otras cosas...

–Tú, que ya has tomado café, explícame las posibilidades. Mi imaginación política aún no se ha despertado.

–Lo primero que llama la atención es que no den la nacionalidad de los sospechosos, ni sus nombres. Ni mencionan a qué grupo terrorista se les asocia.

–Los americanos dijeron fundamentalistas islámicos.

–Los americanos dicen eso hasta del que aparca en doble fila - respondió Brunetti, irritado. Y, con voz más sosegada, prosiguió-: Tu padre me llamó para decirme que viera eso, pero la llamada original partió de un amigo suyo. Y tu padre no me hubiera llamado si la

noticia no tuviera relación con la muerte del africano. Pero no se me ocurre cuál pueda ser.

La cafetera gorgoteaba y Paola se levantó y la retiró del fogón.

—Pues ve al despacho, a ver qué te dicen allí.

La *questura*, a la que Brunetti llegó poco después de las ocho, parecía estar tan tranquila y retraída como siempre a aquella hora. Subió a su despacho y, puesto que ya había leído los periódicos, no tuvo otra alternativa que la de leer todos los documentos y *dossiers* que habían ido acumulándose en su mesa durante más de un mes. Al poco rato, se le ocurrió que, si los del Ministerio del Interior se habían permitido contestar a su teléfono, también hubieran podido leerse y despachar todos aquellos papeles.

Estuvo entregado a la tarea con tenacidad hasta que, a eso de las once, sonó el teléfono. Él contestó a la sexta señal, reacio a interrumpir el ritmo mecánico del papeleo.

—¿Sí? — contestó secamente.

—Buenos días, comisario -dijo la *signorina* Elettra.

—Perdone -se disculpó él automáticamente-. He tomado demasiado café.

—Por lo visto, el *vicequestore* también.

—¿Perdón?

—Está burbujeante, si puede aplicarse la palabra a su conducta. Y quiere verle.

—Bajo ahora mismo -dijo Brunetti, intrigado por la forma que podía tomar un Patta burbujeante.

Tomaba la forma, según pudo observar el comisario al entrar en el despacho minutos después, de una ancha sonrisa en la que se advertía una considerable dosis de autocomplacencia.

—¡Ah, Brunetti! — casi gorjeó Patta al verlo-. Celebro que haya bajado. He de decirle varias cosas.

—¿Sí, señor? — preguntó Brunetti acercándose.

—Siéntese, siéntese -dijo Patta señalando la silla que tenía delante.

Brunetti se sentó, pero no dijo nada.

—Ya sé que hay mucho trabajo, así que le retendré por poco tiempo - empezó Patta, de lo que Brunetti dedujo que su superior debía de tener el plan de almorzar temprano o de almorzar fuera de la ciudad.

–¿Sí, señor?

–Se trata de aquel negro asesinado -empezó, pero entonces, introduciendo una nota de camaradería en su tono, prosiguió-: o, para ser más exactos, acerca de su negativa a confiar en mí cuando le dije que el caso estaba en manos de más altas instancias. – Brunetti no pidió aclaración alguna, y Patta prosiguió-: Ya le dije que ellos sabían lo que se traían entre manos aquellos hombres.

Al ver la reacción de Brunetti a la última palabra, dijo:

–Sí. Hombres. Eran varios, y el muerto formaba parte del grupo.

Aquí Brunetti se permitió interrumpir a su superior:

–¿Se refiere al incidente de Vigonza, señor?

–Efectivamente. He pasado la mañana con mi homólogo -¿cómo le gustaba la retórica a Patta!– del Ministerio del Interior. Ha venido a compartir conmigo su información acerca de los hombres que murieron en el tiroteo de anoche.

–¿Y esa información es...? – preguntó Brunetti.

–La noticia que dan los medios es correcta, por lo menos, en lo esencial. Eran miembros de un grupo terrorista, de eso no cabe duda. Pero aún no saben a ciencia cierta a qué organización pertenecían.

–Ya lo descubrirán, sin duda -dijo un escéptico Brunetti.

Patta, que no advirtió el tono, sonrió al oír estas palabras.

–Eso, por descontado. Me alegro de que lo vea usted así.

–¿Y la llamada telefónica?

–Anónima, hecha, al parecer, desde un teléfono público. Esa persona dijo a la policía adonde debía ir.

–¿A la policía? En las fotos del periódico he visto vehículos de los carabinieri. -Recordó también los coches sin distintivos, pero no los mencionó.

–Fue una operación conjunta -respondió Patta llanamente.

Brunetti pensó en los hombres del pasamontañas, pero sólo dijo:

–Comprendo.

–Querían entrar en el apartamento antes de que los hombres advirtieran su llegada. Pero debían de estar en guardia. O quizá los oyeron.

–¿O los vieron por la ventana? – sugirió Brunetti.

–Eso no lo sé -dijo Patta, dando las primeras señales de impaciencia-. Lo cierto es que, cuando los hombres entraron, los terroristas abrieron fuego y no tuvieron más remedio que disparar y en la confusión resultaron muertos los dos. Afortunadamente, sólo uno de los nuestros fue herido, y no de gravedad.

Brunetti resistió el impulso de prorrumpir en una fervorosa acción de gracias.

–Después registraron el apartamento, encontraron armas y documentos. Pasaportes falsos, un arsenal. – En vista de que Brunetti no hacía comentarios ni preguntas, Patta prosiguió-: Una de las armas que utilizaron es del mismo calibre que la que mató al hombre de *campo* Santo Stefano. La primera hipótesis es que debió de producirse una lucha entre ellos y decidieron eliminarlo -concluyó Patta. Las declaraciones en las que se describía a los asesinos como hombres blancos se hallaban entre los documentos que habían desaparecido del ordenador de la *signorina* Elettra, y Brunetti no se había preocupado de pedir la dirección a los norteamericanos que fueron testigos del crimen. Patta señaló una carpeta que tenía encima de la mesa y dijo-: Mi homólogo me ha traído copias de las fotos de la policía.

–¿Las publicarán los periódicos? – preguntó Brunetti.

–Quizá, dentro de unos días -respondió Patta, y añadió-: Aunque algunas tal vez sean demasiado gráficas para ser dadas a la prensa. – Abrió la carpeta, dio la vuelta a las fotos y las empujó hacia Brunetti.

Antes de verlos, Brunetti ya sabía que los reconocería, por lo que no denotó sorpresa ante la primera foto, que mostraba un primer plano de dos de los africanos con los que había hablado en el apartamento de Castello. Los ojos afables del más viejo estaban abiertos, pero ya no eran afables. Tampoco lo sorprendió ver el perfil del joven delgado que, muerto, parecía tan enojado como cuando estaba vivo. Sí sorprendieron a Brunetti las otras fotos, tomadas a mayor distancia para captar toda la habitación. El más viejo estaba boca arriba, con una metralleta sobre el pecho y la mano cerrada en torno a la empuñadura. El joven yacía sobre el costado izquierdo, con el brazo derecho extendido, asiendo con los dedos la culata de una pistola.

–Visto -dijo Brunetti, deslizando las fotos sobre la mesa.

–Confío en que estas fotos le hayan convencido de que los del Ministerio del Interior sabían lo que se hacían.

–De eso no me cabe duda -dijo Brunetti poniéndose en pie.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 27

Mientras subía la escalera en dirección a su despacho, Brunetti advirtió que el sordo zumbido que estaba oyendo salía de su garganta, y lo acalló con la esperanza de mitigar así la opresión que sentía en la cabeza y el pecho. Pareció que eso lo aliviaba y, cuando llegó al despacho, notó que la rabia había disminuido ya lo suficiente como para permitirle pensar.

El montaje era evidente: llegar con la suficiente artillería, trincar a los hombres y luego confeccionar una explicación plausible. ¿Hay algo más actual que el terrorismo, en estos tiempos? Era probable que los *carabinieri* que recibieron el aviso no tuvieran ni idea de lo que ocurría, y estuvieran allí, paseándose por el escenario, como los comparsas en una representación de *Aida*, para dar realce y verosimilitud a un espectáculo que, sin ellos, hubiera resultado pobre y chapucero.

Brunetti rememoró la escena filmada por las cámaras: los coches azules no tenían distintivos y los hombres de pasamontañas no llevaban insignias en el uniforme. Invocando pasados favores, probablemente, conseguiría que le permitiesen ver el informe de los *carabinieri* acerca del incidente, pero no era seguro que mencionara la identidad de los enmascarados, ni que especificara qué cuerpo había sido el primero en entrar en el apartamento.

Trató de recordar el aspecto de la habitación en la que habían sido fotografiados los dos hombres, porque de pronto se le ocurrió que también podían haber sido ejecutados en otro sitio. Las figuras de las camillas eran sólo bultos, y nada más fácil que verter sangre en el suelo, en cualquier suelo. Aquí se contuvo al darse cuenta de que estaba entrando en el terreno de la paranoia. Al fin y al cabo, una vez localizados los hombres, lo más fácil habría sido seguirlos hasta su escondite. Esto requería menos tramoya que la otra posibilidad. Además, únicamente los que habían asaltado el apartamento habían de saber lo ocurrido allí.

En el despacho, Brunetti se acercó al deteriorado armario de la pared del fondo y bajó la caja metálica en la que guardaba su arma de reglamento. La puso en la mesa, la abrió con la llave y sacó la cabeza de madera envuelta en el paño.

La desenvolvió y la puso en la mesa, erguida, pero las astillas del cuello impedían que se sostuviera y rodó de lado. Él la tomó en su mano y la observó atentamente. Aunque aquel rostro no mostraba ni asomo de sonrisa, irradiaba una sensación de paz y serenidad. La luz se reflejaba en su pulida superficie. Brunetti rozó con el dedo la marca grabada en la frente, resiguiendo su ininterrumpido zigzag hasta volver al punto de partida.

–Chokwe -dijo Brunetti, tratando de pronunciar la palabra igual que la profesora Winter.

Al cabo de un rato, envolvió de nuevo la cabeza en el paño, la puso en la caja y guardó la caja en el estante de arriba del armario. Luego se fue a casa.

Durante dos días, Brunetti ni habló del caso ni se permitió pensar en él a nivel consciente. Sus colegas lo veían abstraído, pero no prestaban mucha atención a su actitud.

La mañana del tercer día, sábado, su suegro lo llamó a su casa lo bastante temprano como para despertarlo.

–Guido, ¿ya has salido a comprar los periódicos? – preguntó el conde, de entrada.

–No -contestó un adormilado Brunetti.

–Pues ve enseguida. Compra *Il Sole 24 Ore* y mira el suelto al pie de la página once. Quizá te dé la respuesta a ciertas preguntas. – Antes de que Brunetti pudiera pedir una explicación, el conde ya había cortado.

Dejando a Paola inerte bajo las mantas, Brunetti se levantó e hizo lo que le había dicho su suegro. Al volver del quiosco, entró a comprar pastas para casa. Las dejó en la encimera de la cocina y preparó café, demorando deliberadamente el momento de abrir el diario y leer lo que el conde quería que supiera. Hecho el café, se sentó a la mesa, miró los negros titulares sobre el fondo naranja y buscó la página once.

Entre los anuncios de la parte inferior, había dos artículos a una columna, de unos quince centímetros cada uno. El titular del primero rezaba: UBS DESPIDE A SEISCIENTOS EMPLEADOS POR EL PLAN DE REESTRUCTURACIÓN. No se molestó en seguir leyendo.

El segundo titular decía: CONSORCIO MILANÉS CONTRATA DERECHOS DE EXPLOTACIÓN DE MINERALES EN ÁFRICA. Brunetti dejó la taza en la mesa y se acercó el diario. El artículo decía

que un grupo de empresas milanesas dedicadas a la prospección de yacimientos minerales y petrolíferos había firmado con el Gobierno de Angola un contrato de diez años que les otorgaba derechos exclusivos de exploración y explotación de «productos y materiales extractivos» en la zona oriental de la antigua colonia portuguesa de Angola. El acuerdo, explicaba el artículo, había sido posible gracias a las recientes victorias conseguidas por las fuerzas gubernamentales en la guerra civil que desde hacía años libraban contra los insurgentes de las tribus chokwe y luanda. Era de esperar que la desaparición del líder del movimiento rebelde, muerto presuntamente durante los últimos combates, contribuiría al restablecimiento de la paz en una región que durante más de una década había sido escenario de las matanzas perpetradas por los rebeldes.

Giorgio Mufatti, primer vicepresidente del conglomerado, había manifestado en una entrevista que el contrato crearía por lo menos quinientos puestos de trabajo para empleados europeos de las empresas a las que se adjudicaran los contratos y más del doble para la población local. «Esos puestos de trabajo contribuirán a llevar la paz a aquella nación devastada por la guerra», dijo Mufatti.

El *dottor* Mufatti agradecía la ayuda y el impulso que había dado al proyecto el Ministerio de Asuntos Exteriores, cuyo «apoyo al Gobierno legítimo de Angola ha sido esencial para la obtención de este contrato para la industria italiana».

Aún no se conocían los detalles del convenio, pero era de prever que la exploración empezara al término de las lluvias de primavera.

Brunetti levantó la mirada hacia Paola, que entraba en la cocina, aún ebria de sueño. Ella se frotó la cara con las manos y lo miró.

—¿Ha sonado el teléfono esta mañana? —preguntó yendo hacia el fregadero para hacer más café.

—Sí -dijo él.

—¿Quién era?

—Oh, nadie, uno que se equivocaba de número.

Moviéndose como un autómatas, ella llenó de agua el recipiente, puso el café y ajustó la parte superior de la cafetera. Mientras su mujer andaba por la cocina, Brunetti dobló el periódico, lo puso a un lado y

abrió el *Gazzettino*. Ella se acercó por detrás y apoyó los codos en los hombros de él.

—¿Por qué has madrugado tanto?

—No sé. No podía dormir.

Ella vio el paquete de la encimera, se acercó y lo abrió.

—Guido, eres un santo.

El café acabó de pasar y ella lo echó en una taza, añadió leche caliente de la que él había dejado detrás del fogón, fue a la mesa y se sentó a su lado.

Tomó un sorbo de café, luego otro y preguntó:

—¿Quién ha llamado?

—Tu padre -respondió él preguntándose por qué, al cabo de tantos años, todavía era tan mal embustero.

—¿Por qué, tan temprano?

—Para darme información sobre el africano.

—Ah. ¿Y te ha sido útil?

—Creo que sí.

—¿Para qué?

—Para descubrir quién era y por qué lo mataron.

Ella tomó otro sorbo.

—¿Y qué más? — preguntó.

—Pues que Patta tenía razón. No hay nada que hacer.

—¿Nada? — preguntó ella con sincera sorpresa.

Él movió la cabeza negativamente.

Al cabo de un rato, Paola preguntó:

—¿Y los diamantes?

La pregunta sorprendió a Brunetti, que se había olvidado de ellos por completo.

—En un banco -dijo.

—Eso ya me lo figuro. Pero, ¿qué harás con ellos?

Él levantó la taza y la encontró vacía, pero le dio pereza hacer más café. El hombre que había traído las piedras había muerto y, al parecer, la causa para la que debían servir había fracasado. Los diamantes estaban en un banco, inertes, sin valor real, y no lo tendrían hasta que alguien se lo diera.

—No sé.

- ¿Qué quieres hacer?
–¿Te refieres a los diamantes?
–No; me refiero a hoy.

Al oírla, Brunetti descubrió que, a pesar de que hacía una hora había ido hasta Sant'Aponal, no se había fijado en qué tiempo hacía. Miró por la ventana y, al divisar las montañas a lo lejos, comprendió que el día era despejado.

–Me gustaría bajar hasta Sant'Elena, cruzar al Lido y pasear por la playa -dijo.

–¿Rito de purificación? – preguntó ella con su primera sonrisa.

Él se encogió de hombros. Estuvieron un rato en silencio hasta que Brunetti dijo:

–Si Claudio los vendiera, don Alvise podría encargarse de que el dinero fuera a parar a la gente que necesita ayuda.

–Mejor eso que dejarlos en el banco -dijo Paola.

–Y también mejor que el fin al que estaban destinados -terminó Brunetti, pero enseguida añadió-: O eso creo.

De pronto, se sintió más animado y se levantó para hacer más café. Se detuvo frente a la ventana y miró otra vez las lejanas montañas, ahora cubiertas por la nieve, puras, altivas, ajenas a las miserias y las ansias de los humanos.

–Esperaré a que te vistas -dijo-. Y luego iremos a dar un paseo.

* «Mala, cafre y corta.» Se ha dejado en inglés para preservar el doble sentido de short, que se aplica tanto a la extensión como a la estatura. (N. de la t.)

* Divisioni Investigazioni Generali de Operazioni Speciali.

This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
25/12/2009

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com